

RAMÓN DÍAZ ETEROVIC

Ángeles y solitarios



Lectulandia

Ángeles y solitarios trata de la corrupción del poder y el tráfico de armas, en ella subyace una visión de mundo desencantada, apócrifa y triste. En su trama se plantea una profunda y aguda crítica a los poderes que actúan desde la sombra y que erosionan el sistema sociopolítico.

El detective Heredia, su perspicaz gato *Simenon* y el inocente Anselmo en su quiosco, son algunos de los protagonistas enmarañados en una serie de intrigas donde la agilidad de los diálogos, el humor y la ironía imponen el ritmo.

Lectulandia

Ramón Díaz Eterovic

Ángeles y solitarios

Detective Heredia - 4

ePub r1.0

Titivillus 08.05.16

Título original: *Ángeles y solitarios*

Ramón Díaz Eterovic, 1995

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A
Sonia
por compartir
el viejo oficio de amar y escribir

A
mis hijos
Valentina, Alonso y Ángeles
por la hermosa magia de sus existencias

Guardaré mansamente las cosas de vivir,
mi pequeña poesía de adioses y de balas,
mi tabaco, mi tango, mi puñado de esplín.
Me pondré por los hombros de abrigo todo el alba,
mi penúltimo *whisky* quedará sin beber.

Horacio Ferrer

Primera Parte

Capítulo 1

Y de pronto, el silencio. Nada que decir. Solo a una hora en que el ruido de los vehículos que pasaban por la calle taladraba las paredes del departamento, y el aire brumoso de la ciudad se detenía en la ventana a través de la cual acostumbro vigilar los movimientos del barrio, el ir y venir de su gente por aquellos rincones que resisten cargados de memoria y pequeñas miserias cotidianas. Llevaba quince minutos observando el sobre encima del escritorio, junto al cenicero de ónice repleto de colillas y la copa habitual de vodka. Nada que decir. El galope de los fantasmas alrededor del escritorio y la repentina imagen de aquella mujer emergiendo del recuerdo con la solidez de una navaja. La copa, las colillas; la atracción del sobre, quieto, invitándome a descubrir su interior. En una de sus caras, mi nombre: Heredia; en la otra, tres letras; la inicial que me regresaba a una noche de cinco años atrás en la que conocí a esa mujer, bella y fugaz, como todas aquellas a las que estaba condenado a llevar conmigo más allá de cualquier encuentro casual.

Tomé el sobre y jugué con él entre los dedos, como si fuera el naipe de la suerte en una partida reiteradamente mala. ¿Qué podía decir de nuevo? Probablemente nada que cambiara la situación entre los dos. Las estampillas pegadas en el sobre tenían el matasellos impreso en Buenos Aires, y pensé que en su interior habría otra postal, similar a las tres anteriores, con reproducciones de pinturas que a los dos nos gustaban. Chagall, Hooper, Botticelli. Su pregunta. ¿Cómo estás? Y la huella de sus labios rojos, intensamente rojos y añorados en instantes que prefería olvidar, pero que a menudo se repetían como el implacable tic tac del reloj.

Puse el sobre encima del escritorio y estudié las alternativas para dejar morir ese día del modo menos miserable. El vodka era poco, insignificante como las alas de una mosca hundida en el retrete, y las paredes del departamento parecían más estrechas que de costumbre. Podía salir a caminar. Ir al bar de la esquina para conversar de hípica con el mozo y escuchar las conversaciones incoherentes de los últimos borrachos. O entrar al Mamá Sam, el cabaré donde siempre encontraba una muchacha dispuesta a estar a mi lado a cambio de dos o tres martinis y algo de paciencia para escuchar su penosa historia, real o inventada, de madre soltera. No era mucho ni me importaba. También podía tomar las llaves de mi auto y salir a recorrer

las calles del centro a ver si lograba levantar algún pasajero que justificara el dinero invertido seis meses atrás para disfrazar mi automóvil de taxi. Una idea descabellada, producto de varios meses sin trabajo, porque como decía Stevens, mi vecino, el ajuste económico comprimía los bolsillos y ya no quedaban maridos celosos dispuestos a invertir sus ahorros en conocer los pasos secretos de sus mujeres. Pero no perdía la esperanza, y la placa de bronce clavada en la puerta de mi oficina seguía identificándome como detective privado; un oficio tan solitario como el de las putas y los escritores.

Encendí un cigarrillo y resistí tres segundos la mirada de *Simenon*, que me observaba con sus ojos luminosos y burlones, de vuelta de todos los tejados, sin otra utopía que comer a diario su pescado, y conservar un rincón tibio en el departamento. Estaba recostado sobre las zapatillas de tenis que había comprado en el mercado persa de la Estación Central, después de escuchar el sermón de un médico que me aconsejó dejar de fumar y hacer ejercicios para reducir la dolorosa rigidez de mis huesos. Buen consejo, de no ser porque el matasanos se había fumado seis de mis cigarrillos durante la consulta y el grosor de su cintura delataba la obesa falsedad de su prédica.

—Hazlo de una maldita vez —dijo *Simenon*—. Te mueres de ganas por saber qué hay dentro del sobre, y sólo tu estúpido orgullo te impide abrirlo.

—¿Alguien solicitó tu consejo?

—Es gratis, Heredia. Te tengo cariño, ya lo sabes.

—¿Cariño? Seguro que encontraste esa palabra en el diccionario y la usas sin saber qué carajo significa.

—¡Abre el sobre! Te encanta recibir cartas y pasear con ellas en los bolsillos para imaginar que alguien te quiere. ¿O tienes miedo?

Me puse de pie. Comprobé que las llaves del Lada estaban dentro de mi chaqueta y caminé hacia la puerta. El edificio parecía desierto, y desde algún departamento del piso superior llegaba la voz de Vladimiro Mimica relatando el partido de fútbol entre la Universidad de Chile y la Unión Española. Abrí el sobre y entré al ascensor. Cuando llegué a la calle ya conocía su contenido. La mujer del pasado anunciaba su viaje a Santiago. Calculé las fechas señaladas al dorso de la postal y deduje que aquel era el tercer día que se alojaba en el hotel Comet, a seis o siete cuabras de mi departamento, tan cerca como no había pensado tenerla nunca más.

Busqué dos monedas de cien pesos en los bolsillos de mis pantalones y me detuve junto a la cabina telefónica instalada frente a la tienda Bata del barrio. Una voz engolada y fría me recitó la presentación del hotel que tenía tantas estrellas como el cielo en noches de verano. Quise preguntar por ella y no pude. La voz repitió su cantinela y colgué el fono con desgano. Después ajusté el nudo de mi corbata y abandoné la idea de abordar el taxi que me esperaba a media cuadra de distancia.

Deseaba emplear el tiempo en algo que me hiciera olvidar. Deambular por el barrio o quizás ver una película para detener la furia de lo inevitable. Esa marea azul

que me cubría como sudor malsano y me obligaba a morderme los labios para no tomar a alguien del pellejo y zamarrearlo por causas que ni yo mismo entendía. Hastío, ganas de estar en otra parte o desaparecer en algún pueblo junto al mar. Todas soluciones malas e inútiles. Nadie se ilusiona a los cuarenta y cinco años cuando arrastra golpes interiores, pequeños y reiterados recortes en el optimismo, dudas cada día más espesas y profundas. Sí, nada que decir. Igual que los personajes de Onetti, me sentía tan solo y tan lejos como siempre.

Capítulo 2

La Cámara siguió el despegue del avión hasta que éste se esfumó en la pantalla del cine al que había entrado junto a media docena de muchachos que vestían de negro, y llevaban los cabellos cortos y aritos en las orejas. Quince o dieciséis años distintos a los míos: melenudos, en plena época de Los Beatles, la guerra de Vietnam, los afiches del Che, las películas de Fellini, cigarrillos americanos y condones comprados tímidamente en la farmacia más anónima de la ciudad.

El acomodador del cine bostezó con aspavientos a mi espalda, y una gorda vestida de colegiala comenzó a masticar la que podía ser su última gomita mentolada. Bogart encendió un cigarrillo, levantó el cuello de su impermeable, y acompañado de Renault, su amigo policía, caminó hasta extraviarse en el horizonte gris de la pantalla. Un aire helado me golpeó la espalda cuando leí la palabra fin; y tres filas más adelante, un muchacho desgarrado aplaudió hasta que se convenció de que Bogart no saldría a retribuir sus aplausos. Quizás él, o ese otro al que llamaban Rick, regresaría alguna vez a Casablanca, donde siempre lo esperaría la Bergmann y sus labios pintados con el rojo más intenso de la noche. Pero «nadie vuelve a Casablanca, como nadie vuelve a lo que más amó», recordé mientras abandonaba el cine al que había entrado en busca de esas imágenes que necesitaba para enfrentar el reencuentro. La frase era de Germán Arestizábal, mi amigo dibujante con el que solía beber en el Galindo o algún otro bar del barrio Bellavista, mientras en las veredas paseaban algunas muchachas irremediablemente bellas y lejanas. Una frase de los años ochenta, marcados con las huellas de lo oscuro, tristes como apaleo de perros.

Recorrí cinco o seis cuadas, disfrutando el murmullo de la gente que a esa hora deambulaba por el paseo Ahumada. Seres hechos de otra madera, diferente a las de aquellos que por las mañanas se daban de codazos para llegar a un lugar que, finalmente, no tenía importancia. Luego entré al City Bar a beber una cerveza. Saqué

el sobre que llevaba en la chaqueta y releí la dirección de mi departamento, ubicado en la calle Aillavillú, cerca de la Estación Mapocho, en el barrio que a diario me abrazaba con sus olores a frituras y borrachos. El departamento tenía tres habitaciones en las que se desparramaban mis libros, un escritorio metálico y el afiche desde el cual Rommy Schneider conservaba la delicadeza de sonreír para mí. Lo demás era mi gato *Simenon* y el destino inalterable del solitario que intruseaba en las vidas ajenas. El edificio estaba frente al quiosco de Anselmo, y a dos cuadras del Servicio de Investigaciones donde trabajaba mi amigo, el comisario Dagoberto Solís, a quien habían reincorporado en su puesto por algún misterioso albur de eso que llamaban los nuevos tiempos. Un gesto para marcar una leve diferencia con la época de las botas militares y hacer creer a los ingenuos que algo había cambiado, aunque el poder siguiera vestido de uniforme.

—¿Te acuerdas de ella? —me pregunté al tiempo que trataba de encontrar la imagen de mi rostro en la copa.

—A veces.

—¿Mucho o poco?

—Lo suficiente.

Bebí la cerveza y salí a la calle. Anochecía, y en la plaza de Armas comenzaban a despedirse los pintores que durante el día vendían sus cuadros o caricaturas a los turistas que recorrían la plaza, contentos de hallar un breve oasis verde en medio de tanto edificio gris. En la esquina poniente del Portal Fernández Concha, dos hombres fumaban y parecían vigilar el paso de los apurados transeúntes de esa hora. Los miré con desconfianza al pasar junto a ellos, y caminé hasta quedar a los pies del monumento a los mapuches. Cerca, un predicador adventista se arrepentía de su pasado alcohólico y dos niñas andrajosas vendían ramos de violetas. Era el espectáculo de siempre, que se extendía hacia el río Mapocho en una confusión de bares roñosos, toples y rincones que servían de refugio a las patotas de mandras ganosos de robar sus últimos centavos a los borrachos que trastabillaban por las veredas.

Pensé en la mujer que me había enviado la carta y dejé atrás la plaza, encaminándome en dirección al Cerro San Cristóbal. La gente andaba de prisa y los automóviles se atropellaban al final de cada cuadra. Pasé frente a la feria de artesanías ubicada frente a la Escuela de Derecho y seguí hacia Bellavista, esquivando los codazos de jóvenes ansiosos de convertir esa noche en una fiesta memorable. Al llegar a los pies del cerro, comencé a subir por un sendero de adoquines, rodeado de árboles y murmullos. Escuché a los lejos los chillidos de los monos del zoológico y me detuve tres o cuatro minutos a recuperar el aliento y observar la imagen de la Virgen del Cerro San Cristóbal con sus brazos extendidos al infinito. Desde lo alto, Santiago era una fiesta, y aunque no tuviera la magia del París de Hemingway, aún sobrevivían dos o tres lugares en los que se podía beber sin la agresión del acrílico o los vendedores. También estaban sus calles colmadas de

vehículos y el esmog imponiéndose con el tranco duro de los primeros conquistadores. Amaba a Santiago como a una vieja amante que sólo abandonaría cuando encontrara un trozo de playa desde el cual oír el mar y la música de Mahler, sin otra preocupación que respirar aire puro y dejar que los días hicieran su juego, lejos de toda ilusión. Aspiré el perfume de los jazmines que crecían a mi alrededor, y a semejanza de una lechuza, observé la oscuridad de los rincones anónimos donde las parejas se acariciaban, y el tiempo, lo sabía muy bien, se detenía en abrazos tan breves como el deseo.

Disfruté de ese momento hasta que algo en mi interior me dijo que se trataba de un espejismo. La cara oculta de una moneda falsa. Abajo había otra ciudad, y me bastaba rehacer el camino para reencontrar mi barrio, sus bares y el olor a humedad que me despertaba cada mañana, antes que el arrullo de las palomas anidadas en los techos del edificio. Miré la ciudad y silbé con fuerzas hasta que un pájaro nocturno respondió de mala gana. En algún lugar allá bajo se encuentra ella, me dije, y caminé hasta llegar frente a mi oficina.

Al entrar descubrí que no tenía luz en el departamento. Pensé en reclamar al conserje, pero ya era tarde y nada que no fuera su enemistad obtendría con sacar al hombre del embobamiento de la teleserie nocturna. Di unos pasos dentro de la habitación y tomé del escritorio la novela de Luis Sepúlveda que leía en la última semana. Salí de nuevo a la calle y me senté en la escalinata del edificio, iluminada ampliamente por la luz de un farol. Cuando llevaba veinte páginas de lectura, escuché el ruido de unos pasos que se detenían. Levanté la vista y vi a Dagoberto Solís que resoplaba con dificultad después de movilizar su vientre por las calles del barrio.

—¿Acabas de instalar una biblioteca pública o te cortaron la luz? —preguntó, al tiempo que se sentaba a mi lado.

Traté de sonreír y lo miré a los ojos. Algo en ellos me hizo presagiar el miedo de otras épocas.

Capítulo 3

La Bomba o como se llame en la actualidad —dijo Solís al llegar a la calle Bandera y entrar al bar que en la década de los años treinta había tenido su etapa de oro, al igual que el Hércules, bar frecuentado por Neruda y sus amigos. Uno de ellos, el escritor Diego Muñoz, había pintado un mural en sus paredes; venía llegando de Quito y al reencontrarse con Neruda se reunieron, como solían hacerlo,

en el Hércules. Una noche, alentado por la falta de dinero, el poeta convenció al dueño del restaurante que Muñoz era un afamado pintor ecuatoriano y que por una paga adecuada, traducida en botellas de vino y cervezas, podría pintar el mural que daría más prestancia a su boliche. El trato se cerró y Neruda y sus amigos comenzaron a beber a cuenta del trabajo que Muñoz concluyó sin que el dueño se atreviera a objetar ninguna de sus líneas o figuras.

El Hércules, al igual que otros bares de la barriada, se había transformado paulatinamente en tugurio de mala muerte y toples para, finalmente, acabar en depósito de ropa usada. Su nombre estaba asociado a la bohemia del Zeppelin y a una época en que la gente soñaba sin pensar en cálculos económicos y metáforas sobre jaguares y triunfos de cartón piedra.

A la entrada de La Bomba, y luego de separarse del tragamonedas del que salía la pastosa voz de Yaco Monti, una polilla nocturna puso su aliento cargado de cerveza a la altura de mis labios. Me invitó a visitar el Andes, un volteadero^[1] del vecindario al que arribaban las patines^[2] con sus clientes y algunas parejas sin mucho dinero en los bolsillos. Sonreí y le di a entender que iba acompañado de un tira^[3] que, si bien no era aficionado a las redadas ni a oliscar las entrepiernas de las putas, se ponía nervioso en el ambiente donde había trabajado en sus inicios como policía. La mujer, morena y algo desaliñada, hizo una mueca de asco y se alejó de prisa hacia una mesa ocupada por tres hombres malencarados que miraron de reojo a Solís y se fueron del salón antes de que ella terminara su relato.

—¿Qué quería la mina? —preguntó Solís al tiempo que se dejaba caer sobre una silla con la suavidad de un oso cansado.

—Negocio. ¿Qué otra cosa? —respondí—. Estamos viejos para entusiasrnos con putas.

Habían pasado seis meses desde la noche en que Solís visitara mi oficina para comentar la oferta de reincorporarse al Servicio de Investigaciones. Dudaba entre la tranquilidad de su retiro anticipado en Quintero y las ganas de volver a un trabajo que al cabo de varios años estaba unido a su sangre. No sacas nada con quitarle el culo a la jeringa, le dije después de oír sus dudas y ablandarle el cerebro con tres vodkas tan certeros como el hacha de un leñador.

Había engordado desde ese último encuentro. Su vientre flotaba apenas contenido por la camisa de rayas negras, que vestía en total desacuerdo con su chaqueta blanca y la corbata verde confeccionada para alguien menos voluminoso. Su rostro cansado, y los párpados que latían nerviosamente me hicieron dudar sobre la conveniencia del consejo que le di entonces, animándolo a volver al trabajo, del que había sido dado de baja a causa de un lío con agentes de la seguridad militar.

Solís ordenó una botella de Santa Emiliana y luego se quedó viéndome con cierta expresión de rechazo.

—No empieces con alusiones sobre mi aspecto —dije—. El tuyo daría para varias horas de comentarios.

—Hace tiempo que renuncié a darte consejos. Tenía curiosidad por saber de ti. ¿Cómo te va con las investigaciones y tu pega de chofer?

—Igual que siempre. Tengo el taxi y me contrató una empresa de cobranzas bancarias. Dos veces a la semana me dan un listado de tipos morosos que han desaparecido del mapa. Pregunto por ellos aquí y allá, y de vez en cuando doy con sus nuevos domicilios. Es simple y me pagan puntualmente.

—Obedeciendo órdenes y sonriéndole a jefecitos de bigotes duros. Mala cosa, Heredia. ¿Te mandaste a imprimir tu tarjetita de ejecutivo de cuentas?

—Es sólo un trabajo temporal que dejo de lado apenas llega una pega seria.

—Todo es temporal. Lo sé desde hace cincuenta y tres años, el mismo día en que nací. Ése es el problema.

—Uno de los problemas.

—Ambos sabemos que nuestro oficio es algo que se aprende y respeta. Me lo dijiste una noche similar a ésta y yo retomé mi trabajo, aunque eso significara volver a tratar con pendejos, y que mi mujer se mandara a cambiar.

—No me habías contado, Solís.

—Hasta hace tres meses pensaba que era algo pasajero. Un asunto de rabieta y cariños en la espalda. Pero la verdad es más seria. Nunca le gustó mi trabajo. Los horarios, las noches fuera de casa, el peligro, las malas juntas, según ella. Todo eso fue mellando nuestra relación. Después, cuando me dieron de baja, respiró tranquila y las cosas mejoraron entre los dos. Pero, para mí no era fácil conformarme con estar en la casa y atender el bar que instalamos en Quintero. Escuchar letanías de borrachos y servir vinos aguados no es algo que ilumine. Cuando le dije que volvía al Servicio prefirió quedarse en la playa y cortar con lo nuestro. Mis hijos se solidarizaron con ella. Me acusaron de egoísta y de no preocuparme de la familia. ¿Qué podía decir? Yo sólo quería volver al trabajo.

—¿Entonces?

—Cuento breve. Vivo solo en un departamento de dos ambientes, como alimentos fríos y mis camisas ya no soportan más arrugas.

—Parece un fragmento del Apocalipsis.

—Pero no lo es, Heredia. Cada día es un maldito comienzo. Tengo más de cincuenta años y me cuesta reconocer que estoy solo y debo empezar todo de nuevo.

—Tengo tiempo y el vino es bueno. Si quieres desahogarte, filosofar o cantar boleros, te puedo escuchar la noche entera.

—No es mi intención, Heredia. Quiero hablar de hoteles.

—¿Hoteles? —pregunté, intuyendo que la parte social de la visita de Solís llegaba a su fin—. ¿Una minita a la que no sabes a dónde llevar? Tengo algunas tarjetas...

—Hoteles, Heredia. Esta tarde estuve en el Comet. ¿Lo conoces? Lujo, alfombras, tipos finos y japoneses hasta debajo de las almohadas.

—¿Quieres decirme algo importante o sólo ejercitas tu filosofía barata?

—En el Comet encontraron a una mujer muerta. Sobredosis de anfetamidas, al parecer,

ya que los resultados de la autopsia aún no están listos. Joven, bonita y sin antecedentes. Llevaba dos días alojada en el hotel. Revisamos su pieza y no encontramos nada que haga suponer robo o violación. Todo estaba en orden, como para pensar que se trata de un suicidio. Ninguna huella extraña. Nada de qué asirse hasta que pedí el listado de las llamadas que había hecho desde el hotel. Muchos números, y entre ellos, el tuyo, Heredia.

Creí ver que el rostro de Solís se expandía hacia los lados hasta cubrir el espacio que había entre él y las paredes del bar. Sus ojos exploraron mi reacción. Busqué apoyo en la cubierta de la mesa y luego hurgué en los bolsillos de mi chaqueta hasta encontrar la carta.

—O sea, alguien que te conocía —insistió Solís.

—Fernanda —dije, instintivamente, sintiendo que en mi interior, algo indefinido comenzaba a desmoronarse como esos muros de barro que no resisten otra lluvia más.

—Tu amiga periodista. Supuse que recordarías su nombre.

—Fernanda Arredondo —agregué, recobrando la imagen del tiempo en que la había amado con el entusiasmo de los solitarios. Después, medí el silencio transcurrido desde las últimas palabras de Solís y creí ver un telón oscuro sobre el espacio del bar.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—¿Estoy en tu lista de sospechosos?

—Para algunos de mis colegas podría resultar fácil tomar tu nombre y construir un cuento de horror con él. Quiero saber si la viste durante los últimos días y si tienes alguna idea de lo que ocurrió.

Saqué lentamente la postal que traía en mi chaqueta y la deslicé sobre la mesa hasta que estuvo al alcance de Solís. Podía repetir cada palabra escrita en ella, y en ese momento, al recordarlas, un sentimiento de culpa me hizo saber que había dejado pasar muchas horas antes de ir a verla.

—La recibí hoy —comencé a decir—. Hasta entonces no sabía que estaba en Chile. Hablamos de ella alguna vez. Nos conocimos de casualidad, o eso creí al comienzo. Me ayudó en la búsqueda de un niño cuyos padres habían sido asesinados en Villa Grimaldi. ¿Recuerdas? Estaba vinculada a israelitas que cazaban jerarcas nazis en latinoamérica.

—Lo recuerdo —dijo Solís luego de beber otro sorbo de vino—. Llevaba algunos meses instalado en Quintero.

—¿No volviste a verla después?

—Nunca.

—Hasta hoy.

—Leí la postal y salí a caminar para reunir ánimo antes de visitarla.

—¿Mantenías contacto con ella? ¿Tienes alguna idea de lo que pudo pasar?

—Me envió tres postales, con saludos y esas preguntas típicas que se escriben a la

rápida en el aeropuerto o en el correo. Desde que nos despedimos, hace cinco años, nunca supe a qué estaba dedicada. Esperaba hablar con ella hoy, y la verdad es que no se me ocurre nada para explicar su muerte.

—¿No me engañas, Heredia?

—Su muerte es algo demasiado definitivo como para mentir.

—Lo siento, Heredia. Tal vez debí decírtelo de otro modo.

—La verdad y la muerte van de la mano —dije, mientras me servía la cuarta copa de vino.

Bebí en silencio y luego caminé hacia el baño del restaurante. Moje mi rostro, y lo contemplé largo rato, mientras respiraba el pesado aroma de los orines y la mierda acumulada en los retretes. Deseaba romper esa imagen que reproducía mis culpas y con eso detener el tiempo. Volver a las primeras horas de aquel día y hundir para siempre el orgullo que me había impedido abrir la carta de inmediato. Pero no lo hice. Sequé mi cara con las mangas de la chaqueta y salí del baño. Al fin de cuentas, y aunque fuera tarde, visitaría el hotel de Fernanda, me dije, e intuía que mis días de ocio y correrías en taxi llegaban a su fin.

Cuando regresé, Solís había pedido otra botella de vino y parecía dispuesto a no moverse de su sitio en varias horas.

—Supuse que la necesitarías —dijo.

—No soluciona nada, pero ayuda.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para saber qué pasó con ella.

—Así será, sin duda.

—Si quieres acompañarme en las diligencias...

—¿Puedo verla? —pregunté.

Solís pensó su respuesta y luego de algunos segundos dijo que sí.

—Desnuda y mágica como la Venus de Botticelli —murmuré, recordando el inicio de otra aventura.

—Hay algo más —escuché decir a Dagoberto—. Travis Hillerman. ¿Te dice algo ese nombre?

—¿Quién es?

—Nadie en especial —respondió. Y supe que mentía.

Capítulo 4

staba desnuda y sus piernas sobresalían del borde inferior de la sábana azul que la

E cubría. Creí reconocer su perfume con reminiscencias de hierbas silvestres y limón. Tenía una expresión de cansancio que acentuaba las líneas de su rostro y la perfecta dimensión de sus labios. Recordé aquellas noches en que la veía redactar sus artículos, golpeteando incansable el teclado de su vieja Smith-Corona. Me gustaba verla trabajar arriscando la nariz cada vez que sus ideas no lograban reflejarse fielmente en las cuartillas. Después, cuando dejaba de escribir y se sentía satisfecha de su trabajo, volvía a interesarse en mí, pedía una cerveza y se acercaba, celosa de las caricias que yo le daba a *Simenon*.

Su cabellera caía sobre los hombros y la palidez de su rostro se acrecentaba al contacto del rayo de luz que entraba desde la calle. Sentí renacer el deseo. Pensé en despertarla y acariciar su piel hasta hundirme en ella como en sus muslos delgados, sus pechos redondos y pequeños. Recuperar el tiempo perdido, el silencio autoimpuesto como un castigo que ninguno de los dos merecía. Maldije al orgullo y deseé tenderme a su lado a esperar que mi respiración agitada la despertara. Sonreiría y yo buscaría sus labios que en su rotundo mutismo parecían querer decir algo que yo no conseguía descifrar.

Me incliné hasta rozar sus mejillas húmedas, como si acabara de llorar o viniera huyendo de la lluvia. Le dije que desde ese instante tenía un trabajo por el cual nadie me pagaría un centavo, pero que estaba dispuesto a realizar para cancelar la deuda del orgullo. Creí oír sus advertencias, dos o tres palabras que deseaban apartarme de los peligros donde dormitaba el lunar pequeño que descubrí una tarde mientras jugaba con su piel y el sol entraba moroso a través de los visillos sucios del departamento. Toqué su vientre y dejé que mis dedos rozaran los vellos de su pubis.

—Es suficiente —oí decir en el instante que la besaba en los labios.

La voz de Solís me devolvió a la realidad. Miré a mi alrededor y procuré memorizar cada detalle de la sala en que nos encontrábamos desde hacía media hora. Sus mesas metálicas con cubiertas de mármol, los estantes repletos de frascos oscuros y sobre todo, el espeso olor a muerte.

Bajé la vista hasta detenerme en la ficha médica que colgaba de la camilla. Leí el nombre de Fernanda, los datos profesionales, sus características físicas y el diagnóstico inicial de su muerte: sobredosis.

—Los encargados de la autopsia no tardarán en venir —insistió Dagoberto—. Son algo quisquillosos respecto a la presencia de extraños.

Sentí que me tomaban de los hombros y me dejé conducir hasta la salida, mientras un olor a cloro y serrín me azotaba la nariz. Oí a Solís hablar de nuevo y me despedí de Fernanda.

Capítulo 5

—Te escucho —dije a Solís—. Cuéntamelo todo, paso a paso, sin escatimar detalles.

A través del ventanal que daba a la calle General Mackenna escuchábamos el ruido de las máquinas y los gritos de los obreros que demolían la añosa construcción de la Cárcel Pública. Dagoberto estaba inquieto y cansado. Durante la media hora que llevábamos en su oficina fumó media docena de cigarrillos y bebió tres copas de la botella de ron que guardaba en un kardex atestado con los datos de casos sin resolver. La oficina tenía cierto aspecto desolado, como si en ella hubiesen acumulado los muebles que ninguno de sus compañeros deseaba. El escritorio lucía quemaduras de cigarrillos y ninguna de las cuatro sillas que lo rodeaban hacían juego entre sí. En una de las paredes colgaba el calendario de dos años atrás, y a su lado estaba el galvano que alguna vez habían regalado a un policía de apellido Munizaga, y que nadie, ni siquiera su dueño, se había molestado en sacar.

—Te he contado cuatro veces todo lo que sé. El hotel, la periodista muerta, tu nombre en el listado telefónico.

—Inténtalo de nuevo, Dagoberto. Sabes que no voy a estar tranquilo hasta que sepa lo que ocurrió en ese hotel.

—Tengo que esperar los informes —agregó Solís—. Hasta ahora todo es vago y ni siquiera es seguro que se trate de un asesinato. Mientras no aparezca el motivo, sólo se puede especular.

—Te escucho —insistí, luego de beber el último vestigio de licor que sobrevivía en mi vaso.

—Mi ayudante, el detective Bernales, recibió la denuncia. Cuando escuchó el nombre del Comet, se acordó que fue inaugurado hace unos meses y supuso que se trataba de algo gordo. Me ubicó y fuimos al hotel. Revisamos el cuarto y hablamos con los empleados que habían tenido contacto con la muerta. La encontró una mucama poco después del mediodía. La noche anterior Fernanda había pedido que la despertaran, y como no respondió a los llamados telefónicos, enviaron a la empleada al cuarto. La mujer pensó que dormía y cuando se acercó a la cama, comprendió qué pasaba. Llamaron a un médico, y éste certificó su muerte. No había nada qué hacer.

—¿Cuál es el nombre de la mucama?

—No tiene importancia. La interrogamos a fondo y no creo que pueda aportar ningún nuevo dato. No vio ni escuchó nada, sólo fue a despertarla.

—Me gustaría saber su nombre.

—¿Quieres ir al hotel y hacer tus preguntas?

—Da lo mismo si me dices el nombre o no. A lo más, perderé algo de tiempo.

—Doris Asencio —dijo Solís de mala gana.

—¿Alguien más vio algo?

—Los pasajeros van y vienen en un hotel.

—¿Investigaron los movimientos de Fernanda?

—Puse a dos de mis hombres en ello, y reconstruimos sus pasos desde que arribó a Chile. El día de hoy no cuenta. Llegó el miércoles a las diez de la mañana en un vuelo de Ecuatoriana que venía de Los Ángeles, Estados Unidos, con escalas en Ciudad de México y Quito. En el aeropuerto tomó un servicio de buses y se registró en el hotel al mediodía. Suponemos que de ahí hasta las siete de la tarde descansó o trabajó en su pieza. Pidió almuerzo y la camarera que se lo llevó recuerda haberla visto trabajando en un computador portátil. Después hizo algunas llamadas telefónicas, cenó en el hotel con una amiga y se despidió de ella pasada la medianoche. Al día siguiente, jueves, viajó a Viña del Mar. Lo comprobamos con el servicio de taxis del hotel. Visitó a su abuela, la señora Virginia Argüelles, que vive cerca del Casino. No hizo nada más en todo el día, por lo que deduzco que se estaba dando algún tiempo libre antes de empezar a realizar el trabajo que, supongo, motivó su viaje a Chile. Regresó al hotel a eso de las nueve de la noche, comió ensaladas en el restaurante y pidió sus llaves. Alguien la llamó a las diez, pero no hablaron. La telefonista dice que conectó la llamada a la habitación y que cuando Fernanda respondió la comunicación se cortó.

—Como si hubieran querido confirmar que estaba en el cuarto.

—No había pensado en eso, Heredia.

—¿En qué estado encontraron la pieza?

—Ordenada. Sin huellas de violencia ni de robo. En el velador había una caja de tranquilizantes y otra de anticonceptivos. A la de tranquilizantes sólo le faltaban tres cápsulas, y además, el médico legista que hizo los primeros exámenes dijo que eran suaves. Clorodiapóxido de 5 miligramos. Consumido en pequeñas dosis ayuda a dormir. En el baño encontramos una jeringa desechable. No tenemos los exámenes del laboratorio, pero se presume que contenía narcótico. Mañana o pasado sabremos si tiene huellas y cuál era la sustancia que había en su interior.

—¿Nada más?

—Su ropa, libros, el computador portátil, revistas españolas, la guía de Santiago y un *walkman* con una cinta de Bach en su interior. Nada anormal.

—Le gustaba la música —comenté al tiempo que recordaba la noche en que fuimos al Municipal a escuchar *Bolero* de Ravel.

—¿No crees que se suicidara?

—No encaja con su estilo. Fernanda era una mujer segura y sabía lo que quería hacer con su vida, con su trabajo. Tampoco era de las que se deprimían o recurrían a pastillas.

—Había pastillas en su velador.

—Tal vez las usó para dormir en el vuelo.

—Las personas cambian. Tú no la veías desde hace varios años. Crisis emocionales, nervios, exceso de trabajo. Las causas pueden ser muchas.

—No era su forma de enfrentar los problemas —dije y busqué la botella de ron

que estaba sobre el escritorio de Solís—. En este momento no puedo darte la razón, pero, algo hay anormal en su muerte. Si me das un poco de tiempo...

—La muerte de tu amiga se caratuló como suicidio y hasta ahora no hay nada que me haga cambiar de idea. Si vine a verte fue porque pensé que podrías darme algunas luces sobre su modo de ser, trabajo o amistades.

—¿Ubicaron a su familia?

—Ni siquiera sabían que ella estaba en el país. Parece que no se llevaba bien con su padre. Hablé con él y no pareció muy impresionado. Hizo algunas preguntas y quedó en enviar a su secretario personal para que se hiciera cargo del sepelio.

—Había roto con él antes de conocerme. Era la típica relación entre un padre posesivo y una hija con ganas de correr con su cuenta. Ella no aceptó que le condujeran la vida. Es algo que sucede a menudo; y mientras estuvimos juntos, nunca me inmiscuí en ese tema.

—No necesitas darme explicaciones. No eres culpable de nada, Heredia.

—Quisiera estar seguro de eso. Si hubiera abierto la carta antes...

—A la hora en que la recibiste ya no había nada que hacer.

—Sí —reconocí de mala gana antes de pensar en otra cosa.

—Dudas y más dudas. Es todo lo que tengo —dijo Solís y miró con desconsuelo su copa de vino.

—Las llamadas del primer día. ¿Qué hay con ellas?

—Fueron tres. La primera a Ecuatoriana, para confirmar su vuelo de regreso a México. La segunda a tu oficina; y en la tercera habló con Lidia Murúa, la amiga con la que cenó ese día. La ubicamos. Es periodista del diario *La Época* y estudió con Fernanda en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Durante la cena rescataron recuerdos y conversaron de sus trabajos. Fernanda comentó que realizaba reportajes para la revista española *Cambio 16*. No habló de temas ni mencionó a nadie a quien pensara entrevistar.

—¿Ninguna otra llamada?

—Al menos no desde el hotel. Hasta donde hemos podido reconstruir sus pasos, todo parece normal.

Primer día en el hotel, el segundo, Viña y luego...

—¿Para qué día confirmó el vuelo de regreso a México?

—Viernes. Originalmente tenía reserva para quince días más, pero algo la hizo cambiar.

—¿Miedo? ¿Prisa? ¿Otros planes?

—Vaya uno a saber, Heredia.

—¿Y ese nombre por el que me preguntaste anteriormente?

—Hillerman —recordó Solís, y enseguida, evasivo, agregó—. No tiene importancia. Era otro de los nombres escritos en la agenda de Fernanda.

—¿Sin importancia?

—Ninguna.

—¿Puedo ver el equipaje de Fernanda?

—Si me dices en qué estás pensando.

Capítulo 6

—**E**sto no ilumina a nadie —dije a *Simenon*, mientras me observaba hojear las revistas que había substraído cuando Dagoberto Solís tuvo que salir del despacho donde guardaban las pertenencias de Fernanda. Deseaba retener algo que hubiera pertenecido a ella y las revistas fueron lo más fácil de robar sin que Dagoberto lo advirtiera. Había revisado, a la rápida y sin ningún resultado positivo, sus blusas, pantalones, faldas y varios juegos de ropa interior que ya habían sido analizados en el laboratorio de la policía.

—Y lo peor es que no se me ocurre nada —agregué, dejando a un lado las revistas, que había leído sin encontrar en ellas nada especial, como anotaciones en los bordes, algún papel olvidado entre las páginas o un subrayado.

Mis ideas estaban en un pozo, del que no saldría hasta recuperar cierta estabilidad en mi interior. Me sentía ebrio, y la ebriedad nada tenía que ver con los tragos bebidos en la oficina de Solís, sino con saber que la muerte de Fernanda me transportaría a lo desconocido hasta el instante en que descubriera el motivo.

Intuía algo falso tras el diagnóstico de sobredosis. Había amado a Fernanda y ésa era una razón suficiente para estar seguro de que las drogas eran ajenas a ella. Y eso, aunque sólo fuera reflejo del instinto, me bastaba para entrever el trasfondo turbio de su muerte.

—Volveré a las andadas —agregué sin estar convencido que *Simenon* estuviese escuchando—. Es hora de sacar partido a mi oficio.

—Bebe otro trago y conversemos. En una de éstas encontramos la hebra.

—Tus ideas son más reducidas que las mías, *Simenon*.

—¿Desde cuándo le arriskas la nariz al licor? Emborráchate y saca todo lo que tienes adentro —lo oí gritar. Enseguida entró a la cocina en busca de su ración nocturna de pescado.

Seguí el consejo y llené una copa de Stolichnaya. Luego regresé al escritorio y escuché a *Simenon* comer con la misma voracidad de aquella tarde en que había aparecido en el departamento, sucio y apaleado como el peor vago de los tejados. Volví a mirar las revistas. Eran de un formato amplio y estaban impresas en papel couché. En cada ejemplar se publicaba un artículo de Fernanda, acompañado de una

foto al pie de los textos en el que aparecía risueña. Se notaba un maquillaje inusual en ella, o que al menos no usaba en los días en que nos conocimos. Las ordené de acuerdo a sus meses de edición. Junio, julio y agosto de 1994. En la primera escribía acerca de los niños hambrientos en Ruanda, y en las dos restantes, sobre tráfico de armas. Eran artículos extensos, pródigos de datos, y cada párrafo concluía con preguntas que hacían activar los nervios del lector.

«A causa del llamado caso Irangate —escribía Fernanda—, Estados Unidos debió extremar sus precauciones en el suministro de armas a países involucrados en guerras y que no cuentan con el armamento adecuado para sobrellevar confrontaciones a largo alcance. La participación en los conflictos es vital para la sobrevivencia de su industria bélica, injustificada para algunos después del fin de la Guerra Fría. Y por eso, y porque las apariencias importan en el concierto de la política mundial —y en ocasiones sus negocios se relacionan con todos los países en disputa— está obligado a tejer intrincadas redes para el comercio de armas. Las órdenes siguen saliendo de Washington, aunque parte de las armas se fabriquen en otros países, como ocurre con países asiáticos que han logrado desarrollar una alta tecnología en el rubro, e incluso, en países sudamericanos como Chile, que, con el impulso de la dictadura militar pinochetista, generó una presencia relevante en la fabricación mundial de armas, interesando con sus productos a diversos países árabes».

—¿Qué sabes de armas? —pregunté a *Simenon* que estaba de nuevo a mi lado, lengüeteándose sus patas con especial entusiasmo.

—Nada —contestó sin mayor interés.

—¿Y Fernanda? Usualmente escribía crónicas sobre salud, dietas y lugares atractivos para viajar en vacaciones. ¿Por qué el cambio?

—Olvidas en qué circunstancias la conociste —dijo *Simenon*—. Acababa de irse de su casa y trabajaba en cualquier cosa. Escribía los artículos que recuerdas para ganar tres o cuatro chauchas.

—Cierto —murmuré antes de beber otro poco de licor—. Quisiera tenerla cerca para hacerle algunas preguntas...

—Y besarla...

—Sí, y besarla...

—Pero ya no está. Y ni tú ni yo sabemos gran cosa sobre armas. Tu experiencia se limita a la pistola que llevas bajo la chaqueta.

—Tampoco sé mucho sobre ella.

—Quien nada hace nada teme —filosofó *Simenon* y después de mentarle la madre, lo mandé a recorrer los tejados.

Bebí un sorbo y dejé al licor descansar dentro de la boca. El señor Stolichnaya era duro y suave a la vez, como una amante.

Abandoné las revistas y me acerqué a la ventana. Era de noche y en el horizonte se divisaba la línea plateada y zigzagueante del río Mapocho. Pero esa escena no me decía nada. Como en otros casos, necesitaba datos o una sospecha que actuara como

detonante. Los celos o la rabia de los afectados. Huellas frescas y en ocasiones tan evidentes como pisadas de elefantes. Estaba perdiendo imaginación o quizás era la falta de práctica.

La muerte de Fernanda conducía a límites a los que sólo podía acceder trabajando duro o con suerte. Si no tienes sospechosos encomiéndate a la fortuna, recordé que me había dicho Dagoberto Solís cierta vez que investigaba la muerte de Marcela Rojas, una muchacha universitaria asesinada en las afueras de Santiago. Pero la fortuna no se encontraba en manuales ni se compraba en las farmacias de turno. Observé la calle y vi a dos borrachos de pasos inciertos que se alejaban del barrio. Miré la hora en mi reloj. Faltaba poco para la medianoche; el momento justo para salir a recorrer las esquinas y dejar que las ideas deambularan libremente.

Cuando estuve frente al ascensor divisé la puerta del departamento de Stevens entreabierta, invitando a pasar a una de sus sesiones de psicomasaje. Del interior salía una música que asocié a los restaurantes chinos de la plaza Brasil. Un ritmo monótono, como si lo hubieran grabado en un piano de una sola tecla, y que sin embargo Stevens consideraba imprescindible para entregar el cuerpo a la relajación y autoencuentro, dos palabras remarcadas en el panfleto que Anselmo, el suplementero, se encargaba de repartir en beneficio del masajista y de sus atenciones.

Cambié de idea y me encaminé hasta el departamento de Stevens. El lugar estaba en penumbras, y aguardé algunos segundos antes de reconocer la camilla metálica que ocupaba el centro de la habitación. Di un par de pasos hasta rozar la camilla y toqué con fuerza.

—¿Heredia? —preguntó Stevens, sin apartarse de la ventana a través de la cual miraba hacia la calle. Daba la impresión de seguir el paso de algún peatón o de las estrellas que extrañamente se veían esa noche en el contaminado cielo de la ciudad. Pero sólo era una apariencia.

Stevens era ciego de nacimiento, y todo lo que sabía de la vida pasaba por sus oídos y sus manos. Ocupaba sus horas en escuchar los murmullos del barrio y llevaba el registro mental de las discusiones que se producían en el edificio, la música que oían los inquilinos, y hasta, según él decía, los jadeos íntimos de cada pareja.

Stevens era gordo, medía un metro ochenta de estatura, y habitualmente vestía un holgado mameluco de mezclilla.

Podía tener cincuenta años o algunos más, y su aspecto hacía pensar en un pasado de luchador. Daba masajes y charlas de relajación en las que mezclaba dudosas informaciones médicas, con máximas chinas y sermones de los canutos que predicaban junto a la entrada de nuestro edificio. Lo conocí el día que llegué a ocupar la oficina. Necesitaba a alguien que vigilara los muebles que estaban en la calle y él, que parecía contemplar la mudanza, ofreció su ayuda. Todo resultó bien, hasta que al agradecerle advertí que era ciego. Él se rió de mi confianza en los extraños y me invitó a beber cerveza.

—Siempre me sorprendes —dije acercándome a su lado.

—Eres el único que entra y observa cada rincón de esta pieza.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el ritmo de tus poros. Además, tu tos de treinta cigarrillos al día se escucha apenas entras al departamento.

—A veces dudo de tu ceguera y tus masajes. Nadie viene a tus sesiones.

—No pienses en ello, Heredia. Tu esfuerzo es inútil.

—Descuida, no me preocupa tanto como para gastar mis neuronas en ello.

—Pareces tenso.

—Quería recorrer el barrio, pero vi luz y pasé.

—Sabes que no duermo de noche. Me siento junto a la ventana y escucho los murmullos del vecindario.

Tomé la silla que estaba junto a la entrada del departamento y la acerqué hasta la ventana.

—Sírvete algo —dijo—. En la mesilla hay una botella de vidrio color caramelo. La etiqueta dice colonia, pero es aguardiente. Es mi único vicio, aparte del otro que tú ya conoces.

—Sí —dije y pensé en lo otro.

Stevens contratava semanalmente a una muchacha para que leyera en voz alta los diarios y revistas que Anselmo le vendía. Quieto, inmóvil como un buda, escuchaba e iba reproduciendo en una grabadora los datos que le interesaban.

Luego, de nuevo a solas, elaboraba largos informes sobre la situación política o económica. Nunca le pregunté para qué hacía eso, pero en más de una ocasión lo había escuchado repasar aquellas cintas, que, misteriosamente, desaparecían de su departamento a los pocos días de grabadas.

—¿Qué te preocupa? —preguntó cuando estuve a su lado—. Estás tieso como mono de yeso y le has dado dos buenos toques al aguardiente.

—Engañas a la gente con tu ceguera.

—Veo más que tú y que todos los que tienen sus ojos sanos. Ellos ven las apariencias, lo que cada persona desea mostrar. Pero yo veo más hondo. Sentimientos, temores, ansias. Preocupaciones que no se pueden ocultar.

—Tú ganas.

—Considérate mi cliente —dijo, y luego de una pausa, preguntó—: ¿Qué ves en la calle?

—Nada. Ni siquiera a un borracho. Todo está muerto.

—Quieto, no muerto.

—Da igual, es una manera de decir.

—Las palabras reflejan el estado de ánimo de quien las dice.

—Esa frase supera mi capacidad de entendimiento.

—Empecemos con esto —dijo Stevens y sacó del bolsillo dos gruesos pitos de marihuana.

—¿No estamos viejos para jugar a los humitos voladores? No fumo yerba desde

que estaba en el liceo. Y aun entonces, no era muy aficionado a los pastos. Prefería el vuelo líquido, la cerveza o el copete serio.

—Desconfío de los que temen salir fuera de sus límites. Monógamos, abstemios, predicadores y dirigentes políticos. Bichos oscuros que miden cada palabra que dicen porque temen mostrar lo que realmente son.

Hice brotar el fuego de mi encendedor y Stevens acercó el pito. Su rostro se iluminó brevemente y pude contemplar sus ojos abiertos y sin vida.

—Aún no te acostumbras —comentó, y lanzó una carcajada que se confundió con la bocanada de humo que salía de su boca.

—Huele a mierda —dije, dando una leve calada al pitillo.

—Te escucho —agregó sin hacer caso a mis palabras—, tengo la noche por delante.

Aspiré la marihuana y cuando reconocí puntitos dorados en la ventana del departamento, comencé a hablar. El rostro de Stevens se llenó con una sonrisa, y por tercera vez en esa noche pensé que su ceguera era falsa.

Capítulo 7

Amanecía y la luz de la mañana daba un tono ceniciento al rostro de Stevens. Tenía la impresión de haber dormido toda la noche, pero la proximidad del buda ciego me recordó que no había cerrado mis ojos en muchas horas. La bocina de un bus quebró el silencio. Stevens apoyó los codos en el marco de la ventana y respiró profundo, como si con eso hubiera podido expulsar todo el cansancio de su cuerpo.

—La ciudad revive y te aguarda —dijo en voz baja.

—Me siento como si me hubieran castigado la cabeza con un combo —comenté, mientras recordaba que el pasado había revoloteado toda la noche por entre las paredes de la habitación.

—Respira con deseo y verás que te sientes mejor. Ya sabes lo que tienes que hacer —dijo él—. No puedes renunciar a lo que te pertenece. Jamás vas a mejorar el mundo, pero eres de esos tipos que nunca se cansarán de intentarlo. Quisiste encender el fuego y fracasaste. Ahora debes mantener la pequeña llama.

—No entiendo un carajo de lo que dices. Estas chalado o el pito te afectó el seso.

—Sabes de qué hablo, Heredia —dijo resueltamente.

Creí estar rodeado de seres fantasmales y por un instante vi el rostro de Fernanda

reflejado en la ventana.

—No trates de comprenderlo todo.

—¿Qué quieres decir?

—Usa tus cartas y no trates de entender el trasfondo del juego.

—Eres un enigma, Stevens.

—Recorre tu camino —agregó Stevens.

—Gracias —dije, y tuve la seguridad de estar vislumbrando una breve luz en medio de aquello que no entendía y que invariablemente me dejaba junto al recuerdo de Fernanda—. Creo saber a qué te refieres.

Me puse de pie y me alejé. El aire de la habitación estaba enrarecido y sentí la necesidad de respirar a mi antojo por las calles que conocía.

—Cierra la puerta —ordenó Stevens, que seguía con su rostro expuesto a la luz que empezaba a llenar la pieza—. Y si quieres saber de armas conversa con el doctor Blest.

—¿Blest?

—Di que vas de mi parte. Vive en la calle Juan Vicuña cerca de avenida Matta. Te será fácil ubicarlo. La calle tiene dos cuadras y él habita en la única cité del lugar. Es buen tipo, pero cuídate de hablar de mujeres —dijo Stevens y soltó una carcajada que me acompañó hasta que enfrenté a *Simenon*, molesto por mi ausencia de la noche.

—Se acabaron las cobranzas y el taxi —le dije.

—«¿Te gusta joder a la gente o no andas bien de la cabeza?». —Leí esa pregunta en una novela de...

—Da igual. Te viene al dedillo.

—¿No te alegra la noticia?

—Me preocupa mi ración diaria de salmón.

—Jurel tipo salmón, querrás decir. En este país todo es tipo algo: aguardiente tipo pisco, cebada tipo café, dictadura tipo democracia.

—No me quites la ilusión.

—¿Te ha faltado alguna vez?

—Muchas.

—¿Y por qué no usas la puerta?

—Tal vez porque te quiero —contestó *Simenon*, al tiempo que se acercaba a restregarse entre mis piernas.

—Cuando te propones ser tierno, lo haces bien.

—«El gato no nos acaricia, se acaricia con nosotros».

—Víctor Hugo.

—Antoine Conde de Rivarol.

—*Touché, mon petit chat* —dije tomando a *Simenon* entre mis brazos—. Tres minutos para hacernos cariño.

—Bien —dijo acariciándome el mentón con sus patas—. «Dios hizo al gato para ofrecer al hombre el placer de acariciar a un tigre».

—Conde de Rivarol...

—Víctor Hugo.

Capítulo 8

Los doce pisos del hotel Comet se dibujaron sobre un horizonte de nubes adormecidas y dispersas, mientras sus murallas rojas se deslizaban hacia la calle, empequeñeciendo a los inquietos peatones que atravesaban el centro de la ciudad en dirección a sus trabajos o siguiendo el azar del vitrineo por las tiendas y galerías comerciales.

Me detuve frente a la puerta principal y estudié el aspecto del portero que vigilaba el paso de los clientes. Vestía capote conchovino, gorra militar con el nombre Comet grabado en letras doradas sobre la visera, y zapatos negros, brillantes. Ajusté mi corbata al cuello de la camisa que había comprado en el bazar chino de Rosas con 21 de Mayo y entré sorteando la vigilancia del portero, que observó de reojo, quizá dudando de mis intenciones o de que pudiera pagar los ochenta dólares que cobraban por el uso diario de los cuartos. Avancé por el alfombrado pasillo que nacía en la recepción y llegué al bar. Había diez o doce mesas rodeadas de butacones, y desde el cielo raso colgaban cuatro ventiladores de aspas que agitaban el aromatizado aire de la habitación. Me senté junto a la barra y sonreí al barman, un hombre bajo, moreno y de ojos chispeantes que se apoyó en el mesón y acercó su rostro a tres centímetros del mío, como si hubiera querido soplarne una confidencia.

—¿Qué le sirvo, amigo?

—Ballantines y Bécker. En vaso grande —aclaré—. El *whisky* solo, seco, y encima la cerveza, fría, inmensamente fría.

—¿Es para beber o para suicidarse? —preguntó, sarcástico.

—Depende de la prisa con que se tome —respondí deseoso de alargar la charla y ganar la confianza del hombre.

—Primera vez que alguien me pide semejante combinación.

—Cada día tiene su afán y uno que otro loco por conocer.

El barman sonrió y enseguida buscó los componentes del trago. Sobre la barra dispuso un vaso cristalino y vertió en él dos dedos de *whisky* y la mitad de una Bécker.

Probé la bebida e hice un guiño de satisfacción.

—¿Bueno? —preguntó, como si acabara de verme tragar una cucharada de

purgante.

—De lo mejor.

—¿No es muy temprano para tanta carga?

—Es la hora más adecuada para alimentar el optimismo —dije y el hombre rió sin entender cabalmente mis palabras—. Busco a Doris Asencio. Me dijeron que trabaja en este hotel.

—¿Asencio? Puede ser, pero no por aquí, amigo.

—Trabaja de mucama.

—Servicios menores. Tiene que salir del bar y caminar por el pasillo de la derecha. Al final va a encontrar una puerta con un letrero lo suficientemente grande como para no extraviarse.

—Gracias —le dije y bebí otro sorbo de la bebida—. Parece un buen hotel.

—Lo es. Nuevo, cómodo y con el mejor servicio de la plaza.

—¿Tranquilo?

—Siempre.

—Leí algo en los diarios —comencé a decir.

—¿Policía? —preguntó con cierta complicidad.

—Frío.

—¿Periodista?

Negué con la cabeza y saqué de mi chaqueta la credencial que me calificaba como agente comercial de la empresa de cobranzas Borgoño y Asociados.

—En los tiempos que corren, todo el mundo se endeuda. Y si no, ¿cómo? Yo mismo, con tres hijos y...

—Algo decían los diarios sobre el hotel —dije, interrumpiendo el inicio de la letanía.

—¿Se refiere a la periodista que encontraron muerta? Es mala publicidad. A ningún pasajero le gusta pensar que duerme acompañado por el fantasma de un finado.

—¿Qué se dice de ella?

—Lo que salió en la prensa y nada más —dijo el barman, y enseguida, con acento cómplice, agregó—: Los jefes prohibieron conversar del asunto con extraños. Ayer esto estaba lleno de periodistas, y con la zafacoca que se armó, a lo menos seis pasajeros se fueron del hotel. El negocio exige discreción.

—Negocios son negocios.

—Y éste, perdonando la expresión, parece meado de perro. En el año ya van tres finados en la cuenta, y de seguir así, mejor ofrecemos servicio de pompas fúnebres.

—¿Tres? —pregunté, trapticándome con el alcohol y la noticia.

—La periodista, el cocinero del segundo turno y un gringo que andaba de paso.

Bebí de prisa el último sorbo del trago y le hice señas para que continuara con su relato.

—El cocinero se llamaba Tamayo —dijo el barman—. Dicen que fue por celos

entre maricas. Lo apuñalaron en la puerta de servicio, como a las dos de la madrugada, a la hora en que salía de su turno. Se supone que la Policía está investigando, pero hasta el momento no hay resultados. De noche el entorno del hotel es peligroso. Abundan los lanzas a la caza de algún turista encopado; y sin ir más lejos, hace poco cogotearon a un español. Punzón en las costillas, ojo morado y quinientos dólares que el gallego nunca más vio.

—¿Cuándo pasó lo del cocinero?

—Después de la muerte del gringo. Dos cajones en la misma semana —comentó el barman con cierto brillo de perversidad en la mirada.

—Cuénteme algo del gringo.

—¿No leyó los diarios? Sucedió el mes pasado y se armó un lío gordo. El hotel se llenó de tiras, carabineros y hasta militares. Parece que el hombrón se suicidó mientras realizaba una investigación sobre tecnología bélica, o algo así.

—¿Recuerda su nombre?

—Para mí todos los nombres de gringos son iguales.

Pensé hacer otra pregunta, pero en ese momento entraban al bar cuatro turistas argentinos que hablaban de compras en voz alta. El barman se alejó para atender a los extraños y durante diez minutos trabajó en el batido de una ración generosa de pisco sauer.

Me despedí y caminé por el pasillo indicado. Encontré la puerta de doble hoja, y en su parte superior un letrero que decía: acceso sólo permitido al personal. La empujé y entré a lo que parecía ser un casino, en cuyo interior dos mujeres estaban conversando alrededor de una mesa cubierta de acrílico en la que se apilaba una gran cantidad de platos y copas. Vestían cotonas verdes y una especie de cofia coronaba sus cabelleras oscuras. Una era ancha de caderas y lucía un enorme lunar carnoso en el rostro. La otra, veinteañera y esmirriada, era la modelo ideal para un afiche sobre la desnutrición.

—Zona del personal —dijo la más joven de las dos.

—¿Doris Asencio? —pregunté, enérgico.

Las dos mujeres se observaron y enseguida la mayor se decidió a hablar.

—¿Para qué sería?

Advertí su desconfianza, y rápidamente saqué la credencial del Servicio de Investigaciones que había comprado en el Mercado Persa de Bío Bío, en el puesto de Cardenio Fernández, un carabinero exonerado que comercializaba objetos substraídos en oficinas públicas.

Hojas con membretes, timbres de jefes de secciones, tarjetas de identificación, expedientes, entre un sinfín de especies que, con algo de imaginación y maña, permitían acreditar una carrera funcionaría, solicitar el pago de algún beneficio, o simplemente ostentar el título de alguna jefatura digna de genuflexiones.

—Investigaciones —dije y agité la credencial como si fuera un pañuelo en el último andén de la tierra.

—¡Doris, te buscan! —gritó la de mayor edad.

Doris Asencio tenía el aspecto cansado de una mujer sola y con dos chiquillos que mantener. Llegaba al hotel a las ocho de la mañana y durante doce horas, ordenaba camas y reponía toallas, jabones, peinetas y otros artículos de baño. Luego de recorrer los pisos ocho y nueve, descendía a la lavandería del hotel con un carro lleno de sábanas sucias. Hablaba poco con las demás mujeres, y como la mayoría de sus compañeras contaba los minutos que faltaban para salir del trabajo y recuperar ese exiguuo espacio de libertad que latía entre el fin de la jornada y el sueño.

Mis preguntas no la sorprendieron. Los últimos días había respondido a tantas interrogantes de la Policía y del departamento de seguridad del hotel, que su versión de la muerte de Fernanda parecía algo irreal.

Como había terminado su turno y se preparaba para salir del hotel, la invité a conversar al restaurante Isla de Pascua, y luego que nos sirvieron café, le confesé que no era policía y que mis motivos se relacionaban con Fernanda y la amistad que nos había unido. La alusión al romance alivió la seriedad de su rostro, y después de endulzar el café con tres cucharadas de azúcar, pareció más relajada y dispuesta a conversar sin las aprensiones del primer momento.

—Ya me parecía raro. Usted se ve distinto a los policías que me interrogaron —comentó, y luego se alisó la falda como dando a entender que estaba dispuesta a responder mis consultas.

Su versión no era diferente a la de Solís. Había entrado a la habitación de Fernanda para hacer la cama. No recordaba nada anormal ni había visto a nadie merodear por el lugar.

—Me llamó la atención la cantidad de papeles que tenía esa señorita. En su pieza había un computador pequeño y a su alrededor muchas hojas sueltas —dijo al término de su relato.

—¿Atendió la pieza todos los días en que ella estuvo alojada?

—Sí.

—Y los primeros días, ¿no vio nada anormal?

—Nada. El segundo día encontré una bolsa con ropa sucia para enviar a la lavandería y un sobre abultado, con una nota para que lo enviaran por correo.

—¿Y qué hizo con ese sobre?

—Lo entregué en la recepción. Ellos se encargan del despacho de la correspondencia.

—Tal vez lleven un registro...

—Lo ignoro.

—¿Leyó el nombre del destinatario?

—No acostumbro a fijarme en esos detalles. Simplemente lo entregué donde correspondía. La discreción es una exigencia del hotel y si el supervisor nos sorprende intruseando las cosas de los pasajeros es motivo más que suficiente para ir a dar a la calle.

—¿Y de las muertes anteriores, qué recuerda?

—¿Muertes anteriores?

—El turista gringo y uno de los cocineros del hotel.

—Lo del gringo fue un escándalo, pero salvo rumores, no supe más. Sucedió durante la semana en que pedí permiso para visitar a mi madre en Yungay. Las chicas que trabajan conmigo me contaron dos o tres cosas, y después nadie más habló del asunto. Cuando una trabaja en hoteles se acostumbra a ver cosas extrañas. Antes de ingresar al Comet estuve en el Apolo, un hotel parejero de la calle Vicuña Mackenna, y ahí sí que veía cada cosa. Podría estar tardes enteras contándole chascarros y líos de parejas. En cuanto a la muerte del Pompei...

—¿Pompi?

—El cocinero. Se llamaba Pompeyo y era algo delicado —dijo Doris y se rió suavemente, con picardía.

—¿Homosexual? —pregunté, y ella asintió.

—Era muy amable y cuando una se metía a la cocina y no había ningún jefe a la vista, siempre ofrecía alguna cosita para picar. ¿Cómo pudo alguien hacerle daño? Los muchachos que trabajaban con él dijeron que fue un asunto de celos con sus amigos. ¡Sólo Dios sabe! Con personas como el Pompei la gente suele ser cruel e inventa cualquier cosa.

—¿Sabe algo más de él?

—Conocí a su hermano el día del sepelio. Una cosa muy triste. Fui la única compañera del hotel que lo acompañó al cementerio; y de su familia sólo estaba su hermano menor. Creo que tenían vergüenza. Lo dejaron en esas tumbas de tierra que duran dos años y después, si no se vuelve a pagar, sacan los huesos del finado y los tiran a la fosa común. Triste, muy triste —dijo Doris Asencio, y enseguida, como acordándose de algo, abrió la cartera que llevaba consigo y sacó una libretita de apuntes—. Tengo el teléfono de su hermano. Se lo pedí porque me encargó que reuniera las cosas de Pompei que había en el hotel. Lo llamé a los tres días del entierro y mandó a buscarlas con un *junior*. ¿No le parece todo muy penoso?

Capítulo 9

Dejé a Doris Asencio en el paradero de buses ubicado frente a la iglesia de San Francisco y volví al hotel.

Subí en ascensor hasta el décimo piso. Los pasillos estaban recubiertos de

alfombras esponjosas y se escuchaba una música suave, con resabios de supermercado o agencia bancaria. Las habitaciones formaban un cuadrado gigantesco, en medio del cual una cavidad permitía observar el resto de los niveles. Sentí vértigo. Las puertas de las habitaciones estaban cerradas y un silencio pesado recorría el piso. En una de esas piezas había muerto Fernanda. Cerré los ojos y al reabrirlos volví a observar el vacío. De todas las formas posibles de suicidio, la más horrible era lanzarse desde una altura como esa, con breves segundos de conciencia para arrepentirse y luego, el golpe y la nada.

Rehice mis pasos y al pasar frente al bar vencí la tentación de entrar de nuevo y pedir otra copa. Mi visita al hotel sólo había sumado más muerte a mi ignorancia. Todo parecía condenado al fracaso. Estaba cansado de mentir y preguntar; de husmear existencias ajenas para encontrar significado a hechos que no tenían otra lógica que la vida misma. ¿Cómo podía resumir mi vida? Buscar huellas en el pasado y en lo más oscuro del presente, obsesionado con una justicia frágil y ambigua; desgastado por ideas que sobrellevo porque ya es muy tarde para aprender nuevas cosas o porque el mundo no ha cambiado tanto como para dejar de pensar igual. ¿Ésa era la respuesta? En el espejo instalado en la entrada del hotel vi mi rostro cansado y sudoroso; la cabellera negra, larga y despeinada, cayéndome sobre la frente; los hombros deformados por la arrugada chaqueta de cotelón; un vientre con deseos de expandirse y los zapatos negros, gastados y sin lustre. Eso y poca cosa más. La corbata azul y una lapicera aflorando por el bolsillo superior de la camisa. Ése del espejo soy yo, dije, y salí del hotel.

Caminé hasta la Biblioteca Nacional. Subí los peldaños que conducían al interior; a esos salones en los que había tratado de entender el mundo, en libros de otra época que me habían dejado el recuerdo de tres o cuatro frases para citar en mis momentos de ocio. Entré a la hemeroteca y vi una docenas de lectores inclinados sobre los empastes de diarios de otras épocas.

Pedí las ediciones de *La Tercera* de los últimos meses y antes de comenzar a leer traté de recordar la última vez que leí un diario completo, hoja a hoja, y no sólo las páginas de la hípica o el deporte. Revisé noticias económicas y políticas que hablaban de un país extraño, diferente al que veía cada día en las calles o desde la barra del bar. Tropecé con discursos vacíos, palabras sobre palabras, declaraciones para aquietar conciencias, y en el décimo diario encontré los titulares que buscaba. «Extraña muerte de turista norteamericano». «Periodista extranjero se suicidó en hotel». «La Policía contradice su primer informe». Leí con avidez los artículos que más me interesaron, y al final, mientras pensaba en conversar nuevamente con Dagoberto Solís, escribí en un papel el nombre que se repetía en una y otra noticia: Travis Hillerman.

Cuando emprendí el regreso a mi oficina, las tiendas del barrio comenzaban a bajar sus cortinas. La gente caminaba de prisa o abordaba los buses para llegar a sus casas y cerrar otro círculo en sus vidas. Estacioné el auto lo más cerca que pude del

departamento y caminé sin apuro, aspirando el aire de la tarde, en el que se confundía el aroma de unas flores y el olor a vino derramado que salía de los bares del vecindario. Me detuve frente al primero de los bares y consideré la posibilidad de beber confundido entre los grupos de obreros que atenuaban la fatiga del día con una caña de pipeño o de cerveza.

Descarté la idea y apuré mis pasos hasta llegar a la oficina; el único sitio que tenía para pensar con tranquilidad en la mentira en que había sorprendido a Dagoberto Solís. Deseaba estar solo, o casi, porque cuando entré al departamento me aguardaban *Simenon*, mis libros y tres docenas de cintas con música asociada a mis recuerdos. Puse una de Mahler y me senté junto al escritorio, rodeado por la luz rojiza que entraba a raudales a través de la ventana.

¿Mentía Solís o mi imaginación asociaba la muerte de Fernanda a la de Hillerman? Deduje que Solís también se hacía la misma pregunta y que por eso había mencionado el nombre del gringo en nuestra conversación.

Simenon saltó sobre mis piernas. Le hablé y su lengua se deslizó por mis dedos, suave y amistosa.

—Te puedo contar una buena historia. La leí en una novela de un inglés de apellido Leigh. Un tipo le dice a su psicólogo: «Me gustan los gatos. Yo tenía dos, pero tuvimos que deshacernos de uno de ellos porque arañó al bebé. Si hubiera dependido de mí, nos habríamos librado del jodido crío». ¿No te gustó? Entonces escucha esta otra. Travis Hillerman, periodista norteamericano fue encontrado muerto en el hotel Comet. La Policía descartó que el móvil de su muerte fuera el asesinato. Hillerman se especializaba en temas bélicos y se encontraba en el país escribiendo un reportaje acerca del armamentismo en América Latina. ¿Interesante, no? —pregunté a *Simenon* mientras recordaba otra de mis lecturas en la Biblioteca—: «Inesperado vuelco dio el caso del periodista encontrado muerto en el hotel Comet. El abogado que representa a la revista para la cual trabajaba Hillerman, interpuso una querrela ante el tribunal correspondiente, alegando que en la muerte del periodista hay indicios de que se trata de un asesinato. Un vocero de la Policía calificó de infundada la versión del abogado y reiteró el informe preliminar que atribuía el deceso del periodista a una sobredosis de diazepam».

—Me interesa hacer algunas preguntas a Solís —dije y me puse a hojear nerviosamente una de las revistas hasta encontrar la foto de Fernanda.

—¿Aún piensas en ella?

—Y por mucho tiempo más.

—Diría que la extrañas.

—Nunca hice nada por su regreso.

—No sacas nada con culparte.

—Últimamente he pensado mucho en la soledad. A mi edad la mayoría de los tipos tienen sus vidas resueltas. Trabajo, casa, hijos. Parecen seres normales y tienen donde caerse muertos.

—¡Carajo! ¿Eso te parece una vida normal?

—¿Y si Fernanda y el gringo se hubieran conocido? Tenían un interés similar por las armas. ¿Coincidencia? El mismo tema, el mismo hotel y una idéntica forma de morir. ¿Se habrían comunicado o reunido anteriormente? ¿Podría averiguarlo en la revista de Hillerman o en la de Fernanda?

Preguntas que necesitaba transferir a Solís. Alguna razón había hecho viajar a Fernanda y a Hillerman hasta Chile. Algo importante, que no salía en los diarios, como muchas otras cosas más, pero que incluso podía llevar a cometer dos asesinatos. ¿O eran tres? ¿Qué papel jugaba la muerte del cocinero? Otra pregunta que tendría que responder su hermano o alguien que lo hubiese conocido de cerca.

—Muchas preguntas —oí decir a *Simenon*—. Muchas ideas y poca acción.

—¿Se te ocurre algo?

—Por de pronto, comer. Hace días que no pruebo bocado caliente. Un guiso o un buen trozo de carne asada.

—Y puedes sumar otra más a la cuenta —dije mientras me encaminaba al mueble donde guardaba los víveres. Abrí la puerta y contemplé un panorama desolador. Una botella de vino, dos cajas de lazañas y media docena de latas de jurel tipo salmón.

—¿Qué dice el chef? —preguntó a mis espaldas *Simenon*.

—Pescado.

Abrí una de las latas y repartí su contenido en dos platos. A uno le agregué jugo de limón y dos cucharadas de ají. Luego volví a la oficina y puse la ración sin aliños al alcance de *Simenon*.

—Hay cosas peores —dije—. Internados de curas, casinos para empleados públicos, pensiones de estudiantes provincianos, o una merienda de mate y queso de cabra en la casa de un poeta devoto de Catulo.

—Entre nada y jurel, jurel —concedió *Simenon*.

Después de comer salí a la búsqueda de Dagoberto Solís. El ritmo de la noche se concentraba en las calles y tardé el doble de lo normal en llegar hasta su casa. Lo encontré adormilado, envejecido y solo, con la vista fija en la pantalla de un televisor que emitía rayas blancas y confusos diálogos extraterrestres. Al costado del aparato había una mesa rinconera, y sobre ésta, tres latas de cerveza y un plato con restos de comida.

—¿Puedes comer esta porquería? —pregunté, indicando la lata de pescado abierta junto al plato.

—Como en los tiempos de la universidad, Heredia. Pescado en lata, huevos con arroz o fideos blancos. Sólo que entonces era algo poético, y ahora es una mierda. ¿No es irónico? Mira este departamento. Oscuro y sucio. Se parece al tuyo.

—Noche de viernes. No es el momento más adecuado para revisar la vida.

—¿Y todo para qué? —se preguntó—. Me reincorporan con el mismo grado, pero no pasa de ser una pantalla. Los cabrones que me despidieron siguen mandando. Han moderado sus discursos y sonrían a los políticos del gobierno. Aporrean ladrones de

poca monta y hacen la vista gorda con los negocios sucios.

—Siempre puedes renunciar y volver con tu esposa.

—Lo he pensado mil veces en el último mes; pero a pesar de todos los problemas, el maldito trabajo me gusta. Recibir las denuncias, ir adonde se comenten los delitos, conocer a los posibles implicados, pensar en quién y cómo lo hizo. Cada caso un desafío distinto. Los motivos, el miedo. A pesar de las condiciones, resulta apasionante, Heredia. Y en cuanto a mi esposa, mejor ni la menciones. Acabo de hablar con ella por teléfono. Dijo que al estar sola se ha dado cuenta de que todos los años que vivió conmigo fueron una farsa. Que descubrió que nada resultaría desde la misma tarde que nos conocimos y no hice más que hablarle de mi trabajo y de lo macanudos que somos los muchachos de la poli. ¿No te parece un asco? Veinticinco años negándose a sí misma, haciéndome creer que teníamos una familia, jadeando desesperadamente cada vez que hacíamos el amor.

Saqué de la chaqueta una petaca de pisco y se la pasé a Solís.

—Si quieres una respuesta fácil, podemos empezar con esto.

—Al menos a ti te salva una cosa —dijo Dagoberto—. Tú elegiste la vida que llevas.

—¿Elige alguien la vida que lleva?

—Mierda, Heredia. Llegas a las doce de la noche a mi casa, traes una cagona botella de pisco y más encima quieres entrar en un rollo filosófico. ¿Qué bicho te picó?

—Un poco de buena literatura en la Biblioteca Nacional —dije—. La historia de un periodista gringo.

—Al fin llegaste a Hillerman.

—¿Qué quieres decir con eso de que al fin llegué a Hillerman? No es hora de jugar a los acertijos.

—¿No recuerdas? Te pregunté por Hillerman la noche que fui a contarte de la muerte de tu amiga. Estaba seguro de que no sabías nada de él. Pero deseaba dejar su nombre en tu memoria. Su muerte oculta algo gordo y puede que tenga que ver con Fernanda.

—Creí que me habías mentido.

—Veinte años cubriéndote el culo, y de pronto, sin motivo, dudas de mí.

—Lo siento, Dagoberto. No suelo decirlo, pero me equivoqué.

Solís se cubrió el rostro con las manos y se mantuvo en esa posición durante unos segundos.

Busqué en la mesita un par de vasos y serví dos raciones de licor.

—No tiene importancia —comenzó a decir Dagoberto—. Debí decirte lo de Hillerman, pero no me atreví. Estoy seguro de que no se suicidó. Su autopsia reveló que le habían inyectado diazepam. Tenía las huellas de una jeringa en su muslo izquierdo. Eso, y algunas averiguaciones de mis hombres confirmaron las sospechas. Entre sus cosas encontramos una carta dirigida a su madre. Le decía que estaba bien,

y que a su regreso a Los Ángeles empezaría a escribir el libro que le había encargado una editorial. En resumen: era un tipo con proyectos y sin motivos para suicidarse.

—Entonces...

—Creo que Hillerman estaba haciendo averiguaciones acerca de la venta de armas a un país árabe. Ventas que no contaban con el visto bueno de los Estados Unidos, pero que Proden, una empresa chilena que fabrica armas, estaba haciendo desde hace algún tiempo. Hillerman, un probable agente de la CIA, lo descubrió y las cosas se le comenzaron a poner cuesta arriba.

—¿Qué tipo de armas?

—Hablé con Ismael Flores, un periodista especializado en temas bélicos. Tiene dos hipótesis. La primera es que a Hillerman lo mataron porque descubrió la venta a Irak del helicóptero Proden 500, equipado con un avanzado sistema de guía de proyectiles, lo que lo hace muy eficaz en el combate de tropas refugiadas bajo tierra. Es un vehículo de aspecto común y hasta la fecha sólo era fabricado en Inglaterra y los Estados Unidos. La segunda alternativa es que Hillerman descubrió que a través de Chile se estaban vendiendo misiles a Sadam Hussein. En ambos casos, es probable que los asesinos ya estén lejos del país.

—¿Y por qué tu silencio?

—Estaba dudoso sobre lo que podía decir. Inicié las pesquisas con mi ayudante, y luego del primer informe nos relevaron del caso. Por orden de más arriba se lo asignaron a otro, con instrucciones terminantes de investigar el asunto como suicidio y archivarlo a la brevedad.

—¿Y desde cuándo te preocupa una orden?

—Últimamente he cometido algunos errores en el trabajo y no quería dejar al descubierto nuevos flancos. Además, deseaba que sacaras tus propias conclusiones.

—Ya lo hice, Solís.

—Estoy convencido que la muerte de Hillerman no fue suicidio. Tengo la impresión de que si se destapa lo descubierto por Hillerman mucha gente importante tendrá que dar explicaciones.

—Quisiera saber cómo encaja Fernanda en esa historia.

—¿Recuerdas que te hablé de la periodista que cenó con Fernanda? Ella contó que le había hecho muchas preguntas acerca de la muerte de Hillerman. No está segura de que se conocieran, pero el asunto le preocupaba.

—Puede servir para empezar.

—No estoy en condiciones de investigar abiertamente, Heredia. Por eso te susurré al oído el nombre de Hillerman. No debes obediencia a nadie, nos tenemos confianza y podemos trabajar juntos.

—¿Trabajar juntos? ¿Estás pidiendo ayuda?

—Por primera vez desde que nos conocemos, Heredia.

Capítulo 10

Desperté con mis manos apoyadas sobre el volante del Lada, como si en algún instante de la noche o de la borrachera hubiera temido que un ladrón lo robara. La puerta del conductor estaba entreabierta, y junto al aire matinal, un perro pirata, blanco y con una perfecta redondela negra dibujada en su ojo izquierdo, asomaba su hocico por la abertura. Me olisqueó un segundo y enseguida siguió su camino con la ilusión de encontrar a la gallina de los trutros dorados en otra parte.

Recordé que en algún momento de la noche habíamos decidido recorrer los bares que frecuentábamos en nuestra época de estudiantes universitarios, en los inicios de los años setenta, en una Escuela de Leyes que aún se movía a ritmo abolerado y de aparente tolerancia. Solís era ocho años mayor y tenía un grado mínimo en la Policía. Yo, primerizo, repetidor incansable de textos que me prestaba un antiguo profesor del liceo, anarquista de veinticuatro horas al día, especializado en tangos de la vieja guardia y libros de Bakunin, Trotski y Marx, en sus primeros años, cuando escribió los *Manuscritos de 1844*, y en él una definición del amor. «Si amas sin provocar el amor recíproco, es decir, si tu amor, en cuanto amor, no provoca el amor recíproco, si por tu manifestación vital como hombre amante no te transformas en hombre amado, tu amor es impotente, y eso es una desgracia». Solís decía que esa frase había que entenderla con la ayuda de un manual. Y a fuerza de fracasos en varias declaraciones de amor, llegué a reconocer que no era el camino más directo entre mis dos puntos de interés: un *blues* bailado a flor de piel y la cama del hotel más próximo a la facultad.

Iniciamos el recorrido en El Castillo, que ya no era la cueva sórdida de los años setenta, sino un amasijo de acrílico y luces contra el cual llegaban a rebotar patotas de jóvenes que bebían cervezas al ritmo de una música que impedía cualquier conversación coherente. Después nos cambiamos al Cucú, al Red Bar y La Unión Chica hasta ir a dar a La Gaviota, tugurio que conservaba intactas sus características de última estación para los bebedores que habían decidido amanecer abrazados a la botella. Entre copa y copa, algunas cosas relacionadas con la muerte de Hillerman parecieron tan claras como la borrachera que trabajábamos. Sólo quedaba encontrar el eslabón que la vinculaba al suicidio de Fernanda y a la muerte del cocinero, que insistí en incluir en la misma historia, a pesar de la opinión de Solís que la limitaba a un ajuste de cuentas entre homosexuales.

No tenía memoria del resto. En qué momento nos separamos, o como llegué al auto, eran dos interrogantes para las cuales ni siquiera tenía la voluntad de buscar respuestas.

Dejé el volante y observé mi rostro en el espejo retrovisor. La borrachera extendía sus huellas por mi barba sin afeitar y unas ojeras extensas, símbolo inequívoco de la derrota ética. Me dolía la cabeza y desde mi estómago nacía una sed infinita, que sólo era curable con varias botellas de agua mineral. Ordené mis pocas ideas sobrias y armé un plan para la recuperación, que seguí rigurosamente en las dos horas

siguientes. Compré media docena de antiácidos, tomé dos consomés en el Corner y me recosté durante tres horas en el torito de los Baños Cousiño. Al final de esa terapia autoimpuesta, volví a caminar con seguridad y recorrí el camino más corto hasta mi departamento.

Al llegar, saludé de prisa a *Simenon*, tomé las cartas que estaban a la entrada, y sin abrirlas, avancé hasta el dormitorio y me dejé caer sobre la cama, sin fuerzas, dispuesto a varias horas de sueño y en lo posible, de olvido.

Desperté al ritmo de una mano que remecía suave e insistentemente mis hombros. Entre la penumbra de la habitación vi un rostro desconocido y escuché una voz leve, casi temerosa, que terminó por despejar los últimos efectos de la borrachera.

—¿Heredia? —oí preguntar.

Era una mujer joven. En su rostro anguloso destacaban sus labios brutalmente pintados de rojo y sus cabellos estaban recortados a centímetros de la piel, resaltando con ello sus facciones que parecían haber sido tomadas de un cuadro de Rafael Sanzio. Una belleza de virgen que acaba de ser seducida y se apronta a conservar el secreto. Vestía de negro. Vaqueros ajustados y polera con un estampado de John Lennon desde la que sobresalían sus pechos, como dos espadas que apuntaron a lo más hondo de mi deseo.

—¿Heredia? —repitió, al tiempo que retrocedía, como arrepentida de haber entrado a la habitación.

—Ése era mi nombre hasta anoche —dije.

—Griseta Ordóñez —agregó, más segura—. Y no necesitas hacer el comentario de siempre. Sé que es nombre de tango. Una ocurrencia de mi padre en el momento de inscribirme en el Registro Civil.

—Y de ángeles que despiertan a los solitarios —dije, y ella sonrió con aparente complicidad.

—¿Qué haces en mi pieza?

—En los casilleros del primer piso salía tu nombre —agregó, como justificando su presencia—. Subí y encontré la puerta abierta.

—No digas nada más por ahora. Dame tiempo para ducharme y enseguida conversamos.

Griseta sonrió, pero no hizo ademán de moverse.

—Estoy desnudo y quisiera llegar al baño.

—He visto a más de dos hombres desnudos en mi vida.

—¿Sí? ¿En la parvularia?

—Ése fue el primero...

—De todos modos, ¿puedes mirar por la ventana, diez o veinte segundos?

Griseta obedeció y se acercó a la ventana que permitía ver el patio ciego del edificio. Me cubrí con una sábana y salí del dormitorio lo más rápido que pude.

Quince minutos después regresé a su lado, limpio y en condiciones de mirarla de frente sin sentir vergüenza de mi aspecto. Griseta estaba sentada junto a mi escritorio

que lucía extrañamente ordenado, y por un instante dudé si se trataba del mismo armatoste en el que me apoyaba todos los días.

—Era conveniente despejar el escritorio —dijo—. No había lugar ni para apoyar los codos. Cuando llegué tú dormías y decidí hacer algo útil mientras esperaba.

—¿Qué hora es?

—Faltan cinco minutos para las seis de la tarde.

—Medio día al carajo —murmuré. Luego encendí un cigarrillo y le ofrecí otro.

—No fumo —dijo—. Es la tercera estupidez del hombre actual, después de las papas fritas y los armamentos nucleares.

—¿Una chica lista?

—Lo suficiente para entender algunas cosas.

—Bien, chica lista, ¿qué te trajo hasta aquí?

—Vengo a verte por recomendación de mi hermano Juan Ordóñez.

—Ordóñez —repetí sin saber si la confusión nacía de los recuerdos asociados a ese nombre, o de la mirada inocente y atrevida a la vez de Griseta—. Voltaire, el último Mambrú.

—Y veinte apodos más que se ganó hasta...

—Supe de su muerte a través de un amigo común. En esos años no todo salía en los diarios, y además, se contaban tantas historias de él.

Griseta se quedó en silencio y por un instante pareció buscar algo sobre el escritorio. Hice una pausa con el pretexto de apagar el cigarrillo y pensé en Ordóñez. Año 1978 o 1979, siete de la tarde en la calle Matucana, arrastrando una valija llena de esos libros, que leía en la universidad y que le habían valido el mote de Voltaire, por sus conocimientos enciclopédicos; y también Mambrú, desde el día en que confesó a sus más íntimos que se iba a la guerra, porque a tres años del golpe militar, no creía que se produjera un pacto político entre los opositores a Pinochet. Necesito hacer algo que valga la pena, confesó antes de abandonar la escuela y desaparecer en el clandestinaje.

Esa tarde andaba en uno de sus habituales cambios de domicilio, renunciando a todo, menos a sus libros que lo ayudaban a soportar la soledad y esas ganas, locas según me confesó, de recuperar su espacio en la casa de su padre, junto a dos hermanos de su edad y una hermana pequeña que en esos días acababa de nacer.

—Veinte años. Lo conocí en 1975 —dije—. Casi todo lo que valió la pena vivir está cumpliendo veinte años.

—Los mismos años que tengo yo —dijo Griseta, observándome una vez más con sus ojos grandes—. Tenía nueve años cuando lo mataron. Lo veía poco, pero la última vez que lo hice me dejó una carta y le prometí que la abriría al cumplir dieciocho años. Era un relato de su vida, y en una de sus partes hablaba de ti. Si alguna vez necesitas ayuda, recurre a Heredia, decía.

Alguna vez Ordóñez me había pedido ayuda y tal vez por eso me consideraba de los suyos. Estaba aislado en una parcela de Peñalolén. Lo buscaban y no tenía cómo

ni con qué defenderse. Me hizo llegar una carta en la que indicaba un sitio al cual debía ir a rescatar un bolso con armamentos. No lo pensé mucho y dos noches más tarde crucé varios potreros abandonados hasta llegar al escondite de Ordóñez. Fue tres horas antes que cercaran el lugar y se armara una balacera. Ordóñez estaba acompañado de seis amigos. Entonces no tenía ninguna experiencia con armas y sólo cuando me pasó una pistola tomé conciencia de la gravedad de la situación. Logré escapar con él y con otro de sus compañeros. El resto murió en la balacera y algunos días después aparecieron sus nombres en una breve nota de prensa. Dejé a Ordóñez en la calle Maipú y al despedirnos me regaló la pistola que desde entonces conservo.

—Me contaron que murió en Nicaragua —comenté—. Tuvo algunas divergencias con los de su grupo y se unió a la lucha de los sandinistas.

—Murió en un ataque de los Contras, en las afueras de Managua.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Hasta hace seis meses vivía con mis padres en Talca. Ellos son de Santiago, pero se trasladaron al sur después de lo sucedido a mi hermano. Pusieron un taller de confecciones y venden lo que fabrican en las ferias de la región. Yo terminé el liceo y trabajé de cajera en un supermercado. Cuando dejé a mis padres, viví en el departamento de una amiga; y ahora, he decidido hacerlo sola, en Santiago. Y para eso requiero de tu ayuda —dijo e indicó una mochila verde que estaba arrimada junto a la puerta—. Pretendo encontrar trabajo y estudiar en la universidad. Mis padres se oponen a que estudie. La historia de Juan los marcó y temen que si entro a la universidad siga su mismo camino. Tampoco les gustaba la idea de que viniera sola a Santiago.

—¿Y en qué te puedo ayudar?

—Necesito un lugar donde vivir hasta que encuentre trabajo.

—Soy un tipo solo y algo mañoso.

—No voy a darte problemas. Puedo mantener en orden el departamento o escribir cartas a máquina, si lo necesitas. Por lo demás, soy bastante quitada de bulla. Leo, voy al cine cuando puedo y me gusta escuchar música a un volumen moderado.

—Parece atractivo, pero...

—Mi hermano confiaba en ti —interrumpió Griseta.

—Vivo solo y no tengo tiempo para cuidar a...

—No soy una niña, Heredia.

No dijo nada más. La miré a los ojos y contra toda mi voluntad sentí que un sentimiento extraño me tomaba de las mechas y zamarreaba mis posibles resistencias. Ella se puso de pie y se acercó a mi lado, hasta casi rozar mis mejillas.

—¿Me quedo o no? —preguntó.

Hice un gesto de conformidad, y cuando ella sonrió complacida, llamé a *Simenon* que observaba la escena desde lejos.

—Tengo una pieza desocupada y algo que se asemeja a un catre de campaña.

—Será suficiente por unos días. Soy capaz de dormir en cualquier rincón y mis

cosas, que no son muchas, caben de sobra en la mochila.

—Te lo advierto que en esta casa no suele haber comida. Sólo latas para abrir y pan envasado.

—Me las arreglo bien en la cocina.

—Y éste es *Simenon* —agregué, mostrándole al gato.

—Me gusta —dijo Griseta—. Aunque tenga aspecto de malas pulgas.

—¿Verdad? El noventa por ciento de las mujeres lo odia.

Griseta sonrió y se acercó a *Simenon*.

—«Deseo que en mi casa haya una mujer razonable —cité—. Un gato deslizándose entre los libros, y amigos de todas las épocas, sin los cuales no puedo vivir».

Griseta me observó sorprendida y sonrió.

—Es una cita de Apollinaire —dije.

—Interesante —comentó Griseta, y dudé que dijera la verdad.

Segunda Parte

Capítulo 1

La puerta de la calle crujió al cerrarse. Un sensual aroma de pan tostado y café salió a mi encuentro. A través de la ventana del dormitorio entraban los gritos de los vendedores callejeros que promovían corbatas, lapiceras, encendedores, entre otras baratijas taiwanesas. Me desperecé y miré el reloj. Iban a dar las diez, y como si volviera de un sueño generoso en imágenes confusas, recordé que la noche anterior se habían cumplido tres semanas desde que ya no dormía solo en el departamento y Griseta hacía de las suyas, manteniendo en orden cada uno de sus rincones para demostrar que a pesar de su edad y rebeldía, ya la dominaba esa costumbre enfermiza de las mujeres por reglamentar la existencia de los hombres; como si el orden fuera algo necesario, y no la virtud de los necios, según decía Echeñique, un amigo filósofo y algo borracho que solía aparecer en el bar a la búsqueda de víctimas para sus largas disquisiciones acerca de lo miserable que es la vida.

Nos habíamos acostumbrado el uno del otro. Me gustaba el nuevo aire que se respiraba en las habitaciones, y más de alguna tarde me había sorprendido a mí mismo desechando la posibilidad de beber una copa, para llegar antes al departamento y reencontrar a Griseta. Hablábamos de sus planes o recordaba algunos de mis trabajos, mientras a nuestro alrededor Charlie Parker o Chet Baker nos iban acostumbrando a la nostalgia, al silencio en que cada cual pensaba en lo suyo, reconcentrados, observándonos de reojo, midiendo la fragilidad del momento; temerosos tal vez, de que alguien extraño llegara a interrumpir la paz que nos envolvía y acercaba. Me había involucrado en su vida, sugiriéndole alternativas de estudios y trabajo. Sentía que, por sobre el recuerdo de Juan Ordóñez, ella merecía que la ayudara, aunque eso significara su adiós, o al menos la pérdida de su presencia entre mis cosas, tan alegre y optimista como su juventud se lo permitía. En lo cotidiano, establecimos horarios para el uso del baño y el recorrido de los puestos de la Vega para comprar verduras, pescados, y tuestos que ella precisaba para desplegar su errático arte en la cocina. Durante esas tres semanas deambulé de un lado a otro, tratando, sin resultados, de encontrar explicación a la muerte de Fernanda. La familia era un muro impenetrable, y a lo más, después de conversar por teléfono con su madre, conseguí averiguar el sitio, dentro del Parque del Recuerdo, donde la habían

enterrado, sin ceremonia pública ni avisos en los diarios.

Me levanté de la cama y demoré algunos minutos en ubicar el albornoz heredado de un boxeador argentino de apellido Rondinoni, muerto en mis brazos durante un tiroteo en Punta Arenas. Pensé en Griseta y me apresuré en llegar a la pieza donde estaba instalada mi oficina. Divisé un ejemplar de la revista *Rock and Pop* sobre el escritorio, restos de tostadas y la nota en la cual me informaba que había salido temprano a una entrevista en cierta entidad financiera que necesitaba contratar personal. La imaginé entrando con su tenida^[4] negra a un recinto alfombrado y vidrioso, y no dudé que a su regreso traería una negativa enorme en su ánimo. Me senté frente al escritorio y mordí un pedazo de tostada. Enseguida hojeé la revista y me detuve en la crónica que se refería a los lugares de Santiago donde se reunían los jóvenes. El texto estaba lleno de palabras extrañas, como taquilla, caleta, paleta, carrete, mingo, nerds, y otras similares, inventadas por un políglota loco.

—El problema son las cuatro décadas —oí decir a *Simenon* mientras se encaramaba al escritorio y se ponía a examinar las migas de las tostadas—. Y además, ¿qué pasa con esa extraña? Han pasado varias semanas y no da señas de querer irse.

—Déjala que se tome su tiempo. Es la hermana de un amigo que confiaba en mí, y al cual habría querido volver a ver.

—¿Te ha dicho si está metida en algún lío, o si la buscan sus padres?

—No. Ni tampoco se lo he preguntado. Parece una buena chica, con ideas propias y ganas de hacer cosas; dos virtudes poco comunes en estos tiempos.

—Y eso sin referirse a sus ojos, su sonrisa y todo lo demás.

—Es sólo una muchacha.

—He visto cómo la observas cuando merodea por la oficina. El modo cómo la acaricias con la mirada y las ganas que tienes de poner tus manotas sobre su piel.

—¡Gato metiche! Me gusta, claro, pero de ahí...

—Lo has pensado más de tres veces, Heredia —interrumpió *Simenon*—. Reconócelo. Tú no me engañas.

—Alguien te llama desde la calle —dije, insinuándole que era tiempo de que saliera a recorrer sus tejados matinales.

Siguió mi consejo de mala gana y cuando estuve a solas, fui a la pieza en la que dormía Griseta. El camastro estaba ordenado, y su mochila en un rincón de la habitación. En una de las paredes, vi la foto de Ordóñez acompañado de una niña de cinco o seis años. Estaban en un parque de entretenimientos, la niña sostenía un globo y ambos sonreían. Abrí la mochila de Griseta y en su interior encontré un par de zapatillas, tres blusas negras y una falda de idéntico color. También una cinta de Sting y dos libros. Uno contenía versos de Roque Dalton, y el otro se llamaba *Matar al marido es la consigna*. Cogí el libro de Dalton y entre sus páginas encontré un certificado que acreditaba los estudios de Griseta, y la abultada y ya amarillenta carta que Ordóñez le había escrito alguna vez. Revisé al azar sus párrafos y me detuve en

la parte donde me nombraba. «Cuando necesites la ayuda de alguien en Santiago, recurre a Heredia. Un amigo. Trabaja como investigador privado y tiene su oficina en una calle corta, de la que no recuerdo su nombre ahora, próxima a la Estación Mapocho».

—Dos o tres semanas más, y se irá —me dije.

El timbre del teléfono me devolvió a la realidad y regresé a la oficina cuando la cuenta de la campanilla llegaba a seis.

—Acabo de leer el informe de la autopsia de Fernanda Arredondo y me cuesta creer que un médico se preste para tamaño embuste —dijo Solís al otro lado de la línea—. El patólogo concluyó que su muerte fue inducida por una sobredosis de diazepam. Suicidio, según él, ya que tenía huellas de una aguja hipodérmica en el brazo izquierdo. Sin embargo, nunca he conocido casos de suicidas que se inyecten. Es raro, pero los psicólogos dicen que eso tiene que ver con el miedo al dolor. Tratándose de mujeres, lo normal son las pastillas. Uno o dos frascos de cápsulas colorinches.

—Fernanda era zurda, y por lo tanto, lo lógico habría sido que se inyectara en el brazo derecho.

—Ése es un dato que me gustaría entregar al médico para ver la cara que pone.

—Todo a su tiempo, Solís. Tú, mejor que nadie, sabes cuál es el rumbo que se quiere dar a la investigación.

—El informe también señala que en las uñas de su mano izquierda había sangre y restos de piel. No concluye nada al respecto, pero hablé con un auxiliar de mi confianza, y éste me dijo que al examinar la sangre el médico se alteró con los resultados. Presumo que no pertenecía a Fernanda. Por eso le pedí al auxiliar que guardara una parte de la muestra. Tengo la intención de dársela a examinar a un laboratorista amigo.

—Si la sangre es de un extraño, y algún día coincide con la de alguien en especial, tendremos al culpable —dije—. Se pueden parear contra un registro.

—Se podrían comparar con los antecedentes de las personas que alguna vez han estado detenidas, o con los datos de las fichas médicas de los hospitales, pero como ellas no están computarizadas sería una labor de chinos. Además, nada nos asegura que el culpable haya estado hospitalizado o preso.

—Entonces no sirve de mucho.

—Hasta que no aparezcan los sospechosos y podamos tomarles muestras de sangre y comparar. Después de la autopsia, ya no tengo dudas que la muerte de tu amiga y la de Hillerman están relacionadas. Lo que te acabo de contar lo supe accidentalmente. El médico no sabía que yo estaba fuera del caso. Me envió su informe y tuve el tiempo justo para leerlo antes de que me lo quitaran.

—¿Puedes solicitar antecedentes en los Estados Unidos? Un buen informe nos permitiría saber si hubo o no contacto entre Hillerman y Fernanda. —Solicitar informes de ese tipo es engorroso. Se necesitan las firmas de los jefes. La única

solución sería tener algún conocido en los Estados Unidos. Un periodista, por ejemplo.

—O un pinche detective mexicano.

—¿En quién estás pensando, Heredia?

—Ifigenio Clausel.

—Parece nombre de remedio, o de brujo del tarot.

—Es un detective privado al que conocí hace cuatro o cinco años, cuando lo ayudé a capturar a un estafador chiapaneco que se escondía en el cerro Barón de Valparaíso. Desde entonces somos amigos.

—Nada se pierde con intentarlo, Heredia.

Me despedí de Solís y redacté un fax para Clausel. Ifigenio era el mejor detective de Coyoacán. Tenía su oficina a una cuadra de la añosa residencia de Hernán Cortés y pasaba buena parte de sus días en la cantina Guadalupana, cerca de las casas de Frida Khalo y Trotsky, en Ciudad de México. En mi departamento guardaba el borsalino que me había regalado al despedirse, y a veces, cuando la lluvia amenazaba con dejarse caer, lo usaba y me acordaba de él, incomparable en la amistad y la preparación de cubas con mucho ron, hielo, limón y Coca Cola.

Nuestro último encuentro fue en México, a donde viajé para encontrar a tres nietos de un ricachón interesado en repartir sus bienes antes de morir. Clausel, que conducía su Volkswagen azul como un orate por las calles de Coyoacán, me ayudó a recorrer la ciudad, y una noche de cubas en la plaza Garibaldi, agarramos pleito con cuatro mañosos que le iban a romper el alma a un escritor amigo de Ifigenio. Curro Fiel, un productor taurino, le quería pegar por haber criticado la calidad de sus corridas en un programa de la televisión. El escritor tiritaba, encogido como momia atacameña, y a no ser por el pistolón que Clausel sacó a relucir en mitad de la mocha, los matones lo habrían convertido en relleno de tacos o quesadillas.

Con letra menuda resumí el caso en media carilla y pedí a Clausel que averiguara si Hillerman y Fernanda se habían reunido antes de viajar a Chile. Para él sería fácil contactar a un detective amigo en Estados Unidos, o hasta podría viajar a Los Ángeles, la ciudad en la cual tenía sus oficinas la revista en la que trabajaba Hillerman.

Terminé el mensaje, y antes de dirigirme al quiosco de Anselmo para despacharlo, llamé dos veces, y sin fortuna, al hermano de Pompeyo Tamayo.

El sol pegaba duro y poco se podía hacer para evitar los treinta y dos grados de calor. Caminé despacio, como si con eso consiguiera engañar a la temperatura, y después entré al Ciro a beber la cerveza Austral más helada de la ciudad. Desde el bar volví a llamar al hermano del cocinero, y en ese nuevo intento, tuve una cuota de éxito.

—Walter Tamayo —escuché decir a una voz grave, seca, de tipo al que se le interrumpe en mitad de la siesta o teme el sablazo certero de un pedigüeño.

—Heredia —dije—. Lo he llamado dos veces. Como le expliqué a su secretaria,

se trata de su hermano Pompeyo. Estoy investigando su muerte y...

—Es época de balance y estoy muy ocupado.

Pensé que Walter Tamayo mentía o que su hermano le interesaba muy poco.

—Quiero hablarle de su hermano —agregué—. Dos o tres preguntas, nada más.

Sentí que un silencio extraño se cristalizaba al otro lado de la línea.

—Dos o tres preguntas —insistí.

—Está muerto y no veo cuál puede ser su interés en él.

—Había contratado un seguro de vida con la empresa que represento. Necesitamos corroborar algunos datos para estudiar la procedencia del pago —mentí.

—Seguro —repitió Tamayo, incrédulo—. Los beneficiarios serán sus amigotes.

—¿Tal vez? No estoy autorizado para revelar antecedentes de la póliza.

—¿Tratándose de un asesinato, pagan el seguro?

—Las cláusulas eran amplias —dije, y luego, sin mayor preámbulo, pregunté—. ¿Nunca quiso saber quién lo mató?

—Para mí, Pompeyo estaba muerto desde antes. Se alejó de nuestra familia y después que murió mi madre, ya no nos preocupamos de él. Fui a su entierro por lástima. Éramos hermanos, pero eso no me obligaba a quererlo.

—Actúa como un juez de esos que jamás se equivocan.

—Hay cosas que usted ignora y que desde luego no tiene por qué saber —dijo Tamayo, molesto—. Pompeyo nos hizo daño. A mí, a mis padres. No supo asumir una actitud digna con su enfermedad.

—¿Enfermedad?

—Eso que lo hacía distinto. Hizo alardes de su condición y se mezcló con gente de su clase. Sus gestos, su ropa, todo me asqueaba. Su muerte fue lo mejor que pudo ocurrir. A la larga, habría contraído el mal, usted entiende.

—Sida. Ése es su nombre, y no se combate con eufemismos.

—Pompeyo nos complicó la vida desde que éramos niños. Llegué a negar que era mi hermano cuando me molestaban en el colegio o en el barrio. Los amigos hacían preguntas y las muchachas se reían de nosotros...

—Disculpe —interrumpí—. No soy psicoanalista ni tampoco estoy de parte de quienes, como usted, ven la vida desde sus ombligos. Simplemente quiero saber donde vivía su hermano, si tenía amigos o frecuentaba algún sitio en especial.

—¿Por qué habría de decírselo?

—Porque podría ir a su oficina y sentarme a esperar hasta que usted me reciba. Sus clientes se enterarían de su hermano, preguntarían cosas y al final de cuentas, sería un gran festín.

—¿Me está amenazando?

Guardé silencio y lo dejé pensar.

—En los últimos años no supe mucho de él. Pero hace seis meses llamó para pedirme dinero a préstamo. Necesitaba hacerse unos exámenes médicos, o algo así.

No me dio detalles ni yo se los pregunté. Sospeché que sería para otra persona, de

otro modo no se habría atrevido a solicitar ayuda. Para sacármelo de encima le dije que sí de inmediato y me ofrecí para llevárselo a donde él quisiera. Traté de evitar que pasara por mi oficina. Me dijo que le llevara el dinero a La Dalia Negra, un bar ubicado cerca de la plaza Egaña. De haber conocido las características de ese lugar, no habría ido ni amarrado. Un nido de tipos raros. En fin, si de algo le sirve, en ese bar me presentó a un sujeto llamado Percy.

—¿Percy qué más?

—Sólo Percy. Parecían grandes amigos, ¿me entiende?

—Perfectamente.

—¿Le sirven esos antecedentes?

—Lo sabré cuando esté en ese lugar.

—Es todo lo que sé —insistió Tamayo, y le creí.

—Ojalá que llegue a cuadrar su balance. Sobre todo el de su vida y sus afectos — dije y corté la comunicación.

Tomé una servilleta desde la barra del bar y anoté los nombres del amigo de Pompeyo Tamayo y del bar que frecuentaba. Miré la copa vacía que tenía enfrente y llamé al barman.

—Se ve el maldito fondo —dije indicando la copa.

—¿Otra? —preguntó el hombre sin comprender la broma.

—¿Tú qué crees, genio?

Capítulo 2

Don Stevens lo necesita, urgente —dijo Anselmo, apenas me detuve junto al quiosco para leer los titulares de los diarios que, en una suerte de pacto tipográfico o por carencia de ingenio, se referían en su totalidad al más reciente gol de Iván Zamorano en la liga del fútbol español—. Me encargó el recado cuando subí a dejarle las revistas.

—¿Por qué tanta urgencia?

—¿Cómo voy a saber? Don Stevens es de los que no suelta prenda. Habla lo justo y necesario. Se pasa todo el día tirándose la pera; escuchando óperas y noticias de la radio. No sé a usted, pero a mí los ciegos me dan mala espina.

—Veré qué quiere —dije, y sin comentar las aprensiones de mi amigo suplementero, agregué—: Dame un paquete de Derby y el programa del Hipódromo Chile.

—¿Quiere invertir?

—¿Tienes algo bueno?

—*Gringo Hereje*. Viene de llegar octavo, pero un muchacho del corral dice que le hará collera en la sexta carrera de mañana. El chato sabe lo que dice, don. No es babieca ni cuentero.

—¿Y a ti qué te parece?

—Carreras son carreras, y todos los caballos tienen cuatro patas y comen avena. En una de éstas le han sacado la taima y corre lo que debe. ¡Qué le hace el agua al pescado! Encáchese con una gabriela^[5]. Total, como decía mi tata, más se perdió en la guerra.

—Trata que sea negocio —le dije, pasándole cinco billetes de a mil.

—Agarraremos buena torta, don —dijo, satisfecho, al tiempo que contaba los billetes con especial entusiasmo.

Dejé a Anselmo con sus diarios y cálculos hípicas que consideraban la ascendencia materna de *Gringo Hereje*, su peso físico en las últimas cuatro carreras y unos dudosos aprontes en la distancia de mil doscientos metros con la monta de un jinete aprendiz.

Subí al departamento de Stevens, que como de costumbre tenía entre sus paredes un pesado olor a ajo que impregnaba el aire y el aliento del ciego. Lo encontré sentado junto a la ventana que daba a la calle Aillavillú, esperando tal vez que un rayo misterioso viniera a poner fin a las penumbras. Entre los labios sostenía su pipa de cazoleta amplia, y sobre sus piernas reconocí un libro, impreso en Braille. Su mano derecha se deslizaba a lo ancho del libro, y por la expresión reconcentrada de su rostro, parecía interesado en la lectura.

Tosí suavemente y me detuve a dos metros de él, esperando alguna indicación para acercarme, mientras desde la pieza vecina llegaba el vozarrón de Mario del Mónaco cantando un aria de *Il Pagliacci*.

—Siéntate —ordenó, al tiempo que cerraba el libro y tomaba la pipa con su mano izquierda—. Pensé que demorarías algo más en llegar.

—¿Desde cuándo me controlas?

Stevens respiró hondo, como seleccionando un aroma especial en el aire enrarecido de la habitación.

—Has vuelto a beber esa inclasificable mezcla de cerveza y *whisky* —dijo—. B y B. Bécker y Ballantines. ¿Me equivoco?

—Sabes que no, carajo. ¿Cómo lo haces?

—Diez años junto a una barra, Heredia. Mi padre era barman en el Black and White, cuando éste aún existía en la Casa Colorada, a pocos metros de la plaza de Armas. Mi madre también trabajaba, así que el viejo me tomaba de la mano y me llevaba al bar. Sentado tras la barra oía sus conversaciones con los clientes. Primero aprendí a retener las voces y los nombres de los más asiduos; después empecé a relacionar los tragos que ellos pedían con los aromas. Llegué a distinguir las

cervezas, los vinos y una media docena de licores, cada uno por sus marcas. Incluso algunos clientes pagaban para probar mis habilidades. Le indicaban un licor a mi padre y yo tenía que reconocerlo. Jamás los defraudé, Heredia.

—Nunca dejas de sorprenderme —comenté.

—Y no sólo licores, Heredia. Cuando tenía quince años intimé con la esposa de un electricista que vivía en la misma cité^[6] donde mi padre arrendaba tres piezas. Fue mi primera mujer y tenía un olor que jamás he olvidado. Un perfume ácido que brotaba de su cuerpo. Era capaz de perseguirla por las habitaciones guiándome por el olor. Y no sólo su aroma. Su coño sabía a limón y siempre estaba húmedo, ansioso. ¿Sabes que cada mujer tiene un sabor especial? Sí, no sonrías. Una vez, en un prostíbulo de la calle Ricantén, lo probé. Eran tres mujeres con las que antes había estado. Recorrí sus entrepiernas y les adiviné los nombres sin escuchar sus voces ni acariciarlas. Fue una noche especial para ellas y gané la apuesta que hice con un turco aficionado a las rubias y a los caballos de carrera. ¿Te parece increíble? No lo es, Heredia. Aprecio el mundo con los sentidos que tengo. Seguramente tú recuerdas a las mujeres por el color de sus ojos. Yo capturo y retengo sus aromas.

—Me inclino ante tus habilidades.

—No seas irónico —dijo Stevens—. Quería demostrarte que no es conveniente confiar en las apariencias para llegar a la verdad. Y eso también vale para tu trabajo. Hay pruebas, es cierto; pero no olvides la intuición, los recuerdos, el deseo.

—¿Para eso me mandaste a buscar, Stevens?

—Quería saber cómo te ha ido con el asunto de tu amiga. Fernanda, ¿no?

—Fernanda Arredondo.

—La mujer que estuvo más cerca de atraparte.

—Alguna vez te lo conté con pelos y señales. Era alegre, intuitiva, fuerte, incapaz de estarse quieta. Sólo que mintió una vez, y no la perdoné. ¿Por qué? Se suele perdonar tantas mentiras a los extraños y, sin embargo, a quienes se ama, jamás. El amor exige perfección. Es intolerante y exclusivo; y por lo mismo, frágil.

—Pareces la página principal de esos libros de superación personal. Haga todo sin ayuda de nadie. Sea feliz en doce lecciones de piano. Libertad y barreras en el amor. ¡Carajo, Heredia! Hablemos de cosas importantes. ¿Qué has averiguado?

—Sigo pensando en el tema de las armas. Es de lo que Fernanda escribía en sus últimos artículos; y además, de acuerdo a lo que investigó Solís, preguntó por Hillerman a una amiga con la que cenó horas antes de morir.

—Si crees que las armas son el hilo, sigue tu intuición.

—Un hilo amplio y vago.

—¿Fuiste donde Blest? Te dije que es alguien que sabe mucho sobre el tema.

—No he tenido tiempo para visitarlo.

—La visita no te deja en paz. Ignoraba tu afición por las muchachas...

—Es la hermana de un amigo.

—¿Y eso qué cambia? En el edificio no se habla de otra cosa. A mí me lo contó la

señora Hortensia, la esposa del mayordomo.

—¡Chismosa! ¿A ella también le aplicas tu terapia?

—Suele venir a conversar de lo aburrida que está en el departamento. Quejas y más quejas. Los inquilinos, las cuentas, la disposición de los astros. Neurosis en grandes cantidades. Aparece dos veces a la semana y eso me permite estar al tanto de lo que ocurre en el edificio.

—Cada cual se entretiene como puede.

—Cuéntame de la muchacha, Heredia.

—Es joven y linda.

—Muy vago, Heredia. Quiero detalles.

—Cabello corto y ojos oscuros.

—Detalles, Heredia.

—Y todo lo que te imaginas.

—Dijiste que era hermana de un amigo...

—Juan Ordóñez.

—Mambrú, lo recuerdo —dijo Stevens, y luego de una pausa para recargar la pipa, agregó—. A propósito de amigos, conversé con Dagoberto Solís. Vino a verte y como tú no estabas, pasó a visitarme.

—¿Se conocen?

—Nadie que se mueva por el barrio me es ajeno.

—¿Dijo algo?

—Nada en especial —respondió Stevens—. Pero él me preocupa. Está cansado y tiene miedo. No sirve para vivir solo.

—Hablaron de su esposa.

—Y también de las muertes en el Comet.

—Entonces sabes tanto como yo del asunto.

—Cuando se fue recordé una noticia que me leyó Anselmo hace tres semanas. Le pedí a la señora Hortensia que buscara el diario —dijo Stevens, indicando la mesa que había en medio de la habitación—. Página once.

—«Industria norteamericana Plantjet fue demandada por el Gobierno de su país por la venta ilegal de circonio a la empresa chilena Proden —leí—. El producto se emplea en la construcción de explosivos de alto poder destructivo, y la legislación de los Estados Unidos prohíbe su venta sin el consentimiento de los organismos de Defensa».

—Cualquiera que lea los diarios regularmente sabe lo que hace Proden. Sus actividades son de conocimiento público, y además, aparentemente, las ha dejado de lado.

—Correcto. Incluso, frente a la compra de circonio que se denunció en los Estados Unidos, ha dicho que no tiene nada que ver. Que se trata de una especie de venganza en su contra.

—No sería la primera vez que esa empresa miente.

—Se me ocurre que dice la verdad y que en el asunto de la fabricación de armas están metidas otras manos. ¿Cómo? ¿De qué tipo? No lo sé, Heredia. Pero si Estados Unidos se inquieta es porque se trata de algo significativo. Si aceptamos que Proden dejó de lado la fabricación de armas, y que ese espacio puede estar siendo ocupado por otras empresas, las posibilidades se amplían.

—¡Armas!

—Es todo lo que tienes hasta ahora. Y Blest te puede dar más luces sobre el tema. Conversa con él —insistió Stevens—. No metas el consejo en un saco roto.

—Blest —murmuré y sentí que un escalofrío me recorría la espalda.

—Y dile a tu muchachita que me visite.

—Primero cuéntame quién es Blest.

Capítulo 3

Al entrar en el departamento no pude llegar hasta la cama y tenderme boca abajo, como solía hacer cada vez que deseaba espantar la borrachera, leer, o simplemente, cuando me sentía triste y todo a mi alrededor parecía pintado con el tono gris de una tarde invernal.

Griseta estaba sentada en el camastro de su habitación. Con la cabeza entre las piernas y sus manos entrelazadas sobre la nuca, parecía una muñeca desarticulada. Me acerqué y rocé sus cabellos con mis dedos. Alzó la cabeza y me observó con ojos llorosos hasta que una mueca se deslizó por su rostro.

Le ofrecí un cigarrillo y me senté a su lado.

—Creo que necesitas hablar con alguien —dije y sus ojos negros me atravesaron.

Apoyó su cabeza en mi hombro izquierdo y mis manos se convirtieron en dos pesos muertos. Finalmente, la abracé y busqué auxilio en una larga calada al cigarrillo.

—Hueles a cerveza —dijo, sin reproche—. Cuando niña me recostaba en el pecho de mi padre para aspirar su olor a cigarrillo y vino.

—La memoria suele buscar refugios.

—Hubo una época en que sufría por no recordar a Juan. Sus fotos no bastaban y me costó entender que los recuerdos se recrean al antojo de cada cual. No aceptaba que ya no existiera y que las imágenes de su rostro se borrarán. Una nunca imagina perder a las personas que ama.

—A fin de cuentas, el pasado no es más que un sentimiento. Nada se recuerda tal

como fue.

—Mi padre prohibió hablar de Juan. Cuando nos fuimos a vivir a Talca procuró que nadie supiera de su existencia. Decía que podía acarrear problemas. Al principio pensé que tenía miedo a perder clientes o a que allanaran nuestra casa, como ocurrió tantas veces en Santiago. Después descubrí que era otra cosa. Juan lo había defraudado. El viejo es algo anticuado en sus ideas. Piensa que el hijo mayor debe dar progreso a la familia; y por eso Juan debía ser profesional, destacarse y no pasar las pellejeras que él vivió. Creía, y lo cree aún, que le debía algo.

—Supongo que todos los padres quieren lo mismo. El problema es que los hijos crecen y a medida que lo hacen se alejan más. Les cuesta entender que son otras vidas —dije, sorprendiéndome de hablar de un tema para el cual no poseía conocimientos ni experiencia.

—Mi padre sufrió con la muerte de Juan. Había un lazo especial entre ellos dos. Seguro que sucedió lo mismo con tu padre.

—Nunca lo conocí. Debió ser como esos marineros de Neruda; los que besan y se van. Me crié en un orfanato de curas. Una tía me visitaba dos veces al año y me llevaba las camisas y pantalones que sus hijos ya no usaban. Jamás habló de mi padre.

—¿Y tu madre?

—Murió cuando yo tenía tres años. Tampoco tengo memoria de ella.

—Perdona —dijo Griseta—. Suelo hacer preguntas de más.

Nos quedamos en silencio y traté de recordar cuándo había hablado por última vez de mis padres y de las interminables tardes del internado, sin otro entretenimiento que recorrer sus sombríos pasillos impregnados de un olor a cera, incienso y comida rancia.

—Hoy quería darte una buena noticia —dijo Griseta—. Primero fui a una financiera y después a la agencia de empleos que vi anunciada en *La Tercera*. En ambos lados me fue mal. En la agencia me atendió una mujer grande y huesuda. No tengo nada para ti, dijo después del interrogatorio. Demasiado inteligente para atender una fuente de soda y muy desaliñada para trabajar de secretaria. ¡Vieja cabrona! ¿Te gusta bailar? preguntó. Conozco lugares donde necesitan muchachas atractivas y podrías ganar mucho dinero. Antes de salir escupí en su escritorio.

—¿Qué esperabas?

—Una oportunidad para trabajar y salir de tu departamento.

—Nadie te lo pide ni te apura.

Griseta me miró a los ojos y tuve miedo al descubrir en ellos algo más que gratitud. Quizás era sólo mi imaginación o tal vez ambos pensábamos lo mismo. Presentí su próximo movimiento y me aparté de su lado.

—¿Tienes apetito? —pregunté acercándome a la salida de la pieza.

—¿Vas a cocinar? ¿Qué sabes hacer? —preguntó ella, animada.

—Sofreír ajos en aceite de oliva. Agregarle condimentos y varias lonjas de filete,

y para terminar, cubrir todo con abundantes champiñones.

—¿Eres capaz de hacer eso?

—Creo que lo soñé o lo leí en una novela.

Nuestra conversación sobre comidas terminó en un restaurante coreano de Santa Rosa con Alameda al que llegamos orientados por el roñoso cartel de neón que iluminaba su entrada. Era oscuro y maloliente; enrarecido por los vapores que salían de las cocinillas instaladas sobre las mesas de los clientes. Tuve la sensación de estar en otro país, rodeado de rostros orientales y miradas extrañas. Pedimos la carta que nos entregaron; y luego de media hora, dejaron a nuestro alcance una colección de pocillos con tallos de acelgas adobadas en ají, sardinas fritas, raíz de mote, arroz frío y empanadillas rellenas con hígado de cerdo.

—¿Vienes a menudo?

—Primera vez.

—Lo imaginé con sólo ver tu cara.

—¿Comemos o arrancamos?

—Primero mira hacia la puerta —dijo Griseta, indicando a dos robustos coreanos que vigilaban la tranquilidad del boliche—. Dudo que acepten un perro muerto.

Moví los hombros con desaliento y probé las empanadillas.

—No está mal —dije, resignado a lo peor.

Griseta comenzó a probar el contenido de los pocillos y terminó comiendo con apetito de camionero. Pedí cerveza y presté atención a otras empanadillas.

—Vamos a pasear por el barrio y a conversar de un trabajo que tengo para ti —le dije después del café.

—Ya me has ayudado bastante. La pieza, tu compañía. Hace mucho tiempo que no me sentía tan bien. Segura, ésa es la palabra. Cuando estoy sola y siento que voy a entristecer, pienso en ti. ¿Qué te parece?

—Hay quienes piensan en chocolates o copas —comenté, evasivo.

—Juán tenía razón cuando escribió que se podía confiar en Heredia.

—Suele haber muchas personas confiables.

—¿Te molestó lo que dije?

—Necesito tu cooperación —insistí mientras caminábamos por los faldeos del Cerro Santa Lucía, en dirección al Parque Forestal.

El atardecer era amable y a nuestro lado pasaban algunas parejas de obreros y empleadas, refugiados en el breve paréntesis de un abrazo antes de volver a sus casas.

Nos detuvimos frente a un organillero y compré un remolino multicolor que movió sus aspas con desgano. Se lo di a Griseta y ella sonrió, como lo hacía en aquella foto en la que aparecía junto al último Mambrú.

—Tu hermano fue decidido —dije—. Tomó la iniciativa mientras otros inventaban excusas o hacían sesudos e inútiles análisis sobre la correlación de fuerzas o la conciencia de las masas. Es difícil de explicar. Fueron años jodidos; y hoy, aunque no haya mucho de que alegrarse, suelo preguntarme si tanto sacrificio valió la

pena. Si no era mejor haberse quedado tranquilo, esperando que otros dieran la lucha. Sin embargo, creo que volveríamos a hacer lo mismo, con todas sus equivocaciones y aciertos, sus miedos y anónimas valentías.

—El problema es que perdieron.

—Muchos de los que hoy se sientan en el Senado o en los ministerios deben algo a gente como Juan. A los que dieron la cara y gritaron en su momento. La dictadura no renunció a nada por su propia voluntad.

—No jodas, Heredia. Triunfaron los de siempre.

—Nadie se libra del fuego sordo.

—Hablas como los amigos de mi hermano. Jerigonza pura. ¿Para qué joderse la vida por otros, anónimos, extraños, que ni siquiera entienden lo que tú propones? Hoy en día a nadie le interesan las consignas ni los discursos. La gente quiere MacDonals y deudas en los malls. No quiere ser liberada de los mercaderes del templo. Sólo les preocupa venderse bien y comprar el máximo de lo que se ofrece. Yo no estoy ni ahí con esos rollos ni con los tuyos. Quiero vivir sin que nadie me embrome o utilice.

La miré de reojo, sin responder. ¿Qué podía decir? ¿Hurgar en las viejas creencias? ¿Sacar de ellas lo vigente y valedero? ¿Decirlas en voz alta hasta la siguiente vuelta del carrusel? ¿Y si no había vuelta? ¿Si las ideas se transformaban en huellas difusas o indiferencia?

Conversaríamos de eso en otra oportunidad, después que el eco de Fernanda se extinguiera y fuera capaz de observar de nuevo a mi alrededor y reconocermé.

Mis pies se hundían sobre el pasto y a lo lejos escuchábamos el murmullo del río Mapocho haciendo su juego de costumbre. El sol rojo se hundía en el horizonte de casas viejas, mientras cuatro niños corrían detrás de un balón plástico.

Indiqué a Griseta un escaño y nos sentamos en silencio.

—Hablemos del trabajo —dije después de un rato.

—Tú no necesitas ayuda. Inventaste el trabajo, cualquiera que sea, después de que te conté lo de la vieja en la agencia de empleos. Ya has hecho bastante por mí, Heredia.

—¿Qué tal eres para leer? —pregunté sin hacer caso de su comentario—. Quiero que vayas a la Biblioteca Nacional y fotopies noticias sobre fabricación y ventas de armas en Chile.

—¿Bromeas?

—En uno o dos diarios. Noticias sobre armas durante los últimos meses; en especial aquellas que mencionen el nombre Hillerman.

—¿Hillerman? ¿Quién es? ¿Por qué es tan importante?

—Te daré algunos antecedentes —dije al tiempo que miraba el último resto de sol en el horizonte.

Griseta me observó con impaciencia y le conté la historia de Fernanda. Más tarde caminamos de vuelta al departamento, y al llegar a su entrada, le dije que tenía otras

cosas que hacer. Me miró sorprendida y consultó su reloj. Eran casi las diez de la noche. Después de llegar a un acuerdo sobre el trabajo habíamos recorrido la calle Huérfanos observando a los vendedores y artistas ambulantes que atraían la atención de los fatigados transeúntes, a una hora en que renacía el neón que indicaba los lugares más apropiados para abrazar a las chicas solas de los clubes nocturnos.

Conocía el centro de la ciudad y los pasajes que conducían a billares donde se podían comprar papelillos de coca y mercar con tipos que ofrecían los servicios eróticos de muchachitas harapientas. Solía vagar por esos antros para recordar que la realidad es más perversa de lo que la gente imagina; y en más de una ocasión me había enfrentado a incómodos matones de chaquetillas negras.

—Es tarde para seguir en la calle —dijo Griseta.

Negué con la cabeza y ella sonrió.

—¿Vas a visitar a alguien? —insistió.

—Tal vez —dije para alentar su curiosidad.

—Pobrecito Heredia. Tiene visita en la casa y no puede llevar a su amiguita. ¿Cierto?

—Tal vez —insistí, disfrutando del tono rojizo que adquirirían las mejillas de Griseta.

—¿Es bonita?

—No lo creo.

—¿No lo crees?

—Es él y no ella.

—¿Él?

—Negocios.

—¿Puedo acompañarte?

—Las chiquilinas no deben andar en la calle a estas horas.

Griseta hizo un gesto de enojo y apuró su entrada al departamento.

—Si llama Solís, menciónale La Dalia Negra —alcancé a decir antes de que ella desapareciera, y enseguida ubiqué el Lada estacionado junto a la prepotencia colorinche de un Mazda platinado.

Cuando entré a La Dalia Negra, acostumbré mis ojos a la oscuridad, pedí un Stolichnaya con hielo al muchacho rubio que atendía la barra y observé las mesas en que se acodaban parejas de tipos risueños. Algunos bebían y la mayoría conversaban entre sí, o miraban la gigantesca pantalla de video en la que unos rockeros se dedicaban a menearse con singular entusiasmo.

Encaré al rubio de la barra y le pregunté por el amigo de Pompeyo Tamayo.

—¿Percy? —preguntó a su vez, tratando de ganar unos segundos antes de decidir si era conveniente o no confiar en mí.

—No soy de la cana ni voy a quitarle mucho tiempo. Le traigo un recado de un amigo.

Sonrió y me indicó la mesa en que un sujeto delgado y semicalvo, sacaba

solitarios. Le di las gracias, cogí mi copa y me aproximé a la mesa.

—Me llamo Heredia e investigo la muerte de Pompeyo Tamayo —le dije sin ningún preámbulo.

Percy, sorprendido, abrió los ojos y esbozó una sonrisa nerviosa.

—Nada que lo comprometa —agregué, iniciando la reseña de mi conversación telefónica con el hermano del cocinero.

Fui convincente, y Percy escuchó atentamente, a cada rato más dispuesto a contestar mis preguntas. Se lo agradecí y puse distancia entre nosotros con un vodka-tónica que hizo menos incómoda su sonrisa.

—Lo extraño —dijo—. Nos conocimos en este bar y me atrajo su soledad, lejos de la familia, realizando un empleo que no era lo suyo. Arrendaba un cuarto de mala muerte, y sin embargo su optimismo era a toda prueba.

—No todos le tenían la misma simpatía.

—Su muerte fue un accidente.

—¿Accidente?

—Estuvo en el sitio y a la hora equivocados —dijo Percy.

—Tengo mis hipótesis —dije y le hablé de Fernanda, de su posible relación con Hillerman y de los supuestos homosexuales que habían asesinado a Pompeyo.

Observé su rostro y no descubrí ninguna manifestación especial en él; sólo la máscara de alguien acostumbrado a mentir a diario, en todos los lugares, menos en ese bar.

—No acostumbramos a comportarnos de ese modo —dijo Percy.

—¿Quiénes?

—Los amigos de Pompeyo que frecuentamos este bar.

—Tal vez tenía otros...

—No —interrumpió Percy—. Él era leal y reservado.

—¿Entonces?

—Ya le dije que fue algo accidental.

—Lo dijo, pero no lo explicó.

Agitó uno de sus brazos para llamar al *garzón* que lo atendía. Pidió un Martini seco, y esperó a que se lo sirvieran antes de volver a hablar.

—Pompeyo apareció en este bar la noche que mataron al gringo. No era habitual que viniera en días de semana. Estaba nervioso y de inmediato supe que deseaba contar algo y no se atrevía. Se lo comenté y dijo que era mejor que yo no supiese nada. Insistí toda la noche y sólo cuando fuimos a mi casa decidió liberarse de la inquietud. Hablamos de lo que vio en el hotel. Necesitaba carne y la fue a buscar al frigorífico. Al salir de la cocina vio a tres tipos que salían apurados por la puerta de emergencia. Aún no sabía lo del gringo, pero dos de los hombres le eran familiares y los reconoció.

—¿Dos?

—Hay cosas que usted desconoce, Heredia. Sucedieron hace mucho tiempo. A

comienzos del año 1974, Pompeyo hizo amistad con un uruguayo que estudiaba medicina y pertenecía al Movimiento Tupamaro. Ignoro lo que hacía en Chile, pero después del golpe, los militares hicieron una razzia de extranjeros en las universidades. La Policía buscó al uruguayo en la Facultad de Medicina Norte, en el hospital José Joaquín Aguirre, y finalmente, allanó el departamento en el que vivía Pompeyo. El tupamaro no estaba en ese momento, pero Pompeyo, sí. Lo arrestaron y estuvo tres semanas en Villa Grimaldi, antes de convencer a sus captores que no era guerrillero ni ocultaba armas.

—¿Qué relación tiene esa historia con el miedo de Pompeyo?

—Conocía muy bien a uno de los hombres.

—¿Prisionero de Villa Grimaldi?

—Torturador.

—¿Sabe su nombre?

—Perro Negro.

—¿Perro Negro? Nadie se llama así.

—Supongo que es un apodo.

—Eso explicaría su muerte —pensé en voz alta—. Reconoció al tipo y éste pensó que podría delatarlo. Parece encajar.

—Dije que reconoció a dos hombres. El segundo era un cliente del hotel. Lo llamó «el cubano».

—¿Cubano? Así, sin otras señas.

—Ninguna.

—¿Se lo contó a alguien más?

—Lo ignoro, pero Pompeyo tenía mucho miedo.

—¿Y usted?

—Vinieron unos ratis por aquí después de su muerte. En el hotel sabían que Pompeyo frecuentaba este bar. Hicieron preguntas a los mozos y también hablaron conmigo. Pero yo no quiero a los tiras y no les dije nada.

—Sin embargo, está hablando conmigo.

—Usted me da confianza, al igual que el abogado que contratamos con algunos amigos para que agilizara la investigación del crimen de Pompeyo. Se llama Raimundo Ortega, y si le interesa, puedo darle la dirección de su oficina.

—Desde luego —dije, confundido.

—¿Se sirve otra copa?

—¿No tiene nada más que contar?

—Sólo conversé una noche con Pompeyo sobre el tema y no creo que tuviera mucho más que decir. Lo demás nos pertenece a él y a mí.

—¿Sabe dónde vivía?

—Por supuesto. Pero, sacamos todas sus cosas del departamento y hasta dónde sé, ya lo arrendaron. De nada le servirá conocer la dirección.

—¿Escribía diarios de vida o algo así?

—Su único entretenimiento era coleccionar postales y oír óperas. Si quiere verlas, puede ir a mi departamento. Me quedé con todas sus tarjetas antes que los buitres intervinieran. Miles...

—Lo pensaré —dijo sin interés—. Y mientras lo hago, acepto otra copa.

Percy sonrió y repitió la ceremonia de llamar al mozo que nos atendía.

Al salir de La Dalia Negra, en la pantalla de televisión una pareja bailaba frente a un horizonte de arena tan falso como promesa de ministro. Aspiré la oleada próxima de un pito de marihuana y antes de abandonar el bar, miré a Percy por última vez. Tenía a su alcance otra copa de Martini y había vuelto a su juego de cartas.

Me costó algunos minutos ubicar el lugar donde había dejado el Lada. Lo encontré entre dos Daewoo, y apenas entré en él, se acercó uno de esos fantasmales aleteadores que cuidan los autos. Era bajo y vestía dos chaquetas, sobrepuestas una encima de la otra; y dos pares de anteojos que lo convertían en el viajero interespacial de la peor película japonesa de ciencia ficción. Bajé el vidrio de la puerta del auto y le di dos monedas de cien pesos que miró con desprecio.

—Es otra la tarifa —dijo.

—¿Tarifa?

—Nocturna y en lugar concurrido —agregó el hombre, ajustando sus anteojos.

—¿Cuánto?

—¡Quinientón! —dijo, extendiendo sus manos sucias.

Es lo último que me faltaba esta noche, pensé, y después de conducir media hora hasta llegar al departamento supe que estaba equivocado.

Capítulo 4

Abrí la puerta y escuché a *Simenon* enroscándose entre mis piernas para acariciarse y acariciarme al mismo tiempo. Seguí el juego y lo tomé entre mis manos hasta tener sus ojos al alcance de los míos. Brillaban sin temor y en su interior estaba la respuesta que necesitaba para saber que el departamento seguía en calma, quieto, como telaraña en desuso.

—¿Todo bien? —pregunté, sentándome frente al escritorio y a tres sobres que alguien había ordenado de acuerdo a sus tamaños.

—¿Griseta?

Simenon movió la cabeza en un leve gesto de asentimiento. Rasgué el sobre más grande y saqué del interior una invitación a inscribirme en la sociedad de

investigadores privados que lideraban dos empresas de huelebolos dedicados al soplaje, y que en su mayoría habían sido exonerados del Servicio de Investigaciones durante el gobierno de Aylwin. Tipos con aspecto de Rambos venidos a menos que se dedicaban a seguir y chantajear maridos infieles; que eran contratados por dueños de supermercados para detectar brotes sindicales; o que recorrían la noche al atisbo de unos gramos de cocaína. Conocía a dos o tres de ellos a causa de ciertos abusos cometidos contra topleteras del Caracol Bandera, a las que obligaban a pagar protección o servir de compañía en sus fiestas. Ellas habían recurrido a mis servicios y eso me había llevado a repartir trompadas hasta alejarlos de mis amigas y ganar un lugar destacado en sus listas negras.

Rompí la carta y la arrojé al papelero con mi habitual puntería de antiguo basquetbolista derrotado por la edad, los kilos y el exceso de cigarrillos.

—Al diablo con esos tipos —dije mientras abría el resto de las cartas que contenían promociones de equipos de oficina, radios y computadores.

—Fue mala idea avisar en las páginas amarillas —oí decir a *Simenon*—. Antes no recibíamos tanto papel inútil.

—Hasta donde recuerdo, tú eras el más entusiasmado.

Simenon se apartó de mi lado y me observó, molesto.

—Y yo llené el formulario —añadí, conciliador.

—En vez de reclamar podrías preocuparte de la visita.

—¿Qué sucede con ella?

—Está triste. No ha hecho más que pasear por el departamento, limpiar todo lo que encuentra y escuchar alaridos de rockeros.

La puerta del cuarto de Griseta estaba cerrada y no se divisaban rastros de luz desde el interior.

—Duerme —dijo *Simenon*.

—Algo que los dos deberíamos imitar —respondí, mientras buscaba en la cocina algunos cubos de hielo para cubrir una razonable medida de vodka. Luego, entré al baño, hice correr el agua de la ducha, y acompañado del licor me puse bajo el chorro helado hasta que la piel adquirió un tono rojo, y mis ideas, dispares y confusas, se ordenaron. Tuve conciencia que la investigación rodeaba un círculo estrecho y diferente al de aquellas pesquisas que resolvía acodado en los bares, con la ayuda de soplones empobrecidos o amenazando a uno que otro matón malencarado. Era el sello de Fernanda que antes ya me había conducido a recorrer espacios desconocidos, ajenos a la habitual sombra de mis pasos, de esos rincones en los que me recluía para estar solo, limpio de toda ambición, desgastándome hasta el día de mi muerte; a ese final que tendría que ser de madrugada, «que es la hora en que mueren los que saben morir», como cantaba Roberto Rufino. Y como en el tango de Rufino y Ferrer, de madrugada guardaría «mansamente las cosas de vivir, mi pequeña poesía de adioses y de balas, mi tabaco y mi tango».

Recordé la fórmula S y S —sudor y suerte— que Dagoberto aplicaba en su

trabajo. Dejé que el agua invadiera la copa vacía y bebí de ella hasta refrescar cada milímetro de mis entrañas. Entonces supe que mi final aún no llegaba, y que al igual que un avezado jugador de naipes, la única alternativa consistía en desafiar al destino.

Salí del baño. El aire tibio entraba por la ventana del dormitorio. La soledad era absoluta. Me tendí desnudo sobre la cama, mientras desde la calle llegaban restos extraviados de pasos y voces; frenadas bruscas que al contrario de lo que sucedía en otra época, ya no me causaban temor; sólo el reconocimiento del paso de los años, del dolor en mi cuerpo que envejecía, inevitablemente, sin nada cálido a que asirse por las noches; ajeno a toda magia.

Me dejé acariciar por las sábanas, como anticipo de un diálogo conmigo mismo para reconocer que aunque nada volvería a ser como antes, aferrarse a la memoria era el único gesto válido y consecuente. Con esa idea en mente traté de dormir hasta que el andar inseguro de alguien que buscaba, huía o trataba de sorprender, me volvió a la realidad. Busqué la pistola y antes de rozar su fría piel bajo la almohada, vislumbré la sombra que se deslizaba dentro del dormitorio. Un rostro, la imagen perfectamente desnuda que se dejaba caer a mi lado, suave, felina, tierna y brutal a la vez.

Los pechos de Griseta se acariciaron en mi vientre, duros y herméticos como una nuez; su aliento impuso complicidad sobre mis labios y, desprotegido, sólo atiné a recobrar su expresión desvalida del primer encuentro; sus palabras en esa boca que buscaba la mía, las dudas, el deseo que precedía cada uno de sus pasos por los estrechos límites del departamento. La abracé y recorrí su cuello, la línea de la espalda, sus nalgas apretadas y amplias, la humedad secreta de su pubis abriéndose a la curiosidad de mis dedos. Besé sus pechos mínimos y ella se aferró a mi cuerpo buscando, endureciendo, incorporando mi carne a la suya. Sentí su piel deslizándose en mi pene y la tomé de las caderas para armonizar sus movimientos a mis deseos. El resto fue el eterno viaje del fuego al juego; fugas y encuentros irrepetibles hasta descubrir sus ojos clavados en los míos, vigilantes, atentos a las reacciones de mi rostro, a ese final breve que fue el preámbulo de las sombras; al silencio para no dar ninguna explicación a lo sucedido; a nuestros cuerpos libres; al temor de despertar y estar de nuevo solos.

Cuando abrí los ojos seguía a mi lado. Amanecía y una luz grisácea entraba por la ventana dividiendo su cuerpo en dos mitades simétricas. Estaba de espaldas; la luz rozaba el surco tenue entre sus pechos, el pubis apenas cubierto de vellos. La besé y mantuvo los ojos cerrados esperando mis palabras.

No dije nada. La besé en los pies y a lo largo de sus piernas hasta hundir mis labios en su sexo humedecido. Escuché su voz y busqué sus ojos, abiertos en una sonrisa que parecía cubrir cada rincón de la pieza.

—Tenía ganas de conocerte —dijo—. Así, como anoche y como ahora.

—Fue un sueño, no lo dudes —dije.

—Lo que sentí fue real.

—Lo sé.

—No sé que pensarás ahora de mí...

—¿Importa?

—No.

—Sucedió.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

—¿Preocuparme?

—Me miras como si temieras un castigo.

—Fue bello y no sé cómo sigue.

—¿Tu edad? ¿Mi hermano? —dijo, sonriendo.

—No todas las mañanas amanece una muchacha en mi cama.

—¿A quién quieres engañar?

Sonreí y acaricié uno de sus muslos.

—¿De verdad es la primera vez?

—Antes lo soñé, o lo imaginé viendo a otras muchachas como tú. Debo estar poniéndome viejo.

—No creo que eso te preocupe —dijo, sentándose a mi lado; sus rodillas sujetas entre las manos y una expresión inocente en la mirada.

—No me veas de ese modo —dije.

—¿Cómo?

—Como si estuviera obligado a confesar.

—¿A qué le teme Heredia después de seducir a una muchacha?

—Que pase el tiempo y un día despierte, y tú ya no estés. A que sólo queden recuerdos.

—Tengo el tiempo y las ganas.

—¿Por qué?

—Es por ti, desconfiado.

—¿En tres semanas?

—Me bastó una hora para desearlo.

La tomé entre mis brazos y la besé.

—Di que te gusta la idea —agregó.

—No me hagas prometer nada.

Griseta me observó y luego besó mis labios hasta que sentí que necesitaba salir del departamento antes de que el deseo nos retuviera de nuevo entre las sábanas.

—¿Cuándo lo pensaste? —pregunté, sentado junto a la mesa del restaurante al que habíamos llegado a desayunar; un boliche nuevo, ubicado frente a la iglesia Santa Ana, especializado en dietas vegetarianas y macrobióticas. Un sitio ideal para gringas paliduchas y sosas, habituadas a cortar rodajas de carne con una hoja de afeitar.

—Anoche me sentía sola, triste. Había revoloteado por el departamento sin saber qué hacer. Tus cosas me parecían particularmente extrañas, y yo era la intrusa que las había invadido sin que nadie me llamara —respondió después de probar el café—. Te oí llegar y hablar solo; como los que no saben terminar el día o desean conversar con

alguien. Dejé de ser una niña hace mucho tiempo, y te aseguro que no doy a esto más importancia de la que tiene. Estábamos solos y necesitaba que alguien se preocupara de mí, aunque fuera por una noche.

En su voz había un dejo de tristeza que contradecía la aparente seguridad de sus palabras.

—Sin rollos, Heredia. Si mañana o pasado decides que me vaya...

—Cuando estoy con alguien tiendo a creer que durará para siempre.

—Ése es tu problema, Heredia. Me agrada lo que pasó, pero no puedo asegurar que siempre estaré a tu lado. Hasta ahora mis planes no incluyen compañía.

—¿Entonces?

—Tenemos este día y mañana...

—Y todos los días que vienen —interrumpí.

—Y los días que vienen —repitió ella sin mucho convencimiento, entrelazando sus manos a las mías.

Sonreímos y le dije que todo estaba bien. El mozo se acercó y nos ofreció más café. Trabajaba sin prisa y con una estudiada afectación en cada movimiento.

—¿Les satisface el servicio? —preguntó, y sin esperar respuesta, agregó—. Bonita su sobrina, señor.

—Mi sobrina...

—Cada día las chicas salen más lindas. Dios se ha ido perfeccionando.

—¿No vienen de París?

—De Dios —contestó el mozo.

—París tal vez no, pero de Taiwán, seguro.

El mozo miró a Griseta y se alejó.

—¿Te molestó? —preguntó Griseta.

—¿Qué?

—Que yo pueda ser tu sobrina.

—Me recordó ciertos temores.

—Olvídalos. Las historias no tienen por qué ser todas iguales.

Probé el café y me dediqué a enmantequillar una tostada.

—Cuéntame algo de ti.

—¿No hablamos anoche?

—No lo suficiente.

—Estuve en un internado dirigido por discípulos de Boris Karloff. Después gané una beca y traté de estudiar. Soporté la Escuela de Derecho un año; ahí hice algunos amigos y renuncié a los códigos y sujetos pretenciosos con los que debía compartir diariamente. El golpe militar me sorprendió en la universidad y lo que ocurrió a partir de entonces no fue de mi agrado. Como otros, pude pasar por alto todo aquello y no lo hice. Conocí a Dagoberto Solís y pasé dos años vendiendo seguros, zapatos, servicios fúnebres, entre muchas otras ocupaciones. Entonces, después de abandonar un trabajo de nochero en un hotel parejero, decidí instalar la oficina de

investigaciones. Solís me enseñó a manejar armas, seguir personas y algunos otros trucos del oficio. Comenzó a llegar gente que necesitaba ayuda. Nada importante. Robos pequeños, seguimiento, hijas fugadas de sus casas, lolos a los que sus padres querían alejar de la coca y los amigotes. Y entremedio de todo eso, dos o tres casos duros.

—Ayer, mientras ordenaba tus libros, encontré unos recortes de diarios. Tu nombre aparecía relacionado a un niño secuestrado por la Dina, o algo así.

—Una historia que sirvió para que un ocioso aficionado a los gatos escribiera dos novelas sobrecargadas de fantasías y tragos. Se la conté una noche y si ganó algunos pesos con su trabajo, nunca lo supe. El tipo suele aparecer en los diarios hablando de literatura policial y de mí. A veces tengo ganas de ubicarlo y decirle que se deje de pendejadas. Pero ¿para qué? Es sólo un escritor que trata de ser feliz con las mentiras que cuenta.

—¿Eso es todo?

—Lo demás imagínalo. Basta con mirar el departamento.

—Quisiera saber más.

—Es difícil hablar de dolores y sueños rotos. Un día serán un conjunto de cifras, o dos o tres frases al pasar.

—Que tú no quieres olvidar.

—¿Qué haría sin recuerdos? Griseta bajó la mirada, como buscando algo en su café.

—Tampoco es motivo para entristecernos —dije.

—Háblame de Fernanda.

—¿Para qué?

—Ella tiene que ver con tus temores.

—Tal vez...

—¿Era de mi edad?

—Un poco mayor.

—¿Bonita?

—Mucho.

—¿La querías?

—Haces muchas preguntas y es hora de trabajar. Tú a la Biblioteca Nacional; yo a visitar a una persona que me recomendaron. Y si todo va bien, nos vemos por la noche.

—¿Tendrás entonces una respuesta?

Capítulo 5

Juan Vicuña es una calle de dos cuadras encerradas entre Santa Rosa y San Francisco, a metros de avenida Matta y el barrio Franklin, con su Matadero, almacenes de menestras y veredas atestadas de comerciantes callejeros. Había estado ahí cinco años atrás, ayudando a salir de un lío de drogas a dos universitarios alojados en la pulgosa pensión de Alamiro Pulido, un peruano con pasado de boxeador dedicado a la venta de marihuana y pasta base. Los chicos habían sido detenidos en una redada y el tío de uno de ellos me contrató. Evité, gracias a la ayuda de Solís, que los enviaran a la Penitenciaría. El delito de los muchachos era ser unos provincianos atarantados que se movían por las calles santiaguinas con la gracia de dos catitas entumidas.

La calle había cambiado desde entonces. En uno de sus costados habían instalado juegos infantiles, aparentemente ajenos a la oscuridad anidada dentro de las casas añosas que se apretujaban a lo largo de la calle, unas contra otras, descoloridas; a punto de convertirse en un revoltijo de adobes deshechos.

Algunas de las casas eran pensiones baratas, y una o dos ocultaban la miseria de hospederías a las que cada noche llegaba una desaliñada colección de vagos y jubilados que ofrecían sus brazos como cargadores en el Matadero, o simplemente pedían limosna en las tiendas de San Diego y avenida Matta. Pero el eje de aquella calle era la Cité Imperial, que comenzaba en un portalón de fierro, y luego continuaba a través de un pasaje estrecho a cuyos costados, todo el día, se apostaban tipos ociosos y malencarados.

Cuando Stevens dijo que Blest vivía en esa cité, supe que llegar a él sería difícil. No sabía qué iba a buscar, y sin embargo, la recomendación de Stevens bastaba para olvidar los temores y asumir la visita con la quieta resignación del que conoce las descompuestas entrañas de la ciudad.

Dejé el Lada a tres cuadras de Juan Vicuña y anudé la punta de un pañuelo antes de caminar hacia la cité, con la pistola a prudente distancia de mis manos. Frente al portalón me detuvo un hombre bajo y rechoncho, de rostro colorado y bigotes a lo Emiliano Zapata, que masticaba chicle y parecía mandar a la media docena de tipos que lo rodeaban.

—Busco a Blest —dije, enfrentándolo.

El hombrón miró de reojo a sus acompañantes y enseguida, desconfiado, estudió mi aspecto.

—No eres tira, pero lo pareces —dijo, esbozando una sonrisa maliciosa.

—Deseo conversar con él. Sin trucos ni rudezas.

—A esta hora no se le molesta.

—Es importante que lo vea.

—Vago, muy vago. No sirve como entrada. Tal vez si te explicas mejor.

—Asunto privado —agregué, al tiempo que tanteaba el peso de la pistola apegada

a mi cintura—. Yo y él, nadie más.

—Habla muy golpeado para mi gusto.

—Si no se puede conversar con él, me voy. Sin embargo, yo en su lugar lo pensaría. Si Blest se entera que estuve aquí y no pude entrar...

—Tengo que preguntar —dijo el matón, inquieto.

—Dígale que vengo de parte de Stevens.

El hombre volvió a recorrerme con la mirada, y enseguida, sin decir nada, abrió el portalón y desapareció tras él. Sus acompañantes me rodearon. Les sonreí y ofrecí cigarrillos. Ninguno acogió la oferta. Encendí uno y dejé que el humo hiciera su endemoniado juego entre mis bronquios. Sólo entonces me sentí más tranquilo.

El rechonchete regresó a los cinco minutos. Sin cerrar el portón, hizo una mueca cómplice y me indicó que lo siguiera.

—Manténgase a mi lado. A veces los amigos están de malhumor —dijo mirando de soslayo a los muchachones apoyados en los muros: sucios, mal vestidos y con ganas de partirse el culo a cualquiera que los observara más de quince segundos. El sol pegaba fuerte y hacía insoportable el olor que emanaba de la cité. Un olor a grasa, comida recalentada y orines que me obligó a llevar las manos a la nariz, mientras el hombrón sonreía sin disimulo. Pensé en una copa de algo fuerte que embotara mis sentidos y seguí caminando.

A nuestro lado pasó una pareja de muchachos vestidos de mujer. Llevaban los labios pintados de rojo y se movían balanceando las caderas a un ritmo que no les era natural.

—Lindas chiquillas —comentó el hombrón, malicioso.

—¿Hay muchos como éstos?

—Al fondo funciona un volteadero de maricas —dijo, indicando el final del pasaje—. ¿Le interesa conocer a uno de ellos?

—Si me lo recomienda —contesté—. Parece saber del tema.

No le gustó mi respuesta. Temí que descargara sus manos sobre mi cabeza; pero se limitó a gruñir y a dar unas zancadas con la intención de distanciarse. Entramos a un pasillo cuyas paredes estaban forradas con restos de sábanas, cartones y trozos de madera. Por el suelo escurría un líquido viscoso. Un viejo encorvado salió al paso de mi guía. Tenía ojos vidriosos y la nariz cruzada por una cicatriz del grosor de un dedo.

—Éste es el que quiere hablar con Blest —le dijo mi acompañante.

—Avisaré al maestro —respondió el otro, observándome a hurtadillas.

—¿Quién es? —pregunté, cuando lo vi desaparecer al interior de la galería.

—Ovando. La mano derecha del jefe —contestó el hombrón—. No lo parece, pero tiene a varios giles como tú en su cuenta de finados.

Blest era polaco, y había llegado a Chile al término de la Segunda Guerra mundial huyendo de los rusos que acababan de invadir Polonia. Stevens lo había conocido muchos años después en un club de ajedrez de la calle Independencia al que ambos

concurrían. Había adoptado el apellido de Blest para simplificar el original. Se le consideraba experto en armamentos y sus conocimientos abarcaban cifras y fórmulas que le permitían estar al tanto de lo que ocurría con la producción bélica en Europa.

A su llegada a Chile trabajó en varias industrias químicas, y según Stevens, hubiera tenido una vida anónima de no ser por su aversión a las mujeres. A mediados de la década de los setenta, ya añoso y amargado, rentaba la buhardilla de una casona de tres pisos, ubicada en la calle Sazié. En el primero vivían tres hermanas que envejecían sin mayor inquietud, tranquilas, sin otros vicios que hornear pasteles y asistir a misa en la iglesia San Lázaro. Blest se hizo amigo de ellas y algunas tardes compartió el té y los pastelillos que las mujeres le servían sin reparos, animadas, tal vez, por la esperanza de interesar al polaco por la menor de las tres. Pero Blest no las quería, y una noche, vísperas de Navidad, las atacó a navajazos. La investigación del crimen fue rápida, y estuvo a cargo de René Vergara, detective de la Brigada de Homicidios, aficionado a la bohemia y a la escritura de relatos policiales. Su confesión —las maté por ser mujeres— fue sin apremios; y le valió una condena a presidio perpetuo que nadie se interesó en aminorar.

Ovando reapareció y se detuvo a mi lado. Murmuró algo, que debió repetir dos veces para darse a entender.

—El maestro dice que pase. Sólo usted.

Di dos pasos y las garras del hombrón se posaron en mi brazo derecho. Traté de reaccionar, pero él fue más rápido, y con una agilidad insospechada para su corpulencia, me cacheó de pie a cabeza. Vi la pistola en sus manos y sonreí como el niño al que sorprenden con los dedos dentro del pote de manjar.

—Se la cuido —dijo, mostrando una raleada hilera de dientes gruesos y amarillos.

Blest era alto, delgado. No representaba los ochenta o más años que debía tener. Sus ojos eran grandes, desorbitados, y lucía una barba larga, blanca y fina que caía hacia su pecho como un trozo de escarcha. Estaba de pie junto a una mesa y a sus espaldas había un tablero cubierto con dibujos de aviones, tanques y otros armamentos. El resto de la habitación estaba compuesto por un camastro angosto y numerosos cajones, que a modo de improvisada biblioteca, contenían libros ordenados según sus tamaños.

Esperaba oír un vozarrón agresivo y me sorprendió con una voz suave que no ocultaba su satisfacción por la visita.

—Por favor, tome asiento —dijo, indicándome una silla sin respaldo—. Me dicen que viene de parte de mi amigo Stevens.

—De nuestro amigo Stevens —afirmé.

—Hace años que no lo veo. Y créame que lo recuerdo. Dejamos una partida inconclusa. Él me daba mate en tres jugadas y mi única posibilidad estaba en los movimientos de mis caballos. Nunca he sido bueno con los caballos —agregó y comencé a dudar de la conveniencia de mi visita—. Dígale que un día de estos terminamos el lance.

—Estará contento de verle —dije, por no caer en un silencio que habría sido imposible de remontar.

—¿Se sirve té? —preguntó, cogiendo el termo que mantenía sobre la mesa.

—¿Té?

—Lapsang Souchong. Me lo trae...

Buscó en vano un nombre en su memoria y enseguida llenó dos tazas con la bebida. Las manos le temblaban y temí que gran parte del contenido del termo terminara sobre el piso de madera.

—Stevens le habrá explicado por qué vivo en este lugar tan semejante a una cárcel.

Negué con la cabeza y el polaco pareció sorprendido.

—Alguna vez estuve condenado por cierto delito insignificante. Dejé pasar cinco años y organicé mi fuga del penal. Recuperé la libertad pero dos detectives dieron con mi paradero. Gente comprensiva. Hicimos un trato que hasta la fecha persiste, a pesar que ellos están retirados. Pago cierta cantidad de billetes al mes a cambio de mi tranquilidad.

—Una mano lava a la otra, y las dos...

—Para ellos soy más útil fuera de la cárcel.

—Matemáticas puras.

—Dinero —dijo Blest, y luego de beber un poco de té y aprobar su sabor, preguntó—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor?

—Heredia.

—¿Heredia? Cuando Stevens comenzó a preguntar sobre armas, creí que era por curiosidad; después, se sinceró en un par de cosas y comprendí que mi información servía para sus fines políticos. La verdad es que no me importó. Pero tenía miedo por él.

—¿Miedo?

—Era de los importantes. Sabe a qué me refiero.

—Stevens y yo...

—Probablemente esté hablando de más. Ahora Stevens debe estar tranquilo; seguramente desencantado con lo que ha ocurrido en ese mundo que él consideraba ideal, pese a las advertencias que en más de una ocasión le hice. Pero no, probablemente no sea así. Los hombres como Stevens no se desencantan. Analizan, aprenden y esperan a que las condiciones cambien.

—Parece la inteligente definición de un político.

—¿De verdad es amigo de Stevens? —preguntó Blest, mientras se dejaba caer pesadamente sobre uno de los extremos del camastro—. Nunca le oí mencionar su nombre. Cuando lo conocí tenía un muchacho que lo ayudaba a ordenar sus informes y planes descabellados. También se preocupaba que llegara a la hora a sus reuniones, le leía documentos y tomaba apuntes por él.

—Él me aconsejó...

—Ha pasado tanto tiempo desde que nos vimos por última vez. No tengo por qué conocer a sus nuevas amistades.

—Stevens dijo que usted podría darme información acerca de armas.

—Es un tema amplio —dijo Blest con cierto entusiasmo en su voz—. ¿Quiere comprar?

—Quiero saber algo sobre la fabricación y comercio de armas en Chile. Me refiero a productos sofisticados, de alto poder.

Blest respiró profundamente y con sus manos me indicó una docena de archivadores ordenados junto a la mesa.

—Recortes de prensa, escritos, estadísticas. Todo sobre armamento bélico. Me he dedicado a eso desde antes de llegar a este lugar —agregó Blest—. Usted tiene que decirme lo que necesita saber.

—Tengo algunas preguntas en mente. ¿Por qué un país como el nuestro puede interesar a alguien que se mueve en el campo de la industria bélica? ¿Qué podría encontrar un periodista o un traficante?

—O un espía. ¿De verdad no lo sabe, Heredia?

—Si lo supiera no estaría aquí —respondí, reservándome la opinión sobre los olores de la cité y la colección de vagos que la habitaban.

—Información y negocios. Ésa es la respuesta más simple —dijo Blest y bajó la mirada para observar el contenido de su taza, como si de pronto hubiera caído en ella una mosca o algo peor.

Me mantuve en silencio. Blest era demasiado astuto para jugar al tipo duro. Pensé que una impertinencia de mi parte acabaría el diálogo y quizá, hasta alertaría a Ovando. Opté por lo más conveniente; alabé sus conocimientos e hice un gesto de ignorancia a la espera de que reanudaré su exposición.

—Los publicistas tienen convencida a la gente de que somos los más exitosos en esta parte del patio trasero del mundo. Y uno hasta puede estar de acuerdo si no se preocupa de la realidad que hay detrás de las cifras y la propaganda. Hay cosas que funcionan. Las comunicaciones, el manejo de la inflación y algunas exportaciones no tradicionales, como las frutas y las armas. Algo que le debemos a nuestro mandamás tras el trono y que se enmarca en la concepción geopolítica del mundo. El poder exige ciertas estrategias para desarrollar su ejercicio.

—Vaya despacio. Me cuesta seguir sus ideas.

—No quiero aburrirlo con divagaciones, Heredia. Me limitaré a tres o cuatro cosas puntuales —dijo Blest, sonriendo—. Durante el gobierno militar se pensó que el desarrollo y respeto de un país como el nuestro pasaba por su economía y sus armas. Por ello impulsaron reformas económicas e invirtieron grandes sumas en la industria bélica. Los militares estaban obsesionados con una posible agresión de los países vecinos y eso los llevó a renovar y ampliar sus armamentos. Y no les faltaba razón. En 1978, estuvimos cerca de enfrentarnos con Argentina. Sólo ellos y Dios saben qué pasó a última hora. Lo concreto es que hoy la industria de armamentos del

Ejército está en condiciones de fabricar fusiles, pertrechos, algunos vehículos blindados y bombas. La Armada construye embarcaciones y los aviadores hacen lo suyo. Detrás de eso hay conceptos claros, ¿me entiende?

—Esperó a que asintiera para continuar.

—Los militares estaban interesados en bombas de alta tecnología, y por eso establecieron conversaciones con un empresario que fabricaba explosivos utilizables en la explotación minera. Hicieron buenos negocios hasta que el socio se avivó y comenzó a correr con colores propios. ¿Ha oído hablar de Seferino Proden?

—Suele salir en las páginas sociales de los diarios.

—Sabe moverse en el mundo. Muchas entrevistas, donaciones y frases célebres. Márketing, creo que llaman a eso. Un sujeto preparado y con olfato. En los años setenta accedió a los salones militares. Hizo amistades y negocios. Luego, cuando el viento cambió de sentido, buscó otros amigos. Dicen que para las elecciones del año 1989 aportó financiamiento. Los políticos precisan dinero, alguien lo proporciona, y después, si hay éxito, pasa la cuenta. La democracia es una inversión como cualquiera. Los empresarios lo saben, y por eso, cuando muchos de ellos vieron que con la dictadura tenían cerrados los mercados extranjeros, se hicieron demócratas. De ese modo funcionan los engranajes, aunque se les maquille o presente con envoltorios novedosos.

—Lo suyo parece discurso de los años sesenta —dije.

—Palabras, nada más. Sigamos con lo que a usted le interesa. Proden se independizó y vendió sus bombas al exterior; en los países árabes y también en países latinoamericanos como Ecuador, que se estaba armando en vista de una posible agresión peruana. Eso molestó a los militares. Ellos cuidan sus mercados y además, les interesaba estar mejor pertrechados que los ejércitos de otros países. Años después, con el retorno de la democracia, el conflicto perdió intensidad. La fabricación de armas comenzó a tener un costo político, y el nuevo gobierno trató de limitarla al trabajo de las empresas militares. Chile debía dejar de ser un país agresivo, combatir el armamentismo en la región y afianzar las relaciones en toda América. Las reglas del juego variaron y Proden entendió esos cambios. En 1992 anunció que su empresa cerraba; y a los seis meses de ese anuncio, se supo de la existencia de Interarm, empresa que gracias al financiamiento iraquí, adquirió parte de los proyectos y las instalaciones de Proden.

—¿Qué clase de proyectos?

—El de la bomba de racimo es el más conocido. Un aparato de explosión múltiple que reúne tres cualidades muy apreciadas. Es liviana, lo que permite un fácil y mayor transporte; moderna, puede utilizarse desde helicópteros, aviones y embarcaciones pequeñas; efectiva, ideal para afectar blancos dispersos como tropas, tanques o camiones. Está compuesta por un dispositivo que se detona al ser disparada, el que a su vez detona otras bombas más pequeñas que, cerca del blanco, se abren en forma de racimo. Tiene gran posibilidad de almacenamiento. Además de una duración superior

a los cinco años. El estreno en sociedad de esta bomba fue durante la guerra del Golfo Pérsico.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Recibo revistas bélicas editadas en Estados Unidos, Alemania e Inglaterra. Es mi pequeña obsesión; y con alguna base de antecedentes, es fácil leer entre líneas.

—¿Le dice algo el apellido Hillerman?

—Travis Hillerman. Hace unas semanas lo encontraron muerto en el hotel Comet. Solía leer sus artículos. Todos bien informados y audaces en sus hipótesis.

—¿Y qué piensa de su muerte? —pregunté, ansioso.

—Confuso tema. Me interesan los aspectos técnicos de las armas, no las tragedias que envuelven su comercialización o uso. Me limito a recopilar datos y cifras —dijo Blest hojeando a la rápida una carpeta que estaba sobre la mesa—. Tal vez Hillerman era un periodista fisgón o un agente que deseaba conocer las actividades de Interarm. Sólo especulaciones, y dudo que ellas le sirvan. A menudo muere gente vinculada a la fabricación de armas. En Tokio, Washington, Roma, Bagdad, Londres. ¿Por qué no en Santiago de Chile? Las armas conllevan un fuerte tráfico de información y suele haber gente que habla de más a cambio de una buena paga. Es frecuente la eliminación de científicos vinculados a proyectos bélicos. Aparentemente nadie los conoce y actúan como vecinos inofensivos; pero salen sus nombres en las páginas necrológicas de los diarios y se sabe que no eran ingenuos memoriones de fórmulas. En esos términos, ¿quién sabe lo que realmente ocurrió con Hillerman?

Me puse de pie y di unos pasos por la pieza, observando su aspecto mugroso y en aparente desorden. Blest siguió hojeando el contenido de la carpeta, sin buscar nada en especial. Tuve la impresión de que sus pensamientos estaban lejos. Recordé la historia de las mujeres asesinadas y me costó relacionarla con el rostro apacible del polaco.

—Aquí hay datos que pueden interesarle —le oí decir.

Me acerqué a su lado, dispuesto a escucharlo un rato más.

—¿Sabe lo que es el circonio, Heredia?

—Tanto como sé de la vena mesentérica superior. Nada.

Capítulo 6

scuché a Blest media hora más y lo dejé a solas, balbuceando recuerdos en la cueva de archivos y obsesiones bélicas en la que se hallaba prisionero. Al despedirme pensé

E que sus únicos instantes de lucidez eran cuando hablaba de armas. El resto del tiempo parecía confundido en las imágenes borrosas de su crimen. Al salir de su habitación me esperaban el regordete y Ovando. Me acerqué y se miraron de reojo, confirmando un acuerdo previo entre ambos. Cerca de ellos había varios tipos de aspecto patibulario que hacían imposible cualquier idea de eludir las reglas establecidas por los amos de la cité.

—No tengo nada más que hablar con Blest —dije sin dirigirme a ninguno de los dos.

—Que no se vaya —ordenó el curco al hombrón y entró de prisa al cuarto de Blest.

—Necesita la orden del jefe —dijo el gordo, al tiempo que acariciaba la pistola que seguía en su poder.

—¿No son muchas precauciones?

—Instrucciones del polaco. Ningún desconocido entra o sale de la cité sin que él lo autorice.

—Desconfiado, ¿o sólo son mañas de viejo?

El gordo sonrió levemente antes de responder.

—Hay gente que no lo quiere —comenzó a decir, y se detuvo al ver que Ovando le hacía una seña desde la entrada al cuarto. Busqué al curco con la mirada y sólo alcancé a percibir su sombra que se perdía al interior de la roñosa arquitectura. El hombre indicó el camino y antes de llegar al portalón me devolvió la pistola.

Ya en la calle, respiré tan profundo como me lo permitieron mis pulmones estropeados por el cigarro y la atmósfera enrarecida de los bares. Busqué el Lada y manejé sin prisa hasta los alrededores de la plaza de Armas. El mediodía era un recuerdo y pensé que me vendría bien estabilizar el ánimo en el City Bar.

La conversación con Blest giraba en mi interior como una moneda lanzada al aire que tardaba más de la cuenta en caer. Demasiada información para pensar de un modo simple. La relacioné con los artículos de Fernanda y pensé que ella sabía del tema más de lo que nunca me habría imaginado.

En Estados Unidos existía preocupación por la fabricación de armas químicas con gases neurotóxicos, conocidos por sus efectos en el sistema nervioso. Durante la Primera Guerra mundial el uso de gases había causado la muerte a miles de soldados. Las armas químicas estaban prohibidas por el Protocolo de Ginebra del año 1925, pero para nadie era misterio que se seguían produciendo, al margen de las convenciones establecidas en los foros mundiales.

Según Blest, el que fabricara armas químicas en América Latina tendría una incalculable ventaja sobre los demás países de la zona. Un asunto complejo y aparentemente ajeno, en medio del cual sólo me interesaba descubrir las pistas que llevaran hasta los asesinos de Fernanda. Necesitaba algo concreto que pudiera relacionarse con un nombre o un rostro. Lo demás podía seguir tan lejos de mis inquietudes como hasta el día en que Solís me comunicó la muerte de mi amiga.

Recordé al abogado mencionado por Percy y me dispuse a invertir algunos minutos en él. Salí del bar, y antes de buscar la oficina de Ortega, me senté en un escaño de la plaza de Armas. Me gustaba ver pasar a la gente. Observar rostros y atuendos. Sentarse y observar era de algún modo como apartarse del mundo, o al menos del agitado murmullo que producían esas personas que iban y venían por los alrededores de la plaza.

En la lista de los personajes que detesto, predicadores y abogados ocupan un lugar de privilegio. En especial aquellos rascaleyes que obtienen el cartón universitario por intercesión de alguna manda, y deambulan por la ciudad propinando a diestra y siniestra las tarjetitas que los acreditan como leguleyos, en un país donde las leyes se venden en las calles y hasta el más desprevenido las pone en el tapete a la hora de la sobremesa.

Raimundo Ortega, el abogado contratado por Percy y otros amigos de Pompeyo Tamayo, era la excepción a mi catastro de tinterillos pretenciosos. Su oficina estaba en la calle Catedral, a media cuadra de la plaza de Armas, en un edificio de ascensores viejos y pasillos laberínticos que conducían a despachos de corredores de propiedades, dentistas jubilados, médicos y casas de masajes que disimulaban su quehacer con placas de peluquerías o centros podológicos.

Ortega era delgado. En su rostro huesudo resaltaba una nariz ganchuda, prominente, ideal para sostener los anteojos que empequeñecían sus pupilas tras sucesivos anillos de aumento. Vestía un traje negro que le sobraba en los hombros; corbata roja y camisa blanca, de ésas que se planchan cien veces y conservan sus arrugas inalterables.

Parecía muy solo y con ganas de conversar. Le di mi nombre, esboqué el motivo de la visita y me ofreció asiento en la butaca ubicada frente a su escritorio. Las paredes de la oficina estaban pintadas de color amarillo, y sobre ellas colgaba un diploma extendido por la Universidad de Chile y la foto de tres muchachos flacos, incuestionables herederos de la fealdad del padre. Mencioné la conversación con Percy y sin entrar en detalles, hablé de las muertes de Fernanda y Pompeyo Tamayo.

Escuchó atentamente y enseguida sacó del escritorio una carpeta café.

—Jamás creí que existiesen personas como usted —comentó—. Primera vez que me topo con un detective privado.

—En ocasiones también tengo mis dudas de que lo sea —dije, al tiempo que iniciaba la ceremonia de encender un cigarrillo.

Ortega sonrió con mi respuesta y dejó ver sus dientes pequeños y amarillentos.

—¿Y en qué puedo serle útil? —preguntó.

—Quiero compartir algunas inquietudes y conocer los antecedentes que tenga sobre el caso. Usted lo tomó desde el comienzo y eso me hace suponer que es la persona que más sabe del asunto.

—Presume muchas cosas y parece un tanto confundido.

—Lo estoy —dije, preguntándome a mí mismo si la confusión provenía de los

hechos que investigaba o del vodka que había bebido en el City Bar.

—Ignoraba lo de su amiga —agregó—. Pero en cuanto a Tamayo, no dudo que se trató de un asesinato premeditado.

—¿Homosexuales?

—Eso está descartado. Sus asesinos son los mismos que mataron al periodista.

—¿Qué le hace pensar que esa muerte no fue suicidio?

—Tengo buenas relaciones con Carabineros y me enteré de que el grupo que investiga la muerte de Hillerman llegó a conclusiones distintas a las presentadas por el Servicio de Investigaciones. Huellas de jeringas en las piernas y algunos otros detalles que invalidan la hipótesis del suicidio. A Hillerman lo mataron extranjeros vinculados al comercio de armas.

—¡Extranjeros! ¿Sin colaboración de chilenos?

—Eso está por verse. Alguien debió seguirle los pasos. Según la investigación de Carabineros, su estadía en Chile fue bastante agitada. Viajó a Iquique y Punta Arenas. Comió tres o cuatro veces con oficiales de la Fuerza Aérea, y estuvo en algunos clubes nocturnos. Mucho movimiento para alguien que desconoce la ciudad.

—¿Y a qué se debería el informe de Investigaciones?

—Quiero ser bien pensado y suponer que se trató de negligencia o ganas de salir rápido del entuerto. Por mi parte, he solicitado más de veinte diligencias a los tribunales y ninguna de ellas ha sido cursada.

—Todo eso tiene que ver con Hillerman. No con Tamayo.

—Es que la relación es tan evidente —dijo Ortega—. Su muerte aconteció dos días después que la de Hillerman. Y Tamayo, permíteme la expresión, era un maricón tranquilo. Tenía pareja estable, no apostaba a los caballos ni consumía drogas.

—Y vio a alguien el día de la muerte de Hillerman —dije, apachurrando mi cigarrillo en el cenicero de cobre que Ortega tenía encima del escritorio.

—A eso iba a llegar, Heredia —dijo el abogado, y enseguida, algo nervioso, agregó—. ¿Le queda un cigarrillo que me convide?

Le ofrecí la cajetilla y sacó uno. Le di fuego y se atoró con la primera bocanada.

—No tengo costumbre —se disculpó—. Solía fumar pero en casa me lo prohibieron. Igual que el alcohol y las frituras. Mi esposa cree que la felicidad del hombre está en parecerse a un ropero. Gordo y quieto, eternamente en el mismo lugar.

—Tamayo vio a alguien que conocía —agregué sin ganas de transformarme en consejero matrimonial.

—Perro Negro.

—¿Sólo eso? ¿Un apodo?

—Un mote como tantos otros.

—Que puede corresponder a alguien que trabajó donde estuvo detenido Pompeyo Tamayo.

—Correcto —repitió Ortega—. Lo que alcanzó a decir Tamayo apunta a eso.

Solicité a los tribunales que pidieran los antecedentes al Ministerio de Defensa, y respondieron que los contratos se hacían con nombres y apellidos.

—¿Qué esperaba?

—Sólo dejar constancia en el expediente.

—Muy útil —comenté.

—No sea irónico, Heredia. Hago lo que estimo adecuado considerando el asunto de que se trata y el escaso interés que temas como el de Tamayo tiene en los jueces. Por lo demás, el día que los militares colaboren en la investigación de algún crimen va a ser algo milagroso. Están convencidos de que sus actos fueron heroicos y honorables.

—Disculpe abogado, no quise...

—Soy de esos abogados que respetan las leyes y creen que los demás también lo hacen. De los que interpusimos recursos de amparo durante la dictadura y nos llenamos de casos de maltrato y atropellos a los derechos humanos. Y lo hice por formación, nada más. No soy ingenuo...

—Me gusta lo que dice.

—O tal vez sí soy ingenuo. Cuando miro esta oficina lo creo.

Encendí otro cigarrillo y mientras lo hacía observé de nuevo la foto con los tres niños retratados en ella.

—Como tres gotas de agua —comenté, sin importarme el lugar común, pero dispuesto a calmar los ánimos del abogado. Ortega sonrió orgulloso y por unos segundos observó la foto de sus hijos como si fuera la primera vez que la veía. Luego abrió la carpeta que antes había sacado del escritorio y buscó en su interior unas hojas amarillentas.

—En relación a los apodos hice otra investigación —dijo—. Conozco un colega obsesionado con las estadísticas y los datos. Trabajó en la Vicaría de la Solidaridad y durante años sacó de las denuncias todos los apodos involucrados en ellas. Hizo un catastro y lo ha ido completando con nombres reales.

—¿Y? —pregunté con un atisbo de esperanza.

—En los casos de atropellos cometidos en Villa Grimaldi, Perro Negro aparece mencionado en seis oportunidades. Desgraciadamente, en ninguna hay referencias al nombre.

—Al menos sabemos que Tamayo no imaginaba cosas.

—Ni él ni ninguno de los interesados en su muerte y la de Hillerman —dijo Ortega, en un tono que me hizo pensar que sabía más de lo que estaba diciendo.

—¿Quiere decir algo más?

Ortega aspiró el cigarrillo y dejó escapar una bocanada espesa que siguió con la mirada hasta verla diluida en el aire de la oficina. Noté que pensaba de prisa para tomar una decisión.

—Vino a verme una persona que trabaja en la Embajada de Estados Unidos. Me mostró sus credenciales. Dijo que él y otras personas estaban interesados en la muerte

de Hillerman, y que no creían la versión del suicidio. El periodista estaba al tanto de antecedentes sobre la fabricación de armas sin la autorización de Estados Unidos.

—¿Mencionó la palabra circonio? —pregunté recordando mi conversación con Blest.

—Correcto —dijo Ortega, usando por tercera vez la muletilla—. Una empresa norteamericana vendió esa sustancia a otra chilena. 130.000 toneladas. Suficiente para fabricar varios miles de bombas. El interés, o la misión de Hillerman, era averiguar quién estaba haciendo uso del circonio.

—¿Está seguro? Cualquiera que lea la prensa aprende algo sobre el circonio.

—La visita ofreció entregar otros datos. Quiere presentarlos en los tribunales sin identificarse.

Me puse de pie y di unos pasos rápidos alrededor del escritorio de Ortega. Pensé en Fernanda y en la conversación que no habíamos alcanzado a tener. Ella debió estar al tanto de la información que manejaba Hillerman. O tal vez trabajaba con él. Volví a sentarme frente a Ortega y lo observé con atención para descubrir detrás de sus anteojos gruesos la verdad que reflejaban sus ojos miopes. El abogado resistió la mirada y decidí confiar en él.

—Hillerman no era periodista.

—Un periodista busca información, Heredia.

—Un espía también.

—Ésa es una palabra fuerte y peligrosa.

—Hillerman era espía. De otro modo a usted no lo habrían visitado.

—¿Lo pregunta o lo afirma?

—Lo afirmo.

—Usted lo dice...

—¿Tiene miedo u oculta algo, Ortega?

—Para ser sincero, Heredia, las dos cosas.

—¿Qué oculta?

—Nada que le pueda servir para descubrir al asesino de su amiga. Datos que mi cliente me pidió mantener en reserva.

—¿Su cliente?

—Le he dicho más cosas de las que debía comentar con extraños. No me presione. Y en cuanto al miedo, es un costo que incluyo en la boleta de honorarios.

Tercera Parte

Capítulo 1

La respuesta a la última pregunta de Ortega requirió de varios cafés en el Do Brasil, compartidos entre miradas de reojo a las piernas de las muchachas que atendían, junto a los espejos y vapores que rodeaban el mesón de marmolina. Después del café, ofrecí una copa a Ortega y éste la rechazó con el pretexto de asistir a la reunión escolar de su hijo mayor. En su recuerdo y en la descripción del trabajo que realizaba, Ortega tenía la tranquila resignación de los que saben que han llegado al límite de sus posibilidades. Ajeno a inquietudes o sueños especiales, administraba su tiempo sin esperar sorpresivas vueltas en la vida. Había trabajado hasta fines del año 1973 en la fiscalía de la Caja de Previsión de los Empleados Particulares, y luego de ser exonerado a causa de su militancia radical, instaló su oficina, especializándose en la defensa de funcionarios que perdían sus trabajos en la persecución de partidarios de la Unidad Popular desatada por los militares.

Nos despedimos a la salida del Do Brasil, y lo vi alejarse, escurridizo, con su portadocumentos apretado bajo el brazo. Anochecía y una brisa hostigosa refrescaba el deambular de los primeros noctámbulos. Me encaminé a la búsqueda de mi amigo Stolichnaya. Lo encontré tras la barra del bar City, aprisionado entre dos obesos galones de Ballantines. Mezclé su cuerpo transparente con dos cubos de hielo y brindé a la salud de la nada, hasta que la copa se cubrió de soledad y fue necesario darle otra compañía. El final de un día de trabajo requería silencio. Pensé en *Simenon* y *Griseta*; y también en que al día siguiente necesitaba acercarme a la librería de la calle San Diego donde solía comprar mis lecturas desde la época en que era estudiante universitario y el negocio era atendido por su dueño, Cabero, un anciano de nariz aguzada y ojos vivaces, acostumbrado a vigilar a sus clientes en la semipenumbra del local atestado de publicaciones antiguas. El viejo había muerto, pero el boliche seguía en pie, siempre surtido con títulos de la «Colección Linterna» de Zig Zag, ilustrados por Coré, Caro Giménez o Pepo. Andaba a la caza de una novela de Patricia Highsmith que mencionaban en las solapas de sus libros. Me gustaban los textos de esa vieja dura y desgarrada; sus personajes endemoniados y la fuerza de historias que nada tenían que ver con los gimoteos de una escritora de moda, a la que había oído quejarse en un foro por las interrupciones del jardinero y la

cocinera.

Los clientes del bar eran en su mayoría comerciantes, vendedores de seguros, empleados de casas de cambios y periodistas que se reunían cada noche a comentar las noticias que ocuparían las planas de sus diarios al día siguiente. A veces también llegaban los escritores Mauro Yberra y Bartolomé Leal. Bebían dos o tres copas, hablaban de novelas policíacas, y al igual que la Cenicienta, se marchaban antes que el carillón de la catedral indicara la medianoche. Los parroquianos solían llegar ceñudos y sudorosos; y a medida que introducían alcohol en sus venas, comenzaban a hablar en voz alta y a sonreír. Conocían a cada mozo por sus nombres, y bastaba una seña para que les sirvieran los tragos que apetecían. Frecuentaba el City después de buscar por el centro de Santiago un lugar tranquilo, con mesas de madera, ceniceros amplios y asientos en los cuales arrellanarse sin temor a caer por los suelos. Un bar en el que se pueda confiar en la calidad del alcohol que sirven, sin demasiado acrílico ni mozos ansiosos por vender de prisa sus masas untadas con mayonesa y salsas de pepinillos.

Después de una hora en el bar pensé que necesitaba de alguna ayuda para volver a casa y soportar las preguntas de *Simenon*. Llamé de nuevo a Stolichnaya y él se arrió junto a mí, callado y comprensivo como siempre. Desde mi rincón observé a los bebedores mientras Stolichnaya hacía guiños desde las copas que se iban sucediendo con más velocidad de la aconsejable.

Salí del bar pasada la medianoche. Recorrí la plaza de Armas y la visión de varios muchachos de aspecto patibulario, me hizo apurar el tranco con el temor de un anciano que ha leído demasiadas noticias sobre asaltos callejeros. Llegué a mi departamento, ebrio y tembloroso. Un aroma extraño y cálido me abrazó al entrar. Lo asocié a nombres que leía en los supermercados. Eneldo, comino, curry, romero. En la mesa ubicada frente al escritorio, Griseta dormía con la cabeza apoyada sobre sus brazos; y a su lado dos platos vacíos daban cuenta de una cena frustrada.

Griseta despertó y tardó algunos segundos en reconocer el lugar. Luego, al igual que una niña que despierta de su siesta, se restregó los ojos y me observó como si en ese instante hubiera descubierto la verdad de alguien que la atraía y atemorizaba a la vez. Se puso de pie y llegó a mi lado con la intención de abrazarme. Sentí el contacto de sus mejillas y busqué sus labios con un beso.

—Hueles mal —dijo, apartándose.

—Es el aliento del señor Stolichnaya —dije con voz resquebrajada—. Un vodka decente.

—Estás borracho —agregó ella y reconocí en sus ojos el horror de quien ve el lado oscuro de la luna por primera vez—. Y yo, esperándote como...

—Un ángel —interrumpí.

—Como una estúpida.

Quise agregar algo amable. Una de esas excusas de marido que sabe tocar la pieza clave para atenuar la ira de su esposa; pero nunca había estado casado con nadie y en

materia de tragos no concebía explicaciones. Lo necesitaba, simplemente. Y sin límites.

—No todo se da a nuestro gusto, niña —dije recalcando la última palabra—. Detesto que controlen la calidad o cantidad de lo que bebo; y no quiero que te comportes como una esposa.

—¡Cabrón! —exclamó Griseta, y se quedó viendo la mesa ordenada con platos, cubiertos y servilletas.

Sentí crecer una ola en mi interior y mientras la maldita habitación giraba, incontrolable, luché contra la tentación de actuar como un borracho callejero.

—Soy como soy y lo que soy —dije sin importarme la complejidad de trabalenguas que el alcohol daba a mis palabras—. Y no digas que no te lo advertí. Lo nuestro es algo que no puede durar. Te doblo en edad y en vicios.

Ella agachó la cabeza y se quedó observando el suelo, como si en ese instante pasara sobre él un desfile de cucarachas. Jugó nerviosamente con sus manos y temí que sobreviniera un berrinche de colegiala sin permiso para asistir a una fiesta.

—¿Líos con la muchachita? —escuché preguntar a *Simenon* desde un rincón de la pieza.

—Los mirones son de palo —le grité, al tiempo que procuraba asestarle un puntapié en su cola blanca y espumosa.

—Sólo quiero estar contigo —comenzó a decir Griseta.

—¿Para qué? —pregunté, seco y distante, como una mala copia de Robert Mitchum—. ¿Para jugar a la esposa amable?

—Torpe, no entiendes nada de sentimientos.

—¿Quién carajo crees que soy? —volví a preguntar, derrumbándome sobre la primera silla que encontré a mi alcance.

Ella no respondió. La vi esconder su rostro entre las manos. Luego la noche se dejó caer, y todo a mi alrededor fue silencio hasta el amanecer, cuando desperté alertado por la bocina de un vehículo. *Simenon* se había encaramado sobre la mesa y me observaba con expresión de reproche. Lo llamé y dio un salto para acomodarse encima de mis rodillas. Acaricié su lomo y nos miramos sin rencor.

—No tenía intención de hacerte daño.

—Eres un poco bruto y deslenguado.

—¡Los malos consejos de Stolichnaya!

—De Stolichnaya y Walker y Daniels y unos cuantos señores más. El problema son tus amigos.

—¿Mis amigos?

—Son muchos.

—¿Muchos? —pregunté mirando de reojo la habitación—. ¿Ves a mucha gente rondar por aquí?

—Sabes a lo que me refiero.

—¿Te ha dado por escuchar las prédicas de los canutos que se instalan en la

esquina?

—Dicen cosas bonitas. Deberías escucharlos.

—¡Diablos! He agregado a tu leche más ron del que necesitas.

—Bromeo, Heredia. Los canutos me pisan la cola; y en cuanto al alcohol, no olvides lo que nos decía Chandler: «El alcohol es como el amor. El primer beso es magia; el segundo, intimidad; el tercero rutina. Después de eso lo que hacemos es desvestir a la muchacha».

—¿Y Griseta? —pregunté, cansado de recordar citas.

—Se fue.

Me levanté y recorrí el departamento. El único rastro de ella era un papel que había dejado en el velador. Su contenido terminó por despertarme. «Te saqué dinero de la chaqueta. Lo devolveré cuando sea grande».

—Estás viejo para ese tipo de problemas —dijo *Simenon* a mis espaldas.

—¿A dónde fue?

Simenon pasó por entre mis piernas y me hizo seguirlo hasta la puerta. La abrí y él se adelantó hasta llegar al departamento de Stevens.

—Bien, al menos no llegó muy lejos.

Empujé la puerta entreabierta del departamento y entré. Stevens dormitaba junto a la ventana y en su rostro había una expresión tranquila.

—Dos horas antes de lo que predije —susurró luego de escuchar mis pasos—. Quiere decir que te preocupa.

—¿Griseta?

—Linda muchacha, Heredia. Debieras tratarla mejor.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Escuché que cerraban violentamente la puerta de tu departamento y me asomé al pasillo. Estaba llorando y le hablé para que abandonara su proyecto de fuga.

—¿Dónde está?

—Duerme. Le expliqué algunas cosas acerca de mi vecino y ella también dijo lo suyo. Por algún motivo que me resisto a comprender, esa muchacha te quiere.

—Apenas hemos estado juntos unas semanas.

—Busca a alguien a quien aferrarse y para ella, pareces el más indicado. Llámalo miedo si quieres; a fin de cuentas, el miedo también conduce al amor. Miedo a la soledad o a enfrentarse a lo desconocido.

Hice un gesto de duda y me senté a su lado.

—¿Porqué no me crees, Heredia?

—¿He dicho algo?

—Has movido la cabeza.

—Se supone que eres ciego.

—Lo soy, nunca lo olvides —dijo Stevens, y enseguida preguntó—: ¿Quieres algo de beber?

—No. Ayer tuve una dura jornada.

—¿Nunca más?

—Nunca es demasiado tiempo.

—Respira y relájate. No tienes de qué preocuparte, ella no se irá.

—¿Qué puedo hacer, Stevens?

—Deja vivir los sentimientos. Los tuyos, los de ella. Así, si todo termina, por lo menos tendrás el consuelo de haberte dado la oportunidad. Piénsalo. Después, espera a que despierte, invítala a comer algo y dile que lo sientes.

—¿Basta con eso?

—Después de una pelea dale la razón a una mujer. Te mirará sería un segundo y enseguida volverá a sentir calorcito entre las piernas. Son cosas que deberías saber, Heredia.

—Hay muchas cosas que debería saber.

—No se puede jugar con muchachitas desamparadas. O las quieres o las dejas antes de lastimarlas. ¿Entiendes? ¿O eres como el depravado de Anselmo, nuestro amigo suplementero, que no le pregunta la edad a las mujeres, sólo su peso?

¿Significaba algo Griseta? ¿Bastaba haber sentido su piel? Amar es siempre un misterio, pensé. No importa las veces ni los desencuentros. De pronto sucedía. Lo demás era explicar lo inexplicable. Nadie entiende el rayo que una tarde de lluvia te parte en dos. No era la frase exacta, pero se acercaba a la que había leído en una novela de Julio Cortázar. Su magia estaba en eso. En lo imprevisto, lúdico, profundo y definitivo que siempre parecía ser. Recordé una carta de Fernanda pocas semanas después de su partida. «Los días se van uno tras otro. Las mañanas se presentan diferentes. Unas llenas de ti y otras, quietas y cotidianas. Lo cierto es que te he amado profundamente y soy fiel a ese amor renacido tantas veces. Ahora lo nuestro es un amor de recuerdos y ausencias. Te he amado inexplicablemente y por todas las razones. Los tiempos por venir, lo que me queda por vivir te involucra para siempre con mi alma y mis días». ¿Era eso? ¿Quería recibir otra carta similar para recordarla en el punto más hondo de la tristeza? Palabras para memorizar. Huellas, deseos imprevistos, ganas de reencontrarse. ¿Y si Griseta era otra oportunidad? El rayo aquel.

—¿En qué piensas? —preguntó Stevens.

—En nada —dije—. Necesito un cigarrillo.

—Hasta un ciego como yo se da de cuenta de que mientes.

—Sé que no quiero lastimarla —dije, al tiempo que buscaba el primer cigarrillo del día.

Capítulo 2

—**B**lest te envía saludos. Te recuerda y espera verte en un futuro próximo —dije de pronto. Habíamos conversado de Griseta y de mujeres hasta que la luz del sol se hizo más intensa y se posó, rotunda sobre los muebles dispuestos en la habitación.

—¿En el infierno? —se preguntó a sí mismo Stevens mientras servía en dos tazones el café que acababa de preparar.

—Blest podría estar hablando de armas eternamente —agregué después de apreciar el aroma del café y beber un sorbo que me ayudó a despejar las últimas brumas somnolientas.

—Su vida son las armas. Primero fue una afición y su trabajo. Y después su protección frente a lo que ocurría a su alrededor.

—¿Qué clase de protección?

—De la que se requiere en la cárcel para no morir de una estocada o terminar de mocito. Para un tipo inteligente la prisión es doblemente rigurosa. Blest lo entendió desde el comienzo y le costó una muerte.

—¿Qué historia es ésa? —pregunté, al tiempo que apilaba sobre la mesa los platos y la taza que Stevens había ocupado en su desayuno y que acentuaban el desorden existente en la habitación.

—En los penales se forman grupos, y éstos controlan las galerías y a los reclusos que viven en ellas. Son organizaciones cerradas, con códigos y jerarquías que sobrepasan los controles de los gendarmes. Cuando Blest estuvo en el penal llegó a ser el jefe de una galería ocupada por homicidas y narcotraficantes. Impuso respeto. Negocios, fugas, venganzas. Nada se hacía sin su consentimiento, y hasta los guardias recurrían a sus favores. Antes de que ingresara al penal, la galería era dirigida por Peteck, un sacerdote que había dado muerte a tres de sus feligreses en Puerto Natales. Su defensa argumentó locura temporal y en consideración a su investidura lo trataron con benevolencia. Se suponía que con un tratamiento adecuado podría recuperarse. Pero el cura estaba mal de raíz. Lo condenaron a diez años de cárcel, y mientras cumplía su pena, asesinó a su compañero de celda. Después del segundo crimen fue trasladado a Santiago y cuando Blest llegó al penal, el cura ya sumaba cinco muertes, mantenía bajo control la galería y a ninguno de los presos se le ocurría entrar en su celda. Blest estudió la situación y decidido a hacerse valer entre los reclusos, hizo los arreglos necesarios para dormir una noche en la celda de Peteck. Le advirtieron que era la mejor manera de acortar su condena, pero no cambió de opinión. A la mañana siguiente encontraron al cura muerto, y desde ese momento Blest impuso sus condiciones.

—Tres mujeres y un cura —comenté.

—Es probable que eso no sea lo único —agregó Stevens.

—Y tú me enviaste a conversar con él.

—Todos llevamos encima algunos detalles oscuros. Sombras que simulamos cada mañana para que la gente no nos descubra. Máscaras. Dobles vidas.

—Existen detalles y detalles. Me cuesta entender tu relación con Blest.

—Lo conocí en el club de ajedrez poco después que se fugó del penal. Los tiras todavía no lo ubicaban. Yo también era fugitivo y ninguno de los dos hizo muchas preguntas. Era amable conmigo, y cuando supe su historia, ya le tenía afecto. Luego se recluyó en la cité, y en una oportunidad, encontrándome cercado y solo, recurrí a él. Me protegió sin hacer preguntas.

—Aun así...

—No es el único criminal que anda suelto. Reconoce que sirvió hablar con él. Ahora ya conoces el terreno que pisas. Seguro que ignorabas que las armas fueran algo tan interesante. Después del narcotráfico, son el mejor negocio en el que se puede invertir. El valor de un avión de combate equivale a un hospital o varios miles de vacunas, pero los tiempos actuales son para hacer negocios y no caridad pública. Los trabucazos no acabaron con el fin de la Guerra Fría. Por aquí y por allá, siempre habrá alguien dispuesto a pagar un buen precio.

—La vinculación de Fernanda con Hillerman me parece más clara. Pero necesito datos, relacionar lo que ella escribía con los posibles perjudicados. Hasta ahora sólo cuento con información de prensa. Detalles que cualquier lector atento maneja. Bombas químicas, fabricación de armas. Todo muy general, salvo la información del abogado que interpuso una demanda por la muerte de Tamayo, el cocinero del Comet. Hablé con él y me contó dos o tres cosas útiles para hilar fino. Al parecer, el cocinero reconoció a uno de los asesinos de Hillerman.

—¿Uno de los asesinos?

—Alguien a quien Tamayo conoció cuando estuvo detenido en Villa Grimaldi.

—¿Militar?

—Supongo que sí. Hasta ahora sólo conozco su apodo.

—Los que se dedicaron a la represión durante la dictadura siguen organizados. Se protegen entre sí y son capaces de cualquier cosa por mantener el anonimato y la impunidad. No quiero ir a tus funerales, Heredia.

—Descuida. Nada me quitará el privilegio de hablar en tu entierro. Un discurso largo y tedioso para que los que te acompañen lamenten de verdad tu muerte.

—El lío es demasiado gordo como para enfrentarlo solo.

—¿Tu discurso o la investigación?

—Sabes bien a qué me refiero.

—Dagoberto Solís me ayuda.

—¿Solís? Es un tira.

—Le debo algunos favores.

—Desconfía de los tiras, Heredia. Es un buen consejo, te lo aseguro.

—¿Qué tratas de decir?

—No sería extraño encontrar tiras metidos en líos de armas.

- Solís siempre ha estado a mi lado, aun en épocas duras.
- Todos tenemos precio, Heredia.
- Sin dios, ni ley, ni utopías, confiemos al menos en los amigos.

Capítulo 3

Griseta seguía durmiendo cuando abandoné el departamento de Stevens. Llamé a Dagoberto Solís desde la oficina y me informaron que aún no llegaba a su trabajo. Faltaba poco para las diez, y aún a riesgo de hacer el viaje en vano, conduje en dirección al barrio Franklin. Estacioné frente a la plaza Hermanos Matte y observé a las amas de casa que cargaban sus bolsas con las compras del día. La plaza lucía descuidada, y en uno de sus costados había dos barcos maniceros y media docena de vendedores ambulantes que aguardaban a que los buses se detuvieran para subir a vocear sus mercaderías.

Solís estaba desayunando cuando llegué a su departamento. Abrió la puerta al tercer llamado. Vestía calzoncillos listados y una camisa floreada, sin abotonar. Su barriga, desmesurada y fofa, aparecía a punto de tocar el suelo, su rostro conservaba las huellas de una noche al borde de la botella. Me dejó entrar sin mucho entusiasmo. El departamento olía a fritura y sobre la mesa del recibidor reconocí dos botellas de pisco vacías, tres cajetillas de Marlboro y un ejemplar de *La Cuarta* mal doblado. El aspecto del lugar reflejaba el ánimo de Solís. Las pelusas se acumulaban en los rincones y encima de la mesa había restos de comidas y platos sucios.

—Acabo de preparar café —dijo apoyándose en el marco de la puerta que comunicaba el recibidor con otra de las habitaciones—. Puedo ofrecerte una taza, o un trago, si quieres besar la botella desde temprano.

—Café —respondí y lo vi desaparecer.

Tomé las cajetillas de Marlboro. Dos estaban vacías, y en la tercera encontré varios gramos de polvillo blanco. Solís regresó y advirtió que mi curiosidad cosechaba sus frutos. Dejó un tazón de café a mi alcance y se apuró en recoger la cajetilla con la cocaína.

—De buena ley —comenté.

—Sobras de un decomiso —dijo terminando de abotonarse su camisa.

—Nadie que no se ayude con varias hileras de coca es capaz de voltear dos botellas de pisco.

—Por qué tienes que ser tan metiche.

—¿Desde cuándo?

—¿No ves cómo está todo? —preguntó abriendo sus brazos para indicar la habitación—. No sé manejar solo y mi mujer lo único que hace es pedir más dinero. Hasta contrató abogados para meterme juicio por alimentos.

—¿Y el polvillo lo soluciona?

—Al carajo con tu moralina. He jalado desde que estoy en el servicio. Nervios, cansancio, miedo. Los motivos sobran. Estoy en el límite, Heredia. Aquí y en el trabajo —dijo y me quedó viendo con una expresión distante, con sus pensamientos lejos de la habitación y mis palabras.

—Siéntate —le ordené—. Vamos a conversar de un par de cosas que te harán olvidar los lamentos.

Dagoberto hizo un gesto de fastidio y cerró los ojos buscando el descanso que sólo había en su imaginación. Pensé en las palabras más adecuadas y todas las que vinieron a mi mente me parecieron inútiles. Gordo, barbón y con la resaca viva, parecía la imagen completa del abandono. Y aún así, no podía olvidar que era el mismo Dagoberto Solís que me había sacado de apuros más veces de las que era capaz de retener en la memoria. No era momento para sermones. Sólo para llenar su cabeza de ideas que lo hicieran pensar en otras cosas.

—Estoy complicado con la muerte de Fernanda —dije—. Vine a saber si tienes alguna novedad.

—Iba a llamarte esta tarde o mañana —contestó haciendo un esfuerzo por concentrarse en lo que deseaba decir—. Tengo los resultados del análisis de la sangre encontrada en las uñas de Fernanda. Efectivamente, no corresponde a su grupo sanguíneo. El tecnólogo lo comparó con los datos de algunos delincuentes habituales y resultó negativo.

—Tal vez habría que hacer el pareo con tus colegas.

—¿Crees que por encontrar unos gramos de coca tienes derecho a basurear? —preguntó Solís ofuscado—. En el servicio hay algunos tíos malos, pero la mayoría es gente honesta que hace su trabajo y arriesga cada día su pellejo.

La sangre se agitaba dentro de sus venas y eso era bueno. Sonreí para tranquilizarlo.

—Oí rumores. Al parecer Carabineros tiene una versión sobre la muerte de Hillerman que no cuadra con la de la gente.

—¡Rumores!

—Cuando el río suena. Tú sabes, toda esa lesera de los dichos.

—Pueden ser distintos métodos de investigación —dijo Solís.

Bebió un buen sorbo de café y me miró directo a los ojos.

—O que alguien esté interesado en ocultar la verdad —agregué.

—¿Con qué motivo?

—Dinero, influencias, culpabilidad. ¿Quién quedó a cargo de la investigación?

—Tonioni. Doroteo Tonioni, *el Mulo*.

—¿No lo habían dado de baja por torturar a unos muchachos a los que sorprendió rayando consignas para la campaña del No?

—La causa judicial fue sobreseída. Luego vino el cambio de gobierno y quedó en la lista de los intocables.

—Doroteo Tonioni —murmuré.

—¿En qué piensas?

—Deletreo su nombre... Doroteo Tonioni. Alguna vez estuvo bajo tu mando.

—Cuando recién llegó al Servicio. Después, no le hizo asco a la mierda y le crecieron alas. Es el tipo ideal para enterrar el caso Hillerman. Pero no nos preocupemos de él antes de tiempo —comentó Solís, y enseguida agregó—: Tengo la lista de los alojados que salieron del hotel Comet después de la muerte de Hillerman.

Se acercó a la mesa donde había un abultado portadocumentos. Sacó algo de su interior y regresó a mi lado con una hoja en la que estaban escritos doce nombres.

—Árabes, chinos, coreanos, israelitas y un solo nombre cristiano, Florencio Ángel —dije después de leer la lista de los pasajeros.

—Los árabes eran comerciantes, al igual que los chinos y los coreanos. Los israelitas, una pareja de turistas. Ángel es un cubano. En su pasaporte declara ser periodista y en una oportunidad se le detuvo en la aduana por porte ilegal de armas. Traía una Magnum capaz de voltear toros. Reside en Miami y puede estar vinculado. Mal que mal, en Miami siempre están pensando en armas para invadir a Fidel Castro.

—Eso era en los años sesenta. Ahora, Castro tiene más problemas que entonces. Y a los cubanos de Miami les sobra tiempo para pensar en drogas, balnearios y cadenas de televisión.

—Lo investigué. Trabaja en una agencia de turismo que se dice sirve de pantalla para el lavado de dólares.

—Si algo tiene que ver con las muertes del Comet ya debe estar en Miami.

—De todos modos retendría su nombre en la memoria.

—El nombre de Tonioni me quedó dando vueltas. Hazte vampiro, chúpale unas gotas de sangre y compáralas con la encontrada en las uñas de Fernanda.

Solís sonrió de buena gana y el brillo de sus ojos me hizo pensar que sobreviviría a la farra de la noche anterior.

—Veré qué hago con Tonioni y con ese chisme del informe de Carabineros.

Me puse de pie y caminé hasta la salida. Dagoberto me imitó, y cuando estuvo a mi lado nos abrazamos.

—Aféitate, ponte una camisa limpia y bota esa mierda de polvo al váter —le dije antes de abrir la puerta.

—¿En ese mismo orden? —preguntó, irónico.

Salí al pasillo y luego de unos pasos me detuve y volví a dirigirme a Solís.

—Me queda algo en el tintero. Villa Grimaldi. Recuerdas el nombre de alguien que haya estado ahí. De confianza, se entiende.

—Jerónimo Larios —dijo después de pensarlo—. Fuimos compañeros en el Liceo

de Aplicación. Leí algo sobre él en la revista que editaba la Vicaría de la Solidaridad.

—¿De la qué...?

—No embromes, Heredia. Jerónimo Larios. Ése es un buen nombre.

—¿El poeta? ¿Un petiso calvo que estuvo exiliado en Bélgica?

—Regresó a Chile en el año 1986.

—El decisivo —dije, al tiempo que dejaba a medio camino una sonrisa—. Si es él, lo conozco. Solía llegar al bar que frecuentaba en la calle Catedral. Nos reuníamos diez o doce personas. Queríamos conversar de hípica y fútbol, y él insistía en hablar de literatura. Era algo duro de mollera. Le decíamos Amado Nervo, por lo latero.

—Debe ser el mismo. Creo haber leído sus crónicas en *La Nación*.

—O en *El Grito de Guerra*, el diario del Ejército de Salvación.

—No embromes, Heredia. ¿Por qué te interesa Villa Grimaldi?

—Nostalgia. La pura y puta nostalgia. Entonces el enemigo estaba más claro. Hoy en día, el consenso me confunde.

—Tú no cambias, detectivillo de a chaucha.

—¿Por qué habría de hacerlo? Nada ha cambiado tanto, como para que uno lo haga. Salvo que te interesen los negocios o ser estrella de la televisión.

—Como de costumbre, me vas a dejar en la duda —alcancé a oír que decía Dagoberto Solís cuando ya pisaba la escalera que conducía a la calle.

Sonreí para mis adentros y deduje que Solís también lo haría en su camino a la ducha. Caminé de prisa hasta el Lada y mientras lo ponía en marcha pensé en el modo de ubicar a Larios.

Ya no trabajaba en ningún diario. Durante seis meses lo hizo en *La Nación* y luego consiguió empleo de relacionador público en una exportadora de frutas. Me llevó poco tiempo averiguarlo. Bastó visitar *La Nación* y hablar con el encargado del personal, un regordete parlanchín que no escatimó palabras para contarme detalles del desempeño de Larios e informarme el nombre de su nuevo trabajo. Al parecer Larios no tenía mucho talento o su pereza, destacada cuatro o cinco veces por el informante, le había impedido efectuar el trabajo que se esperaba. No lo buscaba para entregarle el premio nacional de periodismo, así que apuré la despedida y salí del diario maldiciendo el calor que adormecía la calle Agustinas.

La oficina de Larios quedaba cerca de la avenida Manuel Montt. Llamé a su despacho tres veces y en cada una de ellas su secretaria me informó que se encontraba en reuniones de las cuales ella conocía la hora de inicio pero no la de término. Decidí esperar a que saliera y entré a una fuente de soda desde donde podía vigilar el movimiento que se producía en la oficina.

Salió a las siete. Una luz rojiza se reflejaba sobre mi tercer vaso de cerveza cuando lo reconocí. Pagué la cuenta de prisa y lo alcancé antes que descendiera por la escalera del metro. Se sorprendió y sin reconocerme quiso seguir su camino.

—Jerónimo Larios —dije, sujetándolo de un brazo.

Me observó con desconfianza y apartó mi mano que lo apretaba con la suficiente

energía como para darle a entender que lo retendría todo el tiempo que estimara necesario.

Seguía siendo el mismo petaco de antaño, pero su vestimenta había cambiado radicalmente. Lo recordaba de terno oscuro y al momento del reencuentro vestía traje de lino color guinda, camisa listada y una corbata ancha, italiana. Quería ser un petimetre posmoderno y su porte sólo le permitía parecer la réplica minúscula del Tony Caluga.

—Me confunde —dijo, molesto.

—Bar Congreso. Años 1974 y siguientes.

—No entiendo —agregó Larios, pero ya mis datos habían impactado en su memoria.

—El profe Fuentes, Castaño, Mardoqueo Vilches, Apablaza. Algunos nombres de esa época. ¿Los recuerda?

—Usted era...

—Heredia.

—El estudiante de leyes —dijo Larios y luego de evaluar mi aspecto, agregó—: ¿Terminó sus estudios?

—El tema no viene al caso.

—Ni yo tengo mucho tiempo —dijo mirando su reloj—. Si necesita algo puede ubicarme mañana en mi oficina.

—Antes no tenías tanta prisa, amigo —dije, irónico—. No busco plata ni favores. Sólo cinco minutos de charla y memoria.

—Mañana.

—Mañana está demasiado lejos —agregué, al tiempo que volvía a tomarlo de un brazo—. No quisiera ponerme pesado.

Larios me siguió hasta la misma fuente de soda en donde lo había esperado. Pedí cerveza y él un capuchino. Después de quince minutos de charla comprendió que no lo buscaba para cobrar cuentas añejas y su actitud volvió a ser la de años atrás. Le perdoné su arrogancia y pensé que sólo trataba de ganar espacio en un medio que no era el suyo.

—Ha pasado mucha agua bajo el puente desde entonces —dijo, empleando esas frases hechas que le eran tan habituales—. La vida cambia y uno lo hace con ella. Tuve fortuna. Encontré otras relaciones y creo que al fin he logrado el sitio que me corresponde.

Hablaba con letra de mal bolero, pero no se lo dije. Parte de mi oficio consistía en escuchar a personas como Larios, asentir con la cabeza a sus necedades y esperar el instante preciso para sacar de ellos lo que necesitaba.

—En aquel bar de Catedral se enterraban los fracasados —continuó.

—Entonces parecía disfrutar del lugar.

Mi comentario lo incomodó y la siguiente pregunta lo hizo levantar del asiento, como si le hubiese punzado los testículos con agujas candentes.

—¿Sigues pensando igual? Sus ideas eran bastante radicales.

—¿Yo? —preguntó Larios, antes de sonreír y beber nerviosamente el café—. Travesuras del pasado. Como suelen decir...

—Pecados de juventud —interrumpí.

—Los tiempos están para otras ideas. El que no se adapta se queda atrás. Hoy conocemos los errores históricos, los muros burocráticos, el engaño...

—Una travesura costosa. Años en Bélgica y un regreso poco feliz.

—Lo he olvidado, Heredia.

—Le creo —dije y no captó la ironía de mi voz.

—¿A quién le sirve? En una época tuve un compañero de barrio con el que analizábamos citas de Mao y Lenin.

No las entendíamos pero podíamos recitarlas de memoria.

—Quizás ahí estuvo el error. Sólo recitaban.

—Gracioso —dijo, y se quedó a la espera de una sonrisa mía que nunca llegó.

Deduje que en los últimos años se había especializado en decir cosas simpáticas a todo el mundo, y cuando se equivocaba no sabía cómo reaccionar.

—Calma. No va a reprobar ningún examen conmigo. A cada rato tropiezo con tipos como usted. Vienen de vuelta de algo que nunca supieron qué era. Predicaron ideas porque estaban de moda, o sólo escucharon el repique de unas campanas y nunca se preguntaron por quién sonaban.

—Lo recordaba más simpático —agregó recuperando brevemente la actitud altiva del inicio.

—La memoria engaña y desfigura. Es como los impostores.

—¿Me está acusando de algo?

—¿Vale la pena? Cada cual tiene momentos en los que se mira a fondo —respondí y dudé que Larios entendiera el significado de esas palabras.

—¿Y bien? —preguntó—. Esta conversación, ¿a qué nos conduce?

—Al tiempo que usted quiere olvidar.

—¿Averiguó en qué empresa trabajo y quiere chantajearme?

—Sus jefes deben saber todo de usted. Hoy en día los ex algo a nadie inquietan. Me interesa que recuerde Villa Grimaldi.

La mirada de Larios se congeló en una expresión cercana al miedo, y demoró varios minutos en recuperar el ánimo.

—¿Tanto lo afecta?

—No tiene idea de lo que eso significó.

—Nunca estuve ahí, pero lo puedo imaginar.

Larios tomó la taza de café y comprobó que estaba vacía. Hice un gesto a la muchacha que atendía las mesas y le indiqué que nos repitiera el pedido. Encendí un cigarrillo y dejé a Larios vagar por sus recuerdos.

—No lo olvido —dijo finalmente.

—Perro Negro. ¿Le dice algo ese apodo?

—Era uno...

—De los torturadores —dije al percibir su vacilación. No tema decir las palabras que corresponden.

—El peor de todos —concluyó Larios.

—¿Recuerda su nombre?

—No, yo...

—En el bar usted se ufanaba de tener buena memoria.

—Baeza. Teniente Rogelio Baeza, el *Perro Negro*. Oí ese nombre una noche que me sacaron de la celda. Al parecer lo llamaban por teléfono y algún novato, creyendo que no había detenidos en la sala, no se preocupó de ocultarlo. Cuando viví en Bélgica entregué ese dato en la oficina de las Naciones Unidas.

—¿Ninguna duda?

—Nadie que haya estado ahí olvidaría a Perro Negro.

—¿Alguna vez se preocupó de averiguar su paradero? Me refiero a los últimos años.

—Nunca. —Probablemente sea coronel, agregado militar o custodio de los ángeles de la guardia. ¿Quién sabe?

—Buena pregunta, Larios —dije y bebí lo que restaba de mi cerveza—. Ahora puede arreglar su corbata e irse. No sea cosa que me aburra, Amado Nervo.

Larios rió al escuchar su apodo. Se puso de pie y avanzó hasta la salida de la fuente de soda.

—Recuerde lo que le dije de las campanas —grité antes que saliera del lugar, pero no me escuchó o no quiso hacerlo. Maldije mi mala memoria para recordar citas, y recobré a medias la que Hemingway refería al inicio de una de sus novelas: «Nunca preguntes por quién doblan las campanas, doblan por ti». Pavese, Trakl, Rilke —murmuré, y al final recordé que la cita correspondía a John Donne. Tenía que volver a leer al viejo Hem. Lo tenía tan abandonado como a *Simenon* y *Griseta*. Pensé en otra cerveza, pero el fantasma de la noche anterior me rodeó como una alimaña.

Capítulo 4

No iba desnudo por la calle ni me había teñido de verde el cabello, pero era igual. Mientras me acercaba al departamento, dos vecinas que hablaban a la entrada de la carnicería del barrio observaron burlonas el ramo de violetas que traía apretado contra el pecho, como si hubiera sido una delicada y resbaladiza pieza de

crystal. Las había comprado en el Portal Fernández Concha a una muchacha que ofrecía sus flores junto a un puesto de empanadas y pasteles de dudoso origen.

Al llegar al quiosco de Anselmo di un rodeo para evitar la ventanilla desde la cual éste analizaba el mundo, acompañado de las publicaciones del día, suplementos deportivos y revistas con fotos de mujeres desnudas que sólo comercializaba después de hojear con obsesiva atención. Un ramo de flores era lo ideal para activar sus bromas, y me habría obligado a dar más explicaciones de las que deseaba acerca de Griseta y mi intento de reconciliación. Anselmo, a simple vista entretenido, conversaba con una gorda que hacía la calle todas las noches para atrapar entre sus brazos a los tipos tambaleantes que salían de los bares.

Subí de dos en dos los escalones que conducían al departamento. *Simenon*, recostado frente a mi escritorio, rasgaba pacientemente el volumen con los cuentos de Jack London que yo había leído semanas atrás, mientras esperaba la llegada de un cliente interesado en conocer los negocios de su hermana, responsable de administrar cierta herencia que se negaba a compartir. Un asunto fácil y mezquino que no me había demandado más esfuerzo que conversar con las vecinas de la mujer y conocer el movimiento de su cuenta corriente durante los últimos seis meses. Había sido la rutina de esos trabajos que detestaba, pero que habitualmente me servían para lo que Anselmo llamaba «la infatigable misión de parar la olla y contribuir a la permanencia de la especie humana». Simplemente, escribí el informe en la vieja máquina Royal que usaba desde la época en que estudiaba en la universidad y cobré luego los honorarios en la oficina del cliente, a una secretaria de trato tan dulce como un golpe de laque en las costillas.

Alertado por el ruido de la ducha me encaminé al cuarto de baño, donde aspiré un suave aroma a lavanda y reconocí el cuerpo desnudo de Griseta bajo la ducha. Pensaba en el destino más adecuado para el ramo de violetas cuando la cortina se abrió violentamente. El agua caía sobre los hombros de Griseta, escurriéndose entre sus pechos, hasta las caderas que relampagueaban al paso del líquido. Le mostré las flores y ella me atrajo de la corbata hasta hacerme sentir sus labios bajo el agua. Me ayudó a desnudar y cuando estuvimos dentro de la tina, se abrazó a mi cuello hasta que nuestros labios volvieron a juntarse. Después, cuando la tibieza del agua se esfumó, buscamos refugio entre las sábanas de la cama que permanecía en desorden desde la noche anterior.

—¿Aún quieres que me vaya? —preguntó, antes que nos dejáramos caer de nuevo al abismo.

—Sólo a poner las violetas en agua. Mal que mal, son las primeras flores que compro en mi vida.

La mañana, calurosa y con la modorra de un fin de semana, nos sorprendió mirándonos. Había dormido abrazado a sus caderas y su aroma estaba en mí, asociado al recuerdo de las noches en que soñé adormecerme junto a la piel de alguien como ella. Joven, suave y casi transparente.

—¿Vas a decir lo mucho que me amas? —preguntó.

—¿No lo dije anoche?

—No con palabras que más tarde te pueda recordar.

—¿Es necesario?

—Hay que expresar los sentimientos, Heredia. No puedes fiarte eternamente en la intuición de los demás o creer que las palabras sobran. Ellas son el origen. Nada existe si no se nombra.

—¿Quién te enseñó todo eso?

—Lo escuché en una película que me llevaron a ver cuando estaba en el liceo —dijo—. Pero, basta de preguntas. Sólo dime lo que deseo escuchar.

—¿Así como así, no más?

—¿A qué le temes, Heredia?

Le hablé del temor a las despedidas o a que ella se cansara de estar a mi lado. Sabía que eso tendría que suceder en su momento y que entonces, un adiós a Heredia bastaría para cerrar la puerta y partir.

Pero esa mañana ninguno de los dos estaba para pensar en eso. Desayunamos sin prisa, y cuando escuché que un carillón cercano marcaba el mediodía, me senté junto al escritorio a resumir los avances de la investigación. Era el método que solía emplear cuando la confusión me hacía saltar de una idea a otra sin hallar la hebra común.

Griseta se acercó a mi lado y dejó sobre el escritorio las fotocopias de artículos de prensa que había revisado en la Biblioteca Nacional. Era más de lo que esperaba, y a simple vista tuve la intuición de que no obtendría mucho.

—Leí como el mentado león de biblioteca —dijo Griseta.

—¿No será el ratón de la Metro?

—Da lo mismo. Los empleados de la biblioteca estaban algo molestos con mis pedidos.

—A cualquiera le disgusta mover el trasero cuando le pagan dos chauchas por hacerlo.

—Si quieres te hago un resumen.

—Escucho —dije, al tiempo que hojeaba las fotocopias.

—El apogeo de la fabricación de armamentos bélicos en Chile se produjo durante el Gobierno de Pinochet. La posibilidad de una guerra con Perú o Argentina, más el descrédito de Chile en el mundo, obligaba a generar el autoabastecimiento de armas. Algunos proyectos son asumidos por la Fábrica de Armamentos del Ejército y otros por empresarios privados que comienzan a invertir en ese rubro.

—Hablas como una especialista en el tema —interrumpí, risueño.

—Aprendí algunos párrafos de memoria —explicó ella y enseguida continuó con el informe—. La prensa hace todo tipo de especulaciones sobre el crimen de Hillerman. Los responsables podrían ser desde la CIA hasta algunos agentes iraníes. Sin descartar el suicidio.

—¿Eso es todo? —pregunté quince minutos más tarde, cuando terminó de repetir la información que había memorizado.

—¿No te ayuda?

—Buen trabajo —dije y ella no me creyó. Le insinué que preparara café, y mientras lo hacía pensé que la información era demasiado general. No me interesaban las guerras ni quién se hacía millonario con ellas. Quería los nombres de quienes hacían el trabajo sucio sin aparecer en las portadas de las revistas. Tipos rudos que habían actuado en el Comet con instrucciones precisas y que se ocultaban en algún lugar de la ciudad.

Tomé el teléfono y llamé a Dagoberto Solís. Sus palabras me llegaron algo confusas, y deduje que lo había interrumpido en su hora de colación. Preguntó sobre el estado en que lo había encontrado durante la visita a su departamento y lo tranquilicé con algunas palabras acerca de la mala memoria de las personas.

—Boté toda esa basura —dijo y pensé que por algún tiempo se cuidaría de la cocaína—. Lo hice ese mismo día.

—Ya ni me acordaba de eso —mentí.

—Sé que no lo contarás a nadie —dijo él en voz baja. Luego, más aliviado, agregó—: En cuanto a la investigación que te interesa, no tengo novedades.

—He estado metiendo mis narices en otras partes y necesito de tu ayuda para obtener cierta información.

—Debí suponer que no llamabas para preguntar por mi salud. No sé hasta cuándo voy a tener paciencia contigo, Heredia. Me haces trabajar. Quieres datos y después termino preocupado de tus huesos. Un día...

—Sí, lo sé —interrumpí—. Un día me vas a enviar al carajo. Me lo vienes diciendo desde que nos conocemos. Hace veinte años para ser exactos. Desde que me soplabas en las pruebas de Filosofía del Derecho. ¿Te acuerdas? Debes haber sido el único del curso que se leyó la *Teoría Pura* de Kelsen.

—Llegué a la página treinta y entonces decidí seguir con mi carrera policial.

—Cuando tú ibas en la página treinta, a mí se me había acabado el dinero para comprar cervezas.

—Y entonces recurriste por primera vez a mi ayuda.

—Tal vez.

—Un recuerdo más y me voy a ver obligado a invitarte unas copas.

—¿Te mencioné que el cocinero del Comet había estado en Villa Grimaldi?

—No recuerdo.

—En ese lugar conoció a cierta persona —dije e hice una pausa para apartar a *Simenon* que trataba de acomodarse entre mis piernas—. La volvió a ver el día que mataron a Hillerman.

—¿Y?

—Le decían Perro Negro. Su nombre es Rogelio Baeza. Un milico que debería estar en actividad, o en el mejor de los casos, pasado a retiro con una medalla de

buena conducta.

—¿Qué quieres de él?

—¿Saber dónde trabaja o vive?

—¿No prefieres que ponga mis manos en una sartén y te las sirva al desayuno?

—Debes tener contactos en el Ministerio de Defensa. Pide la información como algo oficial.

—Y así me fríen los huevos en vez de las manos.

—Es sólo un dato. No una tragedia de Shakespeare.

—Veré qué puedo hacer —dijo Solís—. No te aseguro nada.

No te aseguro nada, repetí después de colgar el fono. Era una de las tantas frases que usaba Dagoberto Solís para decir que cumpliría. Algún día iba a decirle que sus trucos no funcionaban conmigo ni con nadie que lo conociera bien.

Tendí mis brazos a *Simenon* para que se acurrucara junto a mi pecho. Estaba algo excedido de peso, pero su pelaje seguía blanco y reluciente como de costumbre. Se asemejaba a una bola de nieve, sólo que al tocarlo se sentían cada uno de sus músculos y nervios, listos para saltar en defensa de alguna causa perdida. En eso, y en la afición a recorrer tejados oscuros nos parecíamos. Mientras acariciaba su lomo entró Griseta. Se había pintado los labios de rojo y dos largos pendientes de lentejuelas colgaban de sus orejas. Llevaba una minifalda negra que acentuaba la dureza de sus nalgas y una polera corta que dejaba al descubierto el inicio de sus pechos.

—¿Qué me ves? —preguntó sonriendo.

—Parece que has crecido de golpe.

—¿Te gusta?

—Sabes que sí.

—Me refiero a la ropa. Quería ponérmela para cuando me invitaras al cine.

—¿Al cine?

—No serás uno de esos aburridos que trabajan los fines de semana o se llevan trabajo para la casa. Cine, *pizzas*, cervezas y un par de horas de salsa en el Barrio Bellavista. ¿Qué te parece nuestro programa?

—¿Nuestro programa? —pregunté sorprendido, al tiempo que *Simenon* saltaba de mis brazos y se ponía a caminar en círculos alrededor de Griseta—. ¿No será mucho? Recuerda que soy un cuarentón, y que la última vez que bailé fue con las canciones de Los Beatles o Los Ramblers.

—Siempre se me puede ocurrir algo para que olvides la prehistoria.

Capítulo 5

La aparición de Anselmo a primera hora del lunes rompió el alocado paréntesis del fin de semana. El sábado por la noche habíamos recorrido el Barrio Bellavista, confundidos entre las oleadas de muchachos que entraban y salían de las salas de baile, risueños y achispados a causa de la cerveza o la marihuana que dejaba sentir su aroma por las veredas atestadas de artesanos y vendedores de chucherías. En *La puerta de al lado*, Griseta me obligó a bailar al son de Los Miserables, Los Peores de Chile y La Ley. Volvimos al departamento de amanecida e hicimos el amor con la lenta sabiduría de los que se aman y disponen de todo el tiempo del mundo. Dormitamos el domingo, y al atardecer fuimos al cine a ver *Amnesia* de Justiniano, última escala en lo que para mí había sido el agotador retorno a la felicidad de los veinte años.

Leía un cuento de piratas cuando el quiosquero entró y tropezó con la silla destinada a los clientes que tenía frente al escritorio. Vestía *jeans* gastados, una polera que recordaba el recital de Rod Stewart en el Estadio Nacional y un gorro con la insignia de los Toros de Chicago.

En su mano izquierda traía una hoja, y en la derecha un celular que me recordó su reciente obsesión por las chucherías electrónicas. Seis meses atrás había vendido la casa heredada de una tía lejana para invertir el producto de la venta en proveer su quiosco de fax, televisor conectado al tevé cable, un microhorno que utilizaba para recalentar completos y un computador personal cargado con varias docenas de juegos que le permitían acortar las horas que no dedicaba a estudiar los programas hípicos o a revisar las revistas eróticas que compraba a Valdés, un gordo de la plaza Almagro de quien se aseguraba negociaba con los libros que una patota de pelusas robaba en las librerías de Providencia.

Anselmo y yo éramos amigos desde la tarde en que lo ayudé a liberarse de tres matones que pretendían sacudirle el lomo a causa de un caballo que había dateado a la mala, sin otro fundamento que su deseo de ganar mil pesos sin esfuerzo. Estábamos en una sucursal del Club Hípico en la calle Bandera, y sus posibilidades de sobrevivir eran tan remotas como pellizcarle el trasero a la Isabel Adjani. Tuvimos suerte y buenas piernas para correr. Desde entonces, estaba siempre a mi alcance para informarme de lo que acontecía en el barrio y hacer uno que otro mandado.

—Don Heredia —dijo con cierto tono de asombro.

—Parece que viste al demonio.

—¿Dónde se había metido? No lo vi en todo el fin de semana.

—Anduve en un alocado viaje por la alegría de Santiago.

—Mejor se explica, don. No le entendí ni medio.

—No tiene importancia. ¿Cómo nos fue con *Gringo Hereje*?

—Mal, don. Creo que me debe tres o cuatro mil pesos.

—¿Debo? ¡Te pasé un billete de cinco mil!

—Hice algunas otras apuestas en su nombre, don.

—No hay nada como empezar la semana con deudas en los bolsillos.

—Para qué se enoja, don. Lo hice con la mejor de las intenciones. Y como usted, según supe, andaba extraviado con su palomita.

—Se llama Griseta.

—No parece nombre cristiano.

—Ni el mío, Anselmo.

—Cierto, siempre se me olvida —dijo, y luego de observar a su alrededor, agregó casi en un susurro—. ¿Verdad que es tan joven como parece?

—Si pudieras sentir su piel —dije, seguro de que su imaginación correría de prisa.

—Dios, quién como usted, don...

—Es sólo un poco de suerte, Anselmo. No lo tomes tan a pecho.

—Conmigo la suerte no quiere nada. El fin de semana concerté cita con la señorita Oriana, la que atiende en la rotisería de la esquina. Me empilché como para ir a un bautizo; y todo iba de perillas hasta que después del cine me llevó a conocer a sus amigos. Pensé que era una fiestecilla y fui a dar a una junta de los hermanos redentores de la iglesia del Séptimo Siglo, o algo así. Me presentó al pastor y me inscribió en el curso de introducción a la fe. Y eso no fue lo peor... me obligaron a entrar a un ruedo de giles para que cantara a voz en cuello mis pecados.

—¿Y?

—Comencé con uno, seguí con otro, y al tercero me cogieron de los hombros y me mandaron a tomar el fresco. Y ahora la Orianita no me saluda ni por descuido. ¿Qué se puede hacer, don?

—Mujeres y rezos no hacen buena mezcla.

Anselmo se acomodó en la silla y recordando el motivo de su visita, puso encima del escritorio una hoja.

—Un fax, don. Del extranjero.

«Heredia —comenzaba diciendo la nota de Ifigenio Clausel— aquí te voy escribiendo, reciencito llegado de Los Ángeles, enloquecido con las güeritas americanas y el mejor ron que he bebido en años. Mis propósitos y los suyos, que al fin de cuenta vienen siendo de los dos, se cumplieron. Contacté con la revista en la que trabajaba el gringo Hillerman y me permitieron ver la agenda de entrevista que mantenía en su computador de trabajo. El pinche ése se reunió dos veces en Los Ángeles con la llamada Fernanda. ¿De qué hablaron? No lo sé, pero podría deducirlo si no estuviéramos tan lejos e imposibilitados de intercambiar palabras. Porque a fin de cuentas, y como decía un culero que la verdad no viene al caso, lo que no se sabe se imagina. La pareja se volvió a encontrar en Buenos Aires, según consta en una anotación que hizo la secretaria después de platicar con él por teléfono. Los cuates de la revista me contaron que el gringo ya es cadáver. Mala cosa, pinche Heredia; seguir las pisadas de los muertos no es negocio que entusiasme. Desde aquí lo abrazo,

hermano, aferrado a la caminera de esta tarde tan clara como los ojos de mi güerita, que Dios quiera, nunca deje de apapachar en mis insaciables brazos».

—¿Entendió algo, don? —preguntó Anselmo cuando dejó el fax sobre el escritorio—. Yo le di varias vueltas y le juro que no comprendí ni medio.

—Tal vez está escrito para que lo lea el destinatario.

—No se encrespe, don. Lo miré porque llegó al quiosco, nada más. Capaz que crea que ando sapeando en lo ajeno. Sólo curiosidad, mal que mal, si usted no usara el aparato, no llegaría un fax ni para Navidad.

—Descuida. Nadie te pondrá pleito —dije, al tiempo que meditaba en los encuentros de Fernanda con Hillerman. ¿Relación periodística, o ambos eran parte del espionaje insinuado por el abogado Ortega? Lo único claro es que ellos estaban detrás de lo mismo, y que alguien más había llegado a esa conclusión antes que yo.

—Mejor lo dejo —escuché decir a Anselmo, y salió del departamento enredado en los cordones de sus zapatillas.

Quise recobrar la imagen de Fernanda. Rescatar el color de sus ojos o de su piel, y sólo experimenté una sensación de nostalgia. ¿Era eso lo que me quedaba de ella, o su imagen había sido cubierta por la de Griseta? Preguntas, sólo eso, que en nada ayudaban a la investigación. Necesitas algo concreto, me dije, justo en el instante en que Griseta entraba a la habitación y se abrazaba a mi cintura como una niña que busca protección.

—Serio, muy serio —dijo—. Demasiado para leer en tus ojos lo que estás pensando. Y eso me da miedo, ¿lo sabes?

—Pensaba en ti.

—Tus mentiras no sirven conmigo, Heredia. Pensabas en Fernanda —dijo apartándose de mi lado—. Ayer, mientras dormías registré el velador donde guardas su foto.

—Ella está muerta —dije en un tono duro.

—Las peores peleas se dan contra los fantasmas, y tú vives rodeado de ellos.

—Uno no es nada sin su pasado. Hay una novela de Francis Scott Fitzgerald que debes leer. Se llama *El Gran Gatsby*. Siempre recuerdo su final. «Y así seguimos, luchando como barcos contra la corriente, atraídos incesantemente hacia el pasado».

—¡Citas!

—Recuérdala. No se puede echar todo al saco roto del futuro.

—Hablas como viejo —dijo Griseta y noté que se arrepentía de sus palabras.

—Las arrugas arrastran mi piel, tengo canas y ya no corro como antaño.

—Quiero que pienses en mí, que te des cuenta de que existo y deseo estar a tu lado. Eso es todo.

—Desde que entraste a este roñoso departamento, no hago otra cosa —dije antes que el timbre del teléfono me interrumpiera.

Tomé el fono y oí la voz de Solís.

—Es día lunes y la gente trabaja.

—¿Y en qué crees que estoy? —pregunté.

—Sentado de espalda a tu escritorio, mirando a través de la ventana y a punto de acabar el octavo pucho de la mañana. Llevas media hora pensando en la mala suerte y te inquietas con cada ruido que sientes en el pasillo. Quieres que llegue luego el mediodía para bajar al bar de la esquina y beber tu primera copa. Y tal vez hoy día tengas suerte y una viejecita te pida ayuda para encontrar a su gato. Te encantan los gatos y más aún las viejecitas que te llevan sus ahorros atados en un pañuelo.

—¿Qué significa todo eso, Solís?

—Significa que tengo un enorme vómito de papeles timbrados sobre el escritorio, y antes de leerlos quiero joder la pita a alguien. Significa que estoy hartado de oficios y hojas con membrete. Que no me reincorporé al servicio para trabajar de suda culo, y finalmente, significa que sobre ese tal Rogelio Baeza que te interesa, no tengo nada que decir. No es milico y nunca lo ha sido. El que te metió ese nombre en la boca te vio los cojones.

—¿Usas ese tono para dar los informes a tus jefes?

—Tú no eres mi jefe, y hoy es lunes. Otro largo y maldito día lunes para adormecer en una oficina que ni siquiera tiene aire acondicionado.

—De acuerdo. La vida te trata mal. Ahora, explícame lo de Baeza.

—Hablé con mi contacto en el Ministerio de Defensa. Revisó sus listados y no encontró a nadie con ese nombre.

—¿Se puede confiar en esa información?

—De otro modo no te lo diría.

—¿Y si revisa otros listados?

—¿Qué otros listados?

—Los de tu gente, por ejemplo.

—Si en los últimos veinte años hubiera habido un tipo con ese nombre lo habría conocido. Pero lo comprobaré, si eso te deja tranquilo.

—Y me hace feliz, te faltó agregar.

—Si te deja tranquilo y te hace feliz. Realmente no sé por qué termino haciéndote caso en todo...

—No lo digas, un día...

La comunicación se cortó y yo dejé el fono.

—Vamos —dije a Griseta que me observaba, curiosa—. El lunes es mal día para trabajar. Demos una vuelta por el barrio.

Capítulo 6

El paseo no llegó muy lejos. Cuando nos disponíamos a salir, golpearon a la puerta y apareció un muchacho que vestía una chaqueta roja en cuyo bolsillo superior llevaba bordado el nombre del hotel Comet. Parecía atemorizado, y vaciló en entrar a la oficina, como si en ella le hubieran tenido reservada una golpiza.

—¿El señor Heredia? —preguntó en voz baja.

—Eso dice la placa en la puerta —respondí.

—Disculpe, no la vi —agregó, al tiempo que retrocedía dos pasos con la intención de reparar su falta.

—Olvídalo. Soy Heredia. ¿Qué necesitas?

—Vengo a dejar esto —dijo el muchacho, entregándome un sobre de papel manila que hasta entonces mantenía aprisionado contra su pecho.

Mi nombre, escrito con la letra grande y redonda de Fernanda, estaba en la cara del sobre. Al dorso, reconocí sus iniciales. Lo abrí y en su interior encontré dos hojas y una foto en la que aparecían tres sujetos abrazados a igual cantidad de rubias.

—¿De dónde salió? —pregunté.

—Una de nuestras alojadas lo dejó en la recepción del hotel. Por descuido se deslizó tras un estante, y hoy, cuando revisaban la instalación eléctrica, lo encontraron.

—¿Sabes quién era la remitente? ¿Lo que pasó con ella?

—No. Me lo entregó una de las secretarias con instrucciones de traérselo de inmediato, antes que lo supiera el jefe. En el hotel son algo quisquillosos con los errores que se cometen en la atención de los clientes —contestó el muchacho, e intuí que su explicación era sincera.

Le di mil pesos de propina. El muchacho tomó el dinero y se despidió con una tímida sonrisa.

Desplegué las hojas para leer su contenido. La carta estaba fechada el día antes de la muerte de Fernanda, y en ella resumía la información que seguramente había pensado entregarme durante nuestro encuentro.

«Escribo un reportaje relacionado con la fabricación de armamentos bélicos en Chile, y sobre la participación que en ello tiene la Empresa Interarm, a la cual la prensa y el gobierno de los Estados Unidos acusan de proporcionar armas a Irak durante la guerra del Golfo Pérsico y de comprar grandes cantidades de circonio, un producto químico que se utiliza para fabricar bombas de alto poder destructivo. En mi investigación conocí al periodista Travis Hillerman, con quien acordé reunirme en Santiago antes de su muerte, hace dos semanas. Nos hicimos amigos y tuvimos una aventura en la ciudad de Los Ángeles. Nada serio, pero suficiente para confiar uno en el otro. Trabajaba para la Central de Inteligencia Americana y sus actividades periodísticas eran de fachada. Hablamos sobre el tema de las armas y él me dio antecedentes sobre la empresa chilena que estaría desarrollando el proyecto de armas

químicas o de aire combustible. La empresa, según Hillerman, contaría con respaldo financiero árabe. En todo caso, fue explícito en señalar que esa información no constituía ninguna novedad. Dijo que en círculos europeos se conocía y que nadie confiaba mucho en la viabilidad del proyecto. Al parecer se hacían gestiones gubernamentales para evitar que la fabricación de armas químicas prosperara. Con la posible incorporación de Chile al Nafta se están exigiendo varias pruebas de blancura. Democracia, armas, estabilidad política. Son cartas que están sobre la mesa de negociación. Sé que no necesito explicártelo. Y aquí viene algo que te va a interesar. Le pregunté a Hillerman por los motivos del viaje que pensaba hacer a Chile. Dijo que deseaba obtener antecedentes acerca de un proyecto que en 1975 desarrolló Julián Almarza, un agente de la DINA. Al parecer, Almarza y un químico de apellido Baquedano experimentaban con la fabricación de gas nervioso. El proyecto se llamaba “Jerez”, y para ejecutarlo habían recibido desde Miami cilindros de almacenamiento, hornos especiales, y algunos compuestos químicos como ácido fluorhídrico y sales orgánicas de fósforo. Hillerman creía que Almarza llegó a elaborar isopropilmetilfosforoflu, un líquido incoloro conocido como gas sarín que, en países como Japón ha sido empleado por grupos terroristas en atentados públicos. Hillerman parecía tener antecedentes acerca de la fabricación del gas. Es posible que sea algo importante, ya que Baquedano desapareció misteriosamente durante un viaje al Brasil. En la prensa de Santiago se escribió algo al respecto, pero luego el asunto se acalló. Mi idea era obtener más datos sobre lo mismo, pero está claro que alguien se adelantó a la conversación que esperaba tener con Hillerman. Su muerte me hace pensar que la fabricación del gas nervioso no es fantasía. Necesito hablar pronto contigo, Heredia. Después de la muerte de Hillerman temo que mi estadía en Chile pueda ser problemática. De hecho, te escribo estas notas porque supe que alguien había estado haciendo preguntas sobre mí en el hotel. Un cubano de apellido Ángel, vinculado a Miami. Me preocupa. Esos tipos se venden por dos chauchas. Recuerda el asesinato de Orlando Letelier. Te adjunto una foto en la que aparecen tres hombres de los que sospechaba Hillerman. La tomó alguien de la Embajada de los Estados Unidos que colaboraba con él. El de la derecha es Ángel, no conozco al del medio, y el último, probablemente se apellide Pacheco».

Dejé la lectura y miré la foto. Los hombres no me decían nada, y las mujeres eran muñequitas de hotel, como las que algunas mañanas había visto salir del Carrera con sus coquetos neceseres colgados de las manos.

«La foto fue tomada en el cabaré Dinos. Seguro que sabes dónde queda. ¿O has cambiado mucho desde la última vez que nos vimos? Tengo miedo y te necesito, Heredia. Quiero contarte los detalles y luego irme de Santiago. Tenías razón cuando decías que no me cuidaba. ¿Quién mejor podía saberlo? Si tú eres igual».

—Sólo que tengo más suerte —dije en voz baja.

«Espero que esta carta no sea inútil —escribía Fernanda—. Que mañana o pasado nos encontremos. Entonces me sentiré segura y te podré decir lo que antes no me

atreví. Sé que no me abandonarás, Heredia».

—Léela —dijo a Griseta—. Contiene muchas de las respuestas que he buscado en estos últimos días.

Busqué una botella mientras Griseta leía y me di dos tragos largos del *whisky* barato que guardaba para momentos de emergencia. El alcohol estremeció mis entrañas, como un castigo autoimpuesto por los errores del pasado.

Cuando Griseta terminó de leer, rellené mi vaso con la tercera dosis.

—Debes salir de esto —dijo atemorizada, agitando la carta nerviosamente.

—¿Salir? Olvidarme de alguien que escribe «sé que no me abandonarás».

—¿Es por ella, verdad?

—¿Olvidas nuestra conversación de ayer? Fernanda es parte de ese pasado del que no reniego. Y aunque no sé en que termine, estaré alerta a cada cosa que tenga que ver con ella. Y si mañana o en diez años más, alguien nombra a la persona precisa, yo llegaré a su lado para cobrar la deuda.

—Tú y tus ideas de la justicia. Quisiera entenderte...

—Ahora no tengo tiempo para explicar nada —dije, y salí del departamento.

Capítulo 7

—**S**ólo atiendo mi negocio —murmuré después de pedir una ración de vodka.

—Bravo negocio —creí escuchar que decía un tipo que se reflejaba en el espejo próximo a mi mesa—. Escupitajos y arroz frío al fin de cada noche. Mañanas tristes y un gato que te consume los ingresos.

—Cabrón —exclamé.

—¿Qué dice el señor? —preguntó el mozo.

—No es con usted, amigo. Le hablo al tipo de más allá —respondí indicando el espejo que reflejaba mi rostro.

—¿Seguro que no quiere otra cosa? —preguntó el mozo.

—Una dosis de justicia. Sin azúcar ni en recipientes extraños.

Después de la segunda copa y de mirar algunas jugadas del partido de fútbol que transmitían en la televisión, llamé a Solís. Dagoberto estaba en su casa. No mencioné la carta de Fernanda, pero le dije que tenía algo importante. A menudo, Solís y yo, reaccionábamos igual frente a los problemas. Sólo que él había escogido la formalidad del trabajo estable; y, de paso, cometió el error de casarse con una mujer que trataba de orientar sus decisiones, desde algunas simples como el color de sus

camisas, hasta otras más significativas como el lugar de veraneo o su jubilación antes de tiempo.

Solís llegó al bar antes de quince minutos. Llevaba una camisa verde limón que debió adquirir después de la separación. Sudaba, y bajo las axilas dos manchas convertían su camisa en estropajo. Me saludó antes de sentarse y luego pidió medio litro de cerveza.

—¿Qué tenías que decirme? —preguntó.

—La policía no pierde tiempo —respondí—. Siempre acude al llamado de los inocentes.

—Deja la ironía para después de la segunda cerveza.

Saqué la carta de Fernanda y se la di a leer.

—Una chica metida entre las patas de los peores caballos —comentó al término de su lectura.

—¿Reconoces a alguno de éstos? —pregunté luego de enseñarle la foto.

La observó con detención y mientras lo hacía comenzó a rascarse furiosamente su oreja derecha.

—No me dicen nada y sus caras no se parecen a las de Brando, De Niro o Pacino.

—El cubano Ángel es uno de ellos. Otro puede llamarse Pacheco e ignoro el nombre del tercero.

—Eso es lo que dice la carta de Fernanda.

—Ángel estaba en la lista de pasajeros del Comet.

—Sí, pero ya se fue.

—¿Qué te parece dar una vuelta por el Dinos? Solía tener lindas chicas y buenos tragos. Hace tiempo que no voy a un lugar de éstos.

—¿Qué quieres hacer en el Dinos? —preguntó Solís.

—Poner nombre al rostro que falta identificar.

—Es un poco temprano.

—El Dinos no tiene horario. Encuentras chicas amables a la hora que llegues.

El cabaré estaba en Merced, una cuadra próxima al Parque Forestal donde sobrevivían tres o cuatro centros nocturnos y un hotel parejero, en medio de oficinas y edificios residenciales. Parecía el lugar ideal para la siesta de la media tarde. Estaba en penumbras, había sólo cinco o seis clientes y una chica bailoteaba de mala gana sobre la tarima alfombrada que servía de escenario. Pedimos tragos y rechazamos la compañía de dos mujeres disfrazadas de vampiras. Solís probó su bebida, bostezó y se puso de pie con la intención de buscar el baño. Lo vi perderse en la penumbra y regresar al cabo de diez minutos acompañado de un hombre sesentón, alto, canoso y vestido con un gamulán que había sido nuevo en la época de Elvis Presley.

—Terranova —dijo presentándose a su acompañante—. El instructor más duro de la escuela. Nos encontramos en el retrete, cada uno en lo suyo.

El hombre sonrió discretamente, mostrando sus dientes igual que un dócil caballo de circo. Enseguida levantó el pecho y adoptó una posición que delataba su pasado de

marchas y ejercicios. Pero fue como un soplo. Su rostro adquirió un tinte oscuro, envejecido, y sus hombros, caídos, acusaron el peso de la edad.

—Es el encargado del orden en este lugar —informó Dagoberto, que parecía feliz con el hallazgo.

—Doy unas vueltas, vigilo. Cuido que nadie haga alboroto, y si los clientes se sobrepasan, los saco a la calle —dijo Terranova.

—Vendré más a menudo —le dijo Solís, amistoso.

Terranova agradeció con una sonrisa, miró de reojo a su alrededor, y se dispuso a volver a su trabajo.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Solís—. Podemos recordar.

—Te agradezco el interés, pero no me gustan los recuerdos, Solís.

—¿Tal vez nos puede ayudar? —pregunté a Solís, y antes que éste respondiera, mostré a Terranova la foto—. ¿Conoce a esos tipos? El viejo miró a Solís y esperó un gesto de él antes de interesarse por la fotografía.

—Heredia es de confianza —afirmó Solís.

—Últimamente han venido muchos periodistas. Escriben sus reportajes y dejan mal parado al negocio —dijo Terranova antes de mirar la foto. Necesitaba anteojos, pero seguramente era demasiado orgulloso para reconocerlo—. Hace un tiempo venían con frecuencia los de la foto. Forrados en billetes. Solían ocupar un reservado y conversar. A veces invitaban a las muchachas a beber o las sacaban a otro lugar. Al de la izquierda le dicen *El Cubano*. Al gordo no lo ubico, pero alguna de las niñas puede saber algo de él.

—Tal vez se apellide Pacheco —dijo Solís—. Y en cuanto al tercero, es el que más nos interesa.

—¿No lo reconoces? —preguntó Terranova a Dagoberto—. Baeza. Lo tuve en uno de mis cursos. Era remolón, pero igual le sacaba trote.

—¡Baeza! Nunca supe nada de él en el Servicio —dijo Solís.

—Era de una promoción posterior a la tuya. De las que ingresaron después del año setenta y tres. No me extraña que lo desconozcas. Nunca prestó servicios en Santiago. Después de ese año pedían hombres para que integraran equipos especiales. Sabes a qué me refiero. Juntaban gente del Ejército, la Marina, Carabineros e Investigaciones. Baeza fue a dar a Concepción. Supe que le gustaba su trabajo, y seis meses antes que se acabara el gobierno de mi general, se acogió a retiro y obtuvo empleo en una empresa privada. Debe ser buena paga. Viste bien y gasta sin remilgo.

—¿Qué tanto aparece por este lugar? —pregunté.

—Difícil decirlo —contestó Terranova y tuve la intuición de que medía sus palabras—. A veces viene de corrido, y otras, como ahora, deja pasar algunas semanas sin asomarse.

—¿Y los otros?

—No he visto al cubano. En cuanto al gordo, no es ave de este nido, me parece que sólo viene para encontrarse con Baeza. Es común que vengan algunos

empresarios a tratar sus negocios. Pero ¿por qué tantas preguntas?

—Heredia trabaja para un tipo que piensa hacer negocios con el cubano, y quiere saber qué terreno pisa el futuro socio —dijo Solís.

Terranova lo escuchó atentamente, y algo en la mirada delató sus pensamientos. No creía una palabra de las que Dagoberto decía, y registraba mi nombre en su memoria.

—Espionaje comercial —sentenció Terranova.

—Comprobación de antecedentes —dije, continuando con la inútil mentira de Solís.

—Es todo lo que puedo decir sobre esos clientes —dijo Terranova, y en su voz descubrí el tono autoritario de otros tiempos—. Si quieren un par de muchachas bien puestas, les ayudaré. Y usted, Solís, no olvide nunca lo que le enseñé: es malo andar olisqueándose entre compañeros.

—Ahí va uno al que nadie quería —dijo Solís viendo alejarse a Terranova—. Cuando sus alumnos llegaron a jefes, le pasaron la cuenta y lo dieron de baja antes de tiempo. Quería morir con las botas puestas, y aquí lo tienes, vigilando coños y bolas calientes.

—Se me ocurre que no fue bueno mostrarle la foto. Tiene una mirada que no me gusta. Apenas vea a Baeza o a los otros, repetirá nuestra charla.

—Ya no tiene caso preocuparse —dijo Solís—. Y debo reconocer que tenías razón cuando pediste revisar el listado de mi gente.

—Sería bueno averiguar el paradero de Baeza.

—Eso debería ser fácil. Lo pediré en la oficina del personal. Y si eso no resulta, puedo conversar con algunos de mis colegas más jóvenes.

—Me parece bien —dije luego de observar el cabaré—. Ahora vámonos, antes que despierten nuestros demonios.

Capítulo 8

Nos despedimos en la esquina de Vicuña Mackenna con Alameda. Luego me entretuve observando las publicaciones de segunda mano que vendían frente a la entrada del Burger de plaza Italia. Entre los libros reconocí un maltratado ejemplar de *Los Túneles Morados*, de Daniel Belmar. Lo compré sin regatear y me encaminé con él bajo el brazo hasta el Baquedano, el restaurante que me acogía cuando, años atrás, esperaba que una amiga terminara su trabajo en el Nautilus, un toples

frecuentado por oficinistas de medio pelo.

Pedí un vodka con tónica, y me acomodé junto a la ventana que daba al parque Bustamante. Desde ahí podía ver los trabajos de construcción de la línea cinco del Ferrocarril Metropolitano. Una enorme pala mecánica hundía su garra en la tierra, arrasando plantas y flores; y a su lado, grupos de obreros hacían esfuerzos por subir añosas palmeras encima de una tolva. De cerca, imperturbable sobre su caballo de bronce, Manuel Rodríguez observaba cómo la ciudad despedazaba su historia, reemplazándola por trenes subterráneos y larguiruchas torres de concreto.

Durante una hora repasé algunos capítulos de la novela de Belmar, ambientada en la brumosa ciudad de Concepción. Pero, leía y no dejaba de pensar en la visita al Dinos y en la foto de Baeza y sus acompañantes. Era la única puerta para entrar en el mundo de las armas e indagar en él hasta encontrar a los asesinos de Fernanda.

Un mundo ajeno a mis barrios habituales, al poniente de esa plaza que dividía la ciudad en dos sectores cada día más irreconciliables, remarcando la vieja diferencia entre los que vivían sus sueños y aquellos que los veían pasar.

Recordé el Comet. Abandoné la copa, cerré el libro y salí del Baquedano en dirección al hotel. En la calle revoloteaba el aire caluroso y pesado, que se apegaba a la piel y despertaba el deseo de una bebida fresca, interminable, como las ilusiones de los niños.

Llegué cuando una delegación entraba en el hotel con la sutileza de los bisontes. Veinte o treinta tipos, enfundados en buzos deportivos, bajaban del bus que los había transportado desde el aeropuerto. Se notaban cansados y miraban a su alrededor dispuestos a escapar de la media docena de periodistas que los esperaban. Un mozo me informó que eran futbolistas colombianos y con entusiasmo indicó a un hombre alto, de piel achocolatada y cabellos teñidos de rubio.

—El Pibe Valderrama —dijo, apenas conteniendo las ganas de pedirle el autógrafo.

Mostré poco entusiasmo y me escurrí hasta el bar que conservaba su tranquilidad de la primera visita. El barman de la barra era otro; pero lo saludé como si hubiéramos sido amigos de toda la vida y le pedí una Royal.

—¿Vio a los colombianos? —preguntó—. Vienen a jugar con la Universidad de Chile. Les vamos a llenar el saco, amigo. Dos goles del *Matador* Salas y uno del *Huevito* Valencia, por lo bajo. Los cabros juegan cada día mejor. No me pierdo partidos de mi equipo. En el estadio o en la tele, pero siempre hinchando. Porque de eso se trata, de apoyar a los muchachos. ¿Y usted, amigo, de qué equipo es?

—Magallanes —dije y apuré un sorbo de cerveza.

El barman rió burlescamente. Magallanes jugaba en tercera división y no ganaba nada importante desde que en el año 1983 había eliminado a la Universidad Católica en la liguilla de la Copa Libertadores. El gringo Neff, Vilches, el mariscal Quintano, Suazo, el chico Jáuregui, Luis Pérez, Marcoleta. Me acordaba de su alineación puesto por puesto, pero rara vez tenía la oportunidad de mencionarla en voz alta.

Saqué la foto que portaba en mi chaqueta y la puse a la vista del barman.

—¿Conoce a alguno de esos hombres? El barman dejó de sonreír y me miró de reojo, desconfiado.

—Investigaciones —dije, tocándome el bolsillo de la chaqueta donde se supone que los tiras llevan su placa. No era un engaño que me gustara, pero tampoco tenía ánimo para dar explicaciones acerca de mi trabajo.

—Reconozco al moreno —dijo después de examinar la foto—. Suele alojarse en el hotel. Va y viene con mucha frecuencia. Es simpático y bueno para conversar. Siempre pide ron y toneladas de aceitunas.

—¿Y de los otros? ¿Nada?

El barman negó con la cabeza.

—¿Conoció al cocinero que mataron?

—De vista. Trabajaba en otra sección —contestó. Después de muerto se hizo popular.

—Suele suceder —dije y di una mirada a mi alrededor, como si de improvisto hubiera temido que alguien me vigilara.

—Hay una cocinera que dice haber visto a los asesinos —agregó el barman, interesado en colaborar—. Se llama Rosa Aliaga y parece que la noche del crimen se topó con dos hombres que le preguntaron por Pompeyo. Les dijo que el finado se encontraba cumpliendo turno y que si querían, ella lo iba a buscar. Los hombres prefirieron esperar y Rosa los vio salir del hotel.

—¿Es posible hablar con ella?

—Por supuesto —dijo, y tomó el citófono que colgaba a un costado de la barra. Lo escuché preguntar por la mujer y dar varias órdenes imperiosas.

—Tiene suerte, amigo —dijo, feliz por el resultado de su colaboración—. Está de turno y subirá enseguida.

La mujer llegó antes de lo esperado. Atendió a las explicaciones del barman y cuando escuchó mencionar la palabra policía se aferró nerviosamente al borde de la barra. Era joven y demasiado gorda para su edad. Cuando le mostré la foto, su rostro se contrajo en una expresión temerosa.

—Ése es el hombre que preguntó por Pompeyo —dijo indicando a Rogelio Baeza.

—¿Segura?

—Nunca me podré olvidar de él. Desde que mataron a Pompeyo no dejo de pensar que ese hombre y su acompañante fueron los culpables, y que yo les dije dónde estaba.

—¿Por qué cree que fueron ellos?

—Parecían matones de televisión. Grandes y con cara de malas pulgas. Si yo le hubiese dicho que Pompeyo no estaba...

—No se atormente. Con o sin su información habrían llegado a él.

—En el hotel trabaja gente tranquila. Hacemos lo nuestro y nos vamos para la

casa.

—¿Hizo Pompeyo algún comentario los días previos?

—Ninguno, que yo sepa.

—¿Ni siquiera después de la muerte del gringo?

—Comentamos esa muerte, y él no abrió la boca.

—No tengo más preguntas, señora —dije, dispuesto a terminar con la entrevista—. Su información fue muy útil.

—¿Tendré que declarar?

—Esto es una conversación entre amigos —dije, y ella no entendió el doble sentido de mis palabras. Miró al barman y se alejó de la barra tan silenciosamente como había llegado antes. La observé hasta que comenzó a descender la escalera que conducía al subterráneo del hotel.

—La gente se pone nerviosa con la Policía —comentó el barman.

—Yo también —dije, y el hombre me miró con un destello de duda—. Sólo que ya estoy acostumbrado.

Pagué el consumo y me despedí. Eran las siete de la tarde y no tenía ganas de regresar a mi casa. Caminé dos o tres cuadras y entré a una sucursal del Teletrak en la que una centena de apostadores miraban la pantalla que repetía las últimas carreras de esa tarde. Recorrí el recinto y saludé a un par de conocidos. Se escuchó por altavoz al locutor anunciando el inicio de la carrera. Leí en la pantalla los nombres de los caballos y aposté a *Maragata*, una yegua que registraba pocas apuestas a su favor. Cuando se inició la carrera la nombraron dos veces y después ya nadie se acordó de ella. Tiré el vale de la apuesta y me concentré en los antecedentes de la siguiente carrera del programa. El caballo *Filiberto* me llamó la atención. Tenía tres llegadas en tabla y bajaba algunos kilos con la monta de un jinete aprendiz. Hice mis apuestas y me senté a fumar. La partida fue ligera. *Verdejo*, un rosillo de cuatro años, ganó la punta y sacó una ventaja de nueve cuerpos. *Filiberto* venía en medio del lote, y cuando el pelotón ingresó a tierra derecha, el rosillo de la punta disminuyó su andar. Un mulato tomó la delantera y *Filiberto*, apegado a su sombra, se dispuso a dar guerra. Cuando cruzaron la meta tuve un pálpito feliz. Pero fue fugaz. El mulato ganó por ventaja perceptible y los vales de mi apuesta fueron a dar de nuevo a la basura.

—Basta de juego —me dije mientras abandonaba la sucursal.

Sin embargo estaba equivocado. Al llegar a la oficina, un cosquilleo en la espalda me anunció que algo anormal ocurría. El pasillo estaba desierto y los gritos de los niños que jugaban en el piso superior llegaban apenas como un murmullo. Palpé la pistola y abrí la puerta lentamente, a la espera de un golpe o de una bala. Nada ocurrió. Encontré una nota de Griseta sobre el escritorio. Todo parecía en orden, y sin embargo, la inquietud me hizo recorrer, pistola en mano, cada habitación del departamento.

—Estás cansado —me dije frente a la ventana que daba a la calle, y desde la cual podía vigilar buena parte de la cuadra y la entrada del edificio—. Muchas preguntas y

muchas calles.

El teléfono me liberó de la autocompasión. Tomé el fono, y sin apartarme de la ventana, escuché una voz conocida.

—Señor Heredia. Lo llamo por la carta.

—¿La carta...?

—Soy el mensajero del hotel Comet. Estuve en su oficina...

—No me digas nada, encontraron la primera carta impresa por Gutenberg.

—Yo... —murmuró el joven y no supo cómo seguir con la idea.

—Tranquilo. El asunto de la carta está en el pasado —dije, y pensé que eso no lo haría caer en el olvido—. ¿Qué te preocupa?

—Hace media hora me llamó el jefe de seguridad del hotel. Había un detective con él. Preguntaron por el sobre. Se enojaron mucho cuando les dije a quién le había entregado la carta.

El muchacho terminó de hablar y yo vi aparecer a Griseta en la calle. Caminaba sin prisa, disfrutando de las cosas que había a su alrededor.

—Fueron duros conmigo, señor. Me obligaron a dar su dirección. Luego el detective dio algunas órdenes por el teléfono. Creo que van para su casa.

—¿Por qué llamaste? —pregunté, temiendo la apertura de una trampa—. ¿Fue una orden o iniciativa propia?

—No me gusta que me traten mal, y pensé que usted...

Griseta estaba cerca del edificio cuando un vehículo frenó bruscamente y de su interior descendieron cuatro hombres armados.

—¿Señor Heredia? —oí preguntar al mensajero—. ¿Me escucha?

—Griseta —murmuré.

Arrojé el fono al suelo, salí del departamento y avancé hacia la escalera que conducía a los pisos inferiores. Oí las voces de mando que alguien daba en la planta baja y comencé a bajar a saltos hasta el primer piso. No vi a nadie junto a la entrada. Miré el tablero luminoso del ascensor que se detuvo en la planta de mi departamento. Mi intuición y la advertencia del mensajero habían sido oportunas. Sentí un dolor agudo en el pecho y me apoyé en una pared hasta que mi respiración recuperó su ritmo habitual. Cerré los ojos y al reabrirlos vi a Griseta que cruzaba la puerta de entrada.

—¿Qué pasa? —preguntó, inquieta.

La tomé de una mano y la obligué a caminar de nuevo hacia la calle.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar.

—Camina hasta la esquina y espérame —le dije, al tiempo que me detenía frente al quiosco de Anselmo. Ella obedeció de mala gana. Introduje la cabeza en la ventanilla del quiosco y alerté a Anselmo.

—Van a salir cuatro hombres del edificio. Quiero que mires sus rostros y los recuerdes. Mientras eso ocurre, llama a Solís.

—¿Qué sucede? —preguntó Anselmo—. ¿Qué va a hacer, don?

—Voy a recorrer el barrio —dije y comencé a caminar hacia la esquina—. No hagas ninguna locura.

Busqué a Griseta y nos dirigimos en silencio hasta la fuente de soda^[7] más próxima. Cuando estuvimos sentados junto a una mesa redonda y tan pequeña como tapa de cacerola, volví a hablar.

—Visitas —dije, antes de contarle los detalles de la llamada del mensajero del hotel Comet—. Mis preguntas inquietaron a alguien en el hotel. O bien quieren recuperar la carta de Fernanda.

—Preguntas. Sobre. No entiendo nada, Heredia.

—¿Recuerdas la foto? Los tengo identificados.

—¿Son peligrosos?

Asentí con la cabeza y saqué un cigarrillo de la cajetilla de ella. Lo encendí, solté una amplia bocanada y pensé en los hombres que en ese momento allanaban la oficina.

—Necesito a Dagoberto Solís.

—Te quieren hacer daño —insistió Griseta.

Estaba nerviosa. Intentó encender un cigarrillo y sólo al tercer fósforo tuvo éxito. Acaricié sus mejillas y le sonreí.

—Las cosas podrían ser peores —dije—. Tomaremos café y les daremos tiempo para que hagan su trabajo. Después...

—¿Y mañana?

—Volveremos al departamento —terminé de decir, sin hacer caso a su pregunta. Faltaba mucho para llegar al otro día y pensar en un futuro no solucionaba las cosas. Pedí los cafés y una hora más tarde regresamos a la oficina.

Anselmo, esperaba junto al quiosco. Quiso contarme lo que había visto, pero lo hice esperar hasta revisar el departamento y encontrar a *Simenon*.

El desorden era el esperado. Los cajones del escritorio estaban en el suelo, los libros abiertos y desparramados. Mi ropa cubría la cama y hasta el estanque del baño había sido revisado.

—No hay nada en su sitio —comentó Griseta, mientras tomaba un libro desde el suelo—. ¿Siempre es igual?

—Ayúdame a encontrar el empaste de la revista *Don Fausto*. Es grande y gordo.

Griseta obedeció y hurgamos entre el sinfín de libros desparramados por el suelo. Las sombras de la tarde comenzaban a invadir la habitación, pero ninguno de los dos se atrevió a encender la luz. La miré de reojo y reconocí en ella las huellas del miedo. No se lo reproché. Yo también sentía miedo. El allanamiento a la oficina me había recordado los límites. Estaba solo en una ciudad oscura y agresiva; y al igual que un ajedrecista, había llegado al punto en el que solamente podía hacer un movimiento. ¿Pero cuál? En ese momento ignoraba la respuesta. Necesitaba apartar el temor y volver a morder la cola del tigre.

—¡Éste! —exclamó Griseta, alcanzándome el empaste que buscábamos. Lo abrí y

encontré la carta de Fernanda.

—Tenían prisa o no sabían lo que buscaban —dije—. Si nos hubieran encontrado aquí, las cosas habrían sido distintas. Simular asaltos es fácil.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Griseta, en el mismo instante en que Anselmo entró a la oficina. Venía agitado como un maratonista falto de entrenamiento y al ver el desorden de la habitación, se sacó su gorro de los Chicagos Bulls, y con él entre sus manos, observó los destrozos, tan compungido como si hubiera estado frente a un féretro.

—¿Se le cayó la estantería, don? —preguntó.

—Guarda tus bromas, cabrón.

—No se enoje, don. Es que no sé qué decir frente a tanto quilombo.

—¿Viste a los tipos que te dije?

—Los vi, don. Cuatro guaraqueros con pinta de ratis. Salieron del edificio media hora después de que usted me puso sobre aviso.

—¿Reconoces a alguno? —pregunté, mostrándole a Anselmo la foto enviada por Fernanda.

—Ninguno de éstos —contestó después de observar la foto con atención—. Pero conozco a uno. Un osmofla^[8] lambiscón^[9] de apellido Cerda, que hasta hace un año trabajaba de tira. Solía aparecer por San Martín para inspeccionar a las muchachas y ver si encontraba algún fleto que le hiciera cariño en el plumón. Lo pillaron ligado a un coquero de la plaza Chacabuco...

—¿Estás seguro, Anselmo? —interrumpí.

—Choreaba^[10] pasta base en los decomisos y se la daba al revendedor del sector —agregó sin preocuparse de mi pregunta—. Un día quiso evitar el intermediario y se acercó por su cuenta a unos liceanos. Dicen que trató de cambiar pasta por algunos soplos en la nuca. Los muchachos se espantaron, hicieron la denuncia a los verdes, y en el siguiente paseo de Cerda por la plaza, un secreto lo atrapó sin mayor trámite.

—¿Estás seguro? —insistí.

—Lo vi en el puterío de San Martín. Las chicas lo conocían bien, y usted sabe que ellas no tienen pelos en la lengua, don.

—Cerda —repetí—. Lo más probable es que Solís lo conozca.

—¿Quiere que le dé una mano, don? Cierro el quiosco y subo a cooperar con el orden. Total, a esta hora ya nadie compra diarios ni revistas.

—¿Llamaste a Solís?

—Sí, don. Pero no estaba en su oficina. Le dejé recado.

—Vuelve al quiosco y si ves aparecer de nuevo a los hombrones, usa el celular. Y otra cosa, Anselmo. Quiero que guardes esto —dije, al mismo tiempo que le entregaba la carta de Fernanda—. Bien guardada, porque está en juego tu pellejo.

—Madre, don. ¿Para qué me asusta?

—Y si vas de juerga a la calle San Martín, no menciones a Cerda.

—¿Me cree gilote, don?

—Sé hasta donde abres tu boca a medida que le introduces copete.

—¿Y el desorden don?

—Ése es problema nuestro —dije mirando a Griseta.

Anselmo salió y yo me senté junto al escritorio. Mientras Griseta preparaba café encendí un cigarrillo que iluminó brevemente la semioscuridad de la oficina. En mi reloj faltaban tres minutos para las nueve de la noche. Me sentía cansado, como si durante el día no hubiera hecho otra cosa que acarrear quintales de harina. Griseta regresó con el café y se sentó sobre una ruma de libros en desorden.

Las sombras de la noche acariciaban su rostro. Pensativa y temerosa parecía más bella que de costumbre. Me alegré de que estuviera a mi lado y se lo dije. Ella sonrió fugazmente y me sentí mejor. Bebí el café de prisa y enseguida aproveché el calor de la taza para tomar coñac. Retuve el licor en la boca y observé con tranquilidad los destrozos en la habitación.

—Sigamos —dijo Griseta.

—Quédate donde estás. Tengo otra idea mejor —le ordené, al tiempo que comenzaba a desnudarla. Abrazado a sus caderas la besé profundamente hasta que sus rodillas se doblaron y nos recostamos sobre los libros dispersos en el suelo. Pensé en los testigos que nos vigilaban. Rimbaud, Pasternak, Prevert, Teillier, Borges, Neruda, entre otros; revueltos a nuestro lado. Los miré a todos ellos, maldiciendo mi manía por las citas literarias. Después, besé los pechos de Griseta y sentí que bajo mi cuerpo ella vivía su propia fuga, lejos de las palabras que nos rodeaban y del miedo que se esfumó cuando ambos nos encontramos al final del deseo.

—¿Sueles hacer el amor encima de los libros? —preguntó minutos más tarde. Tenía la cabeza apoyada en mi pecho y podía acariciar sus cabellos.

—Primera vez.

—Qué bueno que entre nosotros exista alguna primera vez.

La besé en la frente y acaricié su espalda.

—Nos quedan muchas primeras veces.

—¿Lo dices en serio?

—Me gusta saber que al despertar mañana vas a estar aquí.

—Ayer o anteayer no pensabas igual.

—Desde entonces ha pasado mucho tiempo.

—¿Estás diciendo que me amas?

—Tú y tus preguntas.

Ella cerró los ojos y comenzó a dormitar. Desde un rincón de la pieza *Simenon* seguía atentamente el diálogo.

—A veces me sorprendes, Heredia. Abrazas a esa muchacha y no piensas que pueden volver las visitas —lo escuché decir.

—Nada pasará mientras ella esté a mi lado.

—¡Pamplinas! No durará...

—Esta vez será distinto.

—¿Cuántas veces has dicho lo mismo?

—¡Mírala, gato metiche! Suave y joven. Cree en mí y no pide nada.

—Me recuerdas al baboso personaje de Hemingway en *Al otro lado del río y entre los árboles*. El coronel...

—«Eres mi único y definitivo amor». ¿Es eso?

—Aún tienes dos o tres neuronas que funcionan.

—¡Gato celoso!

—¿Celoso? Puedo irme cuando se me antoje. ¿Qué me das que no encuentre en otra parte?

—Tres comidas diarias y la oportunidad de hablar con alguien.

Simenon quedó en silencio. Lengüeteó sus patas y miró su entorno, como si buscara la puerta de salida.

—Bromeo, tú lo sabes —dijo estirándose a todo lo largo de su cuerpo.

—No necesitas decirlo. Nos conocemos.

—Envidio tu suerte.

—¿Lo dices por ella?

—¡Cuídala, Heredia!

Cuarta Parte

Capítulo 1

—¿Qué pasó aquí? —preguntó alguien desde la salida del laberinto soñoliento en que me encontraba. La pregunta se repitió dos veces, y al abrir los ojos reconocí a Dagoberto Solís, de pie junto a la puerta de la oficina, ensombreciendo con su corpachón el amarillento haz de luz que entraba por la ventana y se extendía como una mancha sobre los libros desparramados por el suelo. Me encontraba desnudo, apenas cubierto con una sábana; y por los ruidos que llegaban desde la cocina deduje que Griseta preparaba nuestro desayuno, con más entusiasmo que destreza en el uso de sartenes y teteras.

Me incorporé lentamente. Anudé con desgano la sábana a mi cintura mientras me acercaba al escritorio, como un náufrago lo haría al único madero a su alcance. Encendí un cigarrillo que me hizo toser hasta expulsar los últimos restos de aire puro que hostigaban mis pulmones. Solís daba grandes zancadas de un lado a otro de la habitación y su cuerpo, grueso y desmedido, parecía a punto de reventar a causa del esfuerzo.

—¿Contrataste un terremoto particular, grado nueve y sin aviso previo?

—Visitas inesperadas.

—¿Rateros?

—Cabrones a los que sus madres nunca enseñaron modales. Buscaban la carta de Fernanda, y no fueron muy delicados.

—¿Quiénes? ¿Viste a alguien?

Iba a responder cuando entró Griseta. Vestía un polerón que la cubría hasta las rodillas y portaba una bandeja con panecillos, dos tazas de café y algo que se asemejaba a una tortilla de huevos. Dejó todo sobre el escritorio, saludó a Solís y le ofreció café.

—Lo necesito. Gracias.

—Sírvase el mío. Yo iré por otro a la cocina —agregó Griseta y volvió a salir, ágil y silenciosa como la más bella de las gatas.

—Linda muchacha —comentó Solís—. ¿Qué hace contigo? Debe estar chalada, ¿no?

—A nadie le hace mal adquirir experiencia...

—¿Contigo? Dios la libre...

—Bebe tu café y sírvete algo más. Estás que cortas las huinchas por probar la tortilla.

Solís sonrió satisfecho y se preparó un pan. Lo observé comer con entusiasmo hasta que Griseta regresó.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Pregúntale a Dagoberto.

Solís trató de decir algo, pero tenía la boca demasiado llena como para articular tres palabras seguidas.

—En cuanto a tu pregunta —dije dirigiéndome a él—. Anselmo reconoció a un tipo de apellido Cerda, al que habrían dado de baja del Servicio de Investigaciones, porque lo pillaron jugando al tío regalón con unos liceanos.

—Jaime Cerda. Lo conozco, y la que mencionas es una de sus caídas, pero no la principal. Lo atraparon vendiendo coca a los burreros del Hipódromo Chile, en la plaza Chacabuco. Alegó que era una trampa de camellos a los que deseaba echarle el guante. Le creyeron a medias, y fue trasladado a Valparaíso para que persiguiera lanzas y putitas en el barrio chino. Pega de principiantes. Estuvo unos meses quieto, hizo su trabajo y después volvió a contactarse con sus amigos de la coca. Cerda es canchero, entrador, tiene facilidad para entablar amistades y sobar el lomo de los poderosos. Comenzó a frecuentar los restaurantes de políticos y parlamentarios, y se hizo amigo de un diputado adicto a las esnifadas y al catecismo. Durante varios meses fue un buen negocio. Cerda amplió la clientela y su cuenta corriente. Pero tuvo mala suerte; su reincidencia coincidió con una campaña de alerta sobre el consumo de drogas entre los políticos que iniciaron algunos periódicos de Santiago. Dos o tres verdades que hicieron correr a los parlamentarios con sus meados en frasquitos. Hubo hartos boches y los jefazos enviaron a Valparaíso un equipo especial de la Brigada de Narcotráfico. El nombre de Cerda salió al tapete, y a la primera apretada de clavículas cantó más fuerte que Pavarotti. Se pensó en procesarlo, pero tenía algunas influencias. Para qué te cuento más. La mafia blanca respalda fielmente a los suyos y tampoco se podía arremeter contra el diputado. En resumen, lo dieron de baja sin barullo y no me extrañaría que hubiera vuelto a meterse en negocios turbios.

—¿Y qué le gusta?

—Prefiere que le den por el culo.

—Unas balas por ahí mismo le van a dar otro placer —dije y al ver que Solís observaba de reojo a Griseta, agregué—. No te preocupes, la dama está acostumbrada al lenguaje de andamio.

Dagoberto sonrió y bebió otro sorbo de café.

—Lo que no entiendo es por qué vinieron a tu casa —dijo—. ¿Cómo sabes que venían por la carta de Fernanda?

—El jefe de seguridad del hotel se enteró que habían encontrado el sobre. Puso el grito en el cielo al saber que estaba en mi poder. Alertó a un supuesto policía,

interrogaron al mensajero del hotel, y no lo pensaron dos veces a la hora de dejarse caer por aquí.

—¿Cómo lo sabes?

—El mensajero del hotel me lo dijo.

—Eso aclara algo las cosas, Heredia. Los asesinos contaban con la complicidad de la seguridad del hotel. Así se explica que casi nadie los viera; y tampoco me extrañaría que el cocinero hubiera ido al jefe de seguridad con el cuento y sus temores.

—Tu idea tiene lógica y se nos debió ocurrir antes. Hoteles de la categoría del Comet cuentan con buenos sistemas de seguridad para detectar rateros, putas o cualquier clase de extraños.

—Ordenaré que hagan algunas preguntas en el hotel. Una repasada a los empleados y un buen atrinque a los de seguridad.

—Los pondríamos en alerta, Solís. Nos conviene llegar a la médula y después atacar. Como en el póquer: si el rival no conoce tus cartas, más posibilidades tienes de ganar.

—Entonces dispondré que custodien tu oficina. No quiero que se repita el asalto, o que te sorprendan.

—Ni en broma. Si los asaltantes regresan y ven a alguien vigilando, sabrán que estamos preocupados.

—Tienes razón —concedió Solís.

—Debemos movernos rápido.

—¿En qué estás pensando?

—¿Qué avances hay con lo de Fernanda?

—Alguien del laboratorio le sopló al jefe que yo andaba pidiendo exámenes especiales. Me citó a su oficina, preguntó las razones que tenía para investigar por mi cuenta; le dije una sarta de mentiras, y sin mayor trámite me mandó a la mierda.

—Es decir que estamos como al comienzo.

—Un tecnólogo de la Brigada de Homicidios hará los exámenes a la mala, bajo cuerda. El chato me debe un ascenso y varios favores. Sólo hay que esperar que tenga tiempo.

—¡Para todo hay que tener cuñas en este país! Debe haber algo más que podamos hacer —dije, y al tiempo que recordaba la carta de Fernanda, agregué—: ¿Te dice algo el apellido Baquedano?

—Cine, plaza, general —dijo Solís mientras pensaba.

—Si digo Brasil, ¿se te aclara la memoria?

—El muerto de la embajada. Hace años. ¿Por qué te acordaste de él?

—La carta —dije, y enseguida mencioné lo que Fernanda escribió acerca de Baquedano, Almarza y las investigaciones de Hillerman.

—Tal vez pueda revisar el expediente —agregó Solís al final de mi historia—. Pero dudo que sea fácil o que dé frutos. Eso fue bastante turbio, y lo más probable es

que el expediente sólo contenga generalidades; datos tan obvios como la edad o el lugar de nacimiento del muerto. Baquedano desapareció de la embajada y las investigaciones fueron cerradas al poco tiempo y sin resultado.

—Inténtalo, Dagoberto. Por ahora no hay nada más.

—Nada más —repitió Solís, al tiempo que observaba con desaliento los últimos rastros en la bandeja.

—¿Y no van a buscar a los que nos atacaron? —preguntó Griseta.

—Te creíamos ocupada en el desayuno —dijo Solís, sorprendido.

—¿Creen que soy incapaz de pensar en lo que ustedes hablan? He escuchado cada una de las palabras que han dicho y también tengo mis ideas al respecto.

—La chica tiene razón —dijo Solís—. Y parece un hueso duro de roer. ¿Cómo te las arreglas cuando se encrespa, Heredia?

—La chica tiene nombre y te puede enseñar algunas cosas —respondió Griseta.

—Perdón —murmuró Dagoberto, y su rostro adquirió el saludable tono rosado de los obispos.

—Voy a enseñarte modales —dijo a Griseta, acariciando suavemente sus nalgas.

—Necesito que me enseñes otras cosas —retrucó ella, toqueteándome sin reparos bajo la sábana.

—¡Las cosas que hay que ver! —comentó Solís.

—Deja para la noche lo que también podríamos hacer ahora si no estuviera la Policía de testigo —dije.

Los tres reímos y Griseta, tierna, se abrazó a mi cintura.

—Cerdea frecuenta el Do Brasil —dijo Solís, recuperado del bochorno—. Suele reunirse para hablar de negocios con sus amigos. Pondré a vigilar el café a uno de mis hombres.

—Como están las cosas en tu oficina, puede ser inconveniente.

—Tengo al hombre indicado. Bernales, un muchacho nuevo, del cual soy su jefe y también padrino de bautizo. Hijo de Ariel Bernales, un colega jubilado que me enseñó varios trucos del oficio.

—¿Te da confianza?

—Sé lo que hago. El muchacho me respeta y obedece —dijo Solís antes de beber el último sorbo de café. Luego, su mirada recorrió una vez más el desorden de la oficina. Alzó sus manos a la usanza de un púgil victorioso, saludó y salió del departamento con el mismo sigilo empleado para entrar una hora antes.

—Me cae bien ese gordo —dijo Griseta.

—Es mi amigo y no acepto que nadie lo joda.

—¿Incluyéndome a mí?

—Incluyéndote a ti.

—Procuraré no olvidarlo —murmuró—. Y en cuanto a esas cosas que podíamos hacer por la mañana... Tu amigo policía ya se fue.

Pensé que lo más fácil era decir que sí y buscar un lugar cómodo donde

abrazarnos, sin que nos importunaran el desorden o nuevas visitas. Era tan simple como besarla. Miré los libros dispersos por el suelo y recordé lo que acababa de decir a Solís sobre la necesidad de adelantarse a los movimientos de Cerda y sus acompañantes.

—Tenemos que ordenar la casa y después...

—Probablemente sea de noche.

—¡Probablemente!

Capítulo 2

Desperté cuando las campanas de la iglesia del barrio daban las diez. En la calle, los obreros municipales golpeaban los tachos de basura, solicitando la colaboración de los vecinos para la próxima fiesta navideña de sus hijos. El departamento había recuperado su aspecto de costumbre, y era posible caminar por la oficina sin temor a pisar los libros que hasta la noche anterior se distribuían por el suelo. Griseta estaba abrazada a mi pecho y podía sentir su piel pegada a la mía. Me moví lentamente y conseguí librarme del abrazo sin despertarla. Aún no me acostumbraba al cuerpo extraño que cada mañana aparecía invadiendo mi cama; ocupando ese espacio que, salvo visitas esporádicas, reservaba para mis sueños. Habíamos trabajado hasta tarde, y aún conservaba los recuerdos alentados por los libros a medida que se reordenaban en los estantes. Cada libro estaba asociado a un momento del pasado, y las anotaciones o subrayados que había hecho en sus márgenes me devolvían a la circunstancia en que algo de mí se había desprendido para siempre. Al contrario de quienes leen para vivir o soñar, yo lo hacía para encontrar imágenes o palabras que me permitieran recordar. Como había dicho alguna vez Pavese: «Al leer no buscamos ideas nuevas, sino pensamientos ya pensados por nosotros, que adquieren en la página un sello de confirmación. Nos impresionan las palabras de los otros que resuenan en una zona ya nuestra —y que ya vivimos— y que al hacerla vibrar nos permiten apresar nuevos atisbos en nuestro interior».

Pero no deseaba seguir pensando en libros ni en las citas literarias que atestaban mi memoria igual que botones viejos en el cajón de costuras.

Me vestí y salí en dirección al departamento de Stevens. Lo encontré escuchando la ópera *Carmen*, mientras a su alrededor los objetos, aún grisáceos y dormidos, parecían resistirse a la llegada del nuevo día. Lo saludé y, antes que hiciera alguna

indicación, me senté a su lado.

—Llegas en buen momento, Heredia. Nada mejor que escuchar a Bizet y José Carreras para recuperar energías.

—¿Qué te hace suponer que necesito reponer energías?

—Te noto cansado. ¿Dormiste mal o la muchacha te reblandeció los sesos?

—Ninguna de las dos cosas.

—Las mujeres jóvenes son peligrosas para los solitarios. Son buenas hasta que tienes que pensar en el futuro, o ellas te exigen cuentas y no sabes cómo responder.

—¿Y qué hay de malo en ello, Stevens?

—No estás preparado para ese esfuerzo. Una mañana despertarás pensando que ella es importante; y luego, cuando ya no la puedas retener, te costará engañar a tu soledad.

—Tal vez esa mañana ya llegó. Hace un rato, mientras ella dormía, pensé que era una suerte tenerla a mi lado.

—¡Qué fácil te rindes, Heredia!

—Lo disfruto —dije—. Pero no he venido a filosofar. Necesito una buena dosis de café en el hígado y humo en mis pulmones. Me da flojera preparar café y anoche se acabaron los cigarrillos.

—En la cocina hay café recién preparado y cigarrillos nunca me faltan. Los encontrarás donde siempre.

Entré a la cocina que olía a refrito de pescado y tomé una cajetilla de Belmont de la alacena, sobre el lavaplatos.

Cuando el humo del tabaco se apoderó de mis bronquios, tosí con malsana satisfacción, y regresé al lado de Stevens.

—Anselmo vino con la capucha del asalto a tu departamento. Ese tal Cerda no parece un sujeto con iniciativa. Debe haber alguien que piensa por él. ¿No te parecen extraños los nombres involucrados? Baeza y Cerda son dos tiras en retiro. El primer informe sobre la muerte de Hillerman es contradictorio y a nuestro amigo Solís le han quitado la posibilidad de husmear en el asunto. Creo que estás metido en algo gordo. Y no me digas que lo sabes, porque la verdad es que te mueves a tientas. Pero no te preocupes, hice algo por ti.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—¿Recuerdas esa época en que viajaba a Costa Rica? Ahí conocí gente vinculada con la guerrilla centroamericana. Desde entonces ha pasado mucho tiempo y no pocas derrotas, pero los contactos permanecen, y me basta llamar por teléfono para recibir información política actualizada. El negocio de las armas nunca decae y acrecentará cuando la panacea del libre mercado se derrumbe. Las armas...

—¿Qué es lo que debo saber, Stevens? —pregunté interrumpiendo lo que podía ser una larga disertación sobre estrategias militares y armamentismo a escala mundial.

—Llamé por teléfono a unos amigos que viven en Costa Rica. Ellos dicen que la

empresa chilena Interarm, está vendiendo pertrechos al Ecuador, Perú, y otras naciones latinoamericanas; además de la consabida venta de bombas a Irak.

—Se habla mucho de ella pero nadie es capaz de entregar datos concretos sobre sus actividades, directivos, o la ubicación de sus instalaciones. ¿Has pensado que puede ser la fachada de otras industrias? Una manera de burlar los controles gubernamentales.

—Creo que el tema es otro, Heredia. La fabricación de armas, por decirlo de algún modo, está reglamentada. Se conocen muy bien los puntos que calza cada país y cada empresa.

—¿Otro? ¿En qué estás pensando?

—Debo confesar una pequeña indiscreción de nuestro amigo Anselmo; y mía también, desde luego.

—¿Qué tiene que ver Anselmo?

—La carta que le diste a guardar.

—¿Qué pasa con la carta?

—Anselmo vino y me habló de ella. Le pedí que la fuera a buscar y me la leyera.

—¡Cabrones! —Fernanda dice que Hillerman andaba tras la pista de un gas llamado sarín y menciona dos nombres: Baquedano y Almarza.

—Sí, eso dice.

—Sé bien de qué se trata. Tiempo atrás leí algún material sobre elaboración de armas tóxicas; y en dos o tres libros se menciona a Almarza, un químico industrial relacionado con proyectos que desarrollaba la Dirección de Inteligencia Nacional, en la década de los años setenta. Entonces se especulaba con una posible guerra con la Argentina o el Perú, y hasta donde se sabe, lograron fabricar el gas en pequeña escala. Pero algo pasó entre ellos o el proyecto perdió prioridad. Baquedano desapareció misteriosamente en Brasil y a los quince días lo encontraron muerto en una de las barriadas de Río de Janeiro. En cuanto a Almarza, éste realizó varios viajes a Inglaterra para estudiar los archivos de Beucker, un científico alemán que experimentó con gases nerviosos durante la Segunda Guerra mundial. Las notas, informes y documentos de Beucker, a pesar de la oposición de los soviéticos, fueron a dar a las manos de los ingleses después de la toma de Berlín, en 1945. Entonces había noticias acerca de las armas secretas que fabricaban los alemanes: bombas químicas, voladoras y atómicas. Era importante acceder a ellas para ganar ventaja en la Guerra Fría que se avecinaba, y en la cual los Estados Unidos había tomado ventaja con la bomba de Hiroshima. Los estudios de Beucker quedaron archivados en el Servicio Secreto inglés y, pasaron varios años hasta que en 1963, los científicos británicos volvieron a interesarse en el tema.

—Demonios, Stevens. ¿Cómo puedes saber tanto? Stevens sonrió y se puso de pie. Lo vi acercarse a un estante y sacar del interior varias carpetas azules.

—Braille —agregó, seleccionando una de las carpetas—. La transcripción del informe efectuado por agentes ingleses que siguieron los pasos de Almarza en

Londres.

—¿Qué hace en tu poder?

—El informe es parte del juicio que se le siguió a Julián Almarza en Inglaterra por la sustracción de documentos públicos. Al parecer, Almarza descubrió algunos expedientes que le interesaron, y para obtener copias de ellos necesitaba la gestión de la cancillería chilena. Como eso no era posible, decidió correr el riesgo y fue sorprendido al tratar de sustraer el material. El hecho apareció reseñado en el *Times*, y yo le escribí a unos amigos ingleses para que me enviaran los antecedentes del caso. En varias revistas inglesas se escribió abundantemente del asunto, y también quedó constancia de lo sucedido en las actas del juicio. Almarza pasó seis meses en la cárcel y después fue liberado. Se supone que la Embajada chilena en Inglaterra intervino en su favor.

—Que yo recuerde, en Chile nunca se escribió nada al respecto.

—Algo se dijo, pese al control que existía en la prensa. Pero el robo fue tratado como uno más de los tantos que realizan los rateros chilenos en Europa. Tres orgullosas líneas sobre la picardía chilena en los mercados internacionales.

—Quisiera saber lo que dicen esos papeles.

—No es necesario. Acabo de hacerte una buena síntesis de ellos. Además, están en Braille y traducirlos me llevaría algún tiempo.

—Y también quisiera ubicar a Almarza —interrumpí.

—Estuve pensando en eso. Julián Almarza fue socio de Carlos Olmedo Portugal en una empresa electrónica que operó entre los años 1975 y 1980. A comienzos del año 1981, Almarza emigró a Australia, y lo más probable es que aún esté en ese país.

—¿Quién es Olmedo Portugal?

—Alguien que vuelve al inicio de nuestra conversación. Mis amigos centroamericanos dicen que Olmedo trabajaría en Interarm.

—¿Quién es?

—Un exoficial de la Armada, con instrucción en las escuelas militares estadounidenses en Panamá. Trabajó para la CIA en la destrucción de grupos guerrilleros en América Latina. En Chile, después de 1973, desarrolló sistemas computacionales para los aparatos de seguridad. No se ensució directamente las manos pero ayudó con el manejo de datos y en el adiestramiento de interrogadores.

—¿No te parece mucha coincidencia?

—La necesaria para entender la lógica del rompecabezas. He pensado en varias cosas, Heredia. Primero, si Hillerman pertenecía a la CIA, Olmedo pudo saberlo, y al mismo tiempo conocer los verdaderos motivos del periodista. Segundo, la relación entre Olmedo y Almarza, y la mención de este último en la carta de Fernanda, me llevan a pensar que el asunto del gas sarín tiene fundamento. Y por último, la forma en que murieron tu amiga y Hillerman me recordó los métodos de Olmedo. Eliminar dirigentes sindicales simulando suicidios por exceso de drogas era una de sus especialidades. Lo hizo en El Salvador y Brasil. Drogas y una buena manipulación de

la prensa servían para inventar historias convincentes.

—¡Hillerman y Fernanda!

—Una suma peligrosa, Heredia. Si Olmedo está involucrado en la muerte de tu amiga, es mejor que dejes de husmear.

—¿Abandonar? ¿Ahora que tengo cómo jalar el hilo de la madeja?

—Hazme caso, Heredia. De lo contrario...

—¿Qué?

—Tendré que intervenir —dijo Stevens y su voz sonó repentinamente dura—. Tú sabes lo que es eso.

—No.

—Creí haberte dado a entender algunas cosas, o quizás he sido menos claro de lo que pensaba. ¿Nunca te has hecho preguntas sobre mí?

—Te he escuchado muchas noches, Stevens. Me gusta la mayoría de las cosas que dices. Además, sueles tener licor a mano y...

—Me asombra tu ingenuidad, Heredia. Nunca te has preguntado por mi interés en la prensa, o por esas grabaciones que suelo escuchar. Tiene que ver con lo que hice en el pasado. Algo te he dicho al respecto, ¿no? Que vivamos en una supuesta democracia no significa nada. La inteligencia militar sigue funcionando; y desde luego, aún están interesados en conocer antecedentes de la lucha armada, secuestros, internación de armas, barretines clandestinos. Quieren saber lo que ocurre en la actualidad con los partidos o grupos de izquierda. Reorganización, nuevos dirigentes, políticas que se imponen. Y nombres, sobre todo nombres para seguir alimentando sus archivos.

—¿Nombres?

—Conociste el lado visible de la dictadura. Pero detrás de esa faz existían otros movimientos. Gente que pensaba y decidía, intercambio de informes, conversaciones, acuerdos. Cada partido político administró información y generó acuerdos.

—Entre iguales...

—No necesariamente. Nuestra democracia de cartón piedra fue un negocio entre unos pocos inversionistas y algunos políticos criollos. La dictadura dejó de ser rentable y buscaron una alternativa. Escucha los discursos y mira las páginas sociales. Hubo acuerdo para blanquear la historia. Acuerdo y complicidad para el olvido. Por eso, cada vez que se intenta establecer un asomo de justicia, los militares ponen sobre la mesa los términos del contrato.

—La pones difícil, Stevens.

—Nada es espontáneo, Heredia. Existen redes de control. Visibles e invisibles. Nada es gratis ni inocente, salvo las carreras locas de sujetos como tú, románticos e ingenuos hasta la perversidad.

—Hay cosas que no se olvidan.

—Que tú no olvides. O mil o dos mil personas más. Pero el resto, los que sólo leen las letras grandes de los diarios o ven la televisión sin otra crítica que la

capacidad de mantenerse despiertos. De aquí al nuevo siglo nuestra historia será rosada, y en veinte años más, blanca. Los comunistas seguirán pagando sus errores y el desmedido apego a los soviéticos; los socialistas defenderán al capitalismo, y los únicos que seguirán igual son los empresarios y políticos de la derecha. Ellos nunca pierden. Manejan la historia como un negocio y les da lo mismo administrar con votos o garrotes.

—¿Y a qué viene todo eso?

—Quiero que sepas en qué te puede ayudar un sobreviviente.

—Demonios, Stevens. Dices todas las cosas a medias...

—Mejor así —dijo él, y luego de una pausa, agregó—: Con la ayuda de Blest haré que mencionen mi nombre en algunos lugares y diré que deseo reunirme con Olmedo Portugal. Si él está detrás de la muerte de tu amiga, aparecerá y podremos hacer un trato.

—¿A cambio de qué?

—Hay quienes me conocen como El Ciego. Un apodo familiar para quienes fueron parte de la seguridad militar en los últimos años. A muchos detenidos les preguntaron por mí durante los interrogatorios.

—¿Tú? —pregunté sorprendido.

—Olmedo sabrá que conozco una historia que él quiere mantener en secreto. Algo que, de hacerse público, le haría pasar un mal rato.

—Explícate.

—El verdadero nombre de Olmedo es Agustín Terán. Todo lo que antes te conté de él es cierto. Sus estudios y trabajos. Pero, hace unos años, mientras asesoraba a los militares en la venta de armas al extranjero, quiso hacer negocios por su cuenta y fue sorprendido cuando comerciaba un embarque de fusiles ametralladoras a Ruanda. El Ejército hizo sus investigaciones, y al ser descubierto, Olmedo amenazó con revelar algunos secretos si era sometido a proceso. Al principio su chantaje tuvo eco, pero enseguida Olmedo se enteró que le estaban preparando una encerrona. Entonces recurrió a sus amistades en la Policía y el Ejército, y simuló su suicidio a las afueras de Viña del Mar. El que debía ser su cuerpo apareció calcinado dentro de un auto. Estaba irreconocible y la Policía, sin mayor investigación, determinó que se trataba de Olmedo. La historia ha funcionado bien hasta ahora. Pero, hay cierto detalle que Olmedo ignora. A un doctor del Instituto Médico Legal le llamaron la atención las características extrañas del suicidio de Terán, y por su cuenta y riesgo examinó el ADN del cadáver. Determinó que pertenecía a otra persona; a alguien que desde entonces yace bajo una lápida que tiene grabado el verdadero nombre de Olmedo.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Casualidad y contactos. El médico que hizo el examen era hermano de un compañero, y éste me contó los detalles. Luego, hace cinco años, uno de esos amigos centroamericanos de los que te he hablado, comentó que había visto a Terán en Miami, a la salida de La Carreta, un restaurante cubano. Le llamó la atención, porque

para entonces lo daban por muerto. Enseguida alertó a sus compañeros, y después de algunas indagaciones en el restaurante y en la colonia cubana, averiguaron su paradero y siguieron sus pasos durante varios meses, hasta que salió de la clínica de tratamiento estético en la que se hizo una cirugía facial. En síntesis, sumé ambas historias y me preocupé de conocer las actividades de Terán una vez que volvió a Chile con su nuevo nombre. Retomó algunos de sus antiguos contactos y sigue trabajando en el tema de la informática. Pero ahora recibe órdenes del exterior y probablemente tenga sus propios negocios.

—Lo creo sólo porque tú lo dices —comenté.

—Confío en que Olmedo sepa valorar la importancia de mi silencio —agregó Stevens.

—¿Y si se pone violento?

—Difícil. Olmedo sabe que en materia de inteligencia uno trabaja con resguardos, y que por lo tanto, lo que yo sé también lo pueden conocer otras personas. Si algo me pasa, no faltará quien cuente la historia a un periodista interesado en provocar un escándalo.

—¿Y después?

—Dejaremos de ser vecinos y extrañaré tus visitas. Pero Santiago es una ciudad grande, y sobran rincones para que dos amigos se encuentren de vez en cuando.

—¿Es necesario?

Stevens movió la cabeza como si mirara su entorno por última vez. Caminó hasta llegar a un aparador. Sacó una botella oscura, tomó dos copas, y me maravilló una vez más al llenarlas sin que se desbordaran.

—Has llegado muy lejos ésta vez. Cruzar la red invisible tiene un costo que es necesario pagar o negociar.

—Es mejor que lo olvides y me dejes actuar por mi cuenta.

—No lo hago sólo por ti, Heredia. Lo tuyo es un accidente. Es parte de mi vida el jugar entre los recovecos del poder.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Muévete de prisa y ubica a Cerda.

Bebí el coñac y miré a Stevens, dudando una vez más de su ceguera.

—No lo preguntes —dijo, adivinando mis pensamientos.

Me puse de pie y caminé hasta la salida del departamento.

—Espera —dijo—. Olvidaba algo. Dile a tu muchacha que pase unos días conmigo. Ella no tiene que pagar por tus locuras ni yo me perdonaría si le llegara a ocurrir algo.

—¿Algo más?

—Tu amigo Solís. Que se cuide.

Capítulo 3

Griseta aún dormía cuando regresé al departamento. Me senté en el extremo de la cama y mientras encendía el último Belmont que había pedido a Stevens, contemplé cómo su piel morena y desnuda se deslizaba sobre las sábanas igual que una serpiente sigilosa. Expulsé la primera bocanada de humo y temí que ese breve gesto inquietara su sueño, privándome de la visión de sus pechos semiocultos, de sus piernas levemente abiertas, largas, firmes, abrazadoras, que prolongaban la magnífica dureza de sus nalgas.

Pensé en la posibilidad de recostarme junto a ella, y unido a su tibieza, dejar que el tiempo transcurriera, mientras afuera los lobos hacían su negocio. Mientras ella estuviera a mi lado se mantendría la calma; pese a las advertencias de Stevens y la incertidumbre que agrietaba mis nervios, obligándome a pensar en la forma de reunir los eslabones que unían a Cerda con Fernanda.

Entonces, entre el deseo y las dudas, comprendí la razón del miedo. No quería perder a Griseta, porque ella era la inesperada oportunidad de aquietar el vuelo solitario, la rabia, el desencanto que me acechaba cada mañana al recorrer las páginas de los diarios o los rincones del barrio; sucios, maltrechos, abandonados a la suerte del tiempo. Al acogerla en el departamento había vuelto a interesarme en alguien, sin nada a cambio, salvo la posibilidad de huir por unas horas cuando a mi alrededor las cosas adquirirían el aliento del fracaso y era mejor borrar la propia sombra antes de quebrar la magia de unas palabras amables, o ese silencio que se acaricia a sí mismo, cuando los cuerpos han dicho todo y no queda más que sonreír al ritmo de un aliento feliz, ajeno y propio a la vez. Y sin embargo, pese a mis palabras y a la cercanía de Griseta, algo que se desprendía de las revelaciones de Stevens me hacía intuir el dolor; la amenaza sin rostro que limitaba mis sueños más simples.

Luego, Griseta despertó. La vi abrazarse a la almohada y mirar a su alrededor sin advertir mi presencia. La nombré, y antes de estirar los brazos para espantar la pereza, dejó que en su rostro se reflejara una sonrisa amplia, esperanzadora.

—¿Desde cuándo estás ahí? —preguntó.

—Diez o quince minutos. Un cigarrillo y varios pensamientos que te involucran.

—¿Y qué ves con tanto interés?

—Al ángel de la guarda —dije y me reí de la ocurrencia—. En el orfanato donde viví nos cuidaba el padre Abarca. Nos hablaba a mí y a los demás niños del ángel que protege a cada persona. Nos hacía rezar para invocar su ayuda. Nunca lo olvidé y hasta hoy miro esos adornos de las casas o las iglesias que reproducen imágenes de ángeles. Siempre son gordos y risueños. El cura Abarca no estaba equivocado, pero sólo ahora lo sé.

—¿Qué has estado bebiendo?

—¿Te burlas de mi pequeño cuento?

—Me asustas. Te escucho y recuerdo los cuentos que inventaba mi madre para

dulcificar algo desagradable. Creo que hablas en serio y nunca me habían hecho una declaración de amor tan absurda. Parece una despedida y por eso temo que sea real.

Griseta se acercó y, cómplices de los mismos sentimientos, nos abrazamos.

—¿Estoy equivocada? —preguntó.

—Lo que pasó en la oficina puede ser el inicio de algo peor. Hablé con Stevens y acordamos que te alojarías unos días en su departamento. No es bueno que estés sola ni que nos sorprendan juntos si una de estas noches vuelven a visitarnos. Nos veremos algunas horas durante el día y te llamaré por teléfono.

—Quisiera estar a tu lado —dijo ella—. Tú no me entiendes; odio huir del lugar en que vivo, olvidar sus espacios, los arreglos que una hace para estar más cómoda. Cuando buscaban a Juan cambiábamos a menudo de casa. Llegué a detestar a mi madre por su facilidad para empacar tres o cuatro cosas y arrastrarme a lugares extraños, fríos, siempre lejanos. Ni siquiera tenía tiempo para despedirme de los amigos del barrio, y fui una continua extraña en los colegios. Era como estar en un viaje permanente, sin conocer su destino, ni cuándo ni cómo terminaría.

—Esta vez será distinto —dije sin convicción.

—¿Por unos días? Eso puede significar mucho tiempo.

—Uno o dos —dije, y el timbre del teléfono me libró de mentir una vez más.

Me aparté de ella y al tomar el fono reconocí la voz de Solís.

—Apareció Cerda —dijo atropelladamente—. Estoy en el Do Brasil y el hombre parece esperar a alguien. Si te apuras podemos seguirlo juntos.

—Quince minutos —dije y corté.

Besé a Griseta en las mejillas y enseguida tomé la chaqueta que colgaba del respaldo de una silla.

—Recoge tus cosas y trasládase al departamento de Stevens. Si alguien extraño aparece por aquí, no intervengas. No importa lo que hagan o digan. Quédate con Stevens y espera a que te llame.

—Cuídate, Heredia —dijo.

Abrí la puerta y salí al pasillo del piso. Tomé el ascensor que venía desocupado, y al llegar a la calle me detuve frente al quiosco de Anselmo. El suplementero parecía vigilar el entorno desde la ventanilla y al verme puso un dedo sobre sus labios para indicarme que guardara silencio.

—Mire a sus espaldas, don Heredia. Hay un loro que vigila el edificio y parece ser uno de los tipos que entraron a su departamento.

—¿Parece o es?

—Carajo, don, no estoy seguro. La miopía me juega chueco.

—¿Qué está haciendo? —pregunté.

—Mira hacia acá.

—Sal del quiosco y simula buscar una revista. Voy a caminar hasta la esquina y si el tipo se mueve, procura cruzarte en su camino.

Anselmo salió del quiosco y di los primeros pasos hacia la calle Bandera. El

vigilante, alto, moreno y vestido con una campera de mezclilla, comenzó a seguirme sin darse cuenta de que Anselmo se dirigía a su encuentro con una ruma de diarios que dejó caer sobre sus pies sin ninguna contemplación. Escuché los reclamos del hombre y entendí que era el momento de correr. Al llegar a la esquina subí a un bus y alcancé a ver al extraño tratando de alcanzarlo. Me bajé en la primera parada y caminé tres cuadras sin rumbo fijo, simplemente para comprobar que no tenía una sombra extraña a mis espaldas.

Consulté la hora en mi reloj. Sólo tenía diez minutos para reunirme con Solís. Abordé el primer taxi libre que tuve a la vista. El tránsito era moderado y el taxi consiguió avanzar fácilmente entremedio de varias filas de buses y autos. Hacía calor y el interior del vehículo olía a flores de cementerio. Bajé el vidrio de la ventanilla que tenía a mi alcance. El chofer pulsó las teclas de la radio y se escuchó una melodía estridente.

—Alfredo y los Coyotes Rosados —dijo el chofer con el entusiasmo de quien cita a Mozart—. ¿Le gusta?

—Mucho —dije—. Voy a comprar la cinta para escucharla en mi negocio.

—¿A qué se dedica el caballero?

—Administro una modesta y honrada casa de putas —respondí, y la acelerada violenta del vehículo me dio a entender que el chofer carecía de humor.

Solís y Bernales esperaban frente al Do Brasil. Dagoberto mordisqueaba un fósforo y miraba de reojo hacia el interior del café. El muchacho vestía el traje negro de su primera comunión, al que había estirado las mangas y añadido una considerable cantidad de arrugas. Me saludó con un apretón de manos, y por la fuerza empleada pensé que aún le duraba la preparación física de la escuela o todavía no ingresaba al ritual de las cervezas después de la hora de oficina.

—Está adentro —dijo Solís indicando el acceso—. Podemos entrar y agarrarlo de las orejas, o esperar a que salga y seguirlo.

—Esperemos. En el café hay muchos clientes y podría escapar —sugerí.

—Parece que aguarda a otra persona. Mira hacia la puerta y consulta su reloj insistentemente —intervino Bernales.

El sol hacía su juego más duro en la esquina de Bandera y Huérfanos; y debimos soportarlo media hora hasta que Cerda se cansó de esperar y salió del café. Lo vimos alejarse por el paseo Huérfanos y nos pusimos a caminar detrás de él, sorteando la prepotencia de los peatones y las mercaderías de los vendedores ambulantes.

Solís hizo un gesto a Bernales y éste se apartó para cubrir desde otra perspectiva los pasos de Cerda. Sin advertir que lo seguíamos, Cerda llegó hasta el paseo Ahumada y se detuvo en un quiosco a comprar cigarrillos. Enseguida enfiló hacia la escalera mecánica de la estación Universidad de Chile del Metro. Apuramos nuestros pasos y tras descender y alcanzar el andén, conseguimos abordar el mismo carro que Cerda. El vagón se llenó de estudiantes que salían de sus clases, y tuvimos que extremar la vigilancia hasta que vimos descender a Cerda en la estación Pedro de

Valdivia.

Diez minutos más tarde entró al Tavelli. Miró a las personas que estaban en el interior del café y se acercó con seguridad a la mesa ocupada por un hombre que parecía esperarlo.

Solís reconoció al extraño y me retuvo junto a la entrada del local.

—Tonioni —dijo en voz baja, como si a alguno de los clientes del café pudiera interesarle nuestra conversación.

—¿Quién?

—El inspector que investiga la muerte de Hillerman —respondió Solís, justo en el momento en que Tonioni miraba hacia la entrada.

Cerda se volvió hacia nosotros y sin pensarlo dos veces salió por la puerta del café que daba a un pasaje interior.

—Síguelo; yo me encargo de Tonioni —ordenó Solís a Bernales.

Decidí acompañar al muchacho cuando Dagoberto, en actitud de jugador de póquer, se acomodó en una silla junto a Doroteo Tonioni. Salí al pasaje y tropecé con una pareja que se besuqueaba al amparo de la sombra proyectada por la marquesina de una tienda. Hice a un lado a la pareja y alcancé a ver a Cerda entrando en la galería comercial. Bernales lo seguía a corta distancia. Corrí en la misma dirección y al llegar al punto en que los había visto, la fortuna cambió de aspecto. No divisé a ninguno de los dos y luego de recorrer la galería de un extremo a otro, reconocí que había perdido el rastro y debía resignarme con volver al Tavelli para conocer el resultado de la charla entre Solís y Tonioni.

Encontré a Dagoberto junto a una taza vacía. Tuve la impresión de que sus pensamientos estaban lejos del café y de que si en ese momento se hubiera desatado un terremoto, él habría seguido sentado junto a la mesa, ajeno a la histeria o el derrumbe.

—Te pareces al Cristo del Desaliento —dije, sentándome en la misma silla que antes ocupó Tonioni.

—Lo único que no necesito es un humorista —dijo Solís.

—¿Qué pasó con Tonioni?

—Fue un diálogo áspero, pero logré sonsacarle algunas cosas. Reconoció que empleaba a Cerda como soplón, y cuando le mencioné a Hillerman, dijo que corríamos peligro, porque no era un asunto para policías deshonestos y detectives muertos de hambre. Lo amenacé y se rió en mi cara. Si me denuncias será tu palabra contra la mía, dijo. Insistí con lo de Hillerman y él aclaró que recibía órdenes y además, dijo que alguien poderoso había repartido abundante dinero entre los policías que llevan el caso.

—Entonces le mentaste la madre y el tipo se fue.

—Fui más torpe aún. Le dije que tenía pruebas para involucrar a Cerda en la muerte de Hillerman y que sólo esperaba verificar dos o tres antes de arrestarlo.

—No fue muy inteligente de tu parte.

—Pensé que un poco de miedo soltaría su lengua. Pero ni siquiera se puso nervioso. Me equivoqué al tratar a Tonioni como a un delincuente común.

—Los crímenes que nos preocupan no son comunes. ¿No te das cuenta? Cerda, Baeza, Tonioni. Una red de los tuyos, con placas legales y acceso a información. Y eso no es todo. Tonioni sabe que alguien le cubre las espaldas y que cualquier cosa que digas, será despachada rápidamente al canasto de la basura.

—Tengo otra carta que jugar —dijo Solís—. Redactaré un informe para el Director Nacional. Lo conozco; hemos trabajado juntos en varias oportunidades y estoy seguro de que ordenará investigar.

—Si tú crees...

—Escribiré lo que sé de la muerte de Hillerman.

—No pierdes nada con eso, pero creo que es hora de zamarrear a Baeza y Cerda.

—Baeza es un misterio y al parecer a ti no te fue bien con Cerda.

—Confíemos en tu chico. Siguió a Cerda y tal vez tenga suerte. Si sabes algo de él, avísame —dije al tiempo que desechaba la idea de tomar café.

—He cometido muchos errores —dijo Solís en voz baja, como si hablara para sí mismo.

Parecía cansado y supuse que antes de redactar el informe recurriría a la ayuda de nuevos papelillos. Algo se había quebrado en su interior y sólo él conocía el origen del dolor.

—Cuídate, Dagoberto. Lo único que el hombre perfecciona es su propia destrucción.

—No vengas con frases mierdosas —protestó Solís.

—Entonces te sugiero que hagas algo más. Consulta a tus colegas de la Brigada de Delitos Tributarios si tienen antecedentes sobre negocios conjuntos entre Julián Almarza, Baeza y un tal Carlos Olmedo Portugal.

—¿En qué estás pensando?

—Tiro migajas al camino para ver si me ayudan a llegar a alguna parte.

—Tus referencias literarias me tienen podrido, Heredia.

Nos despedimos cuando Solís llamó al mozo y pidió otro café. Salí a la calle y deambulé por algunos minutos sin rumbo fijo. La gente caminaba de prisa, y pensé que sólo eran personas tratando de cumplir un horario, comer, acariciar al perro, comprar o vender acciones, llevar niños al colegio, sepultar al abuelo, pegar estampillas. Eso y más, todo, nada, lo de siempre; pequeñas justificaciones para cada hora del día.

Al regresar a la oficina reconocí al matón que me había seguido. Estaba apoyado en un Opel azul de cuatro puertas, y le costó disimular su interés cuando me detuve junto al quiosco de Anselmo.

—¿Vio al hombrón? Está ahí desde hace dos horas —dijo Anselmo.

—Tiene que ganar su salario y no me preocupa que sepa que estoy en la oficina. ¿Algo más?

—Una noticia que acabo de leer en el diario. Astrónomos norteamericanos descubrieron en el espacio una nube más grande que el sistema solar; contiene algo así como un billón de billones de litros de alcohol. Dicen que si la emplean para hacer cerveza se podrían entregar trescientos mil copetes al día a todos y cada uno de los habitantes del planeta en los próximos mil millones de años. ¿Qué le parece, don? ¡Cataratas cósmicas de alcohol!

—Recuérdame que te dé el nombre de un psiquiatra.

—¿Me está tratando de loco, don?

—Sólo voy a recomendarte un buen compañero para beber —respondí, alejándome hacia la entrada del edificio.

Sobre el escritorio había una nota de Griseta. Me decía que estaba con Stevens y que esperaba mis llamadas. Maldije su imprudencia y rompí el papel en el mismo instante que *Simenon* se encaramaba encima del escritorio.

—Hemos conversado poco en los últimos días.

—¿Quieres un consejo o sólo te quejas? —le oí preguntar.

—Un poco de las dos cosas.

Apagué la luz de la oficina y me senté junto a la ventana, atento a los murmullos que llegaban desde la calle. *Simenon* se recostó sobre mis piernas y me dormí escuchando sus pausados ronroneos.

Solís llamó tres minutos antes de la medianoche. Su voz denotaba entusiasmo y no pude distinguir si ese ánimo obedecía a los resultados de su trabajo o al efecto de unas pepas combinadas con alcohol.

—Acabo de hablar con Bernales —dijo—. Siguió a Cerda desde que lo vimos en el Tavelli. El putito se puso nervioso y estuvo entra y sale de varios sitios públicos. Videos, tiendas y algunas fuentes de soda. Después comió en un Burger y se dirigió al que parece ser su departamento, en la Villa Olímpica. Bernales llamó desde un teléfono público y le dije que volviera a vigilar. ¡Esta vez lo tenemos, Heredia!

—Buen muchacho ese Bernales. Se ganó su ración de zanahorias.

—Le dije que nos esperara. Estoy en mi oficina y ya terminé de redactar el informe al director —agregó Dagoberto—. Ordeno unos papeles, apago el computador y paso a buscarte en diez minutos más.

—Bien. Tú también tendrás tus zanahorias.

—Lo de Cerda no es todo —prosiguió Solís sin hacer caso a mis palabras—. Obtuve el resultado del examen de la sangre encontrada en las uñas de Fernanda. Lo hice chequear con los antecedentes del personal, y corresponde al mismo grupo de Rogelio Baeza.

—Era de imaginar. Baeza y Cerda estuvieron en el Comet la noche que murió Fernanda —dije—. Debemos atrapar a Cerda a cualquier costo. Tiene que decirnos varias cosas.

—Voy por ti —concluyó Solís.

—Estaciona en la esquina cuando llegues. Es más seguro —le advertí antes de

cortar la comunicación.

Miré el reloj con sus manecillas clavadas en la medianoche. Tuve tiempo para beber una copa, sacar la pistola del escritorio, y cuando vi pasar por la calle el auto de Solís, bajé por la escalera de servicios para evitar la curiosidad del hombre que seguía vigilando, amparado tras el quiosco de Anselmo.

—Arranca rápido y acelera —le dije en cuanto estuve dentro del auto—. Hay un punto fijo a la entrada del edificio y ya he perdido bastante tiempo jugando a las carreritas con él.

Solís rió a carcajadas.

—Se llama Segundo Aranda. Acaba de llegar a la unidad, y sigue mis instrucciones —dijo.

—¡Ordenaste que me vigilaran!

—Si venían a visitarte de nuevo, al menos quería conocer la hora en que sacaban tu cadáver del departamento.

—¿Por qué no lo dijiste antes? Eres una vieja y porfiada mula.

Solís sonrió. Puso en marcha el vehículo y en el primer semáforo sacó de la guantera una petaca acerada.

—Un *whisky* mediocre siempre ayuda a repartir golpes. Quema las entrañas y te hace odiar hasta a tu madre —dijo.

—Como en esa noche del cabaré...

—Tú y tu nostalgia. Vamos a pillar a un asesino, no a bailar con las hermanitas más calentonas del barrio.

—Suelo recordarlo —dije después de probar el licor—. La encerrona, el fuego, las balas, tu herida, y ese último escopetazo tuyo que me salvó el pellejo.

—Tiempos difíciles, cabrones. No como ahora...

—Nada ha cambiado tanto.

—Nosotros, Heredia. La ilusión; el entusiasmo para machacarse el alma por nada. Los putos principios, las ganas.

—¿Nosotros? —me pregunté a mí mismo y repetí la dosis de *whisky* antes que el pasado pusiera sus tramposas cartas sobre la mesa.

Bernales nos esperaba a la entrada del edificio de Cerda. Estaba nervioso y fumaba con la torpeza de los que carecen del hábito.

—Sigue en el departamento —informó a Solís—. Hay luz encendida y salvo los minutos que ocupé en llamarlo y comprar cigarrillos, no me he movido de este lugar.

Con sus múltiples ventanas iluminadas, el edificio parecía una nave de la guerra de las galaxias a punto de levantar vuelo al planeta de los simios. Solís observó la mole de concreto y enseguida ordenó a Bernales que subiera por la escalinata que caracoleaba a uno de los costados de la construcción.

—Cuarto piso, departamento 408 —tartamudeó Bernales antes de alejarse en la dirección indicada por Dagoberto.

Solís sacó la pistola que traía anidada en el cinturón y comprobó que estuviera en

condiciones de disparar.

—Veinticinco años y aún no me acostumbro a este aparato —dijo, justificando la torpeza con que manipulaba el arma.

Subimos por el ascensor hasta el cuarto piso y al salir de la caja metálica quedamos frente a un pasillo largo y mal iluminado. Solís avanzó examinando los números de las puertas y se detuvo en el 408.

Bernales apareció por el otro extremo del pasillo y Solís le hizo una seña para que se acercara. Desde el interior del departamento oímos un diálogo proveniente de alguna teleserie nocturna. Bernales se acercó, secó el sudor de su frente, y quedó a la espera de la siguiente orden de Solís.

Dagoberto golpeó la puerta con la culata de su pistola y por unos segundos esperamos alguna reacción. Los diálogos del interior siguieron iguales y no ocurrió nada. Dagoberto repitió sus golpes y yo, al tiempo que empuñaba mi arma, esperé, tan impaciente como mis dos compañeros.

—¿Aún enseñan a usar ganzúas en la escuela? —preguntó Dagoberto a Bernales.

El policía entendió que la pregunta era una orden. Sacó una especie de llave desde su chaqueta y la introdujo en la cerradura.

—Listo —susurró Bernales—. Tiene un mecanismo simple.

Solís empujó la puerta con el pie izquierdo y entró al departamento. Lo primero que vimos fue una sala de estar en la que había tres sillones fraileros, dos mesitas de arrimo y un televisor encendido. El cuarto parecía haber sobrevivido a los estragos de una fiesta o una pelea. Copamos el reducido espacio de la habitación y cada cual se detuvo frente a una de las tres puertas que comunicaban la sala con otras piezas. Solís alzó su mano izquierda a la altura de su frente y cuando la bajó, irrumpimos en la pieza que el azar había asignado a cada cual.

—Cocina —oí gritar a Bernales.

—Nada —gritó Solís, como un eco erróneo a lo dicho por Bernales.

—Aquí —murmuré, y sin temor a ser atacado, guardé la pistola en mi chaqueta. Sobre una cama de dos plazas reconocí el cuerpo desnudo de Cerda. Estaba boca abajo; tenía un grueso pene de plástico incrustado entre las nalgas y a su cuello había sido atada una media de nylon. A su alrededor se encontraban otros penes sintéticos de distintos tamaños, una peluca, papelillos de cocaína y media docena de revistas con fotos de efebos que se daban por el culo o se besaban las vergas. La pieza estaba pintada de color salmón y sus paredes recubiertas de espejos que reflejaban desde diferentes ángulos el espectáculo montado sobre la cama.

Me acerqué a Cerda y vi que sus ojos miraban fijos la almohada en la que se apoyaba su cabeza.

—Mierda —dijo Solís a mi espalda, mientras Bernales se esforzaba por mantener su atención en el cadáver.

—¿En qué momento? —se preguntó.

—Cuando fuiste a llamar por teléfono —le respondió Solís.

—Te equivocas. Lo estaban esperando —dije—. En el recibidor hay tres vasos sucios y una botella de ron a medio consumir. Cerda conocía a sus asesinos. Conversaron y luego se dieron de golpes. Eso explica el desorden y los tragos.

—Salió mucha gente del edificio mientras vigilaba —agregó Bernales a modo de excusa—. Seis o siete hombres, un par de muchachas, señoras con niños...

Solís, sin hacer caso de las palabras de su ayudante, sacó un pañuelo y lo ocupó para revisar los objetos que estaban desparramados alrededor de Cerda.

—Linda colección —dijo, al tiempo que miraba los penes de plástico—. Duros, higiénicos y juguetones.

—Crimen entre homosexuales. Ésa es la idea que quieren hacer creer. Cerda mata a Tamayo, y los amigos de éste le devuelven la mano.

Mientras Solís terminaba su inspección, abrí el velador ubicado al costado izquierdo de la cama. Contenía cuatro cajetillas de Kent, varios sobres de condones, un pote de vaselina, ocho billetes de mil pesos, siete aspirinas, y una pequeña libreta negra en la que alguien había registrado minuciosamente sus ingresos y gastos.

—¿Encontraste algo? —preguntó Solís, al tiempo que abría el ropero que contenía una chaqueta de cotelé y un impermeable verde.

—Nada que nos sirva —dije—. ¿Y en ese ropero?

—Poca cosa. Estaba de paso o era un amarrete que no invertía dos chauchas en ropa.

—¿Por qué? —preguntó Bernales. Solís y yo lo miramos de reojo con ganas de mentarle la madre.

—¿Por qué, qué? —le preguntó a su vez Solís.

—Su muerte, así, de este modo —respondió el policía.

—Desde hace cinco minutos me estoy preguntando lo mismo —dije, y luego de recordar la última conversación con Stevens, agregué—: Quieren borrar pistas.

—Alguien que está bien informado —comentó Solís.

—Tonioni o cualquiera de los que acompañaban a Cerda cuando asaltó mi oficina.

—¿A ti no se te ocurre nada? —interrogó Solís a su ayudante. Bernales enrojeció y como única respuesta, sólo atinó a mirar hacia el suelo.

—Mierda, mil veces mierda —protestó Dagoberto—. Todo se fue al carajo.

—Puede haber huellas —balbuceó Bernales.

—Sí, seguro. Miles de ellas, desde el gato de la vecina hasta el portero —reclamó Solís—. Aun así, llamaremos a los expertos para que espolvoreen el lugar y se entretengan varias horas con sus microscopios.

—Por mi parte, no tengo nada más que hacer aquí —dije.

Solís asintió con la cabeza, tomó una sábana que estaba a los pies de la cama y cubrió con ella el cuerpo de Cerda.

—Nada bueno se encuentra olisqueando culos —exclamó.

Mientras salía del dormitorio vi que Bernales se adelantaba y, junto a uno de los

sillones, recogía algo del suelo. Eran tres o cuatro papeles doblados que alguien había dejado caer bajo la mesa de centro.

—Boletas de restaurantes y una tarjeta de crédito —dijo, como si hubiera necesitado nombrar los objetos para reconocerlos.

Bernales quiso agregar algo más, pero Solís lo distrajo con la orden de llamar a la oficina para que enviaran una ambulancia y a quienes tendrían que investigar el asesinato de Cerda.

—Sí, señor —dijo Bernales y enseguida balbuceó—. Baeza.

—¿Qué pasa con Baeza? —pregunté.

—Esto —agregó Bernales mostrando la tarjeta de crédito que acababa de recoger—. Está extendida a su nombre.

Le arrebaté la tarjeta de las manos y leí el nombre escrito en ella.

—Aparte de confirmar que estuvo aquí, ¿de qué nos puede servir? —preguntó Dagoberto.

—Tai vez aporte esa dosis de suerte que se requiere en toda investigación —respondí.

Los policías me miraron sorprendidos y quedaron a la espera de una explicación. Pero no les dije nada. Guardé la tarjeta en mi chaqueta y caminé hacia la salida.

El pasillo seguía desierto y se escuchaban los gritos de una mujer que retaba a sus hijos. La vida se multiplicaba en ritos ajenos a la muerte de un hombre solitario. Los habitantes del edificio descansaban y al amanecer las amas de casa tendrían tema para conversar. Algunas recordarían haber visto a Cerda y después volverían a sus compras en la feria o a lavar las camisas de sus esposos. Eso u otra cosa, porque a fin de cuentas, siempre había una preocupación más importante que la muerte.

Subimos al auto de Solís y durante dos minutos ninguno de los tres dijo nada. Miramos las luces del edificio hasta que todas, menos la del departamento de Cerda, se apagaron. Primero pensé en el ojo de Polifemo, y luego en la débil luz de un faro indicando que el final de la travesía aún está lejos. Abrí la guantera y saqué la petaca de licor. La noche estaba calurosa pero aun así necesitaba algo que me calentara por dentro. Le ofrecí un trago a Solís y éste lo rechazó. Insistí con Bernales y el muchacho vaciló antes de beber un sorbo más largo de lo aconsejable.

—¿Ves Solís? El bebé aprende rápido —dije, arrebatando la petaca a Bernales—. Es de los nuestros.

Solís me miró con una expresión cansada. Trató de sonreír, pero no tuvo éxito. Lo obligué a vaciar la petaca y a recibir un cigarrillo.

—La noche y la ciudad —dijo Solís, mientras pensaba sus palabras y miraba a Bernales por el espejo retrovisor—. La gente común ignora lo que ocurre mientras duerme, fornicación o ve esas mediocres historias policíacas de la televisión. La mayoría cree que el mundo duerme o descansa como ellos, y que el mal está lejos y no los tocará. Sin embargo no es así. Oscurece y aparecen nuevos rostros. El paisaje es otro, los murmullos dentro de las casas, el ruido de los autos, los pasos que recorren las

calles. Un mundo que me atrae y atemoriza desde que realicé la primera ronda nocturna.

—Sé de qué hablas, Solís.

—¿Puede contemplarse una escena como la que acabamos de encontrar y después volver a la calle como si no hubiera ocurrido nada?

—Nosotros no inventamos el mundo. Sólo somos sus testigos —dije y miré a Bernales. El muchacho estaba pálido y escuchaba nuestro diálogo con la vista fija en la ventana iluminada del departamento de Jaime Cerda.

Solís dio arranque al motor y el auto avanzó unos metros.

—¿Y ahora qué sigue? —preguntó Solís.

—Busca un teléfono público para que Bernales haga su llamada. Después cada uno de nosotros se irá a descansar. Mañana probarás fortuna con tu informe y yo veré si la tarjeta sirve para encontrar a Baeza.

Capítulo 4

Me despedí de Solís frente al Chez Henry. Junto a la entrada del restaurante, una anciana andrajosa alargaba sus manos pequeñas y sucias hacia los clientes que salían de los salones, atiborrados de comida y alcohol. Abrigaba su cabeza con un desteñido chal de lanilla y sus mejillas estaban cubiertas por una costra de mugre. La observé hasta que un hombre delgado y cabizbajo dejó en su mano dos monedas; enseguida caminé hacia la plaza de Armas en dirección a la calle Bandera.

Era una noche cálida y deseaba orear mis pulmones antes de regresar a la oficina y aprisionarme en ella a la espera de Baeza y sus hombres. Pensaba en Jaime Cerda. Había muchos otros como él que seguían en sus oficios de sombras. Hacían su trabajo, mientras sus amigos del pasado invocaban el olvido. Me repugnaba ver sus rostros en los diarios, sonrientes, amparados en el poder que seguía intacto y se manifestaba frente a cada atisbo de justicia.

La calle Bandera era un paisaje oscuro, vampiresco, apenas iluminado por las débiles luces de neón que indicaban la entrada a los cabarés de mala muerte; madrigueras donde muchachas ojerasas se ganaban cuatro veintes masturbando borrachos al amparo de cortinas impregnadas de semen urgente. Conocía esos lugares, porque en el pasado había protegido a tres copetineras, luego que una de ellas fuera arrojada al vacío desde el cuarto piso del Caracol Bandera. Llegaban a las diez de la noche, vestían sus bikinis plateados y hasta el amanecer convivían con

tipos que aplacaban en ellas sus particulares hienas del deseo. No era el infierno, pero se parecía; mientras a pocas cuadras de ahí, los concejales predicaban a diario sobre la seguridad ciudadana, las buenas costumbres y el ornato de los jardines.

Consideré la posibilidad de recorrer el barrio, beber dos o tres copas y esperar la llegada del amanecer. Pero estaba muy cansado, y no deseaba hundirme en el pozo mientras los asesinos de Cerda rondaban, inmunes al flojo brazo de la ley, como solía escribir Avello, un viejo reportero criminal, cesante desde la última edición del diario *Fortín Mapocho*. Caminé hasta la calle Aillavillú, y durante media hora vigilé la entrada de mi edificio y sus alrededores, atento a cualquier movimiento sospechoso o sombra desconocida. Vi entrar a cuatro putas con sus clientes, a un mozo del bar Nacional de apellido Mondaca que vivía en el octavo piso, y a Sagredo, el marino mercante retirado que protegía a algunas de las patines que trabajaban en el sector. Sólo entonces apagué el cigarrillo que fumaba y entré al edificio.

El departamento de Stevens estaba cerrado. Ingresé a mi oficina y *Simenon* se abalanzó a mi encuentro, exigiendo sus caricias del día. Saqué del escritorio la botella de *whisky* y no hice más que mirarla, como aguardando que de su interior emergiera un genio loco o borracho. Finalmente, la volví a su escondrijo y dejé de pensar en ella.

—¿Desde cuándo le temes a una copa? —creí que preguntaba *Simenon*.

—Una, dos, tres. No les temo, *Simenon*. Las reservo para cuando todo termine y exista algo que olvidar.

—Es la segunda vez que lo haces desde que te conozco.

—Esta noche tuve miedo de la ciudad y sus calles. Quise entrar a un par de lugares y no pude. He visto demasiada violencia durante mucho tiempo. Y cada día estoy más solo. Los amigos se abanicán con sus tarjetas de crédito, engordan en los MacDonalds y se burlan de lo que antes fueron.

—No eres el único que teme, Heredia. Esta tarde estuve con tu muchacha. Basta con mirarla para darse cuenta que tiene miedo y le gustaría salir corriendo. Pero te ama, piensa en ti y se contiene.

—Fantasías. Las dices para hacerme sentir bien.

—Amor y miedo son dos sentimientos que suelen andar juntos.

El timbre del teléfono apagó el comentario. Tomé el fono y por segunda vez en las últimas horas, reconocí la voz de Dagoberto Solís.

—Necesito verte —dijo, seco, directo, con el tono duro de voz que empleaba para agilizar los traseros de sus detectives.

—Son las cinco y media de la mañana. Una hora adecuada para dormir y dejar que el prójimo también lo haga.

—Decidí dar una vuelta por la oficina para ver si los muchachos de Homicidios ya se habían preocupado de Cerda —dijo—. Busqué el informe que había preparado para el director y no estaba. Alguien lo sacó desde mi escritorio.

—Llama a la Policía. En seis meses más te van a preguntar si tienes algún

problema.

—¡Hijo de puta!

—¿Dónde y en cuánto tiempo más? —pregunté al comprender que su preocupación era real.

—Quince minutos. Quiero hacer otra copia del informe y que tú me acompañes hasta que sea la hora de entregarlo. Nos vemos en la Estación Calicanto. Buscaremos alguna picada donde tomar desayuno y conversar. No quiero estar solo.

Percibí el miedo de Solís. Sabía que la imagen de Cerda en su departamento seguía en la memoria de mi amigo, y que lo inquietaba la participación de algunos de sus colegas en la muerte del expolicía. Dejé el fono en su sitio y ajusté el peso de la pistola a un costado de mi cintura. *Simenon* me siguió hasta la puerta. Acaricié su cabeza y le dije adiós.

Las construcciones del barrio se unían en un idéntico tono gris. Era una madrugada tranquila y la ciudad parecía demorarse más de lo habitual en despertar. Me detuve en la esquina de Aillavillú con Bandera y vi pasar un bus repleto de obreros soñolientos que se dirigían al trabajo. Caminé hasta la Estación Calicanto. Las puertas del Mercado Central comenzaban a abrirse y frente a ellas había tres camiones. Cinco o seis hombres descargaban cajones de pescados y otros dos hacían lo mismo con unas jabas de plástico con productos lácteos.

Solís me aguardaba a la entrada de la estación. Estaba demacrado y una barba incipiente ensuciaba sus mofletes. Me saludó con la mano, como si fuéramos dos extraños que recién se conocían. Su aliento olía a trago, y en el suelo, junto a sus pies, reconocí el envase apachurrado de una caja de vino.

—Gracias —dijo, y luego, como si se tratara de algo que había estado pensando largamente, agregó—. Creo que es la primera vez que te pido ayuda.

—La primera o la segunda. ¿Qué importa? La amistad no es un asunto contable.

—Quiero que guardes esto —dijo, entregándome unas hojas.

—¿Por qué tantas precauciones?

—El robo de la primera copia me puso nervioso —dijo Solís mientras caminaba en dirección al mercado—. Ahora, busquemos café y unas pailas^[11] de huevo.

Un duro olor a pescado y cloro nos hirió el olfato apenas entramos al pasillo central del mercado. Los puestos de ventas estaban cubiertos con lonas desteñidas, y una mujer vieja caminaba entre ellos, recogiendo restos de verduras y pescado en compañía de cinco gatos flacos.

Buscamos un boliche que sirviera desayunos, pero no tuvimos suerte ya que sólo uno o dos ofrecían los primeros platos de almejas, piures^[12] y ceviche. Entramos a otro pasillo, más pequeño y oscuro que el anterior, y un repentino escalofrío me hizo intuir que esa madrugada la fortuna no guiaba nuestro camino. Primero fue el ruido de unos pasos y enseguida la imagen clara de cuatro hombres que avanzaban a nuestro encuentro. Miré a mis espaldas y vi a otros dos que nos cerraban la posibilidad de escapar. Portaban garrotes y había en sus rostros una inconfundible

expresión patibularia.

—Baeza —murmuré reconociéndolo.

Observé el lugar buscando una salida a la encerrona. Estábamos arrinconados, y cualquier intento de fuga pasaba por enfrentar a los matones y abrirse paso entre ellos.

—¿La pareja de maricones anda de paseo? —preguntó Baeza y se detuvo a dos metros de Solís.

Sentí el aliento de los matones en mi cuello e instintivamente me llevé las manos al cinturón.

—Tonioni dice que andas de preguntón —agregó Baeza dirigiéndose a Dagoberto—. Mala cosa.

Pensé que Solís iba a responder la bravata, y me equivoqué. Dio dos pasos hacia atrás y, antes que pudiera adivinar sus intenciones, sacó a relucir su pistola. Pero no llegó a disparar. Uno de los matones agitó un garrote por el aire y lo descargó sobre su hombro izquierdo. Lo vi trastabillar, y cuando quiso recuperar el equilibrio, otros dos hombres lo sujetaron de los brazos, mientras un tercero lo golpeaba en la mandíbula con una manopla. Su nariz sonó como hoja seca y de inmediato la sangre escurrió a borbotones sobre su pecho.

Quise reaccionar pero mis manos ni siquiera llegaron a rozar la fría caparazón de la pistola. Un golpe en la espalda me hizo caer y quedé aprisionado entre las garras de los matones que me obligaron a hundir la cara en un cajón repleto de vísceras de pescado. Las espinas me lastimaron los labios, y mientras trataba de recuperar la respiración, sentí que tragaba algunas escamas. Cerré los ojos, y al reabrirlos encontré la mirada fría de una merluza seccionada en dos.

Solís seguía gritando. Dos de los hombres lo golpeaban con los garrotes. Le habían quebrado los brazos a la altura de los codos y su mano derecha oscilaba como péndulo desvencijado. Deseaba estar en otra parte y nada me hacía augurar que el deseo se haría realidad. Traté de moverme y recibí otro golpe en el cuello. Dagoberto era castigado en las rodillas y cuando su cuerpo se convirtió en una enorme marioneta desarticulada lo arrojaron sobre el mesón más cercano. Registraron su chaqueta y pantalones; y luego, uno de los hombres descargó otro golpe en su cara. Baeza observaba el trabajo de los matones y en su rostro se dibujaba una sonrisa esculpida en hielo. Había encendido un cigarrillo y disfrutaba del espectáculo con la pasividad de un emperador romano. Retuve su expresión en mi memoria y concentré todos mis esfuerzos en reagrupar las pocas energías que me quedaban.

Baeza tiró el cigarrillo al suelo y lo apachurró lentamente con el zapato derecho. Enseguida hizo una seña a un matón alto y rubio, vestido con una polera verde que dejaba al descubierto la musculatura de sus brazos. El matón tomó un cuchillo y creí adivinar lo que venía. Muchas veces había visto proceder a los hombres que trabajaban en ese lugar. La faena duraba pocos segundos. Afilaban el cuchillo y después, diestramente, descueraban los pescados. Pero, la faena con Solís fue más

lenta. El hombrón rubio le rasgó la camisa, lo golpeó en la barriga, suavemente, como apreciando su consistencia, y hundió en ella el cuchillo. Una ola roja brotó del cuerpo de Solís y cubrió la polera de su victimario. Fue su último e inútil gesto de rebeldía. El matón, enardecido por la sangre, acarició con su cuchillo el cuello de Solís y mientras el cuerpo de éste se agitaba en un temblor definitivo, reiteró el filo sobre la garganta del policía.

Otro de los matones tomó de las piernas el cuerpo de Solís y lo arrojó al suelo. Baeza se acercó y sus hombres lo imitaron formando una suerte de ruedo, como si aún en esas condiciones Dagoberto hubiera podido cambiar de suerte. Supe que era mi única oportunidad. Calculé la distancia que me separaba del matón más próximo, me puse de pie, y antes de que el tipo reaccionara le di un rodillazo entre las piernas. Cogí el garrote que dejó caer y cuando uno de sus compañeros trató de retenerme, lo golpeé en la cabeza con la suavidad de un bateador de béisbol. Vi la sorpresa reflejada en las caras de los demás y aproveché ese instante para correr en dirección al pasillo principal del mercado.

Me detuve cuando otro de los hombres estaba a punto de alcanzarme. Era delgado, bajo, y calculé que podría enfrentarlo con alguna ventaja. Esperé a que me atacara y logré esquivar el puño que buscaba con entusiasmo el punto más frágil de mi mentón. El tipo quedó mal parado, lo golpeé en el vientre y cuando estaba a punto de caer lo tiré de bruces contra unas barras de hielo amontonadas en el suelo. Escuché más pasos y vi aproximarse a Baeza con los dos matones que aún lo acompañaban. Mi salvación estaba en correr, y lo hice hacia la entrada del mercado donde los jornales seguían descargando cajas.

—¡Asaltantes! —grité cuando estuve a pocos metros de ellos.

Los hombres se decidieron a intervenir cuando vieron mi rostro ensangrentado. Baeza y sus acompañantes se detuvieron. Tres cargadores me rodeaban con la intención de protegerme y, desde otros puestos se acercaban siete hombres armados con los cuchillos que empleaban para desollar los pescados. El círculo se fue cerrando en torno a Baeza y sus matones. Retrocedieron hasta dar con un muro. Baeza sacó su pistola y esgrimiéndola en una suerte de abanico, apuntó con ella a los cargadores. Éstos se detuvieron a la espera de los próximos movimientos de los asesinos. Luego todo ocurrió de prisa. Baeza disparó a los pies de los cargadores, y aprovechando la confusión, huyó con sus acompañantes hacia la salida del mercado.

Me senté en el suelo humedecido y respiré tan hondo como me lo permitieron mis agitados pulmones. La sangre manchaba mi camisa. Miré hacia los puestos y la imagen de un congrio desollado me pareció el reflejo de mi propia situación. Deseaba estar lejos, evitar las preguntas y abrazarme al cuerpo de Griseta. Tres anhelos inútiles, porque el recuerdo de Solís, maltratado y moribundo, era más poderoso que mis ganas de huir.

Los cargadores se acercaron y uno de ellos me pasó un estropajo para que limpiara mi rostro.

—Vean en el otro pasillo —dije con voz entrecortada—. Mi amigo...

Después fue el silencio. Hundí el rostro entre mis rodillas y no cambié de posición hasta que minutos más tarde, escuché la voz de Bernales. Los hombres del mercado habían llamado a la Policía y el ahijado de Solís no tardó en conocer la noticia. Le conté a grandes rasgos lo que había ocurrido y al querer mostrarle el informe preparado por Dagoberto, descubrí que éste se había caído de mi chaqueta durante el asalto. Enseguida vino lo que hasta ese momento no deseaba aceptar. Bernales y yo, junto a dos policías nos encaminamos hasta el cadáver de Solís. Hice a un lado la lona que lo cubría y me encontré con su rostro desfigurado. Tenía la nariz unida a las orejas, y su boca estaba sellada por una masa de sangre, babas y desperdicios, mientras sus ojos abiertos parecían explorar el amplio techo del mercado. Me arrodillé y lo miré fijo y sostenido, como hacía cada vez que mentía para solicitar su ayuda.

—Un día de éstos... —creí escucharlo decir.

Encendí un cigarrillo y lo fumé hasta que Bernales me pidió que lo acompañara al cuartel policial. Al salir del mercado miré hacia su interior. Los puestos de venta ya estaban instalados y una veintena de clientes recorrían sus pasillos. Pregunté la hora a Bernales y al enfrentar al sol que barría las calles, supe que estaba solo con el pasado.

—A nadie le interesa la muerte de un policía —dije en voz baja y comencé a sollozar.

Quinta Parte

Capítulo 1

Era la madrugada del cuarto día de espera. El departamento seguía a oscuras, quieto, habitado por murmullos fantasmales, rechinar de cañerías y lentos advenimientos de grietas sobre las pinturas y escayolados de las paredes. Los ruidos reiteraban el aliento de la muerte, las amenazas y la duda. Atrás, al fin de un pasado sin olvido, estaba la pesadilla difusa, las muecas horrendas, repetidas una y otra vez, insistentes, en el recuerdo de los últimos días y en los interrogatorios que habían sobrevenido a la muerte de Solís. Su jefe inmediato, Dollens, y unos pocos periodistas habían querido conocer los detalles de la investigación que Solís estaba haciendo. Buscaban una explicación a lo sucedido en el mercado. La historia de una agresión rutinaria, improbable en la persona de un policía del ambiente, no resultaba convincente para quienes vivían a diario el trasfondo de la ciudad. Obstinado en el silencio y la desconfianza, soporté sus presiones y el nombre de Rogelio Baeza seguía oculto. Los interrogatorios fueron tan duros como una pelea por el título de los pesos completos. Finalmente, Dollens me dejó en libertad con la esperanza de que al volver a la calle mis pasos lo guiarían hasta la verdad.

Para el silencio o el engaño contaba con la ayuda de Bernales; y las declaraciones efectuadas por los cargadores en el cuartel de la Policía habían ratificado la historia de un asalto, en un lugar y a una hora en la que solían deambular los cogoteros^[13] y pungas que actuaban en los alrededores de la Estación Mapocho y el Mercado Central. Los diarios alimentaban la morbosidad de sus lectores y, junto a largas descripciones sobre el estado del cuerpo de Solís, dedicaban sus titulares enrojecidos a especular sobre supuestas venganzas entre narcotraficantes. Todo lo que se escribió tenía el inconfundible acento de la mentira y aun así, no dejaba de parecer tan real como las declaraciones de los políticos que pedían mayor vigilancia policial o exigían preocupación por los jóvenes. Sin embargo, no era tan simple como sumar dos más dos. Los nombres de los matones que habían quedado aturdidos en el mercado indicaban a la Policía que algo turbio se escondía tras mis declaraciones. Dos de ellos, Guzmán y Mellado, eran delincuentes prontuariados por asesinato, fugitivos del penal de Colina; y el tercero, Herrera, *el Inmundo*, era un carabinero dado de baja, aficionado a vinos rancios que empustulaban su rostro, y que no tardaría en

mencionar el nombre de Baeza a cambio de un trato especial para no ir a dar a las manos de los detenidos en la Penitenciaría.

Atrás quedaba también mi reencuentro con Griseta, con quien hice el amor después de curar mis heridas y compartir la tristeza. Lo demás, aquello que se rodeaba de silencio y malos presagios, fue esperar, pendiente de cada paso en el pasillo, o del permanente ir y venir del ascensor.

—¿En qué piensas? Sólo fumas y miras por la ventana. ¿No tienes nada que decir? —preguntó Griseta.

Amanecía, y ella no se cansaba de exigir explicaciones al final de aquella noche en que habíamos pasado por alto nuestros resguardos para volver a estar juntos durante unas horas.

—Solís —dije y miré las sombras que cubrían su cuerpo—. ¿Por qué él y no yo? ¿Por qué tuvo que sacar la peor parte?

—Tienes un ángel que te cuida.

Busqué el asomo de una sonrisa en su rostro, pero estaba seria.

—¿Te conté como conocí a Solís? Asistíamos a nuestra primera clase en la Escuela de Derecho y estábamos sentados uno al lado del otro. Ninguno de los dos mostraba mucho interés por la exposición del profesor de Filosofía. Nos miramos de reojo y él me pasó una hoja en la que decía: cervezas en el bar de la esquina, sal y yo te cubro las espaldas. Desde entonces siempre estuvo protegiéndome.

—No fue culpa tuya. Sus propios compañeros se la tenían jurada. Si tú escapaste fue porque te dieron la oportunidad.

—Parece que sabes mucho sobre el tema —dije con ironía.

—Repito tus explicaciones y lo que me contó Bernalles la otra tarde, cuando vino a verte y tú no estabas.

—¿Qué importan las explicaciones? Al fin de cuentas son sólo palabras. El asunto no ha terminado con la muerte de Solís.

—Hablé de eso con Stevens. Quería saber a qué atenerme. Dice que puede ayudar y que sus contactos van bien encaminados.

—¿Eso dice? Y en cuanto a ti, prefiero que vuelvas a su departamento. No quiero que acabes igual que Dagoberto.

Los ojos de Griseta eran dos lucecitas breves y temerosas. Acaricié su espalda y ella me besó en los labios.

—Ya es hora de salir —dije, librándome de su abrazo—. Tú a lo de Stevens, yo al funeral de Dagoberto que, por el asunto de la autopsia y los informes legales, se demoró más de la cuenta. —Griseta se apartó con desgano y nos vestimos lentamente, retrasando todo lo posible el instante del adiós. La dejé junto a la entrada del departamento de Stevens y bajé hacia la calle donde esperaba Anselmo, vestido como para asistir a una fiesta de primera comunión. Llevaba puesto un terno negro, una camisa blanca varias tallas más grande que su cuerpo y una corbata roja, recuerdo de su militancia socialista; cuando los socialistas eran rojos y revolucionarios.

—Lo estaba esperando para irnos al funeral, don. El finado solía conversar conmigo. Buen gallo, pese a que era tira.

—¡Carajo, Anselmo! ¡No lo digas! Todo los finados son buenos...

—Todos no, don... Hay uno que ni muerto...

—Así como están las cosas, hasta lo canonizan.

—¡Diantres, don! ¿Seguro que hablamos de la misma persona?

—¡Seguro! Pero ni lo nombres.

Llegamos al Cementerio General en el momento que bajaban el ataúd de Solís desde una carroza azul del Hogar de Cristo. Junto al vehículo reconocí a dos de los policías que me habían interrogado después de su muerte y a la viuda, que intentaba tocar al cajón. Una cincuentena de detectives y otras tantas personas que serían amigos o parientes de Dagoberto esperaban en la entrada. Me abrí paso entre los deudos, y a poco andar deduje que mis intenciones no serían bien comprendidas. Al verme, la viuda de Solís me acusó a gritos de la muerte de Dagoberto, de su crisis matrimonial y de otras desgracias de las cuales tenía tanta culpa como de la guerra en Croacia o el quiebre de la Bolsa de Tokio.

Dos policías me agarraron de los brazos, y prácticamente en vilo, me llevaron hasta un rincón apartado de la entrada al cementerio. Pensé en zafarme de ellos a codazos y empujones, pero la desigualdad de fuerza y el recuerdo de Solís me hicieron aceptar a regañadientes un sitio marginal en la última fila del cortejo. Les menté la madre en silencio y ellos volvieron a sus puestos, felices de ser los matones buenos de la ceremonia.

—La viuda no le tiene cariño, don —oí comentar a Anselmo.

—Nómbreme a una esposa que le tenga simpatía al mejor amigo de su marido.

—Bernarda.

—¿Y quién es esa?

—Mi segunda esposa. Se mandó a cambiar con Floridor, mi primer y único socio en el quiosco.

—Nunca te falta experiencia personal para interpretar al mundo.

—Es que he tenido una vida muy jodida, don. Tres esposas en doce años.

—Y así como te ves.

—¿Cómo, don?

—Chiquito, patichueco, medio apolillado del alma.

—No joda, don. ¿Qué sabe usted de mis virtudes secretas?

—Si nos atenemos al promedio, deben ser fugaces.

Seguimos el cortejo hasta que se detuvo frente a un mausoleo familiar que en su cúpula tenía la estatua, en tamaño reducido, del arcángel Gabriel. Dos panteoneros descargaron las coronas mortuorias y enseguida esperaron instrucciones para depositar el ataúd dentro del panteón. Un hombre alto y envejecido se ubicó junto al féretro y sacó de su chaqueta unas hojas que se dispuso a leer, después de saludar a la viuda y ajustarse unos anteojos bifocales que le dieron aspecto de notario.

Los policías que me habían apartado de la viuda se apostaron a poca distancia. Temí que siguieran jugando a los matones al final del sepelio, y al divisar a Bernales ubicado junto al mausoleo, le pedí a Anselmo que se acercara al policía y le advirtiera que estábamos ahí. El quiosquero se movilizó entre los deudos y no tardó en llegar junto al detective. Recién entonces, puse atención al primer y único discurso del entierro, pronunciado por un mandamás de la Policía.

Palabras, sólo palabras. Sentimientos difíciles de expresar, el fin de un servidor público, la lucha contra la delincuencia, la satisfacción del deber cumplido y su asiento a la diestra de Dios. Palabras, sólo palabras que el hombre repetía muerto tras muerto, con el mismo entusiasmo de un oficial del Registro Civil que preside diez ceremonias matrimoniales al día.

Nada de lo que dijo me recordó al Dagoberto Solís que entraba a mi oficina, y después de dos o tres bromas, se acomodaba frente al escritorio, dispuesto a gastar tiempo y paciencia en escucharme. Nada me recordó al amigo que se había jugado el pellejo por salvarme la vida; y especialmente, nada pudo hacerme olvidar su muerte.

Hice una seña a Anselmo y éste volvió en compañía de Bernales. Esperamos que la ceremonia terminara y cuando junto al ataúd de Solís no quedaban más que los sepultureros, arranqué un clavel blanco desde una tumba vecina y me acerqué al panteón.

—Si me hice policía fue por él y mi padre —escuché decir a Bernales—. Los domingos, antes que el padrino se casara, iba a almorzar a la casa, y hablaban con mi viejo del trabajo. Pistas, armas, nombres de hampones criollos. Parecía un mundo fascinante, único. Mi padre lo admiraba. Por la amistad y la clase, solía decir.

—«Si entre la gente de faca se armaba algún entrevero, él lo paraba de golpe, de un grito o con el talero» —murmuré, recreando un verso de Borges que hablaba de malevos y compadritos en el Buenos Aires del novecientos.

Bernales me observó extrañado por el vaivén de mi memoria. Moví los hombros con desgano y mientras buscaba el camino de salida, recordé las eternas dudas de Solís acerca de su oficio, y cómo al final de cada una de ellas, volvía a recorrer las mismas calles de cada noche.

No dije nada. Pensé que habría otra tarde para volver a conversar con él, y que para entonces, la imagen de su cuerpo en el sucio pasillo del mercado se habría borrado con la huella de otro dolor.

—¿Sabes algo del informe que preparó Solís? —pregunté a Bernales cuando llegamos a la salida del cementerio.

—Nunca lo vi.

—Pensaba entregarlo al Director —dije—. Me dio una copia antes de entrar al mercado. La perdí durante la pelea. Pero aún nos queda una posibilidad de recuperarlo. Solís lo escribió en el computador de su oficina. Si revisas sus archivos...

—¿Y después?

—Tengo una o dos ideas de lo que podríamos hacer con esa información.

—Yo no soy Solís ni tengo su fuero dentro del Servicio. Si me atrapan, tendré que dar muchas explicaciones. Eso sin contar lo de Baeza. Creo que más de alguien sospecha que estoy ocultando su nombre. Y además, no olvidemos a Tonioni.

—Con el informe de Solís, nada de lo que haga Tonioni podrá dañarnos. Busca el archivo y grábalo en un disco.

—Lo dice como si fuera fácil.

—Él lo habría hecho —dije, y Bernales bajó la mirada, como si aquella mención lo hubiera dañado—. Y no te preocupes por el miedo. Nadie que respire escapa de él.

—Tendrá ese informe —dijo, y creí reconocer en su rostro la proximidad de un berrinche de colegial reprendido.

—Y otra cosa. Le había pedido a Solís que averiguara los antecedentes tributarios de Carlos Olmedo Portugal y Baeza. Antiguos y actuales.

—Eso es más fácil de obtener. Aunque no entiendo para qué los quiere.

—Si están en algún negocio, tendrán un sitio al que llegar.

—Cierto —murmuró Bernales, antes de alejarse en dirección al vehículo que lo esperaba con dos detectives en su interior.

—Será un buen tira —le dije a Anselmo—. Un día de estos, lo invitaré a unas copas y le enseñaré dos o tres cosas.

—Ahora yo podría aprender dos o tres cosas, don —dijo Anselmo, al tiempo que miraba hacia la puerta del Quita Penas.

Acepté su insinuación, pero cuando estuvimos frente a la puerta del bar cambié de idea.

—Nada de copas hasta que todo termine.

—¿Hizo una manda, don? —preguntó Anselmo, desilusionado.

—Tengo una deuda con Solís y no quiero que nada me aparte de su pago.

—Lo dice de un modo que asusta, don.

—No quiero más sorpresas —dije, sin pensar que podía estar equivocado.

Capítulo 2

Anselmo se quedó en su quiosco ordenando el matute de cigarrillos importados y revistas pornográficas que uno de sus proveedores le había dejado durante su ausencia, a cargo de Felipón, el muchacho que cuidaba autos y servía de improvisado recadero a los comerciantes de la cuadra. Entré al edificio y al salir del ascensor,

desanimado y triste, caminé por el pasillo mal iluminado que conducía hasta el departamento y parecía impregnado por un aliento lúgubre, como si el olor a flores muertas y cerote del funeral me hubiera seguido.

Sabía que lo difícil comenzaría a la mañana siguiente o en dos o tres días más, cuando sintiera deseos de llamar a Solís para saber de él, comentar los chismorreos del ambiente o intercambiar algunas bromas, sin otro sentido que reír, convencidos ambos de que la vida ya no nos reservaba sorpresas, porque hasta el dolor está dentro de lo posible cuando vivir no es otra cosa que inventar justificaciones para lo inevitable. Y sin embargo, a pesar de eso, sentiría su ausencia y el dolor que dejan los muertos después que se despiden y sus rostros se desdibujan como eco fantasmal que sólo de tarde en tarde regresa a saldar cuentas.

Simenon estaba recostado a la entrada del departamento. Eso, más la prisa que tuvo para enroscarse entre mis piernas, gatilló la intuición de que algo anormal ocurría.

—Extraños —imaginé que me decía.

—¿Cuántos? —pregunté y *Simenon* se limitó a mirarme con sus ojos verdes, abiertos hasta el asombro.

El departamento, cuyo dueño era un turco cicatero, propietario de la mitad de las viviendas del edificio, estaba dividido para dos usos diferentes. La sala principal, normalmente el recibidor, era mi oficina; y tres piezas más pequeñas, servían de comedor y dormitorios. Para entrar ocupaba la puerta que unía el pasillo con la oficina, pero también podía hacerlo por el balcón de una de las habitaciones, comunicado con la escalera de servicios a través de un laberinto de escalones y muros ciegos que sólo se explicaban por la ebriedad o incompetencia de los arquitectos que habían diseñado el edificio. *Simenon*, cuando regresaba de sus correrías, solía entrar por el balcón, y a veces, alertado de la presencia de cobradores o clientes insatisfechos, yo también lo usaba para eludirlos.

Retrocedí hasta la escalera de servicio y llegué al balcón. El ventanal que lo comunicaba con el departamento estaba abierto. Lo empujé suavemente, procurando no hacer ruido, y al entrar en el dormitorio escuché una conversación proveniente de la oficina. Intenté comprender lo que se decía, pero apenas era un murmullo confundido con los ruidos de la calle. Empuñé la pistola que había recuperado después del asesinato de Solís y caminé hasta el pasillo interior que unía las piezas del departamento. Escuché una voz extraña y enseguida otra, que reconocí de inmediato. Era Stevens que comentaba algo acerca de la distancia entre las estaciones del ferrocarril metropolitano.

Seguí avanzando y cuando estaba por llegar al final del pasillo vi a Griseta sentada en una silla, con sus brazos cruzados, en actitud tensa, incómoda. A sus espaldas había un desconocido que miraba su entorno con inquietud, como si Santa Claus se estuviera demorando más de la cuenta en llegar. Era alto y robusto como los antiguos luchadores de catch del teatro Caupolicán. Di tres pasos más y entonces

pude observar la escena completa. Stevens estaba sentado junto al escritorio, y frente a él, un hombre alto y flaco, ataviado elegantemente, fumaba con cierta displicencia cercana al tedio.

Griseta fue la primera en reconocermelo cuando entré a la habitación con la pistola en la mano. Avancé, lento, casi ceremonioso, hasta rozar uno de los extremos del escritorio y, sin dejar de mirar al guardaespaldas, apunté hacia la sien derecha del tipo elegante que charlaba con Stevens.

—¿Qué sucede? Esto no fue lo convenido —alegó el extraño.

—Tranquilo, Heredia —escuché decir a Stevens.

—Tranquilo, sí —repitió el tipo elegante, en lo que parecía ser una orden poco convincente para el gordinflón que lo acompañaba.

—Guarda el arma y escucha lo que tenemos que decir —agregó Stevens.

—¿A qué se deben las visitas? —pregunté.

—Tranquilo —insistió Stevens—. Quiere conversar.

—Sin armas —sentenció el tipo elegante, rotundo.

—Olmedo, o Terán si prefieres —agregó Stevens indicando al que estaba sentado frente a él.

Olmedo asintió satisfecho, igual que si en ese momento hubiera sido objeto de un reconocimiento festivo. Arregló el prendedor de su corbata, alisó sus cabellos con dos dedos finos y me observó esbozando una sonrisa de tahúr acostumbrado a jugar sucio.

Carlos Olmedo Portugal, recordé. Un tipo listo, hábil y oportunista, adecuado a los nuevos tiempos. Contactos aquí y allá, buena labia, experto en seguridad e informática, según Stevens.

—Nuestro conocido de Interarm, —dije sin demostrar entusiasmo.

—Heredia —dijo Olmedo, al tiempo que examinaba mi aspecto con interés de entomólogo—. Lo imaginaba distinto. No sé, más joven, menos gastado, tal vez.

Olmedo olía a perfume caro. Llevaba anteojos redondos y corbata italiana con un prendedor en forma de estrella bajo el nudo. Su camisa era de seda color mostaza y combinaba perfectamente con el impecable terno negro que vestía. Se sobaba las manos nerviosamente y sonreía demasiado para mi gusto, igual que un vendedor de seguro que trata de convencer acerca de las bondades de su producto.

—Y usted ni siquiera estaba en mi imaginación —dije—. Pero nunca faltan las oportunidades para desengañarse del género humano.

—¿A tu amigo le gustan los juegos de palabras? —preguntó a Stevens—. Debe ser bueno haciendo crucigramas o escribiendo poemas.

Stevens dejó esfumar la pregunta en el aire y se dio tiempo para encender el que, seguramente, era su enésimo cigarrillo de esa tarde. Olmedo, volvió a sonreír y observó de reojo a su acompañante.

—Sin bravatas. Conversemos de lo que a todos nos interesa —dijo Stevens.

—Antes quisiera que el aire se pusiera más respirable —agregué, indicando con

la pistola al guardaespaldas—. Fuera los muñecos rudos.

Olmedo hizo un gesto de indiferencia y con un leve movimiento de mano ordenó salir al hombrón. Cuando éste desapareció, dejó la pistola encima del escritorio y le pedí a Griseta que se fuera al dormitorio.

—Toma aire en el balcón —añadí, seguro de que descubriría la forma de escapar si la situación se ponía difícil.

—Hablemos de negocios —dijo Stevens.

—Tal vez Heredia necesite una copa —propuso Olmedo para dar a entender que sabía de mí algo más que el nombre y la dirección de mi oficina.

—Atengámonos a los negocios —reafirmó Stevens. Sus ojos vagaban por la habitación sin detenerse en ningún punto concreto.

—Si me permiten —dijo Olmedo con tono pedante, al tiempo que sacaba una pitillera de su chaqueta—. Hay ciertas cosas que deseo aclarar. Primero, Stevens tiene razón, estoy vinculado a Interarm como asesor en materia de exportaciones. Pero mi negocio principal es la información. Después del cambio de Gobierno, en el año 1990, algunos sectores vinculados a los militares han seguido controlando ciertas esferas de poder a través de manejos económicos, influencias y desde luego, presiones derivadas de los intereses del Ejército. Eso tiene su apoyo en las disposiciones legales, la composición del Parlamento, el Tribunal Constitucional, los medios de comunicación y otras cosas que no es del caso detallar. Pero, sobre todo requiere de información fresca, actualizada. Ministros, senadores, dirigentes sindicales, jueces, periodistas. Gente con pasado o con historia, como prefieran, que tienen participación en los hechos políticos. Qué hacen. Qué piensan. Sus debilidades y fortalezas. Sus negocios, situaciones familiares, amantes, vicios. Las preguntas pueden ser muchas y siempre hay alguien interesado en pagar por las respuestas. Quien tiene información controla el poder. Una máxima simple, válida desde que el mundo es mundo, y que a mí me permite vivir.

—Hillerman —dije, dispuesto a llegar pronto al tema que me interesaba—. Háblenos de Hillerman y de Interarm.

—Interarm ocupó el espacio que dejó Proden cuando ésta abandonó el negocio de las armas. A ella se integraron algunos ejecutivos y técnicos de Proden, lo que significó mantener los contactos internacionales y continuar con los proyectos más importantes.

—Como las bombas químicas —interrumpió Stevens.

—Exacto. La fabricación de una bomba química de bajo costo y alto poder destructivo —siguió diciendo Olmedo—. Un producto de interés para muchos países árabes, a tal punto, que uno de ellos compró parte importante de las acciones de la empresa. Desde luego que no en forma directa, eso ustedes lo entienden.

—Hillerman —insistí.

—La fabricación de armas químicas fue una noticia que inquietó en los Estados Unidos. Por eso enviaron a Hillerman a Santiago; un agente especializado, con

experiencia y que conocía el medio chileno gracias a sus visitas anteriores y al trabajo periodístico que realizaba. Obtuvimos el soplo a través de nuestros contactos cubanos en Miami. Fui de la idea de no inquietarse. Santiago es una ciudad pequeña; podíamos controlar los pasos del gringo y asegurarnos que recogiera el mínimo de antecedentes. Pero a nuestros socios les molestó su presencia y contrataron a un grupo de asesores. Éstos pidieron ayuda y se la dimos. Querían matar a Hillerman con francotiradores, y los convencí de emplear un método más sutil, que dejara abierta la posibilidad de un suicidio. Los detalles carecen de importancia en este momento. Lo importante es que Baeza se reunió con ellos y al cooperar cometió su primer error. Comprometió a uno de sus hombres en el asesinato de Hillerman.

—Jaime Cerda —dije.

Olmedo asintió y antes de seguir hablando exhaló una larga bocanada de humo.

—El asunto exigía calma. Dejar que pasara el interés de la prensa, pagar a unos periodistas para que distorsionaran lo sucedido, mojar a dos o tres policías. Mientras eso ocurría, los asesinos estarían lejos.

—Todos, menos Cerda y Baeza, que fueron reconocidos por el cocinero del hotel —comentó Stevens.

—Sí, mala suerte —dijo Olmedo—. Cuando eso se supo, Cerda dijo que tenía algunas referencias sobre Tamayo y montar un cuento de homosexuales despechados fue fácil. Y de hecho habría dado resultado a no ser...

—¿Fernanda? —pregunté, interrumpiendo a Olmedo.

—La periodista —aclaró Stevens al ver que Olmedo no entendía la pregunta.

—Una lástima, pero ningún periodista debe investigar asuntos delicados sin respaldo —comenzó a decir Olmedo, en un tono doctoral—. Ella se equivocó al entusiasmarse con la historia de Hillerman y viajó a Santiago sin saber que el espía ya estaba muerto. Comenzó a hacer preguntas en el hotel, y éstas llegaron al oído de Ángel. El cubano informó a Baeza y Cerda. El resto es la historia que todos nosotros conocemos. Nervios, precipitación, falta de paciencia.

—Parece simple —dije—. El cubano emprendió vuelo y los otros dos hicieron el trabajo sucio, aplicando la misma receta que usted había indicado para eliminar a Hillerman. Sólo que dejaron muchos hilos sueltos. Inyectaron a Fernanda en el brazo que no correspondía, y además, ella se resistió y arañó a Baeza. Sin contar al cocinero y a los otros empleados del hotel que vieron a los asesinos. Descuidos todos que obligaron a pagar una buena suma a Tonioni.

—Un error doloroso, seguramente. Ajeno a mi control. Mi negocio es la información, sólo información —aclaró Olmedo. Parecía feliz del efecto que causaban sus palabras y por un instante pensé que lo único correcto era coger la pistola y disparar.

—Tranquilo, Heredia —dijo Stevens.

—Después el problema se complicó —continuó Olmedo—. Usted y su amigo el policía. Baeza decidió cortar por el hilo más delgado y se encargó de Cerda. Pero no

fue suficiente. Supimos que Solís quería gritar, y si lo hacía, mucha de nuestra gente correría peligro.

—¿Quiénes?

—No me creará tan ingenuo como para dar nombres. Gente nuestra. Eso es todo. Estábamos seguros de que Solís jugaría sus cartas a fondo. Su trabajo era lo único que le quedaba luego de romper su matrimonio y meterse al consumo de coca. Pensamos en sobornarlo, pero Solís no era de los policías que se venden.

—Entonces hicieron el trabajo...

—Baeza nunca ha sido atinado para elegir sus compañías. Guzmán, Mellado, Herrera. Dele la oportunidad a un pato malo de romper el culo a un policía y lo hará encantado. En cuanto a usted, Heredia, debo confesar que lo subestimamos. Baeza quiso darle el mismo tratamiento que a Solís. Falló en su primer intento y cuando pensaba en insistir, recibí el recado de Stevens. Fue una sorpresa y desde luego, lo que él dijo me hace cambiar de parecer.

—Parece simple —repetí—. Incluso su rápida manera de contar las cosas. Creo que está ocultando algo, Olmedo. Por ejemplo, que Interarm proyecta fabricar gas sarín y que Hillerman andaba tras esa información.

—Trato de ser práctico y defender mis intereses. Por eso, cuando Stevens habló del gas sarín, saqué mis cuentas y opté por negociar. Mis amigos deseaban otras muertes: usted, su chica, Stevens, tal vez muchos más. Lo más seguro es que ustedes hayan duplicado la información, y después de la muerte de Solís, no es conveniente andar desparramando cadáveres. Si hay una bola que puede empezar a correr es mejor evitarlo. Los negocios requieren de equilibrio y estabilidad. Y si algo o alguien rompe ese equilibrio, es necesario suprimirlo. Información y equilibrio. Dos pequeñas, pero valiosas herramientas del poder.

—Los tipos como usted tienen podrido el mundo.

—Yo no inventé el mundo, Heredia. Sólo lo comprendo mejor que usted. Si no me cree, pregúntele a nuestro amigo.

—¿De qué habla? —pregunté a Stevens.

—Esta conversación tiene su precio, Heredia. Ciertas cosas a las que tú y yo nos debemos comprometer. Es como la política en los días de hoy. Se renuncia a dos o tres principios y se conversa con los adversarios. El que tiene más poder entrega menos, y los otros agachan el lomo hasta la siguiente negociación. Todo en la medida de lo posible, según dicen.

—Información y equilibrio —reafirmó Olmedo, al tiempo que sonreía irónicamente, como el tahúr que acaba de tirar su carta marcada sobre la mesa.

—¿A qué debo comprometerme? —pregunté.

—La muerte es un problema sin solución, y si un problema no tiene solución deja de preocupar —agregó Olmedo—. No es una idea novedosa, pero sí real y efectiva.

—Hillerman es un problema de los iraníes y de la CIA. Los gringos sabrán dónde, cuándo y a quién buscan —comenzó a decir Stevens—. Cerda saldó la muerte de

Fernanda y...

—Dos más dos son cuatro —dije, interrumpiendo a Stevens—. No olvides a Solís en el balance. Hay un gorila al que vi destazar a Dagoberto. No me quedaré tranquilo hasta apretar su cuello y el de Baeza.

—Usted no entiende el mundo de hoy —dijo Olmedo—. Ya ni en Hollywood creen en los jovencitos. A su amigo Solís lo mató un fulano llamado Cancino y nosotros nos encargaremos de él. Hasta ahí llegan las muertes, Heredia. Y el resto del trato pasa por los datos de Stevens y su silencio en cuanto a lo del gas sarín e Interarm.

—Cancino. ¿Quién es Cancino? Un nombre que no me dice nada.

—Usted acaba de decir que lo vio actuar en el mercado, Heredia. Le dicen El Bíblico, porque años atrás, cuando lo apresaron por su primer crimen, le dio por la prédica dentro de la cárcel. Tiene buena verba y hasta podría dar asesoría en charlatanerías varias. Escapó del presidio antes de cumplir los cinco primeros años de su pena.

—¿Cómo sé que se trata del mismo hombre?

—Alto, barrigón y con pelambreras. ¿Coincide?

Asentí y luego observé a Stevens.

—Olmedo se encargará de Cancino. Puedes contar con ello —dijo Stevens.

—¿Y Baeza? —pregunté.

—El queda fuera del negocio —afirmó Olmedo—. Aún es muy valioso para nosotros.

—Un perro de presa al que hay que cuidar.

—Si quiere decirlo de ese modo —concedió Olmedo—. Lo importante es que usted no siga metiendo sus narices donde no debe. Nuestra idea es conseguir un poco de calma. Usted resuelve su caso y nosotros le bajamos el perfil a la muerte de Hillerman y Solís.

—Una buena oferta —escuché decir a Stevens.

—Salvo por dos detalles. Baeza ordenó la muerte de Solís y algunos rastros de su sangre se encontraron en las uñas de Fernanda. Con ese dato, es posible que la Policía quiera conversar con Baeza.

—No van a perjudicar a uno de los suyos, Heredia. Baeza tiene amigos dentro de la Policía.

—Quiero a Cancino y a Baeza. Lo demás no me importa.

—Imposible —afirmó Olmedo mientras sacaba otro cigarrillo de su pitillera. Su voz sonó concluyente, seca, como el ruido de una piedra que cae en un estanque. Tomé la pistola que estaba sobre la mesa y la apreté hasta sentir dolor en los nudillos. Olmedo congeló su sonrisa y las primeras cenizas de su cigarrillo cayeron al suelo.

—Supongamos algunas cosas —dije—. Le digo que estoy de acuerdo con su trato y gano tiempo para salir a ventilar el informe que dejó escrito Solís. Los periodistas sumarían los muertos y el nombre de Interarm se repetiría con insistencia.

Supongamos que hay un abogado que obtendría buenos dividendos con el informe de Solís. Mejor aún, supongamos que a la Embajada de Estados Unidos llegan rumores, o que ciertas personas se enteran que Agustín Terán no está muerto. Tendría un gordo dolor de cabeza, Olmedo. Suponiendo desde luego que no me ponga nervioso y me dé por disparar.

—Su imaginación es sorprendente, Heredia.

—Tengo copia del informe de Solís.

—Miente.

—La familia de Tamayo contrató un abogado.

—Miente.

—Hace unos días recibí un llamado de la Embajada de Estados Unidos.

—Miente, Heredia —insistió Olmedo y noté que sus últimas palabras ya no tenían la seguridad del comienzo.

—¿Quién sabe? —agregué.

—No puedo ordenar que maten a Baeza. Es un amigo...

—Todo es posible cuando se habla de negocios.

—Se me ocurre una solución intermedia —dijo Stevens—. Cancino y las señas de Baeza.

—Las señas de Baeza —repitió Olmedo—. ¿Qué significa eso?

—Que sabré donde ubicarlo —dije—. Acaso olvida su teoría del equilibrio.

—Si lo mata, saldrán en su búsqueda, Heredia.

—Sólo quiero conversar con él. Hasta puede ser entretenido, siempre y cuando Baeza no se ponga nervioso.

Olmedo pensó su respuesta durante un largo minuto. Guardé la pistola en el cajón superior del escritorio, pero me cuidé de dejarlo entreabierto.

—¿Qué seguridad tengo de que no me engaña? —preguntó Olmedo.

—Ninguna —respondí.

—¿Y si llamo a mi guardaespaldas?

—Usted no saldría bien parado de esta oficina. Y además un policía amigo haría buen uso del informe de Solís.

—Ninguna palabra sobre Interarm y el gas sarín —afirmó Olmedo—. Les doy a Baeza a cambio del silencio.

Tomó un papel del escritorio y anotó algo en él. Luego se puso de pie y lo arrojó encima de la cubierta. Cogí la hoja y leí la dirección de la casa de Baeza mientras Olmedo se acercaba a la puerta de salida.

—Deberíamos trabajar juntos, Heredia. Tiene talento y agallas.

Se ajustó el nudo de la corbata y volvió a recuperar su aspecto de pituco sonriente y educado. Abrió la puerta y antes de salir volvió a hablar.

—Si ve a Baeza, no le diga que le ayudé a ubicarlo.

—Y usted no se olvide de Cancino.

La puerta se cerró y escuché a Stevens respirar con alivio.

—Nunca sabrás realmente a quien acabas de torcer la mano —me dijo—. Olmedo, a pesar de su cambio de identidad, mantiene amistad con algunos oficiales y personeros de la dictadura. Y también se relaciona con gente del actual gobierno. Es un informante al que se aprecia y a menudo consultan sobre lo que piensan los militares. Puede hacerte pasar un mal rato si se lo propone; aunque por lo que hizo, deduzco que está interesado en conservar la tranquilidad y no arriesgarse a que su pasado se ventile más de la cuenta.

—Equilibrio e información. Ésa es la clave —dije y sonreí.

—Como habría dicho nuestro amigo Solís, un día de éstos...

—La clave está en el miedo. Si uno logra controlarlo es capaz de pensar más a prisa que los otros.

—No necesito tus lecciones, Heredia. En este negocio, cuando tú vas, yo estoy de vuelta.

—Disculpa. Buscaba el modo de darte las gracias.

—No tiene importancia. La información que le di a Olmedo carece de actualidad. Él lo sabe y no se preocupó.

—¿Seguro que eso es todo?

—Tendré que borrar algunas huellas y sumergirme por un tiempo. Pero eso no constituye ningún drama. Hace tiempo que deseaba cambiar de casa y de aires.

—¿Crees que Olmedo cumpla su promesa?

—Cumplirá, no lo dudes. Está muy interesado en proteger el proyecto del gas sarín. Se le nota, y lo que conversé con él antes que tú llegaras me hizo pensar que se trata de un negocio particular, al margen de Interarm. Me lo ratificó su prisa para cerrar el trato y lograr que no se hable más del gas. Tengo una hipótesis y la voy a investigar.

—¿En qué estás pensando?

—Olmedo y Julián Almarza trabajaron juntos. Lo del gas sarín, al parecer, era un proyecto menor que fue desechado. Pero ellos pudieron quedarse con los datos y estar insistiendo ahora.

—¿Cómo puedes verificar eso?

—No lo sé, Heredia. Tengo que pensar en algunas cosas —respondió Stevens. Luego se puso de pie y recorrió la oficina como si estuviera tratando de retener cada uno de sus detalles.

—¿Nos volveremos a ver, Stevens?

—Pronto.

—Es casi como decir nunca.

—No siempre.

—Los amigos desaparecen...

—No irás a ponerte sentimental. Tienes a tu gato.

—*Simenon*.

—Y a la muchacha.

—Griseta.

—¿No crees que ya es tiempo de llamarla? Ya no le deben quedar uñas en las manos.

Capítulo 3

Anselmo llegó cuando el calor del mediodía entraba al departamento en sucesivas e interminables olas que aletargaban todo lo que se encontraba en su interior. *Simenon* yacía despatarrado sobre el suelo y yo, cigarrillo tras cigarrillo, oía a Los Beatles, mientras aguardaba que Griseta regresara del trabajo que había conseguido como promotora de seguros. Las pólizas pertenecían a la Compañía Iberoamérica y para venderlas debía atender un quiosco en la Municipalidad de San Miguel, frente a la oficina donde los conductores renovaban su permiso de circulación. Durante siete días, se había mostrado entusiasmada por la posibilidad de ganar dinero y comprar algunas cosas, entre las que incluía un vestido veraniego y los cuentos completos de Benedetti. Las ventas, flojas según ella, mejorarían a medida que se acercara el fin de mes; y eso, más la ocasión de mantenerse ocupada, la hacía sentirse contenta, al tiempo que me contagiaba de una sensación cercana al optimismo.

Después de la reunión con Olmedo y Stevens, la oficina presentaba su tranquilidad habitual sólo interrumpida en los últimos diez días por un comerciante valdiviano interesado en ubicar a su hija, que estudiaba en el Pedagógico, y de la cual no recibía noticias desde hacía tres meses. El hombre había visitado la pensión donde su hija se alojó seis meses antes de desaparecer, de un día para otro, y sin dar aviso ni dejar rastro. Imposibilitado de permanecer más tiempo en Santiago, y con la ayuda de las páginas amarillas, recurrió a mis servicios. Mi ánimo no era el más adecuado para correr tras las huellas de una muchacha pizpireta, pero aún así, le prometí encontrarla a la brevedad, y acepté un adelanto de cien mil pesos que empleé para pagar el arriendo del departamento.

Anselmo lucía una polera con la insignia del club de la Universidad de Chile impresa a la altura del pecho y en su frente se entremezclaban algunas gotas de sudor y gomina.

—Para usted, don —dijo entregándome el sobre de papel manila que apretaba entre sus manos. Luego, sin resuello, se acomodó en la silla que estaba frente al escritorio—. Un tipejo extraño lo acaba de entregar en el quiosco.

—Jadeas como un depravado maratonista, Anselmo —dije, al tiempo que abría el sobre sin remitente.

—El ascensor no funciona y tuve que subir a pie. Muchos pisos y muchos años, don Heredia.

—A la hora de recordar la edad, las escaleras son más implacables que los espejos —dije y Anselmo asintió por compromiso.

El sobre contenía la edición del día anterior de *La Tercera*. Lo revisé cuidadosamente y descubrí que en la hoja correspondiente a las crónicas policiales, alguien había enmarcado con lápiz rojo la noticia de la muerte de Dante Cancino. Su cadáver había aparecido cerca de la plaza Almagro, en un sitio baldío en el que se construirían departamentos claustrofóbicos, liliputienses y caros. La información incluía una reseña de los antecedentes delictuales de Cancino y el parte público del Servicio de Investigaciones que atribuía su muerte a una riña entre clientes del Unicornio, un tugurio vecino a la iglesia de Los Sacramentinos, cuya máxima atracción era una bailarina que se introducía dos velas encendidas en la vagina.

—*La Tercera* de ayer —comentó Anselmo, después de seguir atentamente cada uno de mis movimientos—. ¿Quién puede estar tan ocioso como para guardar diarios añejos?

—Solís —murmuré, al tiempo que amuñaba el diario y lo arrojaba al papelerero.

—¿El finado? —preguntó Anselmo, santiguándose—. Ya lo decía la otra tarde, Orianita. Se acerca el año dos mil y en el vecindario han comenzado a pasar cosas raras. Más vale irse confesando para que el fin del mundo nos agarre bien parados.

—Orianita. ¿La canuta?

—Si va a joder, me voy, don —dijo el quiosquero mientras se ponía de pie y se acercaba a la puerta.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Te molesta reconocer el lavado cerebral?

Anselmo respondió con un portazo que hizo temblar las tres reproducciones de Botticelli colgadas en las paredes de la oficina. Después la canícula abrazó mi piel con el fervor de una gorda sentimental. Pensé en Dagoberto Solís, y como si él se hubiera encontrado a mi lado, repetí en voz alta la noticia del periódico. Nadie comentó nada, y mis palabras se unieron al silencio, a esa cuenta de horas y minutos que llevaba desde la última vez que conversé con mi amigo. La muerte de Cancino no aplacaba el sentimiento de ausencia que sentía cada vez que recorría las calles del barrio o me sentaba frente a la mesa que tantas veces había compartido con Solís, en el City.

Inicié la persecución de Baeza dos días después de la reunión con Olmedo. Vivía a seis cuabras de Providencia, en una torre de departamentos a la que se entraba por un portón eléctrico custodiado, a tiempo completo, por varios guardias que se turnaban en la vigilancia. Puntualmente, a las nueve de cada mañana, Baeza salía en dirección a su oficina en avenida Los Leones. Después de seguir sus rutas, comprendí que sería difícil estar a solas con él, burlando al guardaespaldas que lo esperaba a la

salida del departamento y permanecía a su lado durante el resto del día. Pese a eso, lo seguí durante una semana por restaurantes, oficinas de importaciones, clubes nocturnos y casas de amigos. También había vigilado el edificio e intentado entrar en él. Pero Baeza llegaba siempre con su acompañante, y éste no lo abandonaba hasta verificar que el guachimán estuviera en su puesto de vigilancia.

Suerte y paciencia me había dicho al fin de cada fracaso, hasta la noche en que vi detenerse frente al edificio una camioneta de reparto con el logo de Fono Mercado pintado en las puertas. Observé sus movimientos y descubrí que el mismo conductor se encargaba de trasladar las mercaderías hasta los departamentos, contando a simple vista con una inspección superficial del vigilante de turno. El descubrimiento me hizo pensar en un guiño amable de la fortuna. Anoté el número telefónico del supermercado, y desde la oficina llamé para conocer el procedimiento de compras y despachos. Al día siguiente, retomé la vigilancia, dispuesto a esperar pacientemente la mejor oportunidad para reunirme con Baeza.

Cuando Griseta entró a la oficina pensaba en el ardid elegido para enfrentar a Baeza. Al contrario de las otras tardes, ella venía de malhumor, cansada y con deseos de morder el cuello a la primera persona que se cruzara en su camino. Dejó su bolso sobre el escritorio y encendió un cigarrillo que comenzó a fumar de prisa, al compás de una respiración agitada que parecía impedir que afloraran las palabras de su garganta. La observé en silencio y esperé su desahogo.

—No digas ni preguntes nada —dijo luego de un rato, apachurrando el cigarrillo en el cenicero que tenía a mi alcance, sobre el escritorio.

Tomé a *Simenon* que estaba recostado a mis pies, lo acomodé entre mis brazos y acaricié su lomo blanco y suave.

—Tú y tu gato —dijo ella—. Arrumacos y comida envasada. Así cualquiera vive.

—¿Qué te molesta? ¿*Simenon* o yo?

—Tú, él, todos —dijo, y enseguida, algo más calmada, agregó—. Está escrito que sólo tengo oportunidad en trabajos de mierda. ¿Seguros? El tipo que me contrató dijo que era cosa de sacar el oro con las manos. Sin embargo, en sus cuentas alegres no consideró un detalle. Hoy la Municipalidad cambió su lugar de atención y el maldito puesto no sirve ni para vender helados. Nadie pasa por ese lugar y nadie quiere seguros.

—Mala cosa —comenté sin mucho entusiasmo—. Tal vez mañana.

—No hay mañana que valga, Heredia. Devolví las pólizas al tipo de los seguros, y se acabó.

—Mierda —murmuré.

—¿No puedes decir o hacer otra cosa?

Aparté a *Simenon* de mis brazos y se los ofrecí a ella. Griseta se sentó sobre mis piernas y me dejó acariciar sus cabellos.

—Cualquiera tiene un día malo —dije.

—¿Por qué son así las cosas? Quiero hacer algo. Trabajar, estudiar, pero nada

resulta como espero. Estoy cansada de llenar solicitudes de empleos, rendir exámenes psicológicos y escuchar las historias de las otras muchachas que esperan. Los círculos se abren y cierran, una y otra vez.

—Podría explicarte algunas cosas, pero ni siquiera estoy convencido de creer en ellas.

—¿Qué esperan, Heredia? ¿Que venda coca o ubique una esquina?

—Ya verás que todo se arregla. Hoy o mañana...

—No me trates como a una niña chica. ¿Hoy o mañana? Mierda, eres como mi madre. Ten fe en Dios, hija. Lo mismo todas las noches y cada mañana.

—Puedes ayudarme una vez más —dije, recordando al comerciante valdiviano—. Tengo un caso...

—¿Más lectura en la Biblioteca Nacional?

—Debo ubicar a una muchacha universitaria que desapareció. Estudia en el Pedagógico o lo que queda de él; y a ti te puede resultar fácil dar una vuelta por ahí, en la secretaría o en el casino. Inventa una historia y pregunta por ella. Di que eres su prima o algo así. Nadie va a desconfiar de tu aspecto.

—¿Lo haces por mantenerme ocupada, no?

—Había pensado pedirte antes, pero estabas con la venta de seguros. Es una medida práctica. Si voy a hacer preguntas al Pedagógico, me van a confundir con un tira y sacar a pedradas. Además, las últimas veces que he entrado a una facultad, los calendarios me han dado duro en la cabeza. Comienzo a recordar todo en función de veinte años atrás y te aseguro que no resulta fácil hacerse el distraído.

—Si es así, voy.

—Sabía que me apoyarías.

—Aunque prefiero quedarme contigo, abrazados. En los últimos días te he visto tan poco.

—Trabajo.

—¿Algún día vas a olvidar a Baeza?

—Algún día —dije—. Y entonces será el momento adecuado para descolgar la placa de bronce y dedicarme a otra cosa. Tiempo atrás, Stevens me ofreció hacerme cargo de unas cabañas en Las Cruces. La oferta sigue vigente. Cuatro meses de trabajo a todo dar, de diciembre a marzo, y el resto del año, tranquilo, dedicado a vigilar y repintar las casucas. Y está cerca de Cartagena, un lugar que me gusta mucho. Sus casas antiguas, calles interesantes de recorrer, pescadores, artesanos y tres o cuatro bares donde se reúnen algunos gorditos simpaticones que se dicen amantes del balneario. ¡Una buena oferta!

—¿Por qué, Heredia? Ya sabes quién mató a Solís y a tu amiga.

—No quiero olvidar a mis muertos sin antes intentar hacerles justicia.

—¿A quién le importa? Tú no eres la ley, Heredia.

—Me interesa la justicia, no las leyes.

—Hoy en día, a todos, todo les da lo mismo, Heredia.

—«No me dejes caer en la indiferencia, amén». No es un rezo, Griseta. Es un texto de Enrique Lihn. El poeta lo escribió cuando se moría, con un lápiz atado a sus manos. ¿Entiendes de qué se trata?

—Tú nunca vas a cambiar —dijo Griseta y sonrió.

—Aprendes rápido —agregué antes de besarla en las mejillas y reproducir los versos de un tango del que había olvidado su autor—. «Y así viví, sin claudicar; a veces bien, a veces mal».

—Inventas tus propios cuentos. Taxista, cuidador de cabañas en la playa, vendedor viajero. Ya no me engañas, Heredia.

—Aquello de la playa va en serio.

—Sí, seguro. Hasta que aparezca otra persona con un saco de líos al hombro —comentó Griseta.

—Va en serio —insistí.

—¿Vas a salir? —preguntó ella, cambiando el giro de la conversación.

—En dos o tres horas más.

—¿Puedes besarme hasta entonces?

Capítulo 4

Santiago ocultaba su brumoso cielo diurno. Al poniente, el horizonte era una mancha roja sobre las siluetas ennegrecidas de iglesias y edificios; al oriente, la cordillera espejeaba sus últimos reflejos; y a mi lado, la avenida Los Leones se convertía paulatinamente en un carrusel de luces artificiales. La gente caminaba despacio, despojándose, tal vez, de tediosos horarios y tareas de oficina; deteniéndose junto a los quioscos para leer los titulares de los periódicos, frente a los boliches de comida o las heladerías.

Acababan de dar las ocho cuando Baeza salió de la oficina. Parecía contento y conversaba animadamente con su guardaespaldas, un hombre macizo, de bigotes amplios y andar rígido, que observaba a su alrededor, atento a las obligaciones de su trabajo. Subieron a un Opel Astra azul, y yo aguardé a que el vehículo arrancara, antes de partir, intuyendo que repetiría la ruta de las noches anteriores. Baeza condujo hasta Providencia y tuve que cruzar frente a un bus para evitar perderlo de vista en medio de la jungla de autos desesperados por llegar a alguna parte. Pasaron quince minutos antes de que doblara en dirección a la Costanera. El tránsito se hizo expedito y pude avanzar hasta quedar a cinco metros del Opel. En ese momento fui adelantado

por un Mazda que conducía una rubia de cabellera tan larga como los malos pensamientos. La vi pasar y le sonreí. Ella hizo un mohín de desprecio y aceleró. No era mi noche de romances y el Lada tampoco era la mejor carta de presentación. Carlos Marx se equivocó; más que de clases, la lucha es de marcas.

Baeza se detuvo frente a un restaurante. Descendió del auto seguido por el guardaespaldas y entró al negocio que iluminaba buena parte de la vereda. Pensé que la espera sería larga, así que estacioné cerca del auto de Baeza y saqué de la guantera una novela de Mauro Yberra que leí durante las siguientes dos horas, pese a las miradas sospechosas del cuidador de autos que, como todos los de su especie, pareció brotar de la nada. La novela, ambientada en Papudo, se dejaba leer bien, y sus personajes eran tan perversos que parecían reales.

Baeza salió del restaurante cuando me quedaban por leer treinta páginas. Maldije la interrupción, dejé el final de la historia para otro momento y permití que el Lada se moviera quejoso y tumbón. El nuevo recorrido fue breve. Baeza y su acompañante se detuvieron frente al bar Dominó y tuve que esperar media hora antes de verlos salir, alegres, caminando con la gracia de dos bailarines atolondrados. Los seguí por Providencia, y cuando deduje que se dirigían al departamento de Baeza, tomé un camino alternativo y estacioné frente al edificio cinco minutos antes de que ellos llegaran.

El guardaespaldas lo ayudó a bajar del auto. Baeza venía ebrio, y frente al portón de entrada rechazó la compañía. El hombre protestó y luego permitió que Baeza entrara al edificio, solo y errático. Era la oportunidad por la que había aguardado, y apenas el auto del guardaespaldas se alejó, me encaminé hacia un teléfono público.

—Fono Mercado. Servicio las veinticuatro horas del día —dijo una voz metálica—. Espere la señal y haga el pedido indicando claramente su dirección.

—Tres botellas de Ballantines —dije pausadamente. Luego añadí la dirección del edificio y corté.

La camioneta de repartos demoró quince minutos en llegar. Estacionó frente al edificio y antes de que descendiera del vehículo me acerqué, abrí la puerta y apunté al conductor con la pistola. Era un muchacho veintiañero, barbón y con el rostro cubierto de asombro. Pensó en resistir, pero sólo fue una idea pasajera. Le ordené sacarse la cotona que traía puesta y mantener sus manos aferradas al volante.

—Es la primera entrega. No llevo dinero —balbuceó.

—Te creo —dije y golpeé su cabeza con la pistola.

El muchacho se reclinó contra el volante. Saqué la llave de la camioneta, vestí la cotona y tomé la caja que contenía el supuesto pedido de Baeza.

—Fono Mercado atendiendo al señor Baeza —dije a través del intercomunicador instalado junto a la entrada al edificio.

Oí descorrerse la cerradura eléctrica y empuje el portón.

—Departamento 1404 —dijo el vigilante, un hombre flaco, aburrido y con ganas de seguir leyendo el ejemplar de *Eroticón* que tenía sobre el mesón de recepción.

—Tragos para otros, una mierda de trabajo —dije.

—Una mierda, sí —respondió el hombre, solidario en la amargura.

Ubiqué el ascensor, subí hasta el piso catorce y avancé por un pasillo largo. Escuché mis pasos mientras llegaba hasta el departamento de Baeza. Luego presioné el timbre. Conté hasta veinte e insistí. Escuché ruidos en el interior del departamento y casi de inmediato tuve frente a mí el rostro enrojecido y sudoroso de Rogelio Baeza.

—¿Quién? —alcanzó a preguntar antes de reconocermé.

Lo golpeé en la cabeza con una de las botellas, y al verlo trastabillar y posar sus rodillas en el suelo, avancé dos pasos y le di un puntapié en la barriga. Dejé que se revolcara a su antojo. Cerré la puerta y cuando trató de incorporarse, me acerqué y le retorcí el brazo izquierdo. Hizo una mueca de dolor y eructó una sobrecarga de alcohol y miedo. Lo apunté con la pistola, obligándolo a caminar hacia el interior de un recibidor pequeño y ordenado, de cuyas paredes colgaban láminas con imágenes de autos antiguos y caballos. El recibidor se prolongaba en un balcón desde el que se podía ver el sector brillante de la ciudad, atravesado por infinitas luces que se movilizaban incansables, conformando un paisaje distinto al de mi barrio, que a esa misma hora lucía un neón tan gastado y opaco como los sueños de sus residentes. Barrio moribundo en cuyo corazón estaba el mercado donde Baeza me había obligado a correr, mientras el dolor de Solís se entremezclaba con las aguas sucias de la ciudad.

—Heredia —balbuceó.

—Tengo poco tiempo —dije, apuntando hacia su cabeza.

—¿Cómo se atrevió a venir?

—Sobran las preguntas, Baeza —dije, interrumpiendo el diálogo.

Lo obligué a ponerse de pie y caminar hacia el balcón que daba al aire tibio de la noche, sin más resguardo que una baranda sobre la cual había tres maceteros vacíos y una botella de vodka a medio consumir.

Recordé a Fernanda. Su cuerpo mojado al salir de la ducha y luego, como un relámpago oscuro y vengativo, ese mismo cuerpo, frío, ausente y ya lejano, sobre el mármol de la morgue. Me esforcé para no jalar del gatillo y Baeza intuyó en mi mirada que había estado a punto de morir.

—Tardé en ir a su encuentro —dije hablándome a mí mismo y sin preocuparme de las posibles preguntas de Baeza—. Si hubiera llegado al hotel antes que sus asesinos todo esto se habría evitado. Un abrazo, nada más que un abrazo. ¿Y ahora qué? Un accidente, sí. Nadie habló de accidentes con Olmedo.

Me acerqué a Baeza y puse la pistola sobre su sien derecha.

—¿Olmedo le dio mi dirección? —preguntó, aparentemente recuperado.

—Quiero que sienta miedo, que grite como Solís, aquella mañana en el mercado —dije y le indiqué la baranda del balcón—. Puede hacerlo tranquilo porque nadie lo escuchará.

—Después de esto su vida no valdrá tres pesos. Mis amigos lo buscarán y con usted, lo que le hicieron a Solís será un juego. Déjese de cosas, Heredia. Váyase inmediatamente y haré como que nunca lo he visto en mi departamento.

—Ya no tiene amigos, Baeza. Olmedo hizo un trato. Y antes nos contó lo que sucedió en el hotel Comet. Usted y Cerda. Hillerman y Tamayo.

—Miente, Heredia. Trata de confundirme. Hoy en la mañana conversé con Olmedo.

—También habló de Cerda, de cómo usted lo mató. Y le creímos porque encontramos su tarjeta de crédito.

—¿Tarjeta? Sí, ahora entiendo por qué no la encontraba. Creí que la había perdido. Olmedo debió robármela —dijo Baeza perdiendo la compostura—. Yo no estuve en el departamento de Jaime Cerda. Puedo probarlo. Estaba en la casa de unos primos que celebraban su primer aniversario de matrimonio.

—Ya es tarde para inventar coartadas.

—Olmedo es el principal responsable de lo sucedido. Él y ese maldito proyecto para enriquecerse con el gas.

—Muévase —grité.

—No me extraña que me traicionara. Lo hizo con Cerda cuando éste quiso ir a Interarm con el cuento del gas.

—Suba —ordené sin hacer caso de sus palabras. No quería escuchar nada que me apartara de mis conclusiones.

Baeza se sentó sobre la baranda y a duras penas logró mantener el equilibrio. A su espalda estaba la ciudad y sus luces, y abajo, un abismo oscuro que lo hizo temblar.

—Parece más fácil de lo que imaginé —dije, siempre apuntando a Baeza.

—Si tuviera agallas, dispararía, Heredia.

—Lo estoy pensando, créame.

Baeza se movió levemente. Apunté a su rostro y sentí el cosquilleo de la muerte en mis manos aferradas a la pistola. Entonces, cuando matar a Baeza era cosa de segundos, oí que la puerta del departamento se abría violentamente, y un hombre armado entraba al recibidor, apuntando hacia el balcón.

—Alto, Heredia —gritó Bernales.

En el rostro de Baeza se dibujó una breve sonrisa. Se vio libre de mis amenazas y alentado por el alcohol que circulaba por sus venas, trató precipitadamente de zafarse de su incómoda ubicación. Hizo un giro desmedido y sin darse cuenta del error, cayó al vacío, sin otra compañía que un grito perdido en el silencio del barrio.

—¡Rápido, salgamos de aquí! —dijo Bernales.

Guardé mi pistola, tomé las botellas de Ballantines, y después de limpiar los objetos en los que hubieran podido quedar mis huellas, abandonamos el departamento. Bernales me observó trabajar sin decir nada, y cuando estuvimos en la calle me siguió hasta donde estaba estacionado el Lada.

—¡El muchacho del reparto! —exclamé al ver que la camioneta del Fono

Mercado no estaba en el lugar donde la había dejado antes de entrar al edificio.

—Olvídelo, Heredia. Socorrí al muchacho y lo envié de vuelta a su trabajo. Tiene un chichón en la nuca, pero nada más. Le mostré la placa y se tranquilizó cuando le dije que me encargaría de usted.

—Me estaba siguiendo, Bernales.

El policía asintió y luego entró al auto.

—¿Por qué? —le pregunté, acomodado junto al volante del Lada.

—El padrino me lo pidió dos días antes de morir, y yo se lo prometí. Sabía que si algo le llegaba a ocurrir, usted buscaría a los culpables. Después del cementerio me acordé de la promesa y comencé a seguirlo.

—Gracias —dije—. Te debo una buena.

—No sólo a mí, Heredia.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerda sus encargos? Encontré en la computadora del padrino el informe que pensaba entregar al Director Nacional. Lo leí y me di cuenta que se trataba de una papa caliente. Opté por lo que pensaba hacer Solís y presenté los antecedentes al jefe máximo. El padrino no estaba equivocado. El director formó un equipo con detectives nuevos y me puso a cargo de la investigación. Tonioni fue suspendido y va ser objeto de una investigación sumaria para aclarar su actuación en el crimen de Hillerman.

—O sea que todo lo que has hecho es algo oficial.

—Oficial y secreto.

—¡Carajo!

—Pero no todo es secreto y oficial, Heredia.

—¡No me confundas más de lo que estoy!

—Sus encargos eran dos. El informe de Solís y los antecedentes tributarios de Olmedo y sus socios.

—¿Y?

—Di con la empresa de Olmedo.

—Te escucho. Quiero saberlo todo.

—Es para largo, y creo que necesito una copa.

—¿Una copa, Bernales?

—Sí, y en buena compañía. Póngase en marcha, Heredia. Hay un amigo que nos espera.

Capítulo 5

—Hugo Landa —dijo Bernales presentándome al policía que nos esperaba en el Billar Chicago, un cuchitril de mala muerte ubicado al costado de la Vega Central. Era bajo, moreno, con ojos achinados y propensos a la sonrisa. Vestía casaca de cuero, ajustada a su cuerpo musculoso, habituado al ejercicio; *jeans* desteñidos y botas vaqueras con puntas metálicas.

—Bernales me habló de usted —dijo, luego de remojar sus labios en la cerveza que estaba bebiendo, apoyado a una barra mugrosa, repleta de ceniceros de estaño, sucios y carcomidos por la infinidad de puchos^[14] apagados en sus vientres—. Me contó que había sido amigo del jefe Solís y siendo así, cuente conmigo, para lo que sea.

—Gracias —dije apreciando la sinceridad del policía.

—Landa y yo estudiamos juntos, y el padrino fue nuestro primer jefe —agregó Bernales.

—Recuerdo que hablamos de unas copas —dije, dispuesto a ganar tiempo para ordenar mis ideas y saber qué hacía esperando el final de un informe en compañía de los detectives.

—Cerveza es lo más seguro. El vino y los tragos son detestables en este sitio —sentenció Landa.

—Billar Chicago —agregué al tiempo que observaba sus paredes desteñidas, adornadas con afiches de bebidas, calendarios de viñas y grafitos que mentaban la madre de varios parroquianos—. Lo creía clausurado desde hace algunos años. La última vez que estuve aquí era un paradero de putas y tipos del ambiente. Andaba a la siga de un galancete de apellido Riveira que había seducido y después robado a una señora mayor y encopetada. La familia de la mujer no quería que se supiera lo ocurrido y me contrató para recuperar algunas joyas y un paquete de acciones. Lo atrapé a la semana en una pensión de General Mackenna. El tipo quería huir a Mendoza pero no logró reducir las joyas a tiempo.

—No ha cambiado mucho. Aunque la mitad de las putas se han ido del barrio; las viejas a sus puebluchos de origen, y las jóvenes, a los sectores más altos —dijo Bernales.

El salón estaba en un segundo piso, con vista al costado oriente de la Vega. Era amplio, roñoso, y en su interior había media docena de mesas de pool^[15] y billar. En uno de sus extremos estaba la barra y los clientes que se acodaban en ella parecían sobrevivientes de una guerra rigurosa. La mayoría eran hombres, y sólo tres o cuatro mujeres maltrechas observaban el entrechocar de bolas sobre los tapetes raídos de las mesas.

Pedí una cerveza y la bebí sin pausa.

—La próxima es para conversar —dije después, al tiempo que llamaba al mozo

de la barra para que repitiera la orden.

—Usted tenía razón, Heredia —comenzó a decir Bernales—. Olmedo es socio de una industria química, supuestamente dedicada a la fabricación de colonias, jabones y cremas. Sus antecedentes tributarios están en orden, y el laboratorio está ubicado en la calle Recoleta, cinco cuadras más al norte del Cementerio General. La hemos estado vigilando, e incluso, Landa se hizo pasar por inspector municipal y entró al lugar. Tiene una veintena de empleados y un administrador de apellido Mújica. Patentes, leyes sociales y sueldos se encuentran al día. Cuando Olmedo se aparece por el lugar lo hace en compañía de un sujeto llamado Polanco. Según el administrador se trataría de un asesor químico.

—En la visita hubo algo que me llamó la atención —intervino Landa—. El laboratorio tiene lo que podría llamarse tres ambientes. En el primero están las oficinas y un pequeño casino de los operarios. En el segundo, las instalaciones para la fabricación de los productos. Y hay un tercero que permanece cerrado. Los empleados ignoran lo que hay dentro, y el administrador habló de bodegas. La verdad es que no logré convencerme.

—Hemos hablado de eso con Landa —dijo Bernales—. Es probable que ahí funcione la industria secreta de Olmedo.

—Necesitaríamos una orden de allanamiento.

—Imposible —dijo Bernales—. Sacamos el asunto de Olmedo del informe entregado al director. Si lo hubiéramos incluido, a esta hora el problema estaría en otras manos.

—¿Qué proponen? —pregunté.

—Entrar por nuestra cuenta y riesgo —precisó Landa, decidido.

—El laboratorio tiene dos guardias nocturnos —informó Bernales.

—Simular un asalto con robo será fácil —agregó Landa.

—A cada rato que pasa, ustedes me agradan más, muchachos. Se nota que Solís los enseñó bien.

Capítulo 6

Bebimos otras cervezas y nos pusimos en camino hacia la industria de Olmedo. Al salir del billar nos detuvimos frente a La Paloma, un boliche donde expendían vinos rancios a los trabajadores de La Vega. La vereda estaba cubierta de basura, escombros y residuos de hortalizas. Los perros, a falta de un mes específico

para ellos, hacían su agosto, como los gatos que deambulaban buscando restos de pescados o los interiores de animales desechados por las carnicerías de La Vega. Nueve o diez tipos malencarados ventilaban sus miserias frente a la puerta del bar, y al vernos salir se acercaron con evidentes malas intenciones. Landa, sacó de su campera una pistola y la mostró, apuntando con ella hacia un cielo sin estrellas.

—¡Investigaciones, cabrones! —gritó a voz en cuello. Los tipos se miraron entre ellos, y lentamente, uno a uno, fueron entrando a La Paloma.

—Hijos de puta —escuchamos gritar desde el interior del bar.

—Te reconocieron, Hugo —bromeó Bernales.

—¡Huevones! Una de estas noches regreso y les parto el culo —respondió su compañero.

Subimos al Lada y conduje en dirección al Cementerio General. Bernales iba sentado a mi lado, silencioso, observando el escaso movimiento de las calles. Landa revisó el cargador de su pistola, y cuando estuvo satisfecho con la inspección, apuntó hacia fuera del auto.

—Bonito juguete —comenté, al tiempo que lo miraba por el espejo retrovisor.

—De lo mejor, Heredia. Se lo dice alguien que sabe del tema. Desde cabro no he hecho otra cosa que pensar en armas, y por eso, y porque sabía que el mate no me daba para estudiar en la universidad, apenas terminé la enseñanza media me inscribí en la Escuela de Investigaciones. Mi padre, que ha sido anarco y huevón toda su vida, se quería morir cuando lo supo. Pero las armas se llevan en la sangre; y si a ellas se le agrega emoción y ambiente, el juego resulta interesante. ¿No es así, Bernales?

—Landa fue siempre el primero de la promoción en todas las instrucciones de tiro. Un cabrón con ojo y pulso.

—Noventa y ocho por ciento de efectividad a diez metros y con pistola reglamentaria —dijo Landa, orgulloso.

—Eso es mucho más de lo que yo logro a dos metros de distancia —dije.

—El padrino solía contar otra cosa de usted —dijo Bernales.

—Gran parte de mi mala fama se la debo a Dagoberto. Cuando estaba con amigos y bebía dos copas de más comenzaba a relatar historias en las que yo jamás había participado. Mujeres, botellas, muertos, lo que fuera. Cada cosa que asociaba a mi nombre era fuera de lo común.

—No le creo nada de lo que dice. Yo también escuché muchas de esas historias —agregó Landa.

—Mejor. Si de algo sirve la fama, es para que los patos malos piensen tres veces antes de meterse con uno.

—De aquí en adelante vaya más despacio —dijo Bernales cuando pasábamos junto al Cerro Blanco—. De noche cuesta orientarse por estos barrios; la iluminación es mala y las calles están llenas de hoyos. Cuando vea la iglesia La Viñita, aminore la velocidad para que nos ubiquemos bien.

Cinco minutos después estacionamos frente al laboratorio de Olmedo. Era una

construcción de concreto a la que se accedía a través de un portón de fierro. Descendimos del Lada y cubrimos nuestras cabezas con los pasamontañas que Bernales sacó de su chaquetón. Luego Landa tomó la iniciativa y avanzó hacia la entrada. Bernales y yo lo seguimos. Todo sucedió de prisa. Landa golpeó el portón, aguardamos un instante y cuando asomó la cabeza de uno de los vigilantes, Bernales impactó en ella la cache de su pistola. El hombre retrocedió adolorido y antes de que pudiera alertar a su compañero, Landa lo redujo, de cara contra el suelo, y lo esposó.

El segundo vigilante dormitaba frente a un televisor. En la pantalla reconocí a Robert Mitchum y Gregory Peck en una escena de *El cabo del terror*. Estaban sentados junto a la mesa de un bar; Mitchum, llevaba un Panamá y bebía una copa de *whisky*. Sus palabras sonaban igual que latigazos, y Peck, algo incómodo, jugaba su papel de abogado honesto. El vigilante despertó al contacto de la pistola de Bernales y fue lo suficientemente astuto como para quedarse inmóvil, confiado a la suerte.

—Queremos pasear por las instalaciones —le dije. El hombre dudó un segundo y enseguida, animado por la presión de la pistola de Landa en sus costillas se puso de pie y tomó el manajo de llaves que estaba junto al televisor.

—Escogieron mal día para robar —se atrevió a decir—. Hoy retiraron la producción de la semana. Envases y materias primas es todo lo que hay.

—Nos interesa el laboratorio secreto —dijo Bernales.

El guardia nos miró con expresión de sorpresa.

—La bodega —precisó Landa.

—Sólo hay desechos y máquinas viejas. Llevo un mes trabajando en esta empresa y nunca he entrado a ese sitio.

—A la bodega —ordené—. Ya hemos tenido suficiente conversación.

Cuando entramos a la supuesta bodega y accionamos el interruptor eléctrico, el asombro del vigilante no fue menor que el nuestro. El lugar olía a cloro y era una sala amplia, embaldosada y sin ventanas. En el centro había un largo mesón metálico, y adosados a las paredes, en perfecto orden, una infinidad de cilindros, recipientes plásticos, y cajones metálicos. Junto al mesón, reconocimos un congelador de características especiales. Tenía puertas herméticas y un regulador que permitía alcanzar temperaturas inferiores a los ochenta grados bajo cero. Finalmente, un aparato extraño, instalado frente al congelador, nos llamó la atención. Bernales se acercó y lo inspeccionó.

—Tiene una plaqueta metálica —dijo—. Es un horno.

—Les aseguro que no sabía que este lugar fuera así —explicó el vigilante.

Landa lo hizo callar con un leve golpe en la espalda.

Me acerqué a los cilindros metálicos y en la etiqueta de uno de ellos, leí: Acido Fluorhídrico. Laboratorio Michael Burt, Londres, Inglaterra. Recordé mis conversaciones con Blest y Stevens, y no tuve duda de que estábamos en el lugar correcto. Los cilindros contenían el compuesto principal del gas sarín y el laboratorio estaba dotado de los instrumentos necesarios para fabricarlo.

—La búsqueda terminó —dije.

—¿Qué? ¿Hay que llevarse todo esto? —preguntó Landa, indicando los cilindros.

—Hay una solución más rápida —contesté.

Capítulo 7

Desde nuestra ubicación, a dos cuadras del laboratorio de Olmedo, podíamos ver las llamas que se elevaban hacia el cielo, arrastrando consigo lo que hasta hace unas horas había sido la industria química. Los vigilantes habían quedado esposados en la vereda, y luego de treinta minutos, habíamos alertado a los bomberos desde un teléfono público. Las llamas crecían a pesar del agua que arrojaban los voluntarios, y aún después del tiempo transcurrido seguían escuchándose las explosiones de los cilindros. Recordé a Olmedo y sonreí al pensar que su proyecto terminaría convertido en un montón de escombros irreconocibles y sin valor.

Estaba cansado y con deseos de regresar al hogar, a los brazos de Griseta y a las muecas burlonas de *Simenon*. Era el fin o, al menos eso creía hasta ese momento. Quería escuchar algo de Mahler y despertar a la hora indicada para llamar a Dagoberto Solís y concertar una cita de tragos, luego de leer una carta de Fernanda en la que me dijera que estaba de paso por París. Fantasías, sólo fantasías que se consumían en las llamas de un fuego que no había buscado.

Landa y Bernales bebían del gollete de una botella de pisco que el primero había comprado después de llamar a los bomberos. El fuego producía en ellos una suerte de retroceso vital. Parecían dos niños entusiasmados con el estrépito de un juguete nuevo, extraño, de mecanismos indescifrables.

—La cacería terminó —dije con voz de tío malo que interrumpe la fiesta. Los policías me miraron extrañados, como si acabara de expresar un trabalenguas difícil de comprender.

—¿Quiere decir que nos vamos? —preguntó Bernales.

—Recuerden que están arriba de un taxi. Desde este momento empieza a correr el taxímetro. Ustedes dirán dónde los dejo.

—Pensé que lo celebraríamos —dijo Landa, achispado con el pisco.

—En otra oportunidad. Las mejores celebraciones son las que incluyen recuerdos.

—Me gustaría escuchar al padrino relatando lo que sucedió esta noche —escuché decir a Bernales.

—Diría grandes mentiras. Golpes, tiroteo, esfuerzos titánicos. Y después de todo,

reconozcamos que tuvimos suerte. Los vigilantes no dieron mucho trabajo y el combustible para el fuego estaba a la mano.

—Fue bueno trabajar con usted —dijo Landa—. No lo olvidaré.

—Sí —agregó Bernales, lacónico.

—Ustedes son igual a Solís. Dos putos tiras que siempre estarán del lado correcto —dije y puse a ronronear el gastado motor del Lada.

Capítulo 8

Salí de la oficina antes del amanecer. Había intentado dormir y olvidar a Bernales y Landa, a quienes dejé frente a un cabaré en la calle Diez de Julio. Deseaba estar a solas, lejos de las cosas que me recordaran a Fernanda y el fin de Baeza. Me dolía reconocer que ella estaba irremediamente asociada a lo imposible. Pertenecía al pasado, igual que Solís y todo aquello que había vivido en las últimas semanas. El miedo, los golpes, la muerte de seres que de pronto irrumpían en mis días con sus cargas de odio bajo el brazo.

Era como subir una y otra vez a la misma montaña, para reconocer que nada había cambiado en el espacio gris y apesadumbrado en el que sobrevivía con la vana ilusión de establecer un orden que a nadie interesaba.

Cerré la puerta del departamento y observé la placa de investigador privado. ¿Cuántas veces había querido arrancarla? ¿Cuántas veces me había arrepentido? La respuesta a ambas preguntas era la misma. No sabía hacer otra cosa más que husmear en los dolores ajenos, y nunca faltaban las personas que recurrían a mí con la esperanza de restablecer un equilibrio entre lo que ellos querían vivir y lo que la vida les ofrecía. Sólo que esta última vez, el fin de la búsqueda me enfrentaba a mis propios dolores. A una soledad que no se mitigaba con la muerte de los culpables, porque lo irremediable me había lastimado definitivamente.

Saqué un pañuelo, froté la placa de bronce y leí en voz alta: Heredia. Luego caminé hacia el ascensor y al pasar frente al departamento de Stevens vi la puerta abierta. Entré con la esperanza de reencontrar a mi vecino, pero sólo conseguí vagar por habitaciones vacías, despojadas de los objetos que recordaban a Stevens, que se había marchado del lugar al día siguiente de nuestra reunión con Olmedo. Encendí un cigarrillo y me acodé en la ventana desde la cual el ciego solía rememorar el mundo y sus reiteradas trampas.

Llevaba tres minutos mirando por la ventana cuando escuché el ruido de unos

pasos. Di media vuelta y reconocí a Stevens, que se acercaba tanteando el suelo con su bastón de aluminio.

—No pierdes la costumbre de rastrear en lo ajeno —dijo a modo de saludo.

—Pensé que ya no volverías a tu departamento.

—Olvidé algunas cosas y además, necesitaba hablar contigo —dijo mientras se ubicaba a mi lado con sus ojos blancos fijos en la oscuridad—. Supe que tuviste una noche agitada. Mala cosa, Heredia. Los pactos se hacen para cumplirlos, de lo contrario la palabra pierde crédito.

—¿Cómo te enteraste?

—Le encargué a un amigo que te siguiera. Tenía miedo que Olmedo no cumpliera con lo prometido, pero ya ves, me equivoqué. Tú rompiste el acuerdo.

—Yo no maté a Baeza. Fue un accidente.

Stevens sonrió levemente y posó sus ojos en mí, como si con ellos hubiera podido observar las reacciones de mi rostro.

—Vamos a llamarlo así hasta que me cuentes los detalles.

Le conté lo sucedido durante el tiempo que demoré en fumar un cigarrillo.

—Sin tiros, sin huellas, sin nada que me incrimine —dije al terminar el relato.

—Olmedo estará enloquecido y querrá aclarar algunas cosas. Le diré que tú no estás relacionado con la muerte de Baeza ni con el incendio del laboratorio. Seguramente pedirá una reunión, y en ella trataré de convencerlo de tu inocencia. Entretanto, te recomiendo desaparecer de la ciudad.

—No le temo —dije—. Además contamos con un argumento que lo hará tranquilizarse. Las actividades del laboratorio las llevaba a espaldas de Interarm. Era su pequeño negocio particular. Dile que lo sabemos todo y que no sería difícil hacer llegar los antecedentes a la Policía o al Ministerio de Defensa.

—Eso sería de mucha utilidad, pero aún así, es mejor que desaparezcas por unos días.

—¿A dónde voy a ir?

—Te acuerdas de esas cabañas en Las Cruces de las que te hablé tiempo atrás.

—¿Las que necesitaban un cuidador?

—Las *Cabañas del Capitán Nemo*. Conseguí que puedas usar una de ellas. En esta época hay mucha gente en Las Cruces y un extraño más pasará inadvertido.

—Lo pensaré.

—No tienes nada que pensar —agregó Stevens, molesto—. Le daré a Anselmo una dirección para que retire las llaves de la casa.

—Antes quisiera...

—Si la Policía descubre un solo indicio de tu visita a Baeza, Olmedo se dejará caer en tu oficina sin ningún reparo. Nunca te pedí que confiaras en mí, Heredia. Pero ahora quiero que lo hagas.

—La Policía no hará nada —dije, y le hablé de la complicidad de Bernales.

—Puede ser que eso ayude, pero no te confíes ni insistas con la idea del

accidente. Yo lo creo, pero dudo que los jefes de Bernales lo acepten de buenas a primera. Después de todo, el procedimiento fue bastante turbio y tendrán que pasar unos días antes de que la Policía ordene sus piezas.

—De acuerdo —dije sin mucho convencimiento.

—Ahora márchate, Heredia. Están por llegar dos amigos que me ayudarán a sacar unas cajas que olvidé en el entretecho de la cocina.

Me despedí del ciego y salí a la calle sin rumbo fijo. La soledad de la madrugada se confundió con las palabras de Stevens. Crucé la Plaza de Armas y seguí por el paseo Ahumada en dirección a la calle San Diego. Las veredas estaban desiertas, sólo intervenidas por los cartoneros que registraban las bolsas con basura que arrojaban las tiendas. No tenía prisa ni deseos de cumplir las indicaciones de Stevens. Intuía que él tenía razón, pero al mismo tiempo, un fuego interior me obligaba a retardar la partida. Esperé a que el reloj diera las seis y busqué un teléfono público para llamar a Bernales. El policía acababa de levantarse y en su voz noté la ronquera de una noche sin dormir.

—Lo iba a llamar en un par de horas más —dijo—. Tengo que informar al director de lo sucedido, y después de eso sabré cómo se resuelven las cosas.

—¿Informarás de lo ocurrido en el laboratorio?

—Espero que no sea necesario.

—He decidido salir de Santiago por unos días. Pero antes quisiera hacer algo con el informe de Solís. Necesito la copia que te pedí en el cementerio.

—No creo que sea lo correcto, Heredia.

—Lo discutiremos en otra oportunidad. Necesito que nos reunamos en algún momento.

—Estaré ocupado parte de la mañana.

—Lo espero a las doce, Bernales.

—¿En su oficina?

—En el restaurante Sena de la calle San Diego. Tiene una pérgola que suele estar llena a la hora de almuerzo. Ideal para pasar inadvertidos.

—¿Qué pasa, Heredia? —preguntó Bernales, inquieto—. ¿Teme algún problema?

Colgué el fono y dejé la pregunta de Bernales suspendida en un punto desconocido. El aire fresco de la mañana comenzaba a entremezclarse con el humo y las bocinas de los primeros vehículos que atravesaban la calle San Diego. Caminé hasta llegar al *Sena*, que acababa de abrir sus puertas a los primeros clientes del día. De su interior salió un vaho de frituras rancias y humedad que me golpeó como una cachetada. Entré por un café y cuando me disponía a sentarme junto a la barra oí una voz ronca que me nombraba.

En el rincón más oscuro del restaurante estaba Bonifacio Espejo, el gordo y sucio detective de San Diego y Franklin. Llevaba su habitual impermeable mugroso, una camisa a rayas que le quedaba estrecha y una corbata delgada, que alguna vez, en otra vida, fue nueva. Espejo, *Bazofia* para sus amigos, trabajaba a dos cuadras del

Matadero. Sus ocupaciones eran mínimas. De vez en cuando investigaba robos de poca monta, buscaba mascotas o perseguía a uno que otro arrendatario esquivo. Empleaba la mayor parte de su tiempo en mirar las películas de karatecas que exhibían en el viejo Cine Prat.

—Mi querido amigo Heredia —saludó obsequioso, estremeciendo sus mofletes con una sonrisa.

—Bonifacio Espejo —respondí de mala gana, intuyendo que en algún momento de nuestra charla me pediría algunos pesos.

—¿Qué haces lejos de tu barrio? —preguntó mientras sacaba de su impermeable una pequeña barra de chocolate Trencito.

—Nada en especial. Busco un café. ¿Y tú?

—La bruja de mi mujer me dejó fuera de la casa. Desde hace seis meses me impuso un horario. Si no regreso antes de las diez de la noche, quedo en la calle. Y anoche ni siquiera tenía plata para entrar a una hospedería. Bruja, rebruja.

—¡Carajo, Espejo! Pareces un tango, de los malos.

—Y no sólo me controla los horarios, Heredia. Me obliga a una dieta de lechugas y ramas de apio. Nada de tallarines, masitas dulces ni chocolatines. Nada de copete. Hasta se ha empeñado en que asista a unas sesiones de gimnasia en la Asociación Cristiana de jóvenes y que haga ejercicios de pesas.

—Tu mujer es una depravada, Bazofia. Un día te va a servir alpiste, lechuguitas y trigo en el desayuno. Las mujeres siempre quieren convertir a los hombres en canarios: picudos, cantarines y enrejados. ¡Cuídate, Bonifacio!

—La vida es una barca. Ya lo dijo Calderón de la Mierda.

Me senté frente a Espejo y me solidaricé con su desconsuelo.

—Escuché decir que estabas metido en un lío gordo y que asaltaron tu oficina —agregó Espejo—. ¿Algo en que te pueda ayudar?

—Nunca creas en lo que dice la gente.

—Una changuita no me vendría mal —dijo al tiempo que se metía media barra de chocolate en la boca.

Llamé al mozo y antes de pedir café, ofrecí uno a Espejo.

—Café y dos completos con abundante mayonesa —ordenó Bonifacio.

Espejo comió con el descuido de un bebé; saboreando cada mordisco que daba a los completos rebosantes de mayonesa, *ketchup*, mostaza y salsa de ají.

—No hay como tener amigos —dijo al término del vomitivo banquete—. Piénsalo, Heredia. Tú y yo deberíamos ser socios.

—Lo pensaré. Te lo prometo —respondí sin entusiasmo.

—¡Imagínate! Espejo y Asociados.

—¿Espejo y Asociados?

—Una oficina a toda madre y un enorme letrero de neón: Espejo y Asociados, Investigadores.

—¿Todas las mañanas tienes ideas tan brillantes?

Durante las tres horas siguientes sólo hablamos de caballos y apuestas. Después, cerca del mediodía, pagué la cuenta, puse un billete de cinco mil pesos en los bolsillos de Espejo y le dije que deseaba estar solo porque esperaba a un cliente. El gordo salió satisfecho del restaurante. Supuse que entraría a comer algo más en otro boliche y luego correría a refugiarse en la sucursal del Hipódromo Chile que estaba al llegar a la avenida Matta.

Bernales llegó a la hora convenida. Se sentó a mi mesa y sin decir nada dejó encima el diskete con el informe de Solís. Lo guardé en la chaqueta y le ofrecí un café.

—Prefiero cerveza —dijo. Parecía cansado y en su rostro sobrevivían las huellas de una afeitada a la rápida—. Encontraron a Baeza a los pies del edificio en que vivía. Su barriga estaba llena de alcohol. Después de la autopsia nadie dudará que fue un suicidio.

—Hay tipos que se marean con las alturas.

—El interrogatorio al vigilante del edificio tampoco aportará nada. El tipo declaró que había dejado pasar un pedido de licor para Baeza. De tu rostro no se acuerda, Heredia. En cuanto al muchacho de la camioneta, no hubo denuncia.

—Cuesta poco inventar historias.

—El funeral de Baeza será mañana.

—Tal vez vaya a dejarle unas margaritas.

—No lo noto contento, Heredia.

—Las muertes nunca me han alegrado.

—Baeza mató al padrino. Eso hace la diferencia entre su muerte y otra cualquiera.

—Estoy cansado, Bernales.

—¿Qué quiere hacer?

—En momentos como éstos llamaba a Solís y nos dábamos de copas hasta que los payasos más alegres comenzaban a brincar dentro de nuestras cabezas. Veinte años con los mismos chistes y recuerdos. Las mismas bromas siempre que hablábamos de mujeres o tipos que conocíamos. ¿Cómo se olvida todo eso?

Bernales se encogió de hombros y buscó refugio en la cerveza que le acababa de servir un mozo.

—No pretendo reemplazar a mi padrino, pero si en algo lo puedo ayudar, no vacile en llamar. Sabe donde ubicarme.

—Gracias —respondí en lo que fue el comienzo de mi despedida.

—¿Y qué va a hacer con el informe? —preguntó Bernales una vez que estuvimos fuera del restaurante.

Capítulo 9

Hice la misma pregunta cinco horas más tarde al abogado Ortega. Estábamos en su despacho y las primeras sombras del atardecer entraban por la ventana que daba a la calle Catedral. Ortega había entregado el informe a su secretaria para que hiciera una copia y luego de leerlo parecía confundido en sus propias dudas y reflexiones.

—Legalmente no vale mucho, Heredia. No tiene firma ni timbres. Nada que certifique que fue redactado por un policía.

—Es verídico hasta la última de sus comas.

—Si lo presento como prueba, los jueces no le darán ningún valor. Pero servirá para plantear dos o tres preguntas y pedir nuevas diligencias.

—No parece muy convencido de su utilidad.

—Se equivoca, Heredia —dijo el abogado—. Los caminos legales son lentos. Investigaciones, pruebas, testigos, escritos, recursos. Mucho papeleo. Se requiere tiempo y paciencia. Y cómo usted dijo un momento atrás, la mayoría de los responsables ya no pueden decir nada.

—Al menos se puede dar a conocer la verdad.

—¿A quién le interesa la verdad? La mayoría de la gente está interesada en sus trabajos, la educación de sus hijos, el descanso de fin de semana o en la posibilidad de viajar a Miami. Cualquier cosa que tenga que ver con ellos mismos; nada ajeno, nada que los comprometa.

Escuché los argumentos de Ortega y comprendí que no tenía mucho más que hacer en su oficina. Me puse de pie, y antes de salir del despacho volví a escuchar la voz del abogado.

—A mí me interesa —dijo, al tiempo que ajustaba sus anteojos sobre su nariz—. Soy uno de esos dinosaurios que aún piensan en los demás. Trabajaré con el informe y lo llamaré cuando tenga alguna noticia al respecto. Y usted, no se pierda de vista, aún me debe una copa y voy a cobrársela en otra oportunidad.

Es un abogado, pero puedo confiar en él, pensé al descender la oscura escalinata que conducía a la calle. Después caminé hacia mi departamento y no me detuve hasta llegar al quiosco de Anselmo. El suplementero me estaba esperando y apenas me vio aparecer sacó la cabeza por la ventanilla que lo comunicaba con el mundo.

—¡Don Heredia!

—Una buena y otra mala —dije, intuyendo que deseaba darme alguna noticia.

—Casi, casi. Dos y una —respondió con malicia—, Stevens mandó a dejar las llaves de la casa. Dijo que usted sabía el motivo. También mandó decir que no se apareciera por su departamento. Ni usted ni la muchachita, don.

—Falta una noticia, Anselmo.

—¿Sí? —preguntó mientras hacía sus cuentas mentales—. Me olvidaba de la muchachita. Llegó hace media hora y lo espera en la fuente de soda de la esquina.

—Mantente alerta —dije, al tiempo que miraba hacia la entrada del edificio. Y si me dejas de ver por algunos días, no te inquietes. Salgo de vacaciones.

—¿Vacaciones? Quién como usted, don. Lo que es yo, obligado a quedarme todo el verano junto al quiosco. Destino de pobre que le dicen.

—Recibe a Griseta en tu casa unos días y preocúpate de darle de comer a *Simenon*.

—Galletitas molidas, jurel, Wiska. Ese gato come mejor que los humanos del barrio.

—No te quejes, Anselmo. Se te va a encoger la vida.

—¿Cómo es eso, don?

—Después te explico —le dije y me alejé del quiosco en busca de Griseta.

La encontré en la fuente de soda bebiendo una Coca Cola y observando hacia la calle con impaciencia.

Se puso de pie y nos abrazamos.

—Se diría que no me ves desde hace un año o que te estás despidiendo —dijo.

—Tal vez...

—He descubierto que te ganas la vida fácilmente —dijo ella, interrumpiéndome—. Fui a ver lo de la chica a la universidad. Me metí al casino, hice un par de preguntas y di con ella. ¡Fácil! Se embarazó de un compañero de estudios. Tuvo miedo de contárselo a sus padres y cuando llevaba cinco meses de preñez, dejó la pensión y se fue a vivir a la casa de sus suegros, o lo que sean, si es que aún no se casa con el pololo. Está en Rancagua. Conversé con una de sus amigas, le inventé la historia de una prima lejana y conseguí la dirección.

—Buen trabajo.

—¿Bueno? ¡Fantástico! Apuesto que tú te hubieras demorado el doble.

Traté de sonreír, pero el recuerdo del mensaje de Stevens me lo impidió.

—¿Qué es ese cuento de que no podemos entrar al departamento? —preguntó.

—Dos o tres cosas que debes saber.

—Caminemos.

—¿Qué?

—Ahora me vas a decir que caminemos. Siempre que hay líos me sacas a caminar por el parque.

—Bien, chica lista. Caminemos.

Salimos de la fuente de soda y nos dirigimos hacia el parque de Los Reyes. El verdor del prado entibiaba el aire. Varios niños corrían detrás de una pelota, tres o cuatro parejas se besaban recostados en el pasto, y un vendedor de remolinos voceaba su mercadería con poco entusiasmo. Buscamos un escaño desocupado y nos sentamos.

—Te escucho —dijo.

—Lo de Solís aún no termina —dije antes de hablarle de Baeza y Olmedo.

Griseta me escuchó en silencio y fue marcando sus reacciones con el nervioso

jugueteo de su pies sobre la gramilla que rodeaba el escaño.

—Voy contigo —dijo cuando le hablé de la casa en la playa.

—No sé lo que pueda pasar en esa casa, Griseta. Tal vez esté a solas unos días, o puede que aparezca Olmedo con su gente. Le dije a Anselmo que te reciba en su casa. Cuando todo terminé sabrás de mí.

—Si estoy contigo no tendré miedo.

—Es mi propio miedo el que me preocupa —dije.

—¿Consigo algo con reclamar?

—No.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—No sé qué decir.

—Sólo di: Adiós, Heredia.

Capítulo 10

Afuera estaba la noche y el mar rompiéndose contra los roqueríos. El viento, salino, revoltoso, penetraba en la casa abarcando con su abrazo todos los objetos de la habitación; la cama metálica, el aparador con sus vidrios empavonados, cuatro sillas descangayadas y una mesa cubierta con un mantel de hule florido. Afuera, la noche y sus ruidos. Batir de alas, ladridos, postigos azotados, voces de muchachos alegres, pasos que invocaban el miedo, a la soledad de las piedras bañadas por el mar, y dentro de éste, sus pequeños habitantes, guijarros, huiros desgajados, estrellas, peces vagabundos. Sobre la mesa, ron, cigarrillos, diarios abiertos, copas, y un mazo de naipes con el rey de espadas imponiéndose sobre los dominios del azar y la abrupta presencia de la pistola al alcance de mis manos.

Llevaba tres días esperando. Solo, turbio de recuerdos. Por las mañanas salía a caminar por la playa Las Salinas, confundido entre los veraneantes que jugaban a las paletas o se zambullían bajo las olas con entusiasmo infantil, libres de la pesadilla cotidiana del reloj, el bus antojadizo y la tarjeta laboral. Los observaba sin entender cabalmente sus gestos despreocupados, alerta a la presencia de otros extraños, asociados al nombre de Olmedo, al recuerdo de Baeza atravesando su aire fatal, definitivo, como la voz que en la confusión de los pensamientos, me hablaba de una justicia precaria e inútil. A mediodía bajaba hasta Las Cadenas, la más pequeña y tranquila playa de Las Cruces, y entraba en un restaurante ubicado frente al mar,

sobre el roquerío altivo que desafiaba las olas y la persistente rutina del viento. Ahí, rodeado de alegres veraneantes, había aguardado la llegada de Olmedo y sus hombres, recordando las palabras de Stevens, y sobre todo, el adiós de Griseta, reconstruida y deseada en cada muchacha con bikini que veía caminar por la arena. Después estuvieron los atardeceres y las noches. Los cigarrillos, el alcohol, la mirada persistente en el agrietado espejo del baño para reconocer en mi rostro el gesto que alentara a buscar otro camino. Eran los momentos en que deseaba estar en la oficina, acompañado de *Simenon* y de aquellas «cosas de vivir» que mencionaba Horacio Ferrer en uno de sus poemas: «La pequeña poesía de adioses y de balas, mi tabaco, mi tango, mi puñado de esplín». Añoraba la soledad del departamento, sus murmullos conocidos, el breve ruido de las llaves que abrían las puertas de otras habitaciones y la música —Mahler, Chet Baker, Goyeneche, Rivero, Rufino, Los Beatles—, necesaria como el pan negro que compraba en la única panadería del sector. Necesitaba mi barrio. Sus calles, el paisaje de edificios grises y casas de otras épocas. Los bares con su bullicio de copas y borrachos que esperaban el final del día acodados en los mesones. Deseaba reconocermé en sus sonrisas que se apagaban con el transcurrir del día, como si la felicidad fuera un deseo prohibido que reprimían para que nadie los acusara del paradisíaco pecado de soñar. Y en medio de la soledad, el deseo de sobrevivir a quienes imponían sus códigos, el equilibrio que privilegiaba el olvido, las apariencias banales, las componendas entre los dueños de las armas y las leyes.

Esa tercera noche de espera no era más que un hombre solo, rodeado de ideas que me devolvían, recurrentemente, al origen de la historia que había empezado con una carta remitida desde lo imposible. Un nombre de mujer, unas muertes, el adiós repentino de Solís, las huellas finales de un círculo que se cerraba, excluyéndome.

Y en esa soledad me alertó el ruido de un auto que se detenía y casi de inmediato seguía su marcha, dejando tras de sí el sonido de unos pasos que se hundían en la arena del antejardín, sus geranios y cactus. Los pasos se acercaron hasta la entrada. Bebí el ron que sobrevivía en la última copa y empuñé la pistola. Golpearon y en medio de la noche comprendí lo erróneo de la espera, de las palabras de Stevens y el deseo de huir. Oí una voz conocida, interrogante y tímida a la vez. Caminé hasta la puerta y el aliento marino se detuvo en la mirada de Griseta y en la luz que brotaba de sus ganas de acurrucarse entre mis brazos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sintiendo el eco de antiguas traiciones.

—Stevens me enseñó donde encontrarte. Ayer por la mañana apareció en la casa de Anselmo.

—¿Él te buscó?

—Quería enviarte un mensaje. Dice que nada te incrimina en la muerte de Baeza y que Olmedo entendió que paz y silencio eran una buena opción. Teme que sus negocios se compliquen o que su doble identidad se conozca más de lo conveniente. Otros militares y civiles involucrados en negocios ilícitos o labores de inteligencia,

han acabado mal. Suicidios, accidentes extraños, asesinatos que nunca se aclararon. Optó por salir de Chile durante unos meses. Stevens cree que viajó a Brasil.

—¿Eso es todo?

—Son las palabras textuales de Stevens. No entiendo mucho qué significan, pero es lo que me pidió repetir.

Miré a Griseta, receloso e incrédulo, y ella sonrió.

—También dijo que no lo ibas a creer.

—Ese zorro ciego me conoce.

—Y recordó que tienes una oferta de trabajo en la playa. Cuidar cabañas y mirar la mar. Un oficio ideal para ángeles y solitarios. Para una temporada o toda la vida. Hasta podemos traer a *Simenon* y comprarle pescado fresco todos los días. ¿Qué dices, Heredia?

—Rescatar lo que vale la pena y mantener el gusto terrible por la justicia —dije, sintiendo que la soledad de esa noche me obligaba a recordar en voz alta una frase de otros tiempos.

—¿Qué?

—Nada especial —agregué, al tiempo que arrojaba la pistola al suelo—. Nunca he podido citar bien a Albert Camus, ni a ningún otro.

—¿No me abrazas? —preguntó Griseta—. A nadie le importan tus citas, Heredia.



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.

Notas

[1] Volteadero: lugar clandestino destinado a relaciones sexuales. <<

[2] Patines: prostitutas. <<

[3] Tita: policía. <<

[4] Tenida: atuendo. <<

[5] Gabriela: manera popular de referirse al billete de cinco mil pesos. Se llama Gabriela porque el billete lleva la imagen de la poeta Gabriela Mistral. <<

[6] Cité: conventillo, largo pasaje cerrado donde se ubican viviendas generalmente pobres. <<

[7] Fuente de soda: tipo de bar en el que no se venden bebidas alcohólicas. <<

[8] Osmofla: gordo desmesurado, gordísimo. <<

[9] Lambiscón: servil. <<

[10] Chorear: robar. <<

[11] Pailas: pequeña sartén de dos asas que se utiliza para freir huevos. <<

[12] Piures: marisco. <<

[13] Cogoteros: rateros. <<

[14] Puchos: cigarrillos. <<

[15] Pool: juego de mesa, similar al billar. <<